



*¿Y si... es  
para siempre?*

VOL. II

LORY TALBOT



*¿Y si... es  
para siempre?*

VOL. II

LORY TALBOT

**¿Y si...  
es para siempre?  
Lory Talbot**

Esto es una obra de ficción. Tanto los personajes como las situaciones son inventados por la autora.

Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Mayo 2019

Título original: ¿Y si... es para siempre?

© Lory Talbot 2019

Diseño de Portada: Nerea Vara.

Corrección: Marta Hidalgo.

## **Agradecimientos**

Quiero agradecer a Maite Alonso, Marisa Gallén, María Isabel Sebastián, Eva Molina y Silvia Esteban Vidal por su apoyo y paciencia. Gracias por vuestros consejos, chicas.

Gracias Marta por tu ayuda. Sin ti esto nunca habría sido posible.

También quiero agradecer a Nerea por su ayuda con la portada.

Y por supuesto a todas esas personas que han esperado con ansia el final de la historia de Abby y Damien.

# PRÓLOGO

Hola. Mi nombre es Javier Moreno y os voy a contar mi historia.

Muchos me conocéis por ser el mejor amigo de Abigail Jensen, bueno, ahora se llama Abigail White, aunque para mí siempre va a ser Abby, mi pelirroja.

Empezaré mi historia contándoos que nací en San Diego, aunque mis padres son de origen mejicano. Mi infancia no fue del todo sencilla, el barrio en el que vivíamos era de clase baja y las bandas pululaban por las calles como si fueran sus dueños, y en cierta manera lo eran.

Hubo un par de veces en las que estuve a punto de convertirme en uno de esos pandilleros, no porque me gustara, o porque quisiera hacerme el machote, sino porque muchos de mis amigos se hicieron integrantes y me presionaban para que les siguiera. Pero mi madre me paró los pies a tiempo, seguramente salvándome la vida.

En el instituto no es que fuera un lumbreras, ni un empollón, pero conseguí sacar los estudios con una nota decente.

Con respecto a las chicas... bueno, mi primera experiencia fue cuando tenía quince años y desde ese momento no he parado. Me gusta follar, no lo voy a negar, por eso lo hago siempre que me apetece desde entonces. En mi adolescencia, durante los estudios en el instituto, tuve un par de relaciones serias, esto quiere decir que estuve más de seis meses follándome a la misma casi en exclusiva. Reconozco que no fui demasiado fiel, pero ellas tampoco lo eran. Simplemente lo pasábamos bien, éramos demasiado jóvenes para pensar en comprometernos tan rápido. Veía a compañeros que se colaban por chicas con las que querían pasar el resto de su vida, pero que luego no duraban. Yo, simplemente, era realista, tenía que vivir la vida y disfrutar de mi soltería antes de sentar la cabeza de manera permanente.

Me costó bastante conseguir una beca para poder ir a la universidad, pero era lo que mis padres deseaban, y yo... bueno me gustaba la idea de tener una carrera y poder llegar a ser alguien en la vida. Siempre me he alegrado de haber tomado esa decisión.

Una tarde durante mi primer año en la universidad, a mitad de curso, estaba holgazaneando en el césped del campus cuando una carcajada me llamó la atención. Dejé de oír la conversación que mis colegas estaban teniendo y me giré para ver a una preciosa pelirroja que reía por algo que un chico le estaba diciendo. Sus curvas esculturales, su piel blanca llena de pecas, la suave melodía de su voz y su precioso pelo rojo me cautivaron. Mi miembro se agitó violentamente y supe que hasta que no consiguiera meterla en mi cama no iba a quedarme tranquilo.

Durante los siguientes días fui preguntando a la gente que la conocía, llevándome una gran sorpresa con las respuestas que me daban. Había chicas que me decían que era una golfa, que se acostaba con todos los tíos que se le ponían a tiro. Pensé que lo único que les pasaba era que tenían celos de ella, no todo el mundo puede ser tan espectacular como aquella pelirroja. Les pregunté dónde la podía encontrar, a lo que me respondieron que no se perdía una fiesta de cualquiera de las hermandades, no hacía distinción.

Por el contrario, otras chicas me decían que era un encanto, que siempre que necesitaban ayuda ella se ofrecía. A estas también les pregunté si sabían dónde la podía encontrar, buscar a alguien en una fiesta concurrida era difícil (cosa que sabía a ciencia cierta porque ya lo había intentado). Me dijeron que la podía encontrar en la biblioteca de la facultad, allí pasaba las horas que no estaba en clase.

Me pareció curioso que me dieran dos visiones tan distintas de una misma mujer. La gente que se pasa las horas en la biblioteca no es la misma que sale de fiesta hasta altas horas de la noche. En lo que todo el mundo coincidía era en su nombre: Abby Jensen.

Fui a la biblioteca una tarde que tenía libre, era el último cartucho que me quedaba para dar con ella. Tras buscar por la sala la encontré en la sección de derecho. Estaba muy guapa vestida con unos vaqueros ajustados, una camiseta de tirantes de licra blanca y un bolígrafo entre sus carnosos labios. Me quedé embobado mirándola. Nunca había visto nada tan bonito, hasta que conocí a Mar, pero eso lo contaré más adelante.

Me senté en la mesa donde estaba la pelirroja mirándola descaradamente, a lo que ella me respondió con una mirada similar.

—Hola. ¿Necesitas algo? —me preguntó con una preciosa sonrisa.

—Sí —le respondí devolviendo la sonrisa—, necesito saber tu nombre.

—¡Vaya! Eso es ir directo al grano. Me gusta. Me llamo Abby. ¿Y tú eres?

—Yo soy Javier, pero llámame Javi.

—Encantada, Javi. —Me tendió una pálida mano por encima de la mesa y se la estreché—. Ahora que ya sabes mi nombre, ¿necesitas algo más?

—Ajá... necesito tu número de teléfono para poder llamarte para quedar.

Soltó una carcajada que hizo que nos echaran la bronca por el escándalo que estábamos montando.

—Me encantas, eres... descarado. ¿No te da miedo acercarte a mí?

—¿Miedo? ¿Por qué ibas a darme miedo?

—Pues... no sé. La mayoría de los tíos no se acercan por miedo a que les muerda o algo así. Y los que lo hacen son gais.

—¿Tienes pene?

Mi pregunta la desconcertó pero rápidamente respondió:

—No.

—¿Tienes la rabia? ¿Eres megacristiana? ¿Virgen? O ¿muerdes?

—No. No. No. Y de vez en cuando.

—Bueno, pues no tengo por qué tener miedo entonces. Venga, ahora que nos conocemos algo mejor dame tu teléfono para quedar.

—Esta noche mi compañera de habitación no va a estar, puedes venir a verme y hacerme todas las preguntas que quieras.

Empezó a recoger sus libros y a meterlos en su mochila. Pensé que no me iba a decir cuál era su habitación, que lo había dicho para darme largas, pero cuando acabó de recogerlo todo se acercó a mí y poniendo sus carnosos labios en mi oreja me susurró:

—Habitación 325. A las nueve te espero. Ven preparado.

Y sin más se marchó.

Me quedé allí un rato dándole vueltas a la cabeza, hasta que fui en busca de mis amigos. Por el camino pensé en lo contradictoria que puede llegar a ser una persona. Esa chica estaba en la sección de derecho de la biblioteca, en la que tenía entendido que pasaba mucho tiempo, pero luego por las noches iba a todas las fiestas que podía, y era lo suficientemente atrevida para invitarme a su habitación con las intenciones muy claras, ese «ven preparado» fue de lo más esclarecedor.

Me reuní con mis colegas en el sitio habitual y con un vistazo supieron que algo me había pasado, por la cara de lelo que traía. Me preguntaron por qué tenía esa sonrisa de gilipollas, a lo que les respondí sin dar rodeos:

—¿Conocéis a Abby Jensen?



—¿La pelirroja esa que está tan buena? —preguntó Mark. Asentí—. ¡Claro que la conozco! He intentado enrollarme con ella en varias fiestas pero no ha habido manera. Dicen por ahí que es bastante accesible, pero no conozco a nadie que lo haya conseguido.

—Eso quiere decir que, o es una estrecha, o muy exigente —sentenció Robert.

—Yo me inclino más por la segunda opción —dije enigmáticamente.

—¿Has quedado con ella? —inquirió Robert sorprendido.

—Solo os voy a decir que después de cenar desaparezco.

Me llovió un aluvión de alabanzas y burlas. Querían que les contara lo que había hecho para conseguir una cita con la chica más solicitada de toda la facultad, pero no les dije nada. Lo que había hecho era solo cosa mía y de esa preciosa pelirroja.

Esa noche apenas pude probar bocado, estaba deseoso de que llegara la hora en la que me reuniría con Abby en su habitación.

Llegué puntual a nuestra cita, excitado por las perspectivas de lo que podía pasar. Me abrió la puerta vestida con la misma ropa que llevaba cuando la vi en la biblioteca. Estaba preciosa.

—Un chico puntual. Eso está bien. Pasa.

Me abrió la puerta del todo y entré a una habitación no muy diferente a la mía.

—Bueno... —empecé a hablar sentándome en su cama —¿qué te apetece que hagamos?

Se giró lentamente con una sonrisa pícaro y me miró directa y abiertamente. Sus ojos verdes me observaban divertidos.

—Bueno, yo pensaba que habías venido para que lo pasáramos bien.

—¿Y qué tenías pensado?

Yo sabía lo que quería pero, como ella parecía tan exigente (o esa es la impresión que tenía), no quería dar el primer paso, prefería dejarle ese honor a ella. Por eso, cuando apartó mis manos de mi regazo donde las había apoyado y se sentó a horcajadas sobre mí y me besó apasionadamente me quedé sin habla. Ella también sabía lo que quería y yo estaba más que dispuesto a dárselo.

Aquella noche fue memorable. La hice mía y ella me hizo suyo, tres veces en la misma noche para ser exactos. Yo tenía lívido para ello y ella siempre ganas de más. Se mostró abierta y sincera con lo que quería que le hiciera y cómo lo quería.

Cuando a la mañana siguiente me desperté en su cama Abby tenía la cabeza apoyada en mi hombro mientras me abrazaba con brazos y piernas. Era muy hermosa, las pecas de su cara se marcaban mucho haciéndola preciosa.

Después de esa noche vinieron muchas más. Al principio no fue nada serio. Nos veíamos cada vez que podíamos y nos apetecía. Había veces que yo salía con mis amigos o ella con sus amigas y no nos veíamos. Pero, cuando coincidíamos en alguna fiesta, me pegaba a ella y no dejaba que nadie se acercara. Se puede decir que la consideraba mía, pero Abby era un espíritu libre al que no se podía atrapar.

En las primeras vacaciones de primavera que pasamos juntos me propuso irme con ella a Florida para conocer a sus padres.

—Oye... no sé si es buena idea —le dije cuando me lo propuso.

—¿Por qué no? Somos amigos. Tú no tienes planes para estas vacaciones y a mis padres les va a encantar conocerte. No te pido que vengas como novio, ni nada parecido. Solo vamos a pasarlo bien.

—Me da corte ir con tus padres.

—No sufras, Javi —dijo riendo—. En cuanto los conozcas te darás cuenta de que no son como tú crees.

Y me sorprendí. Yo esperaba a unos padres sobreprotectores que me mirarían con lupa; pero por el contrario, lo que me encontré fue a una pareja que hablaba abiertamente de sexo con su hija y conmigo, y que me llevaron a una playa nudista. A pesar de que su padre me advirtió, a su manera, me lo pasé en grande esa semana.

Abby me contó la historia de sus padres mientras volvíamos en avión a San Diego. Esto me hizo comprender por qué ella era así, e hizo que me gustara más como persona. También me confirmó que era exigente con sus relaciones, por muy abierta de mente que fuera no se iba a la cama con cualquiera. No le importaba dar la apariencia de ser ligera porque la gente que lo decía, o ansiaba ser como ella, o anhelaba meterse en su cama; en ambos casos no lo conseguían.

Las semanas y los meses fueron pasando y seguimos viéndonos regularmente, prácticamente a diario, siempre que los estudios nos lo permitían. No me enamoré de ella. ¿La quise? Sí, sin duda, pero no era amor. Sentía un instinto de protección hacia ella que me volvía receloso. Algunos tíos se acercaban a ella, lógicamente, era (y es) una mujer despampanante y, aunque le dejaba su espacio, examinaba con lupa y recelo a esos cabrones

atrevidos.

Una tarde, en la que estábamos sobre el césped del campus, yo sentado y Abby tumbada con la cabeza sobre mis piernas, tan guapa y radiante como siempre, se me ocurrió preguntarle algo que me llevaba rondando en la cabeza unos cuantos días:

—Abby, quería comentarte una cosa. —Abrió los ojos y me miró sin perder un ápice de su sonrisa—. Unos colegas me han hablado de un bar... bueno, no es exactamente un bar, es... un club de intercambio. Y...

—Quieres saber si iría contigo.

No era una pregunta. La miré alucinado, esta mujer no dejaba de sorprenderme. Asentí con la cabeza inseguro. Ella se levantó y se sentó sobre mí con una pierna a cada lado de las mías. Me agarró la cara entre sus manos y me besó con fuerza.

—Me encantará ir contigo —dijo separando sus labios de los míos.

Fuimos en varias ocasiones, a los dos nos gustaba disfrutar mientras otros nos miraban, o dejar que alguien se nos uniera. Nos daba igual que fuera un hombre o una mujer. Abby sabía disfrutar de ambos sexos y hacerlos gozar de tal manera que siempre que íbamos querían repetir, pero nosotros no, nos gustaba probar cosas nuevas.

Cuando llevábamos más o menos un año con nuestro arreglo conocí a una preciosa morena. Hablé con ella, la invité a tomar una copa, pero no la perseguí ni averigüé tanto de ella como había hecho con Abby. A ella quería conocerla preguntándole directamente. No quería llevar ideas preconcebidas. Cierto es que con Abby me había salido bien, pero mujeres como ella no había dos en un mismo sitio.

Esa misma noche también quedé con Abby para tomar algo, fue un viernes caluroso y nos apetecía salir a tomar el fresco.

—He conocido a una chica —le dije tras la segunda cerveza.

—¿Quién es? ¿la conozco?

Tuve que esperar a que el alcohol entrara en mi cuerpo para lanzarme a contárselo, mientras que ella no me respondió con voz de reproche, ni con malicia, ni celos. Su interés era auténtico. Eso era lo que más me gustaba de ella. Si decía que lo nuestro no iba en serio era verdad. Éramos amigos con derecho a roce, nada más. En ese momento supe que podría contar con ella siempre, cualquier problema o inquietud se lo podría contar sin que me juzgara o me reprochara nada.

—Creo que no la conoces. Se llama Mar y ha entrado este año.

Le hablé de Mar, le conté lo que sabía de ella y le contesté a todas las preguntas que me hacía. Pero en ningún momento se puso celosa. Su interés era genuino y eso me encantó. Que yo hubiese encontrado a una mujer a la que quería conocer un poco más no impidió que bebiésemos mucho, que bailásemos más y que acabásemos follando como locos desesperados en mi habitación.

Mis amigos me preguntaban una y otra vez cosas sobre Abby, pero nunca les dije más de lo estrictamente necesario. Me sentía algo superior a ellos por haber podido conseguir a la pelirroja explosiva que todos los tíos querían, pero, aun así, no alardeaba de ello. Abby era algo más que una tía a la que te tiras una noche, éramos amigos y quería que siguiera siendo así. Además, nuestra intimidad era exactamente eso: NUESTRA.

La noche que salí con Mar a tomar esa copa que teníamos pendiente le pedí ayuda a Abby con la ropa. Ella me animó y me dio un par de consejos. Parecía mi hermano mayor enseñándome a ligar.

Cuando volvimos Mar y yo a la residencia no sabía exactamente qué hacer. Me moría por besarla, por sentir su sabor, por enredar mi lengua con la suya, por poder inspeccionar todo su cuerpo y poder grabar en mi mente cada curva de su figura. Lo que más ansiaba era perderme en su interior y notar cómo apretaba mi miembro mientras entraba una y otra, y otra, y otra vez en ella. Notaba que había algo entre nosotros, esa energía de la que todo el mundo habla.

—Gracias por esta noche —habló Mar—. Me lo he pasado muy bien.

—Ha sido un auténtico placer.

Se acercó a mí y me besó. No fue un beso desesperado ni fogoso como los que me daba Abby, pero aun así me caló hondo. Puse mis manos en su cintura y la acaricié levemente, no pude resistirme. Después de unos minutos me separé de ella, le prometí que la llamaría y me marché.

Las cosas con Mar fueron avanzando deprisa, pero de manera segura. Nos fuimos conociendo y haciéndonos amigos. Eso sí, a la segunda vez que salimos ya la metí en mi cama. Me dejó alucinado con lo fiera que podía llegar a ser.

Le conté la relación que mantenía con Abby y le aseguré que no había vuelto a meterme en su cama desde que salimos la primera vez. No le molestó que siguiera quedando con ella, incluso le resultaba curioso la relación que teníamos. Cuando le presenté a Abby estaba algo nervioso, me importaba mucho lo que mi pelirroja pensase de Mar. No quería tener que

elegir entre mi mejor amiga, a la que quería mucho, y la mujer con la que quería estar. Pero mis preocupaciones cayeron en saco roto, Abby se llevó estupendamente bien con Mar y viceversa, desde el primer momento.

Poco después Abby empezó a salir con un tal David. Tenía fama de ser un tío tranquilo y responsable, pero eso no evitó que yo le hiciera un tercer grado. Por desgracia, mi escrutinio falló. Poco a poco Abby se fue alejando de nosotros sin darnos ninguna explicación. Por suerte yo contaba con la compañía y el apoyo de Mar, si no me habría vuelto loco.

Tiempo después, cuando ya acabamos la carrera, Abby se fue a vivir con ese tío al que yo odiaba. Estaba más que convencido que era culpa suya que Abby se distanciase de nosotros. Mar estaba también muy frustrada. Le había caído tan bien que la consideró su amiga desde el primer momento en el que hablaron. Abby se fue aislando, aunque sus demás amigos la dieron de lado Mar y yo nos mantuvimos ahí para ella. Sabíamos que si nos necesitaba nos llamaría y nosotros acudiríamos raudos. No le guardábamos rencor para nada.

Por eso al recibir la terrible llamada fuimos volando a su lado. Entré en su apartamento y se me calló el alma a los pies cuando la vi.

—¿Qué te ha hecho ese cabrón?

Tenía la cara hinchada, el labio roto y un ojo que empezaba a ponerse morado. Quería ir a buscarlo y matarlo a golpes, de hecho, Mar me detuvo cuando me disponía a hacerlo.

—Ahora no, Javi. Tenemos que llevar a Abby al hospital —me dijo Mar deteniéndome en la puerta.

Tenía razón, debíamos llevarla al hospital. Cuando me aseguraron que estaba bien hice uso de los contactos de mi antiguo barrio para encontrar a David. A los pocos minutos lo encontraron y fui a por él. Esta vez Mar no me detuvo, ni intentó persuadirme para que no lo hiciera, ella quería que fuese en su busca tanto como yo.

Encontré a David en un bar tomándose unas copas tranquilamente mientras le tocaba el culo a una rubia. La imagen de la hinchada y amoratada cara de Abby hacía que mi sangre hirviera. Me acerqué a él, le agarré del cuello y estampé su espalda contra la barra. La rubia que estaba más que contenta de ser sobada por ese cabrón empezó a gritar, varios hombres que estaban allí se acercaron raudos para separarnos, pero ante el grito que di se detuvieron.

—¿Te gusta pegar a mujeres indefensas?! Ahora te vas a enfrentar a mí.

—¿Qué coño estás diciendo?! Yo a ti no te conozco de nada —gritó

ante mi cara descompuesta.

—No, no me conoces, pero lo vas a hacer. La próxima vez que quieras levantarle la mano a Abby, o a cualquier otra mujer, te lo pensarás dos veces.

Y le pegué.

Descargué toda mi ira contra su rostro. Pensaba dejarle la cara desfigurada. Le haría el triple de daño del que él le había hecho a mi pelirroja. La gente se arremolinó a nuestro alrededor, pero nadie se interpuso. Habían oído lo que había dicho y comprendieron que se merecía lo que le estaba dando y mucho más.

Abby presentó una denuncia y la policía fue a buscar al cabrón mal nacido. El policía que vino después a mi apartamento, para comunicarnos que habían detenido a David, me llevó a un rincón y me dijo que ese cabrón había querido presentar una denuncia contra mí por la paliza que le había dado, pero que no le habían hecho caso. Fueron al bar donde ocurrió y la gente que lo vio todo aseguraron que fue David el que dio el primer puñetazo, por lo que yo quedaba como el agredido y no como el agresor.

Por aquella fecha mi relación con Mar estaba consolidada. Vivíamos juntos en un pequeño apartamento. Lo cierto es que cuando la vi cuidar y consolar a Abby terminé de enamorarme de ella. Siempre he reconocido que quise a Abby (y aún la quiero), que la protegeré con todo mi ser, pero nunca me enamoré de ella. Sin embargo, a Mar la amé como nunca antes lo había hecho. Se convirtió en el centro de mi mundo. Un mundo del que sabía que nunca podría dejar salir a Abby.

Mi pelirroja, poco a poco, se fue recuperando. Fue volviendo a mostrar su preciosa sonrisa y siendo ella de nuevo, aunque no dejó de recelar de todo hombre que se acercaba a ella. Ya no quería de ellos nada más que un orgasmo, o los que le pudieran dar en una noche. Buscó un apartamento a medio camino entre su trabajo y nuestra casa, no estaba preparada para alejarse de nosotros, ni nosotros estábamos listos para dejarla marchar.

Con el tiempo todo volvió a la normalidad. Abby volvió a ser feliz con su vida, y Mar y yo íbamos más en serio que nunca. Estuve más que convencido de que pasaría el resto de mi vida con ella, que la conocía por completo, pero no era del todo cierto.

Una noche llegué de trabajar en el bar y me encontré a mi morena esperándome con la cena en la mesa.

—Javi, tenemos que hablar. Hay... hay algo que debo contarte —me dijo cuando entré.

Algo en su mirada me puso tenso, pero no me dio miedo, confiaba en ella y en nuestra relación.

—Tú dirás —dije sentándome frente a ella.

—Verás, esto es algo difícil de contar. No sé por dónde empezar. — Suspiró armándose de valor—. Sabes que te quiero y cuando lo digo es de corazón, pero hay algo que no sabes de mí.

—Vale, pues cuéntamelo.

—Soy bisexual —soltó a bocajarro.

—¡Guau!, esto sí que no me lo esperaba.

Me quedé mirándola durante unos minutos, unos largos y silenciosos minutos. No tenía claro qué decirle.

—Di algo, por favor —suplicó.

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé. ¿Te molesta?

—La verdad es que no —respondí sinceramente—. Me sorprende, sí, pero mientras que solo esté yo en tu vida, no me molesta.

—¿Qué quieres decir con eso de que mientras solo estés tú en mi vida?

—¿Estás con alguien más? ¿Hay alguien que se meta en tu cama aparte de mí?

—¡Por supuesto que no!

—Bien, eso es lo único que necesito saber.

—Pero... —continuó compungida—, no puedo evitar fijarme en las mujeres que nos rodean...

—¿Me estás diciendo que quieres acostarte con ellas?

—No, eso no es lo que digo, exactamente.

—¿Entonces...? —la alenté a seguir hablando.

—Lo que quiero decir es que me gustaría que tú y yo...

—¿Quieres que hagamos un trío? —le pregunté gratamente sorprendido.

—Sí, pero solo si tú quieres, claro. Si no te gusta la idea, no pasa nada.

Tú eres más que suficiente para mí.

—¿Y has pensado en alguien en particular?

La mirada que me dirigió me dijo todo lo que necesitaba saber. Entendí en quién había pensado y eso me hizo sentir más que bien.

—Has pensado en Abby, ¿verdad? —Asintió un poco avergonzada—. Vale, me encanta la idea de tener a mis dos chicas juntas. No te preocupes, Abby se apuntará seguro. Yo hablaré con ella.

Y lo hice. Hablé con Abby y unos días después disfruté de una de las

noches más memorables de mi vida. Ver como Mar hacía disfrutar a Abby y viceversa; cómo ambas se afanaban por hacerme disfrutar a mí; cómo estaban pendientes de mí, no solo de ellas, es un recuerdo que siempre tendré en mi cabeza.

Esa no fue la única noche que compartimos, siempre que nos apetecía nos veíamos. Cuando salíamos de marcha tendíamos a acabar enredados los tres. Esto me extasiaba más que ninguna otra cosa. Mis chicas se llevaban más que bien y esto me daba libertad para poder comportarme con Abby como lo hacíamos en la universidad. No había celos en la mirada de Mar cuando bailaba muy apretado con Abby, todo lo contrario, su mirada desprendía excitación. No había malos entendidos cuando ellas dormían juntas estando solas, o cuando Abby se quedaba a dormir conmigo cuando Mar iba a visitar a su familia.

Me encantaba saber que por fin había encontrado a la otra mitad de mí. Pero todo cambió cuando Abby fue a hacer una de sus poco habituales sesiones de fotos. Allí conoció a un modelo que pecaba de soberbia. Era la clase de hombre de la que ella siempre huía. Nunca he dudado de su criterio, la experiencia que tuvo con David fue más que suficiente para volverse cauta con respecto a ellos. Que al final sucumbiera a ese *modelucho*... no me gustó. Aun así, le di un voto de confianza.

Intenté hablar con ella, pero a Mar no le pareció bien que me metiera en medio.

—No es asunto tuyo —me dijo Mar cuando le conté lo que quería hacer—. Abby ya es mayorcita y puede hacer lo que quiera con su vida.

—Mar, no pienso dejarla sola. Tú sabes lo que pasó con David. No puedo permitir que eso se repita.

—Tú no eres responsable y no puedes hacer nada. Debes dejar que se equivoque y aprenda de ello.

—No puedo, Mar. No puedo verla sufrir.

—Eres su amigo. Lo único que puedes, y debes hacer, es estar a su lado y apoyarla. Por mucho que la queramos no podemos inmiscuirnos.

Me cabreeé con ella y me largué de casa. Me jodía mucho que tuviera razón. La posibilidad de ver a Abby sufriendo de nuevo me aterrorizaba.

Pero, por suerte, estaba equivocado. Damien (que así se llamaba el susodicho) no era mal hombre, aunque metió la pata más de una vez.

Pero como siempre la jodida vida tiene que ser retorcida. Una tarde volvía de trabajar cuando recibí una llamada de Jhon, el mejor amigo de



Damien, que se había convertido en otro tanto de Abby. Me dijo que mi pelirroja estaba en el hospital. David la había estado esperando a la salida del trabajo y la había agredido otra vez.

Quise hacer mil cosas a la vez: ir a ver a Abby, llamar a Mar, ir a buscar a David y matarlo... Muchas cosas por hacer y poco tiempo para decidir cuál era la adecuada. Me decanté por lo que me dictó mi corazón, que fue ir corriendo al lado de Abby. Jhon estaba con ella y me informó de su estado. Estaba bien, aunque dolorida. Mi pelirroja me hizo prometer que no volvería a acercarme a David. Jhon ya le había dado su merecido en una ocasión anterior. No estaba de acuerdo, la ira me recorría el cuerpo entero, pero la prioridad para mí era ella. Esto no impidió que le pidiera un favor a un amigo de mi antiguo barrio.

Tras esto todo volvió a la rutina. Mar y yo cada día estábamos más unidos, si eso era posible. Abby volvió a estar con Damien y, a pesar de mi reticencia, la apoyé al ciento por ciento.

Después llegó la sorpresa de la boda. Esto sí que no me lo esperaba, pero aun así estuve con ella el día más importante de su vida. Siempre acompañado de mi preciosa novia. No sé lo que habría sido de mí sin Mar. Seguramente me habría vuelto loco, o habría terminado en la cárcel.

Ahora que mi pelirroja es feliz y que todos sus problemas de pareja se han solucionado yo estoy más centrado en mi vida, en mi chica. Ver a Abby y Dam tan felices y compenetrados me hace reflexionar. ¿Es posible que el matrimonio sea capaz de darte esa seguridad? A pesar de que los comienzos de esa etapa de la vida de mi amiga no fueron fáciles, ahora, un año después de ello, me demuestra que todo puede ir bien.

En este momento, más que nunca, empiezo a plantearme si eso es lo que quiero tener yo con Mar. ¿Un papel firmado puede cambiarme tanto la vida? No lo sé, esa pregunta me ronda la cabeza día y noche, aunque la respuesta únicamente me la puede dar mi chica, solo he de encontrar el momento perfecto para planteárselo a Mar. Solo ella puede quitarme este peso de encima.

Ahora vamos a cenar a casa de Abby, por lo visto tiene algo importante que contarnos. Aprovecharé esta cena para transmitirle a mi amiga mis miedos y dudas. Ella me ayudará a elegir el mejor momento y la mejor manera de hacerlo.

# Capítulo 1

Solo tengo que esperar cinco minutos, pero se me van a hacer eternos. Estoy en el cuarto de baño de nuestra habitación esperando a que pasen los cinco minutos que me van a confirmar lo que ya sé: que estoy embarazada.

Hoy celebramos nuestro primer aniversario de bodas. Llevábamos un par de meses juntos y acabábamos de reconciliarnos de la que fue la primera gran discusión que tuvimos cuando me pidió matrimonio.

Fue cuando vi a David por última vez. Salía del trabajo en una nube porque ese día Damien me había mandado un precioso ramo de flores con el que me proclamaba su amor a voz en grito, y con el que me enamoró más de lo que ya estaba de él. Iba contenta, feliz, enamorada, me sentía como la princesa de un cuento de hadas. Pero como en todos los cuentos siempre hay alguna tragedia a la que la princesa debe enfrentarse, y la mía era él. David me esperaba en la calle e intentó llevarme con él a la fuerza. Cuando me negué a obedecerlo me pegó hasta que caí al suelo y se ensañó con mi pequeño cuerpo. No era la primera vez, pero sí que fue la última. No he vuelto a saber de él desde que entró en prisión por diez años, cosa que me alivia sobremanera.

Cuando aquello pasó necesité a Damien más que a cualquier otra persona. Le llamé, pero me despachó como si fuese una vendedora de lámparas mágicas. Ese momento fue uno de los peores de mi vida, aunque no el peor...

Después de eso me marché un mes de vacaciones a casa de mis padres en Florida. Necesitaba alejarme de todo para intentar aclararme las ideas. Durante el tiempo que estuve disfrutando de mis padres, y mis sobrinos, llegué a la conclusión de que amaba a Damien más de lo que había amado a nadie en toda mi vida, por lo que cuando apareció sin previo aviso junto a mi toalla, en la playa, creí que sufría una alucinación. Pero todo era muy real. Damien había ido a la otra punta del país simplemente para estar conmigo.

En ese momento le perdoné todo, aunque no sin antes hablar con él sobre el tema. La reconciliación no pudo ser inmediata, a pesar de las ganas que teníamos, ya que estábamos en un sitio público (en la playa concretamente) y con nosotros estaba mi pequeña Ann. Tuvimos que esperar

a llegar a su hotel para desatar toda la pasión que ardía a fuego lento en nuestro interior. Pero la espera mereció la pena.

Una semana después de esa maravillosa sorpresa, tras la segunda visita al *Paradise* (el local de intercambio de parejas al que acuden mis padres con regularidad), me pidió que me casara con él. En un primer momento pensé que era una soberana locura, apenas nos conocíamos y acabábamos de superar una separación de dos semanas. Las dudas duraron solo dos segundos, enseguida comprendí y acepté que Damien era el hombre de mi vida y que sin él no podría seguir adelante, por lo que acepté alegremente.

Tras una semana de preparativos estaba caminando al altar con mi vestido blanco y mi ramo de rosas verdes. Ese fue el día más feliz de toda mi vida. Bueno uno de ellos, el día de hoy será otro día para el recuerdo.

Miro el reloj; ya han pasado los cinco minutos. Examino el test, compruebo las instrucciones y una lágrima se me escapa al confirmar que una pequeña criatura crece en mi interior. Entusiasmada salgo corriendo del baño y escondo la prueba de embarazo en el cajón de mi mesilla de noche. Todo lo demás lo tiro a la basura rezando para que no lo vea antes de esta noche.

Mi querido marido aún no ha llegado a casa. Mientras estaba en la oficina me ha llamado para confirmarme que tenemos una reserva para cenar, aunque no me ha querido decir dónde me va a llevar. También me ha informado de que llegaría un poco más tarde de lo normal, pero me ha asegurado que a las ocho estaría listo para que nos fuésemos de celebración.

Abro el grifo de la ducha para meterme bajo la cascada de agua caliente con una enorme sonrisa. Parece que fue ayer cuando nos encontrábamos saciados en el sofá tras hacer el amor como locos, ese fue el momento elegido por Damien para decirme que quería que tuviésemos un hijo. Al contrario de lo que pasó cuando me pidió matrimonio, le dije que no sin dudar.

No era el momento para ello. Quería ser egoísta un poco más, le quería solo para mí durante un tiempo. Y menos mal, porque poco después tuvimos que enfrentarnos al peor momento de nuestro corto matrimonio. Pero no quiero pensar en eso ahora, no voy a permitir que nada empañe este feliz momento.

Me estoy lavando el pelo con calma cuando le noto a mi espalda. Mi piel se eriza por la electricidad que siempre fluye en el ambiente cuando estamos en la misma habitación. Abro los ojos para deleitarme con la visión más magnífica que existe: Damien White desnudándose. Un mechón de su negro cabello cae sobre su frente. Tiene la mirada fija en sus manos de largos dedos

que se afanan en desabrochar los botones de su camisa. Su piel bronceada por el sol va quedando poco a poco a la vista de mis golosos ojos. Aún no se ha percatado de que le estoy mirando porque sigue con la mirada baja, ahora está centrado en desabrochar sus vaqueros. Sonriendo vuelvo a ponerme bajo el agua, haciendo como si no le hubiera visto. Durante los minutos que paso sola, recuerdo la sonrisa de Klaus, mi entrenador de boxeo, cuando le dije que tenía que dejar los entrenamientos, aunque no le dije que era porque quería ser madre, le puse la excusa del trabajo y los viajes de Damien.

Sigo disfrutando de mi ducha hasta que pasa sus suaves manos por mi cintura, apretando su esculpido cuerpo contra el mío.

—Hola, mi vida —susurra besándome en el hombro—. Ven a la bañera conmigo.

Su petición me sorprende. Me giro en sus brazos para mirar esos preciosos ojos azules. Hay algo que perturba su mirada y no me gusta.

—¿Qué te ocurre? —pregunto acariciándole la cara.

—Tranquila, solo quiero hablar.

Cierra el grifo de la ducha y me lleva a la bañera, que no me había dado cuenta de que estaba llenando. Me tiende la mano para ayudarme a entrar. Seguidamente se acomoda tras de mí y aprieta mi espalda contra su pecho.

Acaricia mis brazos lentamente arriba y abajo. El contacto es relajante y, unido al agua caliente y al cansancio que tengo acumulado del todo el día, hace que cierre los ojos suspirando. Su relajante caricia deja mis brazos y pasa a mi estómago.

Cuando pasa sobre mi barriga (donde ya sé que está nuestro bebé) recuerdo cómo tomé la decisión de regalarle lo que más quiere. Fue hace cuatro meses. Leí en Internet que las mujeres que llevan mucho tiempo tomando la píldora anticonceptiva pueden tardar un tiempo en estar preparadas para concebir. Así que ese mismo mes decidí dejar de tomarla. Al hacerlo nunca pensé que solo tardaría tres meses en conseguirlo. Pero no me arrepiento en absoluto. Además, ha llegado en el mejor momento.

—Nena. —Dam me devuelve al presente—. Tengo algo que contarte.

No me gusta el tono triste de su voz. Me giro haciendo que el agua se desborde y me siento a horcajadas sobre su mojado cuerpo.

—Bien. Cuéntame.

Dobla las piernas para que me pueda apoyar en ellas mientras coge mis manos que empieza a acariciar con los pulgares.

—La reunión que he tenido hoy, la que me ha hecho llegar tarde para

ducharme contigo, ha sido porque quieren que grave un anuncio para la campaña del nuevo perfume de Dolce & Galbana.

—¡Oh! —Solo digo eso. Sé perfectamente lo que esto significa.

No ha vuelto a irse más de dos días desde que nos separamos y estuvimos a punto de divorciarnos. Por ello, pensar que se tenga que ir durante un tiempo..., no me gusta en absoluto.

—¿Cuándo te vas? —es lo único que pregunto.

—En una semana.

—¿Por cuánto tiempo?

—Dos semanas.

¡¿Dos semanas?! Esto sí que no me lo esperaba. Pero... con una semana de antelación me da tiempo a pedir las vacaciones, ya que aún no he pedido ni un solo día en el trabajo. Me corresponden por contrato cuatro semanas, así que puedo coger dos semanas ahora y guardarme el resto para las navidades. Con esta decisión ya tomada cojo su cara entre mis manos y le beso. No pienso permitir que esto arruine nuestra noche.

—Vale. —Me separo de él para ver su reacción ante lo que estoy a punto de decir—. Necesito que me digas qué día salimos y cuál regresamos para avisar en el trabajo el lunes.

Como esperaba tarda unos segundos en reaccionar, pero en cuanto asimila lo que le he dicho una gloriosa sonrisa se dibuja en su cara.

—¿Vendrás conmigo? ¿De verdad?

—Si quieres que vaya... ¡por supuesto!

—Joder, nena. —Tira de mí para abrazarme—. ¡Claro que quiero que vengas! No creo que pudiese soportar estar tanto tiempo lejos de ti.

Me estrecha con más fuerza mientras empieza a besar mi cuello, baja a mi hombro y vuelve a subir. El fantasma de lo que pasó la última vez que tuvo que salir fuera del país por trabajo nos atormenta a los dos. Me ha costado mucho volver a confiar en él, y él se ha esmerado en ganarse mi confianza otra vez. Pero aun así la duda y el miedo se ciernen sobre nosotros si debe salir de viaje más de dos días seguidos.

Sonriendo para aligerar la desazón que los estúpidos pensamientos están creando, acaricio su cara cubierta por una barba de varios días. No me gusta cuando por cosas de trabajo, debe afeitarse. Su cara es suave como la de un niño, pero la barba que habitualmente lleva me gusta más. Sobre todo cuando me hace cosquillas en el interior de mis piernas.

—Te quiero, nena.

Nos volvemos a besar con dulzura, poco a poco el agua que estaba quedándose fría vuelve a calentarse. Nuestras lenguas se buscan juguetonas. Llevamos algo más de un año juntos, pero todos y cada uno de los besos que me da son perfectos. Me aprieto más contra él, todo espacio es demasiado entre nosotros. Noto como su ya endurecido miembro se sacude apretado entre nuestros cuerpos. Haciendo fuerza con las piernas me levanto lo suficiente para colocarlo en su sitio y descendo lentamente hasta que está completamente en mi interior. Suspiro extasiada.

Empezamos a movernos al unísono. Despacio, disfrutando del momento. He oído que cuando la mujer está embarazada al hombre le da miedo hacer daño al bebé (ni que fueran elefantes), y el sexo queda relegado a un segundo plano. Solo espero que eso no nos pase a nosotros porque es posible que termine atando a Dam a la cama mientras duerme para poder abusar de él a placer.

Me levanto despacio, bajo al mismo ritmo y hago un círculo con las caderas. Así una y otra vez. Nuestras bocas unidas se besan al mismo ritmo, saboreándonos como si fuese nuestra primera vez.

Por mucho que quisiera alargar esto no puedo contener más el orgasmo que pugna por salir. A la vez que lo libero suelto un gemido ronco y largo sin separarme de su boca. Me aprieta con más fuerza el trasero y me ayuda a subir y bajar con más energía hasta que su simiente me inunda por dentro. Me apoyo contra su cuerpo escondiendo la cara en su cuello, ahora sí que estoy muerta de cansancio.

—Me encanta bañarme contigo —jadea besándome el hombro. Río con debilidad, ni para eso tengo fuerzas—. Venga, mi vida, tenemos una reserva.

Gruñendo de disgusto me separo de él, le saco de mi interior y salgo de la bañera para prepararme.

Cuando termino de arreglarme cojo la cajita de terciopelo rojo que compré junto con el test (a juego con mi vestido) y meto la prueba de embarazo. Con la caja cerrada parece que en su interior se esconde una pulsera o algo por el estilo. Me quedo unos segundos mirándola, espero que le guste su regalo.

Bajo al comedor para encontrarme con mi marido sentado en el sofá. Va vestido con un traje negro y una camisa blanca con el primer botón desabrochado y sin corbata.

—Me gusta cómo te queda el rojo —elogia haciéndome sonreír.

Cuando hemos salido de la bañera me he encontrado sobre la cama un

precioso vestido de encaje rojo. Se ajusta a la perfección a mi cuerpo y el bajo asimétrico me tapa poco más que el trasero. Solo le puedo sacar un pero y es: que me aprieta en el pecho. Pero no se lo puedo decir aún. Él no tiene la culpa de que yo tenga el pecho hinchado.

Llegamos al reservado de un restaurante muy íntimo. Separa la silla para ayudarme a que me siente, después se sienta frente a mí. Un camarero bastante joven nos deja las cartas y se marcha sonriendo. Dudo qué pedir, todo tiene unos nombres la mar de apetecibles. Tengo entendido que las embarazadas no deben tomar marisco, por el mercurio, o algo así pero la palabra “langosta” me llama, así que voy a darme el último capricho.

La comida es exquisita, la boca me salivaba cuando vi la hermosa langosta y la saboreé como es debido. Apenas hemos hablado, las miradas, las sonrisas y las caricias de nuestras manos han sido más que suficientes, pero ahora llegan los postres y con ellos el gran momento de darle su regalo. Aunque voy a hacerle sufrir un poco más mientras saboreo una rica tarta de fresa.

—Tengo algo especial para ti —digo como si nada metiéndome otro delicioso trozo de tarta en la boca.

—Yo también. —Sonríe—. Primero yo.

Me tiende una cajita plana y cuadrada. En la parte superior tiene el nombre Tiffany & Co. grabado.

—Dam...

—Tú solo ábrelo.

Hago lo que me ordena para encontrar un colgante en forma de rosa de color verde con una fina cadena de platino.

—Dam, es precioso.

Se levanta, coge la cadena del estuche y lo pone alrededor de mi cuello. Empiezo a llorar, las lágrimas salen de mis ojos en torrente sin que lo pueda evitar.

—Cariño, —Se agacha ante mí preocupado—, ¿por qué lloras?

No puedo contestar. Nunca pensé que podría llegar a ser tan feliz con alguien. Estuve a punto de apartar de mi lado a este maravilloso hombre cuando casi firmé el divorcio. Menos mal que no lo hice, habría sido el mayor error que hubiese cometido en mis casi treinta años, más grande incluso que haber conocido a David.

—Nena, tranquila. Me estás asustando.

Coge su silla y se sienta a mi lado para poder abrazarme con fuerza.

—Si no te gusta lo podemos cambiar. No hay problema.

—No... es precioso. —Al fin la voz vuelve a mí—. Perdona, es que... es que soy muy, muy feliz, Dam.

—¡Menos mal! Pensé que era por el regalo, que no te gustaba.

Apoya las palmas de sus manos en mi cara y me besa suavemente.

—Ahora me toca a mí. ¡Estoy impaciente! —exclama pasando los pulgares por debajo de mis ojos secándome las lágrimas.

Saco su regalo de mi bolso y se lo tiendo con una gran sonrisa. Mira la caja y me mira a mí alternativamente durante unos segundos, hasta que se decide a abrirla. Su cara refleja la sorpresa cuando ve lo que hay dentro, cosa que hace que me ría.

—Pero... Esto... ¿Cómo?... —Se ha quedado bloqueado—. Nena, esto... ¿esto quiere decir...? ¿Qué quiere decir esto? —pregunta confuso.

—Esto, mi amor, quiere decir que vas a ser padre.

—¿Hablas en serio? —Una solitaria lágrima escurre por su mejilla.

—Lo siento, pero si no te gusta este regalo no se puede cambiar.

Me mira y sonrío. Se acerca a mí agarrando mi cara y me besa con tanta ternura que casi me hace llorar de nuevo. El beso dura lo que a mí me parece una eternidad.

—¿Esto quiere decir que te gusta tu regalo? —pregunto junto a sus labios.

—No podrías haberme regalado nada mejor. Pero... creía que tomabas la píldora.

—La tomaba, sí, pero hace tres meses decidí que ya estaba preparada para dar el paso de dejarlas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque quería darte una sorpresa. ¿Lo he conseguido?

—¡Ya te digo si me has sorprendido!

Pagamos la cuenta sin dejar de sonreír y de tocarnos para volver a casa en silencio. Mientras Damien conduce, apoya una mano en mi vientre y lo acaricia suavemente.

Llegamos a casa aún sin haber dicho ni una sola palabra, pero sonriendo. Aparca en el garaje, tras lo que se baja para ayudarme a hacer lo propio. Cierra la puerta del coche y, sorprendiéndome, me levanta como si fuéramos recién casados para llevarme a la habitación.

Me deja en el suelo con cuidado, empezando a desnudarme. Cuando toda mi ropa está esparcida por el suelo se desviste él y me tumba en la cama.



Tras ponerse entre mis piernas acerca su cara a la mía. Su mirada es intensa y está llena de amor y ternura a pesar de que su erección se aprieta entre nuestros cuerpos.

—Hoy ha sido un día perfecto —susurra aún mirándome.

—Quién nos iba a decir hace un año que estaríamos hoy aquí, los dos tumbados en nuestra cama celebrando el primer aniversario de muchos.

—Te equivocas. —Sonríe como nunca le he visto—. Lo estamos celebrando los tres.

Acerca sus labios a los míos y me lanzo desesperada a por su boca.

Hace poco más de un año estaba en Florida, en casa de mis padres, sufriendo, porque Dam no estaba conmigo. Martirizándome una y otra vez por lo que me hizo sufrir cuando le llamé tras haber sido agredida por David (mi ex novio) y Damien no contestó por estar cenando con Paula (su ex novia). A la vez me cabreaba mucho echarle de menos. Sentía que me había fallado y lo único que quería era odiarle. Pero no pude y hoy, un año después, acabo de darle la noticia de que vamos a ser padres. La vida da muchas vueltas y si no tienes cuidado te puedes marear.

—Nena. —Separa levemente nuestras bocas—. Me muero de ganas por hacerte el amor, ¿puedo?

Suelto una estrepitosa carcajada.

—No es a mí a quien debes preguntar —murmuro risueña.

—Tienes razón. Separa las piernas que voy a hablar con nuestro bichito.

Vuelvo a reír mientras hago lo que me pide. Baja la cabeza repartiendo besos por todo mi cuerpo hasta que llega al centro de mi deseo.

—Hola, bichito —le dice a mi vagina con cara seria—. Soy tu padre y quería saber si te molesta que le haga esto a tu madre.

Río como una loca al oír el tono solemne de su voz. Pero la risa se me corta al instante cuando pasa muy despacio la lengua desde la húmeda entrada de mi cuerpo hasta mi clítoris.

—Parece que no te molesta —susurra pegado a mí.

Vuelve a repetir el exquisito movimiento haciéndome jadear. Todo lo que hace en la cama es perfecto. Esto no quiere decir que fuera de ella no sea bueno, es simplemente humano y, como todo el mundo, comete errores.

Los movimientos de su lengua ahora se centran en mi clítoris. Son movimientos rápidos. Arriba, abajo. Derecha, izquierda.

—Ahora no te muevas, bichito —susurra de nuevo.

A los movimientos de su lengua se une un dedo entrando en mi interior.

Lo mueve con cuidado, casi con miedo de molestar a su bichito. Todo es más suave de lo que suele ser, aunque igual de excitante, por lo que cuando entra en mí un segundo dedo estallo gritando su nombre.

—Joder, nena. Me pone mucho oírte gritar.

Aún notando los restos de mi orgasmo, siento como empieza a subir besando mi cuerpo, hasta que llega a mi boca. Sin demorarse empieza a penetrarme lentamente a la vez que me besa. El momento es perfecto. La velocidad de sus acometidas me vuelven loca. El movimiento de su lengua junto con la mía es una deliciosa tortura. Sin esperarlo, ni darme tiempo a reaccionar, un orgasmo atronador me asalta de nuevo. A pesar de éxtasis sigo notando sus meticulosas penetraciones. Paso las manos por su espalda que se escurren a causa del sudor incapaz de dejar de tocarle.

Poco a poco pierde el miedo a hacernos daño y empieza a aumentar el ritmo. Cada vez más rápido, pero no más fuerte. Aún sumido en el deseo, es capaz de dominar sus instintos más primarios.

—Vamos, nena. Dame el tercero.

Agarra uno de mis pechos y baja su boca para jugar con el pezón. Esto hace que gima con más fuerza. Tengo los pechos hinchados y sensibles por lo que la sensación incrementa mi excitación llevándome nuevamente al borde del orgasmo.

—Dam, cariño..., más fuerte, por favor.

—Nena... si acelero... me corro.

—Bien, corrámonos juntos.

Vuelve a besarme, esta vez con fuerza, bebiéndose mis gemidos. Cuando empiezo a notar su simiente caliente dentro de mí dejo salir la presión que tengo entre las piernas y llego al tercer orgasmo de la noche. Con la respiración trabajosa se derrumba sobre mí, aunque sin apoyar todo su peso.

—Tienes las tetas más grandes —dice Damien un rato después.

—Sí, y más sensibles, así que cuídalas.

—Por supuesto. —Suelta una carcajada—. Ya sabes lo que me gusta cuidar de ti. —Me da un tierno beso en los labios—. ¿Te he hecho daño?

—En absoluto.

Sale de mi interior y baja por mi cuerpo hasta posar los labios en mi vientre.

—Y a ti, ¿te he hecho daño, bichito? —Gira la cara para apoyar la oreja donde estaban sus labios—. Perfecto, dice que no.

Ahora soy yo la que ríe. Se ve que es feliz con la noticia, por lo tanto yo también soy feliz. Más de lo que podría imaginar. Repta de nuevo por mi cuerpo hasta apoyar la cabeza en la almohada, colocándose de lado para mirarme. Yo sigo bocarriba para dejar que la mano que sigue apoyada en mi vientre pueda acariciarme. Nos quedamos en completo silencio, simplemente mirándonos.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta un rato después.

—Ya te he dicho que estoy bien.

—No me refiero a ahora. Me refiero si tienes algún síntoma de esos que dicen que son típicos de los embarazos.

—¡Oh!, pues... la verdad es que no tengo náuseas, ni vómitos. Solo tengo mucho sueño, me pasaría el día entero durmiendo.

—Bueno, eso tiene remedio, date de baja en el trabajo y podrás dormir todo lo que quieras.

Pronto empieza con la tontería del trabajo, esto vamos a tener que dejarlo claro ahora antes de que vaya a más y termine cabreándome mucho.

—Dam, mi vida. Estoy embarazada, no enferma. No me pidas que deje de trabajar cuando me encuentro bien. El día que no tenga fuerzas, o no pueda, yo seré la que pida la baja y se quede en casa para dormir durante todo el día.

—No lo dudo, pero entiende que me preocupe por ti y por nuestro pequeñín.

Es muy tierno lo que me dice. No tengo que ser muy dura con él cuando lo único que quiere es cuidar de nosotros. Sonrío enamorada, le beso en los labios con suavidad y me acurruco contra su cuerpo.

Hemos cenado, hecho el amor, confesado grandes noticias y ahora es el momento de dormir y descansar. Ya mañana hablaremos de cómo vamos a dar la noticia a nuestras familias y, lo más importante, cuándo.

## Capítulo 2

Me despiertan unos suaves besos. No quiero abrir los ojos, estoy demasiado cómoda, no quiero que el día empiece. Y menos aún cuando quien reparte besos por todo mi vientre es mi exquisito marido.

—Deja de hacerte la remolona y déjame ver esos bonitos ojos que tienes.

—*Mmmm...* estoy demasiado cómoda. Déjame dormir un poquito más...

—Nena, es medio día. Llevas casi doce horas durmiendo.

Abro los ojos lentamente. Será medio día, pero quiero seguir un rato más en la cama, y si es con Dam más aún. Cruzo las manos por detrás de su cuello y tiro de él para atraerlo hacia mí. Mis instintos más primarios se han despertado y han relegado el sueño a un segundo plano. Ahora solo quiero sentir una cosa en mi cuerpo y no son precisamente las sábanas. Consigo hacer que se tumbe encima, aunque sin apoyar totalmente el peso sobre mí.

—Parece que ya te has despertado —murmura contra mis labios sin llegar a besarme.

—Sí, así que dame lo que necesito.

Suelta una carcajada e invade mi boca con su lengua. Cada beso que nos damos es perfecto. El primero que me dio fue en la galería de François, a la que acudí para ir a ver la exposición de las fotos en las que Damien y yo salíamos juntos.

En aquella ocasión necesitaba liberar la tensión que tenía acumulada tras el primer encontronazo que tuve con David desde hacía mucho tiempo. Ese día volví a recibir un bofetón de parte de ese cabrón. Pero todo eso terminó con Damien y conmigo en una habitación solos y follando como locos. Lo que propició ese polvo no fue agradable para nada, pero nos abrió un camino por el que pudimos ir a trompicones, pero pudimos superarlo todo por suerte.

Al contrario que aquel primer beso, este es tranquilo, relajado. Ahora tenemos todo el tiempo del mundo para disfrutar al máximo. Solo nos besamos, nuestras lenguas y nuestros labios son los únicos que se tocan. Al abrir los ojos pensaba que necesitaba verlo desenfrenado, creí que si no conseguía meter a Dam en la cama iba a explotar, pero ahora simplemente

necesito esto, un beso intenso lleno de sentimientos. Con la unión de nuestros labios nos lo decimos todo.

—Nena, no sabes cuánto te quiero —susurra sin separarse de mí.

De pronto noto cómo su miembro se aprieta contra mi entrada. Con el beso estaba contenta y satisfecha, o eso creía. Ahora que está casi entrando en mí ansío otra cosa. Le tiento levantando las caderas y consigo que entre levemente. Funciona. Empieza a penetrarme lentamente. No es el sexo desenfrenado que tanto nos gusta, pero con esto voy servida.

Nos movemos con calma, al unísono. Entra y sale con movimientos controlados. Somos perfectos el uno para el otro y con cada día que pasamos juntos queda más patente. Y ahora que en pocos meses vamos a ser una familia más aún.

—Dam... te... quiero —gimo sin control.

Sus arremetidas crecen de intensidad, hasta que sin esperarlo alcanzo un intenso éxtasis. Pero esto no hace que se detenga, al contrario, sigue entrando cada vez más rápido hasta que noto su orgasmo dentro de mí.

—Esto sí que es un gran despertar —le abrazo con brazos y piernas y le aprieto contra mi cuerpo. No quiero dejarlo escapar nunca—. Podría acostumbrarme a que me despiertes así todos los días.

—¿El embarazo te está convirtiendo en una caprichosa? —Suelta una carcajada que me alegra más el alma.

—No es un capricho, sino una necesidad. Desde que sé que tu hijo está dentro de mí te deseo a cada segundo.

Riendo de nuevo se levanta conmigo aún agarrada a su cuerpo y me lleva al baño. Me deja en el suelo frente a la bañera que está llena con un manto de espuma que huele deliciosamente a rosas.

—¿Lo has preparado para mí? —El romanticismo de este hombre siempre me sorprende.

—Sí, date un baño mientras pido algo de comer.

Sin dudarlo me sumerjo en el agua caliente con un suspiro. Veo como mi hombre se marcha desnudo dejándome en la gloria, aunque si se hubiese metido conmigo el baño habría sido mejor.

Tras lavarme el pelo y relajarme al máximo salgo para ir en busca de mi marido. Lo encuentro en la cocina preparando un par de platos con algo que parece pollo a la Kiev, además de una ensalada de lo más colorida.

—¡¡¡Qué bien huele!!! Estoy muerta de hambre.

—Siéntate, ya está todo listo.

Comemos en silencio. Nos miramos a los ojos, nos sonreímos, pero no decimos ni una sola palabra. Ver la felicidad que destellan sus azules ojos es todo lo que necesito saber. Cuando terminamos recogemos la mesa juntos. Después nos sentamos en el salón, tenemos un par de cosas sobre las que hablar.

—Bueno, ¿cuándo quieres que vayamos a Florida para darles la noticia tus padres?

—Mientras estaba en la bañera he estado pensando en ello. Creo que deberíamos esperar un poco. Hasta los tres meses pueden surgir problemas...

—¿Problemas? ¿Qué tipo de problemas?

—Bueno, pues... puede haber riesgo de aborto y no quiero darles la noticia y que luego pase algo. Por supuesto no va a pasar nada, pero es mejor esperar un poco.

—Vale. —No está para nada convencido, pero me lo concede sin rechistar—. Tendríamos que ir a visitar a un médico, ¿no?

Sé que lo que le acabo de decir le ha puesto nervioso por lo que deberíamos ir a hablar con un médico lo antes posible.

—Sí, creo que debería llamar a la consulta y pedir una cita cuanto antes.

—Déjame a mí. A ver si pueden verte hoy, ¿sí?

Está emocionado. Sé que necesita que le digan cuanto antes que todo está bien, al igual que yo.

Sin dejarme seguir hablando se marcha para llamar por teléfono. Me emociona verlo tan feliz. Siempre he querido ser madre, pero la única relación larga que he tenido fue con David y con él ni siquiera me lo planteé por supuesto.

Absorta mirando por la ventana que tengo enfrente, recuerdo cómo era mi vida por aquella época. Mi relación con David fue bien los primeros meses. Nunca le gustó mi amistad con Javi y me presionó hasta que dejé de verle. Me dolió dejar de lado a mi mejor amigo. Aparte de haber sido algo así como una pareja, Javi y yo nos compenetramos a un nivel más intenso que el físico. Sabíamos lo que pensaba el otro sin necesidad de hablar, con tan solo mirarnos a los ojos. Cuando David me apartó de él... fue lo peor que me pudo hacer, ni siquiera los golpes ni los insultos me dolieron tanto como aquello. Siempre me he considerado una mujer fuerte, pero él con sus continuos maltratos psicológicos consiguió anularme hasta el punto de perderme a mí misma.

Después llegaron los maltratos físicos. Empezó con un bofetón cada vez

que se cabreaba conmigo; después fue cuando enfadaba por cualquier cosa y acabó mandándome al hospital. Por suerte mi gran amigo Javi, a pesar de haberle dejado de lado por un idiota, estuvo conmigo desde que le avisé de mi ingreso.

Javi siempre ha estado junto a mí y después de contarle la gran noticia a mis padres creo que debe ser el siguiente en saber que va a ser tío. Sé que le hará mucha ilusión y que se volverá loco de alegría. El tiempo que compartimos como pareja fue maravilloso, aunque no fuéramos una pareja al uso. Nos acostábamos, disfrutábamos, pero nunca fue algo del todo serio. Cuando Mar se cruzó en su camino me alegré por ellos. Se los veía felices y eso me hacía feliz a mí también. Si algún día ellos se separaran tengo muy claro de parte de quién estaría. Por mucho que quiera a Mar nada ni nadie volverá a separarme de Javi. Estoy más unida a él que a mi propio hermano. Aun así, me reafirmo en mi decisión de esperar hasta los tres meses para contarle.

—Abby —la grave voz de Dam me devuelve al salón donde sigo sentada—, he conseguido que nos den una cita para dentro de una hora y media. Así que vamos a prepararnos.

—¿Cómo has conseguido una cita tan rápido? ¡Y en sábado!

—Nena, soy Damien White.

No dice nada más, pero sé que tiene razón. Podría pedir que le llevaran a la luna, y le llevarían. Sin decir nada subo a la habitación para vestirme. En poco tiempo podremos ver a nuestro bebé, o eso espero.

Sentada en el coche hago un repaso mental de los pros y los contras de estar casada con el gran Damien White. El acoso de los periodistas; que no podamos salir a dar un paseo o al cine sin que alguien nos pare para hacerse una foto con él; el no tener ni un ápice de intimidad; que todo el mundo nos mire con lupa y critiquen todo lo que hacemos; todo esto es abrumador. Pero en el año que llevamos juntos he empezado a asumirlo y a llevarlo bien, más o menos.

El otro lado de la balanza es el amor que siente por mí; las comodidades que puede darme, como conseguir una cita para un ginecólogo un sábado por la tarde; puede permitirse tratarme como una princesa, a veces en exceso; todos los viajes a los que le puedo acompañar; poder disfrutar de sus sonrisas, esas que solo me brinda en la intimidad; sus besos, caricias, carcajadas, todo eso que solo puedo disfrutar yo. Habrá mucha gente que crea conocerle, pero yo soy la única que ha conseguido entrar en su corazón y a la que le abre su

alma sin reparos ni miedos.

—¿En qué piensa mi preciosa mujer?

Giro la cara para enfrentar el delicioso perfil de mi guapísimo hombre. Cada vez que le miro me quedo sin aire y el corazón se me acelera.

—Pensaba en lo mucho que te quiero.

Me deslumbra con su preciosa sonrisa, esa que tanto me gusta.

—¿El médico al que me llevas es de confianza? —pregunto para salir de mi ensoñación.

—¿Y cómo voy a tener confianza yo con un ginecólogo?

Tiene toda la razón, ¿de qué va a conocer él a un médico así? Pero...

—Entonces ¿cómo has conseguido la cita?

—Es el ginecólogo al que va mi madre. —Abro los ojos como platos—. No me hace mucha ilusión pensar en el hombre que le mira los bajos a mi madre, pero es un hombre de confianza que no va a revelar nada de lo que pase en esa consulta.

Sé que se refiere a que no le va a contar a nadie la gran noticia, justo lo que necesitamos ahora mismo. Me relajo de nuevo en mi asiento, deseo llegar cuanto antes, pero el tráfico es horroroso.

Cuando al fin llegamos a la clínica veo que está situada en uno de los barrios más exclusivos de la ciudad. Es evidente que este doctor es famoso.

La sala de espera es un tanto pija, pero no le presto demasiada atención, estoy demasiado ansiosa. Damien no me ha soltado la mano desde que hemos salido del coche, sé que está tan nervioso como yo.

Esperamos en un silencio algo tenso. No puedo dejar de mirar el vientre de la mujer que está sentada frente a mí. En poco tiempo yo estaré así. «¿Un momento? ¡En poco tiempo voy a engordar mucho! Mi vientre, hasta ahora plano, se va a hinchar, al igual que mis tobillos, y mis tetas... Engordaré varios kilos y no podré ni andar. Pero también notaré cómo un pequeño ser me da patadas... Sí, definitivamente quiero que mi vientre se hinche como el de esa mujer».

—¿Señora White? ¿Abigail White?

Ambos nos ponemos en pie al unísono al oír mi nombre. Reconozco que me tiemblan un poco las piernas y que los nervios me están comiendo por dentro.

—Me encanta eso de “Señora White” —susurra Dam en mi oído.

—A mí no —respondo muy digna—, hace que me sienta mayor.

Damien suelta una carcajada que me contagia al instante. Así estamos



cuando entramos en la consulta donde nos espera una mujer de unos cincuenta años vestida con su bata blanca inmaculada.

—Creía que me habías dicho que era un hombre —le susurro a mi marido.

—Eso me ha dicho mi madre.

—Señor White. —Le tiende la mano, y rápidamente Dam se la estrecha—. Señora White. —Ahora me tiende la mano a mí—. Soy la doctora Karen Lee. El doctor Mayer me ha pedido que los atienda yo. Él está atendiendo un parto de urgencia. No se preocupen —aclara rápidamente al vernos la incredulidad reflejada en la cara—, soy su mujer y les aseguro que nada de lo que hablemos saldrá de aquí.

—Llámeme Abby. La señora White es mi suegra —alego dando mi consentimiento a que sea ella quien me trate.

—Muy bien. Sentaos. —Hacemos lo que nos pide sin dejar de sonreír y sin soltar nuestras manos entrelazadas—. Bueno, contadme, ¿qué os trae por aquí un sábado por la tarde?

—Bueno, venimos porque mi mujer está embarazada.

La doctora nos mira sorprendida durante un segundo y luego esboza una sonrisa sincera.

—Muy bien. ¿Te has hecho algún test? —Asiento—. Vale, pero debo hacerte otro. Ya sabes cómo funciona esto. —Me tiende un test que acaba de sacar de un cajón—. Esa puerta de ahí es un baño.

Cojo el palito de plástico y voy con decisión al cuarto de baño. Una vez hecho uso del retrete y mojado a conciencia el *stick* vuelvo a la consulta. Dam y la doctora Lee están hablando tranquilamente.

—Aquí tiene.

Dejo la prueba sobre la mesa de la doctora. Voy a sentarme en mi silla cuando Damien tira de mi mano y me sienta sobre sus piernas. Está nervioso, casi más que yo, y necesita el contacto físico para relajarse. Reconozco que yo también lo necesito, sentir su duro cuerpo contra el mío relaja la tensión que no sabía que sentía.

Mientras esperamos los cinco minutos de rigor la doctora me hace las preguntas clásicas: qué síntomas tengo, si tengo náuseas, mareos, exceso de sueño... Le respondo a todo con la mirada fija en la prueba.

—Bueno... —Mira hacia la mesa—. Como ya sabíais el test es positivo. Ahora vamos a hacer una ecografía para confirmar que todo esté bien. Leslie, acompaña a Abby y prepara todo.

Leslie, la enfermera, aparece de no sé dónde y me lleva a la sala contigua. Me desnudo de cintura para abajo y me tumbo en la camilla. Dam no tarda ni tres segundos en entrar y situarse a mi lado. Acercando una silla a la camilla se sienta junto a mí agarrando mi mano con fuerza.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta mirándome intensamente.

—Más bien emocionada. Aún no me creo que esto esté pasando.

—Todo va a ir bien, ya lo verás.

—Lo sé.

Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para contener las lágrimas. Por suerte, la llegada de la doctora Lee me distrae de mis desquiciantes emociones.

—Bueno, vamos a hacer una ecografía vaginal. Es más efectivo a la hora de buscar un embrión de tan poco tiempo.

La enfermera, que no ha dejado de hacerle ojitos a mi guapo marido, saca unos estribos de debajo de la camilla para que coloque las piernas. Miro a Dam cuando la doctora se sienta en una silla frente a mis piernas y le descubro intentando contener una sonrisa. Yo no reprimo la mía, es más que evidente que está recordando aquella noche en la que fuimos con mis padres a su club de intercambio de parejas favorito. Aquella noche nos encontramos con Ash, la hija de los mejores amigos de mis padres, y una gran amiga mía con la que he disfrutado mucho en la cama. El recuerdo de cómo Damien miraba mientras yo disfrutaba de mi amiga es terrible, e inoportunamente excitante.

No es el momento de pensar en estas cosas, y he de reprimir las ganas de pedirle repetirlo. No creo que ahora esté por la labor. Antes no le hacía mucha gracia compartirme con ella, pero ahora que estoy embarazada... no creo ni que quiera oír hablar de ello. Esto no quiere decir que si le apetece yo vaya a decirle que no, o, incluso, que no se lo insinúe...

—Deja de pensar en esas cosas —me susurra Damien acercándose a mi oreja para que la doctora, que sigue moviendo el ecógrafo dentro de mí, no le oiga.

Le guiño un ojo y paso a prestarle toda mi atención a la pantalla donde se ve mi interior.

—¡Aquí está! —anuncia la doctora con una amplia sonrisa—. Ha costado encontrarlo. Tan pequeño y ya tímido. —La doctora se ríe de su propia broma, mientras nosotros miramos embobados la pantalla intentando ver lo que ella ve.

Nos señala un pequeño puntito negro, y nos quedamos ambos mirándolo embobados. Nos informa de que estoy de seis semanas e imprime un pequeño papel.

Una vez recompuesta y vestida vuelvo a la consulta, donde Dam vuelve a tirar de mí para que me siente sobre sus piernas.

—Esto es de lo menos apropiado e irrespetuoso, Dam—susurro.

—Me da igual. Necesito sentirte lo más cerca posible. Estoy demasiado nervioso.

La doctora nos dice que todo va bien, que las medidas de nuestro bebé son correctas y su corazón late al ritmo adecuado. Me da una receta de ácido fólico y me manda hacer unos análisis de sangre para corroborar que todo está bien. Tras ello nos da un sobre con el pequeño papel que ha impreso antes. Miro embobada a nuestro pequeño. Ahora que ya sé dónde debo mirar hasta creo reconocer su perfil. ¡Ya estoy desvariando!

Salimos de la consulta sonriendo como idiotas. Dam me pasa su brazo por los hombros y me atrae hacia él, aún no está preparado para que haya ningún tipo de distancia entre nosotros. Nos montamos en el coche sin hablar, no necesitamos decir nada, ambos estamos demasiado contentos con la noticia.

—Hoy habíamos quedado con Jhon para cenar en su casa, pero si quieres lo podemos anular.

Lo pienso durante unos segundos. Estoy cansada y me gustaría tirarme en el sofá para no hacer nada, pero quedamos con Jhon la semana pasada y tenemos que aprovechar para pasar todo el tiempo que podamos con los amigos antes de irnos de viaje.

—No lo anules. Vayamos un rato. Vamos a estar dos semanas sin verle y puede que le dé algo por estar tanto tiempo sin verte.

—¿A mí? No, no, no. Es a ti a quien se muere por ver. Si te secuestro durante dos semanas es capaz de presentarse en la puerta de la habitación de nuestro hotel solo para abrazarse a tu cintura.

Suelto una carcajada, tiene razón. Jhon se ha vuelto un gran amigo, casi como un hermano, y pasar tres semanas sin verle... yo tampoco quiero eso.

Hacemos el resto del viaje hasta nuestra casa en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos o, como en mi caso, en mis recuerdos.

Rememoro en mi cabeza la noche en la que Jhon y yo nos conocimos. Viéndolo ahora, desde otra perspectiva, todo es bastante surrealista. Salí aquella noche con Javi y Mar para poder olvidar el recuerdo de Damien,

prácticamente desnudo, en la última sesión de fotos que hicimos juntos. Salimos para divertirnos y para buscar un hombre que aliviara el calentón que el roce del cuerpo de Dam (vestido tan solo con ropa interior ceñida) me provocó. Era de lo más desconcertante querer follar con un hombre y a la vez no querer hacerlo. Por eso, para librarme de ese desconcierto, acepte la callada proposición de Jhon. Sus ojos se encontraron con los míos y rápidamente compartimos un baile de lo más sensual e indecente. Sé que es de inconscientes invitar a un hombre al que no conoces a tu casa, que puede ser un perverso, un asesino en serie o un colgado, pero Jhon me inspiró confianza desde el mismo momento en el que le vi.

Javi receló un poco de él, pero cuando se juntaron y hablaron durante un rato llegó a la misma conclusión que yo: No era ni un asesino, ni un loco, aunque aún podía ser un perverso.

Solo follamos una vez, contra la puerta de mi apartamento, no nos dio ni tiempo de llegar a la cama. Fue un “aquí te pillo, aquí te mato” de manual. Rápido, fuerte y duro, así fue nuestro encuentro.

Después, cuando me adecenté un poco, me confesó que me había usado para desquitarse por el abandono de su novia. Por alguna extraña razón, en vez de sentirme herida por su confesión, me sentí aliviada. Yo también le había utilizado a él, aunque lo mío fue para librarme del calentón que pensar en Dam me provocaba.

Esa noche le pedí que se quedara a pasar la noche conmigo. Y lo hizo. No volvió a tocarme, en sentido bíblico, simplemente me abrazó mientras dormíamos y dejó que yo le abrazase a él.

Ese día Jhon se convirtió en un gran amigo que se preocupa por mi bienestar y con el que mantengo un contacto casi diario. Nuestra relación se asemeja a la que mantengo con Javi. Pasó de ser un amante a un amigo y luego hasta llegar a ser un hermano. No sé lo que haría sin alguno de ellos. Ahora solo espero que se tomen la noticia del embarazo con alegría. Si no fuera así... prefiero no pensarlo.

—¿En qué piensas, nena? —la pregunta de Damien me devuelve al presente.

—Pienso en cómo se tomarán Jhon y Javi la noticia. Espero... espero que se alegren por nosotros.

—Por supuesto que se van a alegrar, eso no lo dudas ni un instante. ¡Van a ser tíos! —Gira la cara para mirarme durante un segundo antes de volver a fijarse en la carretera—. Ahora que lo pienso, creo que es buena idea lo de

esperar para contarles la noticia. Si lo hiciéramos ahora estoy convencido de que no te dejarían venirte conmigo de viaje y tendríamos un grave problema.

—Ellos jamás se inmiscuirían en nuestras decisiones, y lo sabes. Lo que sí harían sería llamar cada media hora para saber cómo estoy.

Nos reímos ante la gran verdad que acabo de decir. Van a ser unos meses duros llenos de llamadas y sobreprotección por parte de mi marido y mis dos amigos. Pero valdrá la pena.

## Capítulo 3

Nos montamos en mi Mustang para ir a casa de nuestro querido amigo Jhon. En el año que llevamos Damien y yo casados ha sido un gran apoyo para mí. Cuando mi marido se marcha de viaje me acoplo en su casa. La mayoría de las noches me meto en su cama y duermo con él. Ya me he acostumbrado a dormir acompañada y me cuesta hacerlo cuando estoy sola. Dam nunca se ha quejado ni me ha dicho nada, aunque me consta que sí que habló con Jhon. La primera vez que me dejó sola para irse a trabajar le pidió que cuidara de mí.

Cuando volvió de ese primer viaje de trabajo le conté que había hecho esos días con Jhon. Cuando le dije que me había metido en su cama para poder dormir pareció escandalizarse, pero rápidamente le aseguré que lo había hecho porque le echaba de menos y me sentía sola en esa cama tan grande. Lo entendió perfectamente. Sabe que, por muy liberal que sea, por mucho que me guste jugar, siempre lo haré con él. Si mi marido no está delante no hay juegos, ni bromas pícaras y esto lo sabe Jhon a la perfección, al igual que Javi y Mar. Somos un pack indivisible, que no se abre si no está el otro delante.

Jhon es un hombre cariñoso, divertido, atento y muy muy muy amigo de sus amigos. Si Dam no se hubiera cruzado en mi vida seguro que habría intentado estar con él. Se puede decir que es el hombre perfecto, o casi. A lo largo de mi vida he podido comprobar que el hombre perfecto no existe. Hay algunos que se le aproximan, como Jhon y Damien, pero siempre tienen un defecto: son unos capullos insensibles que meten la pata hasta el fondo.

—¿En qué piensa mi preciosa esposa?

La pregunta de Dam me devuelve al coche en el que estoy sentada.

—En lo mucho que te quiero. —No es totalmente cierto, pero es mejor que decirle que es un poco capullo.

—Yo también te quiero, nena.

Hacemos el resto del viaje en silencio. Hemos llegado a un punto en el que no necesitamos rellenar los silencios porque no son incómodos. Apoyo, sin darme cuenta, la mano en mi vientre. Aún no me puedo creer que esté embarazada.

—¿Vas a ser capaz de no contárselo a Jhon?

—Sí. Tenemos que ser fuertes para resistir la tentación de contarlo. Los primeros a los que tenemos que contárselo son a nuestros padres. Pero hasta que no esté de doce semanas no se lo vamos a decir.

—Vale, nena. Lo que tú quieras. Va a ser divertido ver cómo te muerdes la lengua.

Aparcamos frente a la casa de Jhon, mejor dicho, la horrible casa de Jhon. Nunca entenderé cómo puede vivir en un sitio así, parece que estemos entrando en una caja de zapatos gigante. Donde estén las clásicas casas bajas de una planta, con sus tejados rojos y sus fachadas blancas, que se quiten estas ostentosas modernidades. Aunque esa es mi opinión y mi amigo no la comparte, obviamente, ya que siendo arquitecto y teniendo medios, se construyó... esto.

—Lo del viaje se lo vas a decir hoy, ¿no? —me pregunta Damien mientras esperamos a que nos abran la puerta.

—Sí, será mejor que lo vayan asimilando ya.

Nos estamos riendo de mi comentario cuando Brian, mi cuñado, nos recibe con cara de desconcierto.

—¿Qué es eso tan divertido que os hace parecer unos desquiciados? —nos pregunta.

—Mi mujer, que es la mar de divertida —responde Dam instándome a pasar.

—Me encanta verte sonreír —murmura Brian al darme un beso en la mejilla.

Al entrar veo que Javi y Mar ya han llegado. Venía muy decidida a seguir con la idea de ocultar lo del embarazo, pero al verlos a todos aquí reunidos mi seguridad flaquea. Me va a ser muy complicado ocultárselo a los chicos, pero he de hacerlo.

—Hola, cariño—me saluda Javi abrazándome.

Saludo a Mar con un beso en la mejilla y me siento junto a ella y a Brian en la mesa del patio. De pronto aparece Jhon con dos cervezas en la mano y nos las tiende.

—Estas para las chicas más guapas de la casa. —Nos adula.

Miro la botella y no sé qué hacer con ella. Tengo más que claro que no me la pienso beber, pero si no doy una buena excusa empezarán a hacer preguntas incómodas que no quiero responder.

—Deja de ligar con mi mujer —le advierte Dam quitándome la botella

de las manos y dándole un sorbo.

—No estoy ligando con tu mujer —responde Jhon—, solo digo obviedades.

Los tres hombres más importantes de mi vida se sientan con nosotras riendo. Y, cómo no, mi marido tira de mí para que me siente en su regazo.

—Gracias —susurro dándole un beso—, no sabía cómo librarme de esa botella.

—No tienes que darme las gracias, preciosa. Por vosotras haré cualquier cosa, siempre. No lo olvides.

No es bueno para mi estado emocional que me diga estas cosas tan románticas delante de todos. Siento que me voy a echar a llorar, por lo que para disimular me giro de cara a él y le beso. Nuestros labios se mueven al unísono, lentos, sin prisa. Sin embargo, lo que en un principio era una distracción, la manera de calmar mis emocionales pensamientos, cambia cuando mi lengua entra en contacto con la suya. Todo mi ser se calienta haciéndome soltar un gemido. El beso sube de intensidad y Damien intenta separarse de mí, pero agarro su cara con mis manos deteniendo su huida. Y lo consigo, porque posa sus manos en mi trasero y me lo aprieta. Cada vez me importa menos que mis amigos y mi cuñado estén a nuestro alrededor; en lo único en lo que puedo pensar es en desnudar a mi marido, montarme sobre él y follar como si no hubiera un mañana.

—O paráis ahora mismo, o dejáis que nos unamos —oigo que dice Javi.

A regañadientes me separo de su boca, estoy jadeante, sudorosa y muy cachonda. Algo me dice que, o paro ahora mismo, o termino metiéndole en el baño más cercano, quiera él o no. Nos quedamos mirándonos a los ojos, él está igual de excitado que yo y por su mirada sé que también se le ha pasado por la cabeza el tema del cuarto de baño. Giro sobre sus piernas para volver a quedar frente a nuestros amigos y me encuentro con la sonrisa pícaro de Jhon, sonrisa que le devuelvo.

Cuando llegan las pizzas pedidas para la cena he conseguido relajarme un poco, pero no mucho ya que sigo muy excitada. En un intento de distraerme decido que es el momento de hablarles sobre el viaje.

—Bueno, chicos, —comienzo tras tragar un bocado de la deliciosa pizza barbacoa que tengo delante—, queríamos que supierais que la semana que viene nos vamos de viaje.

—¿Por cuánto tiempo os vais? —pregunta Jhon poniéndose serio de pronto.



—Por dos semanas —responde Damien—. Tengo que viajar por trabajo, y Abby va a venir conmigo.

—Eso está muy bien —contesta Javi—. Una segunda luna de miel os vendrá genial. Este año ha sido algo... complicado.

Recapacito sobre las palabras de Javi, no quiero recordar los malos momentos que hemos pasado en estos últimos doce meses, pero tengo que reconocer que este viaje nos vendrá bien, y más ahora que en unos meses vamos a ser tres en casa.

Jhon no vuelve a decir nada. Solo me mira con algo raro en la mirada que no sé cómo interpretar. Sabe que voy a estar bien, no entiendo esa preocupación. Voy a esperar un momento en el que estemos solos para hablar con él con tranquilidad. Algo le pasa y quiero saber qué es.

—Bueno, chicos —dice Brian al terminar de cenar—. Yo me marcho que he quedado. Pasadlo bien en el viaje —me dice tras darme un beso en la mejilla—. Y cuida del cabeza loca de mi hermano.

Tras despedir a mi cuñado volvemos a salir al patio para tomar unos mojitos de esos tan buenos que ha aprendido Jhon a hacer. Me he librado gracias a Dam de dar una excusa para la cerveza, pero para esto no va a ser tan sencillo. Miro al descarado padre de mi hijo que me sonrío. Me devano los sesos pensando cómo salir de esta, hasta que mi mirada se posa en la enorme piscina que hay frente a mí. Con el calor ambiental que hay y el calentón que sigue atormentándome no me lo pienso dos veces. Me levanto de mi silla, me quito la camiseta y los vaqueros quedándome vestida con mi conjunto de lencería negro preferido. Los chicos empiezan a silbarme y piropearme.

—¡Vaya cuerpo! —grita Javi.

—¡Eso es un cuerpo y no el de bomberos! —contraataca Jhon.

—¡Que no me entere yo que ese culito pasa hambre! —La frase de Damien es la que más me hace reír.

Me giro hacia ellos, agarro la falda de un imaginario vestido y les hago una reverencia, tras la cual me lanzo de cabeza a la piscina.

El agua está fresquita y consigue bajar mi temperatura corporal al instante. Cuando saco la cabeza para respirar veo que todos se están riendo mientras se desnudan, por lo que no tardo ni tres segundos en estar acompañada.

Nos reímos, nos salpicamos y nos hacemos ahogadillas. Cuando ya empiezo a estar algo cansada me apoyo en el borde junto a Mar, mientras los

chicos compiten para ver quién es el más rápido en hacerse cuatro largos. ¡Los hombres y su necesidad de quedar por encima de los demás!

—¿Qué tal os va? —le pregunto a mi amiga dándole la espalda a los chicos para apoyar los brazos en el borde de la piscina.

—Bien.

Su escueta respuesta hace que la mire. Algo me dice que no todo va bien.

—¿Qué ocurre? —vuelvo a preguntar—. Suéltalo, anda.

—¡Buff! A ti no puedo ocultarte nada, ¿verdad? —Sonrío dándole la razón—. Es una tontería, nada más.

—Bueno, cuéntamelo y te digo si es una tontería o no.

Me mira dudosa durante unos segundos. Esto me dice que todo tiene que ver con Javi. Él es el único tema del que tiene reparos en hablar conmigo. Aunque no entiendo por qué.

—No te preocupes, de verdad. Cuando vuelvas del viaje, si no se ha aclarado todo, te prometo que te lo contaré.

—Vale —acepto poco convencida.

—Bonito colgante —dice intentando cambiar de tema.

—Sí, me lo regaló Damien por nuestro aniversario.

—¿Y qué le regalaste tú?

—Pronto lo sabrás —respondo misteriosamente.

Volvemos a quedarnos en silencio oyendo cómo los chicos bromean entre ellos. Me encanta que Damien y Jhon hayan aceptado a Javi como uno más de la pandilla casi desde que se conocieron. De no haber sido así tendría que repartir mi escaso tiempo entre ellos, y no sería ni la mitad de feliz de lo que soy ahora.

—¿Puedo contarte una cosa? —me pregunta Mar de pronto.

—Por supuesto. Para eso somos amigas, ¿no?

Se da la vuelta quedando de cara a los chicos. Yo hago lo mismo intrigada por lo que tiene que decirme. Sin mirarme comienza a hablar:

—Llevamos un tiempo viéndonos con Jhon.

—¿Con Jhon? pero si estaba empezando algo con una chica, ¿no?

—¡Que va! Hace tiempo que dejó de verla. Por lo visto ella era muy absorbente y se agobió.

Miro fijamente a mi amigo que sigue con sus bromas. He estado tan ocupada en el trabajo que el poco tiempo que tengo se lo he dedicado única y exclusivamente a mi marido. Me siento mal por haber desatendido tanto a

mis amigos. Jhon ha roto su relación y no sé si me ha necesitado siquiera. Y luego está Mar, a la que algo le pasa y que no soy capaz de descifrar porque hace unas semanas que no sé de ella. Solo falta que Javi tenga un problema también. Me siento una pésima amiga en este momento.

—Espero que no te moleste —la voz de mi amiga me saca de mis deprimentes pensamientos.

—¿El qué? ¿Qué os veáis con Jhon? —La miro sorprendida. ¿A qué ha venido eso?— Ni mucho menos. Me alegro de que congeniéis tan bien.

Me mira con una espléndida sonrisa, esa que pone cuando se le ha ocurrido una maldad o está teniendo pensamientos excitantes. Por su mirada me decanto por la segunda opción. Tras dirigir una rápida mirada a los chicos, que cansados se han apoyado en el bordillo frente a nosotras, algo se me ocurre también. Mar se acerca a mí lentamente. Sé lo que busca y yo estoy más que dispuesta a dárselo, y no porque esté excitada (que lo estoy), sino porque me encanta ver la cara de mi marido cuando beso a otra mujer. Aún recuerdo cómo ardían sus ojos cuando nos vimos en Florida con Ash, mi mejor amiga.

Cuando la lengua de Mar recorre mi labio inferior no retrocedo, al contrario, saco la mía para que se enreden lentamente. Poco después el beso empieza a subir de intensidad y de reojo miro a los chicos. Al vernos se han quedado en silencio, la algarabía que tenían se ha cortado de golpe, ahora nosotras somos el centro de su atención.

Inconscientemente llevo mis manos a la cintura de mi amiga y la aprieto contra mí. Sin dejar de besarnos desabrocha mi sujetador, que queda flotando en el agua, y agarra mis pechos con sus manos. Al notar la presión que ejerce en ellos separo nuestras bocas para soltar un gemido a medio camino entre el placer y el dolor. Pero entonces, ese ligero dolor me recuerda mi estado y me entra pánico. No quiero que nadie salvo Damien perturbe la tranquilidad de mi bebé. Mientras Mar besa mi cuello dirijo mi mirada hacia los chicos. Al encontrarme con los azulados ojos de mi hombre entiendo que necesito que intervenga. No puedo echarme atrás sin más porque harán preguntas que aún no estoy preparada para contestar.

—Chicas —dice Dam abrazándose a mi espalda—, parece que la noche se empieza a caldear.

Rápidamente Jhon y Javi también se nos acercan. Aprovecho que los chicos se están centrando en Mar para poner algo de distancia, mientras mi marido sigue abrazado a mi cintura. Empieza a repartir besos por mi cuello, a

la vez que sus manos suben a mis pechos y su entrepierna se restriega contra mi trasero. Los ligeros pellizcos que Damien me da en mis sensibles pezones aceleran mi respiración. Echo las manos hacia atrás y sin problemas libero su miembro para masajearlo, mientras, sigo atenta los movimientos de mis amigos. Jhon penetra a Mar desde atrás mientras Javi la besa y se masturba. Todo es morboso, caliente, prohibido. Justo lo que todos quieren experimentar alguna vez en la vida, pero no todos son tan valientes para hacerlo.

—Nunca habría sido capaz de hacer esto antes de estar contigo —susurra Dam en mi oído.

—No oigo que te quejes —respondo riendo.

Los gemidos de Mar hacen que acelere el movimiento de mis manos. Deseosa de mucho más me giro y enrosco las piernas en torno a la cintura de mi marido y me empalo sin compasión. Damien me agarra del trasero y me mueve a placer. Gimo sin control, deseosa por correrme, mi cuerpo me pide liberarse pero no soy capaz. El grito de Mar hace que gire la cabeza hacia ellos y entonces lo veo, sé lo que necesito para culminar. Devuelvo la mirada hacia Dam, que mantiene los ojos cerrados disfrutando del momento.

—Ca... cariño —jadeo. Mi marido abre los ojos y ralentiza nuestros movimientos—. Quiero... a... Jhon... con nosotros.

—¿A Jhon? nunca lo hemos hecho con él —replica gimiendo sin dejar de moverse.

—Lo sé, pero...

—Está bien. No tienes que excusarte, solo pedir lo que necesites. Todo lo que quieras te lo daré, mi vida.

Sin dejar de moverse en mi interior mira hacia su izquierda. Comparte una muda conversación con nuestro amigo y segundos después noto los labios de Jhon en mi cuello.

—¿Estáis seguros? —nos pregunta.

—Por favor, Jhon—suplico recostando la cabeza en su hombro mientras sigo notando el miembro de mi marido moviéndose en mi interior.

No es necesario que diga nada más. Noto como un dedo entra en mi ano intensificando mis jadeos; después dos, haciéndome gemir con fuerza; hasta que por fin Jhon entra con su miembro completamente en mí. La sensación de plenitud es simplemente... perfecta. Estos dos portentosos hombres me están haciendo suya, y yo disfruto muchísimo con ello.

—Más fuerte —gimo fuera de mí.

Jhon acelera como he pedido, mientras pellizca mis pezones, pero Damien no, él sigue al mismo ritmo. Abro los ojos, que no me había dado cuenta que había cerrado y me centro en mi marido. Su azul mirada destella lujuria, pasión y algo más que no soy capaz de reconocer.

—Más, Dam—suplico de nuevo—. Por favor, mi vida. Necesito más.

—No me pidas eso —jadea en respuesta—. No quiero haceros daño.

Voy a replicar pero no me da oportunidad, ya que ahoga mi protesta con un lujurioso beso. No es lo que le he pedido, pero tampoco puedo negar que estoy disfrutando y mucho.

—Hacía mucho tiempo que deseaba esto —murmura Jhon en mi oído.

No sé a qué se refiere, pero su ronca voz unida a todo lo demás hace que tenga un explosivo orgasmo, al que acompañan los chicos.

Exhausta y jadeante noto como Jhon deja pequeños besos en mi hombro antes de salir de mi interior. Caigo hacia delante y me acurruco en el cuello de mi fabuloso marido. Ese que es capaz de hacer cualquier cosa por mí, incluso compartirme con su mejor amigo.

—Gracias, cariño —digo dándole un beso en los labios.

—No hay de qué —responde en tono algo arisco.

—¿Estás bien? —levanto la cabeza para poder mirarle a los ojos.

—Sí, no te preocupes. Solo estoy un poco cansado y preocupado por si te hemos hecho daño.

Me río ante su confesión, parece que el miedo a hacerle daño a su hijo no se le va a pasar nunca.

—No tienes de qué preocuparte, Dam. Si en algún momento me haces daño te aseguro que te lo haré saber.

Tras permanecer unos minutos más en la piscina, disfrutando de un simple abrazo, salimos y nos secamos con las toallas que nos tiende Jhon. Nos sentamos alrededor de la mesa de cristal que hay cerca de la piscina y disfrutamos de una amena charla hasta que el móvil de Damien empieza a sonar. Miro la hora en mi reloj de pulsera y compruebo que son casi las doce de la noche. ¿Quién le llama a estas horas? ¿Habrà pasado algo malo? Sumergida en un mar de preguntas me encuentro cuando Jhon se acerca a mi oído y me pregunta:

—¿Estás embarazada?

Giro rápidamente la cabeza y centro mi mirada en sus oscuros ojos. No sé qué decirle, aún no quiero que nadie lo sepa. Pero... ¿cómo se ha enterado? No creo que Damien se lo haya contado, estaba de acuerdo

conmigo en guardar el secreto.

—Tranquila. —Vuelve a susurrarme para que ni Javi, ni Mar, se enteren de nuestra conversación—. Él no me ha dicho nada, lo he deducido yo solito.

—¿Cómo? —pregunto confusa.

—Bueno —comienza a decir sonriendo—, tienes los pechos más llenos y sensibles de lo que recuerdo. Además, Dam ha dicho que no quería “haceros” daño.

Decir que estoy alucinada es quedarse corta. Este hombre es más perspicaz de lo que creía.

—Espera un momento —digo tras reponerme de la impresión—. ¿Has dicho que recuerdas el tamaño de mis pechos? Si solo los has tocado una vez y de eso hace más de un año.

—Bueno, hay cosas que no se olvidan —reconoce encogiéndose de hombros.

—¿Nos vamos? —La hosca voz de Damien me sobresalta.

Me giro en la silla para mirarle, su gesto es de todo menos amigable. ¿Qué coño le pasa ahora? Habrá sido la llamada misteriosa. Le preguntaré cuando estemos a solas.

Tras vestimos y despedimos de nuestros amigos nos montamos en el coche para dirigirnos a casa. Hacemos el viaje en silencio. Yo estoy cansada y Dam parece... enfadado.

Llegamos a casa aún sumidos en un mutismo incómodo. Es él quien se ha enfadado, vete a saber por qué, así que debe ser él quien empiece a hablar. Entro en casa y voy derecha al cuarto de baño y me meto bajo el chorro de agua caliente. Estoy extremadamente cansada pero la actitud de mi querido marido me empieza a crispar los nervios. Por mi bien intento dejar la mente en blanco y tranquilizarme.

Más relajada salgo de la ducha y sin molestarme en cubrir mi desnudez me seco el pelo con el secador tomándome mi tiempo, aún no estoy preparada para enfrentarme a Damien.

Cuando ya tengo el cabello seco y domado voy al vestidor de nuestra habitación para coger unas bragas y una camiseta de tirantes. Generalmente duermo desnuda, pero hoy no estoy de humor ni para eso. Damien no está en la habitación y lo prefiero, no tengo ánimos para enfrentarme a su sobrio carácter. Me acurruco en la cama suspirando por lo cómoda que estoy y empiezo a quedarme dormida. Hasta que la voz de Damien me despierta sobresaltándome:

—¿Por qué me has pedido que se nos una Jhon?

—No lo sé. —Me siento en la cama para poder mirarle hecha una furia—. En ese momento me ha apetecido. ¿Qué problema hay? ¿Se puede saber qué te pasa?

—¡No cambies de tema! —Su grito me tensa—. ¿Por qué él? ¿Ya no tienes suficiente conmigo?

—Pero ¿qué estás diciendo? Tú me das todo lo que necesito. ¡Eres mi marido, joder! —Ahora grito yo también—. Si no querías, con decir “no” habría sido suficiente.

—¿Es que no lo entiendes? —Comienza a pasearse por la habitación furioso—. Estás embarazada de mi hijo y ¡no quiero que nadie más que yo te toque! Pensé que te habías dado cuenta cuando le he parado los pies a Mar.

—Que tú ¿qué? —Estoy anonadada ante su confesión—. Mira, lo hecho, hecho está. La próxima vez sé un poco más claro y así nos ahorramos toda esta mierda. Ahora, si no te importa, me voy a dormir que estoy muy cansada.

Sin dejarle replicar apago la luz de mi mesilla y me tumbo de nuevo en la cama dándole la espalda. Me parece increíble que me haya echado en cara lo de Jhon, pero tengo demasiado sueño para darle más vueltas. Necesito dormir y desconectar. Mañana ya pensaré en todo esto con más calma y lo hablaremos tranquilamente.

## Capítulo 4

Antes incluso de abrir los ojos ya tengo la necesidad de levantarme para correr al cuarto de baño y vomitar. Aunque no sé qué pretende mi cuerpo expulsar porque anoche prácticamente no cené. Intento acomodarme bocabajo para ver si las náuseas pasan, aunque sé que será del todo inútil.

—Nena. —Las suaves manos de Damien me acarician la espalda—. Hay que levantarse ya.

Emito un leve gemido y me estiro escondiendo la cabeza bajo la almohada. No quiero levantarme, pero hoy salimos de viaje y lo estoy deseando.

—Magníficas vistas —murmura mi marido un segundo antes de agacharse y pasar la lengua por uno de mis pezones.

—¡Estate quieto! —ríó—, me haces cosquillas.

Él también empieza a reír intentando volver a hacerlo, mientras, yo me retuerzo para impedirselo. Pero la risa se me corta de golpe cuando mi estómago se revuelve. Al notar que dejo de resistirme, Damien, levanta la cabeza y al mirarme comprende enseguida lo que pasa y me suelta. Salto de la cama con premura y corro al baño. Vomito hasta que mi estómago se queda tranquilo, aunque aun así me quedo unos segundos sentada en el suelo.

—Nena —me llama suavemente Damien desde la puerta—, creo que deberías quedarte en casa. —Levanto la cabeza de golpe y le miro incrédula—. No me mires así. No estás en condiciones de viajar. Además, no tengo muy claro que las embarazadas puedan viajar en avión...

Me levanto sin contestarle, me lavo los dientes y sin decir nada aún voy al vestidor. Sé que si abro la boca solo conseguiré que discutamos y no tengo fuerzas. Llevamos una semana complicada y ya estoy cansada. Desde que nos peleamos al volver de casa de Jhon, la tensión está a la que salta. Y no es que mis hormonas me tengan alterada, ya que soy yo la que siempre se muerde la lengua para que no se nos vaya todo de las manos; es él quien está más susceptible de lo normal. Diría, incluso, que está más receloso y desconfiado, cosa que nunca ha tenido cabida en nuestra relación. Hace ya una semana que me echó en cara que quisiera que Jhon se nos uniera aquella noche en la piscina y creo que aún no ha superado el estúpido ataque de celos que tuvo.



Cuando he escogido unos vaqueros cómodos y una camiseta básica de color verde, salgo del vestidor y me dirijo de nuevo al baño para darme una ducha y terminar de espabilarme. Damien sigue apoyado en la puerta del baño con los brazos cruzados sobre el pecho. Únicamente lleva puesto unos pantalones cortos de color negro que resaltan el azul de sus ojos y el tono dorado de su piel. Por muy enfada que esté no puedo evitar excitarme al verle así. Y más cuando lleva dos días sin tocarme. Pensar en lo necesitada y excitada que estoy aumenta mi enfado.

—Me gustaba más cuando me despertabas metiéndote entre mis piernas —le reprocho al pasar ante él, camino de la ducha—, y no como lo haces ahora con tus reproches y malas caras.

Como esperaba no dice nada. Abro el grifo y sin esperar siquiera a que salga caliente me meto bajo el chorro de agua. La frialdad termina de espabilar mi cansado cuerpo y a la vez que el agua se calienta mis músculos se van relajando. De pronto lo noto, ese familiar escalofrío que me avisa de que mi marido está cerca.

—Perdóname —murmura pegándose a mi espalda, pasando los brazos por mi cintura—, tienes razón. Estoy tenso y lo estoy pagando contigo. No me gusta que nos peleemos.

Noto su excitación contra mi trasero y no puedo evitar restregarme contra él. Mi cabeza está enfadada con él, mi corazón está molesto por su comportamiento, pero mi cuerpo... ese va por libre y lo único que quiere es saciarse.

Estoy lidiando una silenciosa guerra interna. Mi cuerpo me grita que lo haga, que me deje llevar por muy cabreada que esté. El gilipollas es él y no tengo por qué sufrir yo el castigo. Y tiene razón, necesito relajarme para poder disfrutar del viaje y esta es la mejor de las maneras.

Sin decirle nada pego mi pecho a los fríos baldosines de la pared, echo la mano hacia atrás para agarrar su miembro e introduzco la punta en mi ansioso sexo. No es necesario que digamos nada, ambos lo deseamos y nos vamos a dar el capricho.

—Joder, nena —murmura en mi oído cuando está totalmente hundido en mi interior—, no sabes cuánto te he echado de menos.

—Me echas de menos porque quieres, ya que yo siempre estoy disponible para ti —refunfuño entre jadeos.

No sé si no me ha oído o si simplemente se ha hecho el loco pero no dice nada y lo agradezco. Noto como entra y sale de mí con facilidad, cada

vez más y más rápido. Mi excitación sube con cada estocada. El agua amortigua nuestros jadeos, pero aun así puedo sentir su respiración agitada en mi nuca. Él es todo mi mundo, a pesar de lo capullo que está siendo estos días. Y así, sin más, con ese pensamiento, mi enfado se evapora y mi cuerpo libera toda la tensión en forma de orgasmo. Sin poder evitarlo suelto un ahogado grito a la vez que él maldice entre dientes.

—No nos peleemos más, por favor —suplica aún jadeante en mi oído—. Tú lo eres todo para mí, y no me gusta la frialdad que se ha instalado estos días entre nosotros.

—A mí tampoco me gusta. Debemos disfrutar del tiempo que nos queda siendo solo dos.

—Tienes razón, como casi siempre.

Suelto una carcajada ante su comentario. Es una velada manera de decir que siempre tengo la razón y que no lo quiere reconocer. Sus manos bajan hasta mi vientre y lo acaricia con tanta suavidad que mis ojos se llenan repentinamente de lágrimas. En pocos meses seremos tres en la familia y estoy dispuesta a disfrutar cada minuto de mi embarazo. Si yo soy feliz sé que mi bebé también lo será, eso es lo único importante en este momento.

—Terminemos de ducharnos, el avión nos espera.

Giro la cabeza para mirarle y veo cómo me sonrío ampliamente, parece que ya se le ha olvidado la tontería de que no puedo volar o que me debería quedar en casa.

Ahí está, el avión que nos va a llevar a la paradisíaca isla de Zante. Nunca he estado en Grecia y me apetece muchísimo conocerlo.

No es un aparato excesivamente grande, lo ha mandado la empresa para la que va a grabar Dam el anuncio así que iremos los dos solos y tranquilos. Y, menos mal, porque tenemos doce horas de vuelo hasta Madrid y de ahí otras cuatro horas hasta nuestro destino final. Espero que en este cacharro también haya un dormitorio donde pueda dormir, porque estoy más que segura de que pasaré la mitad del viaje durmiendo.

Subo la escalerilla y una preciosa morena nos espera para ayudarnos con nuestro equipaje de mano, ese que Damien no me ha dejado coger del coche.

—Buenos días, señora White. Señor White. Mi nombre es Sonia y seré su auxiliar de vuelo. Si necesitan cualquier cosa no duden en pedírmelo.

—Encantada, Sonia. Muchas gracias —respondo estrechándole la mano.

Paso donde me indica la agradable Sonia, aunque no es que tenga muchos sitios por donde perderme. Sin pensarlo me siento en uno de los

asientos junto a la ventana y me abrocho el cinturón. Me encanta viajar viendo cómo la ciudad va empequeñeciéndose y alejándose.

Damien llega hasta mí y se sienta a mi lado sin protestar y, aunque coloca su mano sobre mi muslo, no deja de mirar y teclear en su teléfono. No sé qué es lo que le tiene tan absorto pero me da igual, la excitación por el viaje hace que no me importe lo más mínimo.

—¿Desean tomar algo mientras esperan? —nos pregunta la eficiente Sonia.

—Un zumo de naranja estaría bien, gracias —pido con una sonrisa. Miro a mi marido que sigue absorto en su teléfono. Al ver que no dice nada respondo por él—: Otro para él. ¿Vamos a tardar mucho en despegar?

—No, señora —responde la azafata—, en cuanto el pasaje que falta llegue despegaremos.

¿Cómo que el pasaje que falta? Alguien más va a venir con nosotros y no lo sabía. Miro a Dam y veo que me observa de reojo, él lo sabía y no me ha dicho nada. ¿Qué me esconde?

No me da tiempo a preguntarle porque unos tacones resuenan en la escalerilla del avión. Miro curiosa a la mujer que está ahora tapada por la azafata, expectante hasta que veo quién es y el alma se me cae a los pies. No me puedo creer que ELLA esté aquí y vaya a viajar con nosotros. ¿Por qué coño está subiendo a este avión? Miro de nuevo a mi marido y esta vez tiene la decencia de devolverme la mirada.

—¿Qué es esto, Damien? —pregunto al borde de perder los nervios.

—Nena, pensaba decírtelo, pero... no he tenido oportunidad, de verdad.

—¿Qué no has tenido oportunidad? En vez de intentar convencerme para que no viniese con estúpidas excusas me lo podrías haber dicho. Quizás así habrías conseguido tu objetivo de viajar solo.

—Abby, no empecemos, por favor. Aquí no.

Abro la boca para contestarle pero Paula llega a nosotros y me interrumpe.

—Hola, Dam. No te veía desde la reunión donde aceptaste el trabajo. ¡Qué ganas de pasar dos semanas en ese paraíso!

Me quedo boquiabierta, no sabía que esta... señorita había estado en la reunión que hizo que llegase tarde la noche de nuestro aniversario. Y parece que a mi querido marido se le olvidó mencionar ese pequeño detalle. Debería bajarme de este maldito avión e irme a casa, ya que el viaje se prevé largo y odioso. Pero, por otro lado, eso es justamente lo que ella quiere y no pienso

darle ese placer. Voy a disfrutar de este viaje, descansaré, tomaré el sol y recargaré las pilas. Y todo esto lo haré con mi marido, porque para eso es mío y no de ella. Obviamente tendré que esperar a que termine de trabajar para poder retozar con él, pero no me importa.

Con la nueva determinación clara, pongo mi mano sobre la pierna de Damien, para que se dé cuenta de que sigo aquí, e intentando que Paula deje de tocarme las narices con sus coqueteos.

—¡Ah, hola, Abby!, no te había visto —me dice la tiparraca con una falsa sonrisa—. No esperaba verte por aquí. Dam me ha dicho que te encontrabas mal.

—Bueno, pues “mi marido” y tú estabais equivocados. —Recalco dejando bien claro el papel que tiene Damien en mi vida, devolviéndola la falsa sonrisa.

De reojo veo como Damien me mira con mala cara, pero paso de él. Me giro para mirar por la ventana dispuesta a disfrutar del despegue. Ya, cuando aterricemos y estemos en la intimidad de nuestra habitación, le pediré todas las explicaciones que me merezco.

Cuatro horas después apago el ordenador y dejo de trabajar para dormir un rato. Estoy muy cansada y el trabajo ya no me sirve de distracción. Por la ventana solo se ve agua y Damien no ha parado de hablar con Paula desde que despegamos. Esta es la razón por la que decidí trabajar, a pesar de haberme prometido a mí misma que no iba a hacerlo durante mis vacaciones. Pero no he tenido otra opción, mis acompañantes no me incluyen en su conversación sobre el anuncio y estaba más que aburrida. Ya me duele la cabeza y tengo la vista cansada, así que voy a echarme un rato a dormir y así dejaré de oír ese odioso murmullo que generan Dam y Paula.

—¿No me habías dicho que estaba enferma? —oigo cómo le pregunta Paula a Damien un rato después de que cerrara los ojos, deben pensar que estoy dormida.

—Y lo está —responde mi marido—, pero es muy testaruda y no quería perderse el viaje.

¿Desde cuándo habla Damien con ella sobre mí? Y ¿qué es eso de que estoy enferma? Estoy embarazada, por Dios, no me estoy muriendo. Vale que no queramos que nadie se entere de mi estado aún, pero de ahí a decir que estoy enferma... Podría haberle dicho que estoy indispuesta, o que eran los nervios por el viaje, o mejor aún, podría no hablar con ella de mí, pero me parece un insulto que trate mi embarazo como una enfermedad. Después de

lo que nos hizo hace un año, no sé cómo es capaz de mirarla a la cara. Todo esto lo tendremos que aclarar cuando lleguemos a nuestro destino. Y, como no quiero seguir oyéndoles, me levanto, ignoro la cara atónita de mi marido y me marcho al dormitorio que, según me comentó Sonia, está al fondo de la cabina.

Me tumbo en la cama que es sorprendentemente cómoda y me acurruco dándole la espalda a la puerta. Aquí ya puedo estar tranquila porque lo único que se oye es el ligero zumbido de los motores del avión.

Estoy prácticamente dormida cuando siento que la puerta se abre. Segundos después, las manos de Damien rodean mi cintura.

—Iba a decírtelo, de verdad —murmura dándome un beso en el cuello.

No le respondo. He entrado aquí para estar tranquila y si le digo todo lo que pienso empezaremos a discutir. Si de algo estoy segura es de que no pienso dejar que Paula nos escuche.

—Nena, mírame. Paula es la directora de marketing de la marca. Tiene que venir con nosotros para supervisar todo.

—Damien —suspiro—, estoy cansada. Ahora solo quiero dormir un poco. Cuando aterricemos ya tendrás tiempo de explicarme todo esto.

Espero que se levante y se vaya, pero en vez de eso se acerca más a mi espalda y pone sus manos en mi vientre. Ese gesto hace que mi enfado disminuya. Me giro en sus brazos para apoyar la cabeza en su pecho, mi lugar favorito en el mundo, y me quedo dormida casi al instante.

No sé cuánto tiempo he estado durmiendo en esta cómoda cama pero cuando abro ligeramente los ojos veo que por la pequeña ventana ya no hay claridad. Miro a mi lado y compruebo que Damien no está, se habrá despertado y me ha dejado la cama toda entera para que descanse. Estiro brazos y piernas remoloneando, hasta que unos golpes suenan en la puerta.

—¡Adelante! —doy paso creyendo que es Damien, pero cual es mi sorpresa cuando la cabeza que aparece es la de la azafata Sonia.

—Disculpe, señora White, pero en breve vamos a aterrizar y debe abrocharse el cinturón.

—Claro, voy enseguida. Muchas gracias.

La decepción es más que evidente en mi voz ya que la pobre mujer me sonrío con indulgencia. Me levanto para hacer lo que Sonia me ha dicho y comprobar que Damien está dormido, esa es la única explicación que se me ocurre para que no haya sido él quien ha venido a despertarme.

Salgo del dormitorio después de pasar rápidamente por el cuarto de baño

y veo que Damien ríe ante algo que le ha dicho Paula. Están sentados en sillones contiguos, muy juntos. Sin decir nada me siento en uno de los asientos más alejados de ellos, aunque por lo pequeño que es el avión sigo oyéndoles murmurar.

—Señores pasajeros —anuncia el capitán por la megafonía—. En breves minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Madrid, donde procederemos a repostar. Estaremos estacionados alrededor de dos horas, dependerá de la torre de control. Si desean bajar, solo tienen que decírselo al personal de cabina.

Perfecto, ahora me toca estar aquí encerrada durante dos horas siendo ignorada. No, ¡paso de eso! Además, necesito estirar las piernas. Bajaré, daré una vuelta por la terminal, me compraré algún dulce y perderé de vista, aunque sea por un rato, a estos dos.

—¿Desea tomar algo antes de aterrizar? —me pregunta Sonia con una agradable sonrisa.

—Sí, un zumo de naranja, por favor. Y me gustaría dar una vuelta por la terminal cuanto aterricemos.

—Claro, señora. Avisaré para que la recoja un coche.

Volviendo a sonreírme se marcha para preparar mi bebida, pero antes les pregunta a Damien y Paula si quieren tomar algo. Aún no se han dado cuenta de que estoy sentada aquí, siguen enzarzados en su conversación mientras miran algo en la Tablet de ella.

Termino de beberme el exquisito zumo cuando el avión se detiene por completo en un hangar privado. La joven azafata abre la puerta del aparato y se queda junto a ella esperando pacientemente.

—Le hemos dicho que no vamos a salir —espeta Paula mirando a la amable mujer—, así que cierre la puerta que hay demasiado ruido fuera.

Sin decir nada me levanto, cojo mi bolso y me dirijo a la puerta.

—Abby, ¿adónde vas? —me pregunta Damien—. Creía que seguías durmiendo.

—Pues te equivocas. La azafata me ha avisado antes de aterrizar —respondo sin mirarle—. ¿Cuándo tengo que volver? —le pregunto ahora a Sonia.

—No se preocupe, avisaremos a su conductor cuando tengan que volver. Él la llevará a la terminal y la acompañará todo el tiempo.

—¿Como un guardaespaldas? —pregunto.

—Algo así, sí —responde la azafata. Cómplice se acerca a mí para

murmurar—: La compañía no se puede permitir que le ocurra algo mientras vuela con nosotros.

—Tranquila —murmuro en respuesta—, me portaré bien.

Riendo bajo las escaleras y me acerco al coche negro que me espera. Pero entonces oigo como Damien me llama:

—¡Abby!, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Voy a dar un paseo. Así puedes hablar con tu amiga sin tener que cuchichear.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Damien, ¡llevaba más de quince minutos sentada detrás de vosotros y no te has dado ni cuenta! —exploto por fin.

Su cara es todo un poema, no se había dado cuenta de eso. De dos zancadas lo tengo a mi lado agarrándome del codo.

—Lo siento, nena. Estábamos repasando lo que el director del anuncio quiere y me he abstraído, como siempre que trabajo. Porque, por si se te ha olvidado, este es un viaje de trabajo.

—Me quedó claro que este era un viaje de trabajo desde el principio. Aunque tenía la estúpida esperanza de poder disfrutar tranquilamente de mi marido cuando no estuviese trabajando. Pero no te preocupes que no te voy a molestar.

—Mira, no sé qué coño te pasa, si serán las hormonas o que has dormido poco, pero estás de lo más borde. Cuando llegemos a Zante hablaremos en la habitación tranquilamente de todo esto.

El comentario de mi mal humor me llega al alma. Al parecer él ya ha olvidado lo que pasó con Paula, pero yo no puedo borrar de mi mente la imagen de ellos dos follando. Sí, vale, él estaba muy borracho y no se acuerda de nada, pero es una escena que me atormentará por mucho tiempo y más cuando los veo juntos.

—Eso va a ser difícil —digo tras dirigirle la mirada más letal que puedo —, porque en cuanto llegemos mis hormonas y yo vamos a pedir una habitación para mí sola. Así tú te aseguras de que no te molesto, y yo de que podré descansar como necesito.

Sin más tiro de mi brazo para soltarme de su agarre y me monto en el coche. Veo cómo mi marido se queda mirando en mi dirección durante unos minutos con la boca abierta. Está claro que no se esperaba mi contestación, y yo tampoco, pero me ha salido sin pensar y me ha sentado la mar de bien el desahogo.

Paseo por la abarrotada terminal distraídamente. La gente va de un lado para otro casi sin ver a las demás personas. Nunca me había sentido tan sola estando rodeada de tanta gente. Echo de menos a mis padres; a Ash, mi amiga de la infancia; a Javi y sus chistes malos; a Jhon y su eterna sonrisa. Necesito alguien con quien hablar y la única persona con la que no tengo que andar con pies de plomo para que no se entere de mi embarazo es Jhon. Saco el móvil y veo que tengo un mensaje de Damien:

***No me ha gustado nada tu contestación, espero que fuera cosa del calentón y no fueras en serio. No voy a permitir que duermas en otra habitación, eres mi mujer y pienso disfrutar estas vacaciones contigo.***

***Te quiero y por eso tenemos que hablar y arreglar todo esto de una vez. No me gusta estar así contigo. Llámame y dime dónde estás para que pueda ir a buscarte. No me hace gracia que andes sola por ahí. Te quiero mucho, bueno, os quiero mucho, no lo olvides nunca.***

Una lágrima rueda por mi mejilla sin que lo pueda evitar. Quiero a mi marido muchísimo pero lleva unos días comportándose como un auténtico capullo y no soporto ese comportamiento. Espero que estas vacaciones nos ayuden a solucionar lo que sea que nos esté pasando. Pienso si debería llamarle y dejarle que pasee conmigo, pero estoy demasiado enfadada. Necesito un rato a solas para tranquilizarme. Entro en la primera cafetería que encuentro y me siento en una de las pocas mesas que hay vacías.

Miro la hora en un reloj que tiene el local y veo que son casi las once de la noche. Calculo la diferencia horaria y sin pensarlo marco el número de mi amigo, necesito que alguien me distraiga.

—¡Hola, guapísima! —saluda con su habitual alegría—. ¿Ya habéis llegado?

—Hola, guapetón. Estamos en Madrid, debemos hacer escala para repostar. En un par de horas volamos a Grecia. ¿Qué tal por allí?

—Por aquí todo bien, no te preocupes. ¿Qué tal estás? ¿Te has mareado mucho en el avión?

—Estoy bien. Y sí que he tenido algunas náuseas, pero no por el vuelo. ¿Tú sabías que Dam sigue viendo a Paula?

—¿A Paula? ¿Para qué va a verla después de lo que os hizo?



—Pues está en el avión ahora mismo con ella. Cuando hemos llegado al aparatito ha subido ella.

—¿¿Cómo?! No me puedo creer lo que me estás contando. ¿Qué hace ella con vosotros?

—Pues por lo visto es la responsable de marketing de la marca, o algo así. Así que tiene que ir con Damien para el anuncio. Si lo llego a saber no vengo. Seguro que me lo estaría pasando mejor allí contigo.

—Hombre, si estuvieses aquí seguro que lo pasaríamos en grande, pero estás allí para disfrutar con tu marido.

—Mi marido está muy entretenido hablando con su amiga. Ni siquiera se ha dado cuenta cuando me he sentado detrás de ellos tras echarme una siesta.

—Este tío es idiota. Hablaré con él, no te preocupes. No lo hace con maldad, Damien te quiere con locura y se preocupa mucho por ti. Y más ahora que esperas un hijo suyo. Sabes que cuando está inmerso en el trabajo pierde la noción del tiempo.

—Sí, sé que su trabajo es muy importante, pero lleva todo el viaje prestando toda su atención a Paula y me siento bastante marginada. Si no tuviese unas ganas locas de bañarme en esas aguas tan cristalinas estaría más que amargada. De momento ya le he dicho que cuando llegemos a Zante no voy a dormir con él. No soporto más sus insolencias.

—Pues en mi opinión creo que haces muy mal. Es tu marido y debéis pasarlo bien juntos. No todos los días se encuentra a esa persona que te completa y que te corresponde. —Su voz suena triste y melancólica, supongo que aún está triste por aquella chica a la que empezaba a conocer y que no sé por qué dejó—. Abby, debes hablar con él, decirle lo que te pasa y arreglar las cosas. Si os queréis no podéis dejar que cosas como esta os arruinen la felicidad que deberíais sentir en este momento.

Me quedo unos minutos pensativa. Sabía que hacía bien llamando a Jhon, él es todo sabiduría. Comprende lo que necesito oír incluso antes que yo. No sé qué sería de mí sin él.

—Tienes razón, Jhon. En cuanto vuelva al avión hablaré con él y arreglaremos esto, aunque tenga que meterlo a la fuerza en la habitación del avión. Muchas gracias, amigo.

—¿Esa es mi chica! Déjale claro a Paulita que contigo no se juega. Tengo que dejarte, que llaman a la puerta. Cuídate mucho, preciosa.

Me despido de mi amigo mucho más animada y decidida. Aunque

también me preocupa un poco el tono tan melancólico con el que me ha hablado. Parece que desde hace unos meses el Jhon risueño y alegre se ha marchitado un poco, y no sé cuál puede ser la razón. Pero ahora, por mucho que me preocupe mi amigo debo volver al avión con mi marido y empezar a disfrutar de este viaje.

## Capítulo 5

—Hola, buenas noches —saludo a la guapa recepcionista del hotel *Olea all suits* hotel de Zante—. Quisiera una habitación, por favor.

—No le dé ninguna habitación —interrumpe Damien—. Ella ya tiene una, gracias.

Me giro para mirarle echando chispas por los ojos, mi enfado es más que evidente, pero al otro lado de las puertas del hotel los periodistas acechan y no quiero montar un numerito ante ellos. Nos retamos con la mirada sin decir nada, pero expresando el enfado que ambos tenemos. A pesar de esto creo que será mejor que me muerda la lengua y vaya con él a su habitación. Eso sí, allí se va a enterar de quién es Abigail Jensen.

Sin abrir la boca, y tras despedirme con una amable sonrisa de la paciente recepcionista, sigo a mi marido.

Cuando entramos a nuestra habitación (bueno, mejor dicho, a nuestra impresionante villa), voy directamente al cuarto de baño con la intención de darme una ducha antes de acostarme. Necesito que mi cuerpo se relaje antes de poder conciliar el sueño. Abro el grifo de una ducha ridículamente grande y voy desnudándome mientras sale caliente el agua.

Suspiro cuando la templada cascada cae sobre mí. Mientras me lavo el pelo pienso en que debería estar hablando con Damien sobre lo que ha pasado, pero el asqueroso viaje que he tenido me ha dejado exhausta y lo único que quiero es dormir durante horas.

Salgo de la ducha mucho más relajada y me pongo un mullido albornoz cortesía del hotel. Cruzo la puerta para huir al salón y dormir en el sofá, aunque no tenía pinta de ser excesivamente cómodo. Pero no pienso dormir con él hasta que se disculpe al menos.

—¿Se puede saber a dónde vas? —pregunta Dam que ya está tumbado en la cama.

—Ya que no me has dejado coger una habitación para mí sola voy a dormir en el sofá.

—¿En el sofá? Estás de coña. Tú vas a dormir en la cama, conmigo. Pero antes vas a explicarme qué es lo que te pasa.

—¿Aún no te has enterado de lo que me pasa? ¡Esto sí que es un chiste!

He salido demasiado relajada de la ducha como para cabrearme de nuevo. Además, estoy muy cansada y necesito dormir.

—Estoy de acuerdo en eso de que necesitas descansar, pero antes explícame ¡qué coño te pasa!

—¡¡Tú!! —grito dejando salir todo mi enfado—. Eso es lo que me pasa. Me has metido en un avión junto a Paula. Una mujer que se aprovechó de ti cuando estabas casi inconsciente y que luego me mandó el vídeo para que viera cómo te la follabas. Quizás tú lo has olvidado o la has perdonado, ¡pero yo no! Ella intentó separarnos y casi lo consigue. ¿Es que no te das cuenta?

—¿Y qué quieres que haga? —grita él también—, ¿renuncio al trabajo? Yo no tengo la culpa de que ella sea la elegida por la marca para supervisar el anuncio, ¿o sí?

—No, de eso no tienes culpa, pero sí de ocultarme que el día de nuestro aniversario llegaste tarde por estar con ella. Eres culpable de haber estado hablando con ella a mis espaldas; y sobre todo, eres responsable de haberme ignorado durante todo el vuelo por estar con ella. ¡Ni siquiera te has enterado de que me he sentado detrás vuestra!, después de que fuese la azafata a despertarme cuando ¡deberías haber sido tú! —Estoy perdiendo la poca cordura que me queda. Si no paro esto ahora mismo vamos a empezar a decir cosas de las que luego nos arrepentiremos—. ¿No piensas decir nada?

—¿Qué quieres que te diga? Ya te he dicho antes que ella estaba en esa reunión porque es la representante de la marca. Y no hemos hablado hasta hoy. En lo referente al vuelo, solo te puedo decir que mi trabajo no es fácil. Tú te crees que es como las fotitos que dejas que Françoise te haga pero no es así, aquí hay muchas cosas que estudiar y que hablar. Y da la casualidad de que es ella con quien tengo que hablarlas —replica con desdén.

—Te recuerdo que en una de esas insignificantes sesiones de fotos de las que hablas nos conocimos... —replico con frialdad—. Mira, déjame en paz un rato que necesito dormir. Cuando hayas pensado en todo esto, y estés dispuesto a darme las disculpas que merezco, ya sabes dónde estoy: en el sofá —recalco esto último para dar por zanjado el tema. Pero antes de darme la vuelta e irme le digo algo más calmada pero con el corazón rompiéndose poco a poco—. Una vez me dejaste de lado por ella y casi nos perdemos el uno al otro. Si no quieres que pase lo mismo reflexiona sobre lo que has hecho.

Me doy la vuelta y voy derecha al sofá. Me tumbo bocabajo y empiezo a llorar en silencio con la cara hundida en un cojín. Me duele muchísimo

recordar lo que nos pasó hace ya un año, pero Damien está volviendo a meter a Paula en nuestras vidas y yo no puedo con ello. Si volviese a pasarnos lo mismo no sé si podría perdonarle de nuevo. Ahora tengo que pensar en mi hijo, él o ella siempre será lo primero para mí.

Las lágrimas caen sin control de mis ojos y se estrellan en el sofá. A causa del embarazo estoy más sensible de lo que es habitual pero no me he inventado nada de esto. Ella está aquí y él la está dejando entrar de nuevo, dejándome a mí de lado. Llora sin control durante no sé cuánto tiempo hasta que me quedo dormida.

—Nena —susurra Damien muy cerca de mí—, lo siento. Lo he estado pensando, me he puesto en tu lugar y me he dado cuenta de que tienes razón. Paula nos hizo daño, mucho, y yo la estoy tratando como si no hubiese pasado nada. Cuando estoy trabajando me centro tanto que no me doy cuenta de la gente que está a mi alrededor.

No me muevo, sabe perfectamente que estoy despierta escuchándole pero sigo demasiado enfadada, y eso también lo sabe.

—Nena, no soporto que estemos mal —me dice mientras acaricia mi espalda a través del albornoz—. Hace dos días, durante la reunión que tuve con el productor del anuncio, se presentó ella. Yo estaba deseando que terminásemos para poder volver a casa contigo y cuando me invitaron a que tomase algo con ellos decliné la oferta diciéndoles que debía volver contigo porque te encontrabas mal. Nada más. Esa es toda la historia.

Me pongo de lado para poder verle la cara, por mucho que nos pase él sigue siendo mi marido y yo sigo queriéndole. Damien aprovecha la ocasión para acunar mi cara con sus manos.

—Te quiero, Abby. Sé que a veces soy un capullo y no me comporto contigo como debería, pero quiero que sepas que vosotros sois lo más importante para mí. Sois mi familia, mi todo. Siento no ser todo lo que tú necesitas, pero te prometo que mejoraré y que no te volveré a defraudar.

Tenerle delante de mí, de rodillas, pidiéndome perdón con esas palabras tan bonitas hace que mi enfado disminuya hasta casi desaparecer. Poco a poco se acerca a mí hasta que su boca queda a milímetros de la mía. Se muere por besarme, casi tanto como yo a él. Miro esos ojos azules que tanto adoro y veo la sinceridad y el arrepentimiento que siente por lo que ha pasado. Mi corazón sigue aún un poco roto por lo que mi cabeza me grita que no sucumba, que aún no debo perdonarle, pero mi cuerpo y las ansias que tengo de sentir a mi marido dentro de mí ganan la partida y acorto los escasos

milímetros que nos separan. Descargo toda la frustración y el enfado que siento en un beso que es casi violento. Damien me corresponde intentando que baje un poco la intensidad sin conseguirlo. Me tumba bocarriba sobre el sofá apoyándose en los brazos para no dejar caer todo su peso sobre mí.

—Desnúdate —demando con prisa.

Damien se incorpora para hacer lo que le he pedido. Primero cae a sus pies la camiseta, después los pantalones y por último su ropa interior. Verle tan dispuesto a complacerme me calienta más. Sin apartar la mirada de ese fabuloso cuerpo desabrocho el cinturón del albornoz dejando que vea mi completa desnudez.

—Eres una diosa. Y eres toda mía.

Con sus ojos entornados repasa mi cuerpo desnudo, deteniéndose levemente en mi barriga, la que acaricia con auténtica adoración. Cuando está satisfecho sigue bajando los dedos hasta llegar a mi ansioso sexo. Sin que les de la orden mis piernas se abren para él, dejando el paso libre para que sus dedos se introduzcan dentro de mí con demasiada parsimonia.

—Siempre estás lista para mí —murmura tumbándose sobre mí sin dejar de penetrarme con sus dedos—. A pesar de lo enfadada que estás conmigo. Eres todo un regalo que no merezco.

Uno nuestros labios para callarle. Ahora no me interesan sus disculpas ni sus excusas, mi cuerpo ha tomado el mando y lo único que quiero es que me satisfaga. Ya tendremos tiempo después para hablar con calma de todo esto.

Sin dejar de besarnos cojo su mano con la que me está dando tanto placer y la saco de entre mis piernas para seguidamente coger su erecto miembro y guiarlo hasta la entrada de mi cuerpo. Comienza a penetrarme muy despacio, demasiado para lo que necesito, así que le ruego sin pudor, apenas separando nuestras bocas:

—Fóllame, Damien. No seas suave ni delicado. Necesito que me lo hagas con fuerza que me demuestres la pasión que sientes por mí.

Se separa de mí incorporándose sobre sus musculosos brazos para poder mirarme a los ojos.

—No quiero hacerte daño —dice dudoso.

—No me vas a hacer daño. Hazlo, lo necesito.

No quiero suplicarle y no lo haré. Si él no me da lo que necesito yo misma lo haré. Ante su mutismo, llevo la mano hacia mi sexo, donde su miembro aún espera en mi interior, y empiezo a acariciar mi hinchado clítoris

mientras mi marido me mira fijamente con los labios apretados.

—¡Joder, nena! No sabes lo que me pone que seas tan atrevida.

Mis caderas se mueven al compás de mis propias caricias, provocando que su miembro se adentre levemente. Subo y bajo mi pelvis metiendo y sacando su pene. Al tercer movimiento, Damien, pierde el control. Me agarra de las caderas y de un fuerte empujón entra hasta el fondo haciéndome gritar de placer. Empieza a moverse con fuerza, incluso con rabia, mientras yo sigo acariciándome. Empuja cada vez más y más fuerte; más y más profundo; hasta que un arrollador orgasmo estalla dentro de mí.

—¡Joder, Damien! —grito al correrme.

—¡Sí, nena. Sí! —grita él.

Yacemos sudorosos en el sofá sin hablar. Tenemos muchas cosas que decirnos pero este no es el momento para hacerlo. Apoyo la cabeza en su pecho y oigo como los fuertes latidos de su corazón se van ralentizando, al igual que su respiración.

—Vayámonos a la cama, nena. Tenemos que descansar.

No le respondo, pero tampoco opongo resistencia cuando se incorpora y me coge entre sus brazos para llevarme a la habitación. Me deja en la cama y se tumba a mi lado mirándome de frente.

—Te quiero mucho, Abby.

—Yo también te quiero, Damien. No vuelvas a hacerme algo así, por favor.

—Te lo prometo, nena. Ahora duérmete.

Me acerco a él y nos abrazamos para dormir como llevamos haciendo desde la primera noche que pasamos juntos.

El sol calienta mi piel desnuda. La privacidad de la villa en la que estamos alojados me permite pasearme como mi madre me trajo al mundo con tranquilidad. El viaje hasta aquí fue un auténtico infierno, pero ahora estamos mejor que nunca. Cuando el avión aterrizó estuve a punto de besar el suelo, fue el vuelo más largo de toda mi vida. Tener que compartir un cubículo tan pequeño con Paula supuso un auténtico infierno.

Nunca podré estar cerca de esa mujer sin querer estrangularla, y más cuando lo único que hace es intentar llamar la atención de Damien y coquetear con él a cada segundo. Pero ahora... ahora me da igual. En los tres días que llevamos aquí hemos estado con ella comiendo y cenando, junto con los productores y el director del anuncio, y he conseguido ignorarla. A esto también ayuda que Dam ha recapacitado y he vuelto a ser su prioridad.

—Buenos días, preciosa. —Dam me da un beso en la cabeza desde atrás —. ¿Cuánto tiempo llevas aquí tumbada?

—Aproximadamente media hora. No podía dormir más.

—Y como no podías dormir más has decidido pasearte desnuda, ¿verdad?

Me pongo de rodillas sobre la hamaca en la que estaba tumbada y me giro para mirar a mi marido a la cara.

—¿Desde cuándo te importa que vaya desnuda? Aún no estoy tan gorda.

—Punto número uno —dice cabreado—: tú no estás gorda para nada y no lo vas a estar, lo que te va a crecer va a ser la barriga y eso me hace inmensamente feliz. Y punto número dos: no me molesta en absoluto que te pasees desnuda por casa. Aquí puede que cualquier periodista te haga una foto y mañana seas titular en toda la prensa rosa.

La verdad es que me importa una mierda que me hagan fotos estando desnuda, me gusta demasiado mi cuerpo como para avergonzarme de él. Tampoco me preocupa que mis padres puedan ver dicha foto, ya que ellos están más que acostumbrados a verme desnuda. Pero, a pesar de todo, sé que a mi marido sí que le puede sentar mal que salga así en la prensa, así que sin decir nada más me levanto y entro de nuevo a la intimidad de nuestra habitación.

—Nena —dice entrando tras de mí—, no te enfades. No lo he dicho para molestarte.

Me giro y me acerco a él para darle un suave beso en los labios.

—Ya lo sé, mi vida. Y entiendo por qué me lo has dicho. No te preocupes, soy yo quien debe pedirte disculpas. Estoy tan acostumbrada a estar en casa que no me he acordado de los periodistas, lo siento.

Con una de sus impresionantes sonrisas me devuelve el beso, al que respondo dando un salto para enroscar mis piernas a su cintura. Desde que discutimos al llegar aquí estamos mejor que nunca. No nos hemos vuelto a pelear; hacemos el amor siempre que podemos, nos reímos de cualquier tontería y no podemos dejar de tocarnos, ni siquiera en público. Los únicos momentos en los que estamos separados son cuando Dam está trabajando, y aun así yo estoy cerca.

—Nena, me encantaría follarte ahora mismo, pero tenemos que estar en el puerto en media hora y aún no has desayunado.

—Venga... por favor... uno rapidito. —Le hago un puchero intentando convencerlo—. Te necesito para estar relajada hasta la hora de comer al



menos.

Abandono su boca para besarle el cuello, tengo un objetivo y sé cómo conseguirlo. Aunque sus manos agarran mi trasero puedo cimbrar las caderas ligeramente, lo justo para terminar de excitarle.

—Nena, por favor, no hagas eso. —Aprieta más fuerte mi trasero para evitar que me mueva.

—Dam, ¿por qué te resistes? Sabes que al final lo voy a conseguir. Además, tú también lo deseas. Como no tenemos tiempo será mejor que me des lo que te pido cuanto antes.

La carcajada que suelta me hace reír a mí también. Esto es lo que más me gusta de todo, en cualquier ocasión nos echamos a reír, e incluso cuando estamos a punto de hacer el amor. Aún riéndonos noto como se baja el pantalón del pijama, la única prenda de ropa que lleva puesta, y empieza a penetrarme.

—Como siempre, tus deseos son órdenes para mí. Tendrás tu polvo rapidito.

Apoya mi espalda contra la pared más cercana y me penetra con fuerza y rapidez como le he pedido. Tras pocos minutos llenos de jadeos y gemidos, el orgasmo nos asalta a los dos al unísono.

—Ahora, caprichosa. Solo tenemos diez minutos para desayunar y prepararnos.

—Pero ha merecido la pena, mi vida —respondo besándole con dulzura, intentando controlar mi errática respiración.

—Llegáis cinco minutos tarde —nos saluda el exigente, pero simpático director Wallace.

—Perdón —digo sonriendo con una dulzura excesiva—, ha sido culpa mía.

—Contigo no puedo enfadarme, preciosa.

—Hola, guapa —saludo con un beso en la mejilla a Kimberly, la compañera de reparto de Damien en el anuncio.

Montamos en el barco que nos llevará a una preciosa cala apartada de todo. Nos sentamos en la popa del barco y esperamos a que terminen de subir todos para poder zarpar.

—Nena —me llama Dam cuando el aire empieza a ondear mi pelo —, hoy no has tenido náuseas, ¿no?

—¡Es verdad! —reconozco sorprendida y contenta a la vez—. Ni náuseas, ni mareos, ni nada malo. Lo que sí que tengo es hambre, me apetece

algo con chocolate.

Nos miramos sonriendo felices. Es el primer día que no me levanto corriendo al cuarto de baño para vaciar mi estómago. Parece ser que mi pequeñín ha decidido dejarme comer con tranquilidad. Mi guapo marido se levanta aun sonriendo, supongo que para buscarme algo dulce. A los pocos segundos vuelve con una napolitana enorme a la que se le sale el chocolate por los lados haciendo que se me haga la boca agua.

—Ten, cariño. Que lo disfrutes.

Estoy saboreando la deliciosa napolitana cuando estoy a punto de atragantarme al ver a Paula. En estos tres días es la primera vez que viene en el barco. Pero hoy no he vomitado, ni tengo ganas, mi marido me ha dado un impresionante orgasmo nada más levantarme, y el chocolate que estoy saboreando es uno de los más deliciosos que he tenido el placer de degustar, así que no voy a dejar que arruine mi felicidad.

—Buenos días, chicos—dice con una falsa sonrisa—. Ya creíamos que no vendríais.

—Nos hemos entretenido un poco haciendo el amor, lo siento — responde Damien sin ningún pudor.

La cara de Paula es la guinda que le faltaba a mi pastel. Para agradecerle sus palabras, dejo mi sitio y me siento sobre sus piernas mientras lamo el chocolate que se me ha quedado en los dedos. Me encanta estar sentada sobre él, pero también me gusta ver la cara de lela que pone Paulita al vernos tan felices. Estoy convencida de que ella se esperaba que, después de lo del avión, lo nuestro terminaría o algo así. Pero lo que no se esperaba era estuviésemos mejor que nunca.

La cabeza mi Dam se pierde en la curva de mi cuello para llenarlo de besos. El cosquilleo que me recorre desde donde sus labios entran en contacto con mi piel hace que cierre los ojos y saboree el momento ignorando por completo a la irritante Paula. Cuando vuelvo a abrir los ojos nuestra espectadora ha desaparecido.

—¡Corten! —grita el director—. No me lo creo, Kimberly. No veo pasión, ni lujuria. No, no, ¡no!

Oigo como el pobre director se desespera. Es la octava toma que hacen y sigue sin estar convencido. Aunque he de reconocer que la pobre Kim no muestra mucha pasión. Y eso es raro, ya que tener a Damien, vestido con un ridículo bañador blanco tipo *slip*, tumbado sobre ella a punto de besarla como si fuera a hacerla suya en esa pequeña barca es toda una provocación. Pero la

pobre Kim le toca como si tuviera miedo o como si no supiera qué hacer con un hombre así.

—Tomémonos un descanso. —Sugiere el cansado director—. A ver si ya podemos terminar.

Damien salta de la barca para subir al barco y venir junto a mí sin demora. Ese bañador deja poco a la imaginación y mi libido empieza a hacer de las suyas cuando lo veo moverse con esa sensualidad y seguridad que le caracteriza.

—Hola, mi vida —me saluda justo antes de darme un beso de esos que te dejan las piernas de gelatina—. ¿Te estás aburriendo mucho?

—No, me gusta verte trabajar —respondo.

Me agarra de la cintura y me arrima a él para volver a besarme. Yo, sin dudarlo, le toco el trasero por encima del bañador. Cuando suelta un leve gemido meto la mano por dentro del bañador y le doy un pequeño pellizco.

—¡Eso es exactamente lo que busco! —Oímos que gritan a la espalda de Damien—. ¿Ves, Kim? esa es la pasión que quiero ver en el anuncio. Todo fogosidad y sensualidad. Como si estuvierais a punto de ponerlos a follar como locos.

Nos separamos de un salto, al parecer hemos sido demasiado fogosos sin darnos cuenta que estamos en público. Sin poder remediarlo empiezo a reír contagiando a mi sofocado marido, que tiene que esconderse detrás de mí para que nadie vea su tremenda erección. Por suerte para él un asistente le trae un albornoz que se pone con premura. Esto me hace reír mucho más ante la cara de desconcierto de algunos y las sonrisas pícaras de otros. Pero dejo de reír cuando veo la cara de preocupación de Kimberly. La pobre chica me da un poco de lástima, así que dejo a Damien hablando con uno de los cámaras y me acerco a la pobre chica.

—¿Qué te pasa, Kim? —le pregunto al llegar a su lado.

—Bueno, verás... la cosa es que... ¡Buff!... Bueno, aquí nadie lo sabe y quiero que siga siendo así...

—No te preocupes, a mí me lo puedes contar. No soy de las que van desvelando los secretos de la gente que confía en mí.

La cojo del brazo y la llevo al otro lado del barco, donde podemos estar solas y hablar sin ser interrumpidas.

—Venga, cuéntame qué te pasa —animo a la pobre chica.

—Bueno, la cosa es que a mí me gustan las mujeres. —Se me queda mirando como esperando a que la juzgue o algo así.

—Vale, ¿y qué pasa con eso? —La sonrisa que me muestra me desvela su alivio ante mi respuesta.

—Bueno, es que yo soy modelo, ¿sabes? Y no sé cómo interpretar esto.

—Entiendo... Y ¿por qué no imaginas que Damien es una mujer que te guste? Tú solo mírale a los ojos y piensa que es esa chica que te vuelve loca. Así seguro que todo va bien.

Me fijo en sus oscuros ojos y veo cómo repasa mi cuerpo cubierto únicamente por un minúsculo bikini de color verde. Sé lo que está mirando y me hace gracia, a la vez que me excita.

—Vale, ya entiendo lo que me quieres decir. Muchas gracias por tu consejo.

Enseguida reanudan la grabación y esta vez todo sale perfecto. Incluso la ingenua Kim es capaz de tocarle el culo a Damien y darle un ligero apretón. Durante todo el tiempo tengo frente a mí a Paula que mira con envidia como Kim y Damien se revuelcan en aquella barca, cosa que me hace mucha gracia.

Cuando el director se da por satisfecho nos preparamos para emprender la marcha sentándonos en el banco que hay en la parte trasera del barco. El sol está bajando y la temperatura es simplemente perfecta. El ronroneo del motor nos informa de que ya estamos listos, pero cuando empezamos a movernos oímos un grito. Rápidamente nos giramos, al igual que el resto de la gente, y vemos a Paula en el agua gritando algo de que deben despedir al capitán del barco. Sin pensarlo empiezo a reír a carcajadas contagiando a la gente que tengo alrededor. La muy idiota, a pesar de los avisos, se ha caído al agua al arrancar el barco. Me río tanto que me duele el estómago y las lágrimas se me saltan. Esto es lo más gracioso que he vivido en mucho tiempo. Está claro que el karma existe. Si haces mal al mundo este te lo devuelve.

Esperamos riendo hasta que una persona de la tripulación sube a una enfadadísima Paula de nuevo al barco y volvemos a arrancar, aunque esta vez el capitán se asegura de que todos estamos sentados antes.

Al llegar a nuestra habitación estoy molida. He pasado un día genial en el paraíso pero me ha dejado agotada. Me acerco a las puertas francesas que dan a nuestra piscina privada para admirar las increíbles vistas.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Damien agarrándose a mi cintura desde atrás.

—Sí, perfectamente. Aunque estoy un poco cansada.

—¿Tanto como para que no te haga mía en esa magnífica piscina?

La propuesta es más que tentadora, ni el cansancio podría hacer que me negase a ella. Pero entonces me acuerdo de Kim y de cómo me miraba con deseo, y una maravillosa idea se me ocurre. Me giro aún envuelta con los brazos de mi guapo marido y mirándole a los ojos le pregunto:

—¿Qué te parece si invitamos a Kim a bañarse con nosotros?

—¿A Kim? ¿Por qué ella?

—Bueno... a ella le gustan las mujeres y a mí me ha gustado como me ha mirado antes.

—¿A Kim le gustan las mujeres?!

—Sí. Pero ese no es el tema. Me gustaría que la llamasen.

—No —dice tajante.

—¿Por qué no?

—Pues muy sencillo: porque estás embarazada y no quiero que nadie más que yo te toque.

—No entiendo a qué viene esto. Cuando estuvimos en casa de Jhon no te importó.

—No me importó porque me pillaste descolocado, pero me arrepiento muchísimo de ello, te lo aseguro.

Y sin más me suelta y se va directo a la ducha. Parece que le molesta de verdad lo que pasó en casa de nuestro buen amigo. Menos mal que no sabe que Jhon conoce lo del embarazo, sino no quiero saber lo que pasaría.

Habíamos prometido no volver a enfadarnos, al menos durante este viaje, así que vuelvo a tragarme mi orgullo y le sigo hasta el cuarto de baño. Por el camino me voy desnudando y cuando cruzo la puerta le encuentro ya metido en la ducha.

—Dam, si no quieres no pasa nada. Solo era una idea que pensaba que te iba a gustar —digo abrazándome a su espalda—. Entiendo tu reticencia, aunque no la comparto. Pero como no quiero estar enfadada contigo, ni que tú lo estés conmigo, he pensado que podríamos empezar por la ducha para quitarnos el cansancio del día y luego terminar en esa fantástica piscina, tal y como tú querías.

Se lo piensa, le cuesta resistirse a mí cuando estoy mimosa, y eso me encanta. Sin decir nada y fingiendo seguir enfadado, me alza entre sus brazos y como locos hacemos el amor en la ducha, para terminar agotados y jadeantes en la piscina.

## Capítulo 6

—¿Te lo puedes creer? Ya han pasado tres meses desde que di en la diana.

El comentario de Damien me hace reír. Hoy tenemos que ir a la revisión de las doce semanas y aún estoy tirada en la cama, desnuda, cansada y satisfecha. Desde que volvimos de Grecia todo ha sido como un cuento de hadas. Bueno, no exactamente, yo demando más sexo y él se pasa el día trabajando.

Sin embargo yo he tenido que bajar el ritmo en el despacho. Estaba tan cansada que no era capaz de concentrarme en los casos que debía llevar, así que pedí una excedencia de dieciocho meses para poder descansar y estar con mi bebé cuando nazca.

Estoy ansiosa porque llegue la hora de poder ver de nuevo a mi bebé. Aunque aún es muy pequeño mi barriga ha empezado a crecer. A penas se nota, pero yo conozco mi cuerpo perfectamente y lo noto. Damien dice que también lo ve, aunque a veces pienso que solo lo dice para darme la razón.

Y, a pesar de que quiero que me digan que todo va genial, también estoy algo nerviosa, porque cuando salgamos de la consulta cogemos un avión y marcharemos a Florida para contárselo a mis padres. Hemos aguantado los tres primeros meses sin decir nada, como queríamos, pero ese tiempo ya ha pasado y necesito gritarlo a los cuatro vientos.

La pelea que tuvimos Damien y yo por lo que pasó en casa de Jhon, no salió de nosotros. Nuestro amigo se enteró porque yo se lo conté, pero Damien no le ha dicho nada, ni se enfadó con él. Por eso seguimos yendo muy a menudo a su casa a cenar y pasar el rato. E igualmente yo me sigo quedando en su casa cuando Damien tiene que trabajar fuera, cosa que últimamente pasa demasiado a menudo.

—Vamos, remolona. Levántate o llegaremos tarde a la consulta.

—No me importará llegar tarde si tú te tumbas conmigo otra vez — murmuro poniéndome bocarriba para tentarle con mi cuerpo desnudo.

—Eres de lo más provocadora y sexi, pero si llegamos tarde a la consulta también lo haremos al aeropuerto y por lo tanto no podremos ir a ver a tus padres...

Hay que ver cómo me conoce, esas palabras hacen que me levante de un

salto y me meta en la ducha a toda prisa. Cuando salgo me visto con unos vaqueros ajustados y una camisa blanca que me queda más ceñida de lo habitual.

Al llegar a la consulta, anuncio que he llegado y nos hacen pasar a una sala de espera.

—¿Tienes ganas de verle? —le pregunto a Dam mirándole. Pero él solo asiente prestando toda su atención al teléfono móvil que tiene entre las manos.

Decepcionada por su respuesta voy a soltarle una de mis borderías cuando una llamada hace que se disculpe y salga de la sala dejándome sola. El enfado causado por la decepción se convierte en pena por la poca empatía que muestra mi marido en algunas ocasiones. Pero todo se me pasa cuando mi teléfono vibra en mi bolsillo y una sonrisa se extiende por mi cara al ver una foto que le hice a Jhon sacándome la lengua.

—¡Hola, preciosa! —saluda antes de que le pueda decir nada.

—Hola, moreno. ¿Qué tal estás?

—¿Yo? ¡Bah, olvídate de mí!, ¿qué tal estás tú? ¿Te ha visto ya el médico? Hace quince minutos que tenías la cita. ¿Está todo bien?

—Joder, Jhon —respondo riendo—, te sabes mejor mis horarios que yo.

—No te equivoques, los horarios que me sé son los de mi sobrina. —Él también se ríe de su propio comentario.

—Pues siento decirte que aún no me han llamado. La doctora va con retraso, pero me ha dicho la enfermera que soy la siguiente.

—Bien, bien. Asegúrate de que le mira todo a la peque y que te contesta a todas las preguntas que anotamos en la libreta. Y si no lo hace me lo dices y buscamos a otra que esté más preparada.

—Sí, tranquilo, yo le doy la hoja que rellenaste y le hago responder a todo. ¿Lo quieres por escrito?

—No es necesario, con que me lo cuentes tú es suficiente. ¿Al final os vais directamente al aeropuerto?

—Sí. Estoy deseando decírselo a mis padres.

La línea se queda unos segundos en silencio, tantos que hasta miro la pantalla para ver si se ha cortado la línea. Pero no, Jhon sigue al otro lado. Voy a preguntarle si va todo bien pero me interrumpe él con voz apesadumbrada:

—Me encantaría estar allí para ver sus caras. Bueno, avísame de que llegáis bien. Un beso, Abby. Y cuídate mucho, por favor.

—Claro que sí, Jhon. No te preocupes, estaré bien.

Cuelgo justo cuando la enfermera entra en la sala para hacerme pasar a la consulta. Pero no puedo entrar sin Damien, así que le pido un segundo y voy en busca del padre de mi hijo. Le encuentro hablando por teléfono con una enorme sonrisa en la cara, pienso que está hablando de mí o de que va a ver a su hijo en pocos minutos, pero mi sorpresa es mayúscula cuando me acerco y oigo la conversación.

—Sí, vamos a estar unos días en Florida... No, no lo sé, espero que no sean muchos, no me apetece demasiado asfixiarme con el calor de allí mucho tiempo... Claro, cuando vuelva te aviso y nos tomamos algo... Sí, Paula, es verdad que está embarazada. Estamos esperando para que la vea la ginecóloga... No veo necesario contarte de dónde vienen los bebés, ¿no?... Tranquilízate y guárdate tus maldiciones para otra, que estás hablando de la madre de mi hijo...

No me puedo creer que me haya dejado sola en la sala de espera para hablar con ella. ¿Y qué es eso de que le ha contado que estoy embarazada? Estoy anonadada. Pero paso, estoy demasiado eufórica por ver a mi hijo y poder contárselo ya a mis padres, así que olvido lo que acabo de oír por el bien de todos.

—Dam, ya me han llamado, ¿vienes o entro yo sola?

—Tengo que dejarte —le dice a Paula y cuelga el teléfono.

La frialdad mal disimulada con la que le he hablado le hace saber que he escuchado al menos una parte de su conversación. Me doy la vuelta y sin esperarle me dirijo a la consulta. Por el rabillo del ojo veo que llega a mi altura y sorprendentemente viene cabreado.

—¿Tus padres no te enseñaron de pequeña que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas?

Me paro de pronto. No me puedo creer lo que me ha dicho. Encima de que le pillo hablando con ELLA, es él quien se enfada.

—Mira, Damien, no quiero hablar de esto —digo volviéndome para mirarle a la cara—. Lo único que voy a decirte es que sé que hablabas con Paula. Y ¡no te estaba espiando! Solo buscaba a mi marido.

—Sabía que estabas escuchando —dice más enfadado aún, mientras yo emprendo la marcha—. Que sea la última vez que me espías. Pensaba que en nuestra relación no había cabida para la desconfianza.

—Tienes razón, no había desconfianza, pero ya veo que estaba equivocada porque en ti no se puede confiar. Esa conversación y la manera



que hablabas con ella sobre mí me lo ha terminado de confirmar. ¡Ah! — vuelvo a pararme para mirarle—, nunca te perdonaré que le hablastes a ella de mi embarazo antes de que yo se lo pudiese decir a mis padres.

Él no contesta, pero por la forma que tiene de abrir de un tirón la puerta de la consulta sé que está muy muy cabreado. Me importa una mierda su enfado, más furibunda estoy yo.

—Buenos días, señora White —me saluda la doctora que nos estaba esperando.

—Buenos días —intento sonreír—, perdone por la tardanza.

Tras preguntarme por mi estado, mis náuseas y el resto de mis síntomas, pasamos a la habitación contigua, donde hay una camilla y un ecógrafo. Tras quitarme los pantalones y la ropa interior me tumbo en la camilla y la doctora empieza a explorarme con el ecógrafo. No dice nada mientras mira fijamente la pantalla hasta que sonriendo aprieta un botón y se empieza a oír un golpeteo rápido y rítmico.

—Ese es el corazón de su hijo. Y este —señala un punto en la blanca y negra imagen de la pantalla—, es su bebé.

Miro donde señala y veo un pequeño perfil. Distingo su cabecita, su pequeño cuerpo y el rápido latido de un corazón.

Las lágrimas salen en torrente por mis mejillas. Esta es la sensación más maravillosa del mundo. Miro a Damien, con la esperanza de que él sienta lo mismo. Y así es, a él también se le han saltado las lágrimas, pero en ningún momento se acerca a mí ni me dirige una mirada. Eso aflige un poco mi estado de ánimo, pero vuelvo a fijarme en la pantalla y todo se me olvida. Solo le veo a él, a mi pequeño bebé.

—Bien, todo está correcto —dice la doctora retirando el aparato.

Bajo de la camilla, esta vez sí cuento con la ayuda de la mano de mi marido, y me visto para volver a la mesa de la consulta.

—La fecha prevista de parto es el 14 de abril —dice la amable doctora entregándome unos papeles—. Si no siente nada raro nos vemos en tres meses. Si tiene alguna duda o alguna molestia pida cita y la veré lo antes posible. En esos folletos está toda la información que necesita. ¿Tiene alguna pregunta?

—No, creo que no. Muchas gracias por todo.

Salimos de la consulta sin hablar, me muero por enseñarle a todo el mundo la foto que me acaban de dar de mi pequeño, pero las primeras personas en verla deben ser mis padres, aunque por lo visto Damien no

piensa lo mismo. Nos montamos en el coche aún en silencio, cada uno rumiando su propio enfado.

—Creo que deberíamos aplazar el viaje —dice Damien cuando arranca el coche—. No me apetece nada ver a nadie ahora mismo.

—Muy bien, si no quieres venir no vengas pero yo pienso ir a ver a mis padres hoy mismo.

—Como quieras. Te llevaré al aeropuerto.

—No te molestes, ya me buscaré la vida.

Llegamos a casa sin decir nada más. Y, como aún me queda una hora para tener que estar en el aeropuerto y ya tengo la maleta lista, voy hasta nuestra habitación y llamo a la única persona con la que puedo hablar en este momento.

—Hola, Jhon. ¿Te pillo ocupado?

—No estaba haciendo nada. ¿Ya te ha visto el médico?

—Sí, y todo está genial. Aunque... he vuelto a discutir con Damien. Tengo una hora hasta que tenga que ir al aeropuerto, ¿vendrías a buscarme? Ahora mismo no quiero estar aquí.

—Claro, ¿estás bien? En diez minutos estoy allí.

Me despido de mi amigo y bajo a la cocina para comer algo, me ruge el estómago a pesar de que hace apenas dos horas que he desayunado. No veo a Damien por ningún lado y casi lo prefiero, ahora mismo lo único que quiero es cruzarle la cara de un bofetón por lo que me ha hecho.

—¿Piensas irte al final? —pregunta Dam a mi espalda mientras degusto un delicioso sándwich de mantequilla de cacahuete.

—Por supuesto que sí. Que tú seas un mentiroso de mierda no va a impedir que les cuente a mis padres que van a ser abuelos.

—Eso ha sobrado, ¿no crees?

—No, no lo creo. Me dijiste que solo hablabas con ella por trabajo y te encuentro asegurándola que estoy embarazada, como si yo tuviese necesidad alguna de mentir o tú tuvieras que darle alguna explicación.

El sonido de un mensaje me distrae. Es Jhon que me avisa de que me está esperando fuera.

—¿Quién es? —inquire mi marido notablemente irritado.

—Pensaba que en nuestra relación no había cabida para la desconfianza...

Sin decir nada más salgo de la cocina y me dirijo a la entrada donde ya me espera la maleta, seguida de cerca por Dam.

—Le daré saludos a mis padres de tu parte —expongo con sarcasmo.

Cierro la puerta dando un portazo y me monto en el coche de Jhon si mirar atrás. En cuanto cierro la puerta empiezo a llorar como una estúpida embarazada hormonada que ha sido despreciada por su propio marido.

—Oye, preciosa —dice Jhon acariciándome la cabeza—, no llores. Ya verás como todo tiene solución. Cuéntame qué os ha pasado.

En lo que dura el trayecto a su casa le cuento todo, desde que nos hemos levantado y hemos hecho el amor, hasta la curiosa escenita de celos que me ha montado antes de salir.

—No sé qué le está pasando —murmura Jhon abriendo la puerta de su casa para dejarme pasar—. Hablaré con él. Sigo flipando con lo que me has contado sobre Paula.

—Yo también estoy alucinada, pero ahora solo quiero pensar en el viaje que me espera y en los días que voy a pasar de relax y diversión con mis padres. —Entonces se me ocurre algo que quizás sea descabellado, pero que me apetece muchísimo—. Oye, antes me has dicho que te encantaría estar presente cuando se lo diga a mis padres, así que ¿por qué no te vienes conmigo? Podemos ir a la playa, tomar el sol y relajarnos.

—No sé, pequeña, no creo que sea un momento que debas compartir con un amigo.

—Tienes razón, pero como a mi marido parece no interesarle pues prefiero disfrutar estos días con alguien que me haga reír y al que le importa de verdad todo esto.

Lo piensa durante unos segundos, pero rápidamente se levanta y va corriendo a su habitación para hacer una maleta. También recoge algunos papeles de su mesa de trabajo y su ordenador.

—Vamos a relajarnos —dice a modo de explicación cuando le miro interrogante—, pero tengo un proyecto que terminar y que corre algo de prisa.

Por suerte, como compré los billetes de avión a través de Internet tengo los resguardos en el móvil, por lo que no nos ponen problemas para subir al avión.

—Algo me dice que a Damien no le va a hacer mucha gracia que le haya sustituido en este viaje —dice Jhon algo nervioso.

—No te preocupes, llegado el momento ya me encargaré yo de él. Además, esto tenía una solución muy sencilla: que hubiese venido él conmigo.

Durante el vuelo, le explico a Jhon todo lo que me ha dicho la ginecóloga. Contesto a todas las preguntas que me escribió en la hoja, hasta que se queda totalmente tranquilo.

—¡¡Cariño!! —grita mi madre cuando salimos por la puerta del aeropuerto. Corro hacia ella y la abrazo con todas mis fuerzas—. No sabes cuánto me alegro de verte. ¿Dónde está Damien?

—Yo también me alegro muchísimo de veros. ¿Os acordáis de Jhon? — Esquivo como puedo la pregunta de mi madre, aunque sé que no se va a dar por vencida y volverá a la carga pronto.

Jhon saluda a mis padres con familiaridad. Se conocen del día de mi boda, aunque después de todo lo que le he contado sobre ellos los conoce mucho mejor de lo que ellos se creen.

Durante el camino a casa de mis padres le mando un escueto mensaje a Damien:

***Ya hemos llegado. Jhon ha venido conmigo para que no estuviera sola en el viaje.***

Mi amigo me mira con cara de preocupación cuando ve lo que le he escrito, pero yo le quito importancia sonriéndole y guiñándole un ojo cómplice.

***Que lo paséis bien.***

La respuesta de mi marido me da a entender que está que echa humo, pero... si se cabrea que se vaya con su amiga y se relaje. Yo no pienso dejar que me fastidie el viaje que tantas ganas tenía de hacer.

Antes de que me dé cuenta llegamos a casa de mis padres. Durante todo el camino Jhon y mi padre han estado hablando, aunque no sé de qué, porque tengo la cabeza en San Diego, en Damien.

Aún no me puedo creer que se haya quedado en casa y me haya dejado venir sola a darles la gran noticia a mis padres. La sensación de soledad que tenía esta mañana se acrecienta debido a la distancia que nos separa. A pesar de lo gilipollas que es le quiero y le echo de menos.

—¿Estás bien? —me pregunta Jhon en un susurro.

—Sí, solo es que estoy un poco cansada.

—Pues ahora a descansar.

Nada más entrar mi padre nos informa de que ha quedado con Tom y Jess, sus grandes amigos, y Ash, la hija de estos, en la playa. La idea es de lo más atractiva, me apetece muchísimo tirarme en la arena a tomar el sol y no hacer nada, no pensar en nada. Pero antes debo hablar con ellos y darles la gran noticia.

—¿Te apetece ir? —me pregunta Jhon.

—Claro, pero antes debo de hablar con mis padres —le respondo—. Mamá, papá, ¿podemos sentarnos un momento antes de irnos?

—Claro, ¿qué pasa, cariño? —mi madre parece preocupada.

Pasamos todos al salón y nos sentamos en sus nuevos sofás.

—Bueno, como habéis comprobado Damien no ha venido, y es que tenía trabajo atrasado. Y, como yo no podía esperar más, pues he decidido venir sin él. —Me estoy andando por las ramas y les estoy empezando a preocupar, así que será mejor que lo suelte de una vez—. Bueno, ahí va... ¡estoy embarazada!

Nada más decir esas dos palabras mi madre se pone de pie de un salto y se acerca a mí corriendo para darme un abrazo. Me aprieta tan fuerte que no se si está contenta o intenta asfixiarme.

—Grace, por favor, suelta a la niña que la estás ahogando —le recrimina mi padre con dulzura.

Mi madre me suelta limpiándose las lágrimas para dejarle paso a mi padre, que no me aprieta tanto, pero que demuestra la misma felicidad que su mujer.

—Ahora entiendo que Jhon haya venido contigo —supone mi padre cuando me suelta—, como Dam tenía que trabajar él te ha acompañado para que no viajases sola, ¿no es así?

Miro a mi amigo que sigue sentado en el sofá mirándome con una preciosa sonrisa.

—Exacto, Jacob. Yo puedo trabajar desde casa y no podía dejarla venir sola.

Veo como mi madre se acerca a mi amigo y le abraza mientras le da las gracias por cuidar de mí. Es un momento tan emotivo que no puedo evitar soltar alguna lagrimita.

Ahora que ya está todo hablado cojo mi maleta y voy a mi habitación, pero antes de que pueda dar dos pasos Jhon me la quita de las manos. Sé que no va a servir de nada que proteste, así que le dejo hacer y le guío hasta el dormitorio. Al entrar un millón de pensamientos inundan mi cabeza. Me

encanta que Jhon se haya ofrecido a venir y que esté ahora mismo en la habitación de al lado, pero con quien quiero estar es con Damien, mi marido, el padre de mi hijo.

—¿Estás bien, cariño? —la intromisión de mi padre en mi dormitorio me devuelve a Florida.

—Claro, papá. Es solo que estoy un poco cansada.

—Sabes que a mí no me engañas. Algo os pasa a Dam y a ti. ¿Quieres que lo hablemos?

—De verdad, papá, no te preocupes, todo está bien. Es solo que él tiene mucho trabajo.

Se acerca y me da un beso en la frente dando por zanjado el tema, a pesar de que no está nada convencido.

La llegada a la playa es todo un acontecimiento. Jess me llama a gritos en cuanto me ve, a la vez que echa a correr para abrazarme. Si ya se porta así no quiero saber lo que hará cuando se entere de que estoy embarazada. Como es de esperar me preguntan por Damien, pero ellos sí que se quedan satisfechos con la excusa del trabajo.

Después de dejar las toallas que traemos junto a las de Tom y Jess nos acercamos al chiringuito que hay cerca. Cuando rechazo el mojito que Jess me tiende se extraña, pero cuando pido un refresco se apoya en la barra y me mira con desconfianza achinando los ojos.

—Vamos, suéltalo —espeta Jess.

—Eres una ansiosa —me río—. Pensaba esperar a Ash, pero tu impetuosa curiosidad puede conmigo. No puedo beber alcohol porque... ¡estoy embarazada!

Igual que ha hecho antes mi madre Jess se pone a dar saltos y a gritar de felicidad. Para ella soy como una segunda hija. Mi bebé va a tener mucha suerte, porque tendrá tres abuelas y tres abuelos que le darán todo lo que quiera. Y le amarán con toda su alma.

Cuando llega Ash nos abrazamos con fuerza, hace demasiado tiempo que no nos vemos. Al saludar a Jhon se queda mirándome con ojos acusadores, pero rápidamente le aseguro que entre Dam y yo todo está bien. No me cree del todo, pero cuando le doy la gran noticia sus sospechas se diluyen por completo, dando paso a la sonrisa y la felicidad.

Pasamos la tarde tumbados en la arena disfrutando del sol. Y, aunque esto es de lo más relajante y divertido, no puedo dejar de pensar en Damien. Le echo mucho de menos, me encantaría que estuviera aquí conmigo y

pudiésemos retozar en el agua como hemos hecho otras tantas veces que hemos visitado a mis padres.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta un preocupado Jhon cuando una indeseada lágrima se me escapa.

—Sí, no te preocupes, solo estoy un poco melancólica.

—Mira, sé que es duro lo que está pasando, y que el capullo de tu marido debería estar aquí contigo, pero no está y deberías disfrutar del tiempo que vamos a pasar con tus padres.

Miro a mi moreno amigo durante unos segundos. Siempre me da buenos consejos y en esta ocasión no es diferente. No veo a mis padres tan a menudo como me gustaría, y para una semana que voy a pasar con ellos no pienso estar asqueada o deprimida. Si Damien no quiere estar aquí conmigo él se lo pierde.

Siete largos y maravillosos días hemos pasado Jhon y yo junto a mis padres, los cuales me han mimado y consentido como cuando era pequeña. La noticia del embarazo les ha hecho tantísima ilusión que hasta han hecho una apuesta por el sexo. Mamá dice que va a ser una niña pelirroja a la que se va a comer a besos, y papá apuesta porque será un niño con el que jugará al béisbol. Han intentado que me posicione con uno de ellos, pero no puedo puesto que me da exactamente igual lo que venga.

En lo que respecta a Jhon... antes pensaba que era un tío fantástico, pero ahora después de pasar tanto tiempo con ellos puedo confirmar que es un auténtico amor. Si no estuviera casada con su amigo, seguramente habría perdido la cabeza por él. En estos días incluso he llegado a imaginar qué habría pasado si hubiese rechazado hacer la sesión de fotos en la que conocí a Damien. Habría salido ese fin de semana con Javi y Mar; mi mirada habría chocado con la de Jhon, habríamos disfrutado sin reservas más de una vez esa noche y casi seguro que habría vuelto a quedar con él. Y seguramente habríamos terminado teniendo algo serio.

Es cariñoso. No deja de mimarme siempre que lo necesito.

Atento. Sabe lo que pienso antes incluso de que se lo diga.

Divertido. Cuando empieza a decir o hacer tonterías no para hasta que le suplico riendo como una loca.

Atrevido. Hace un par de días mi padre nos propuso ir a su playa favorita, una que es nudista, y Jhon aceptó encantado.

Protector. Cuando estuvimos en la playa casi fulmina a un grupo de tíos que no dejaba de mirarnos a mi madre y a mí.

Es tan diferente de Damien... No quiero decir que no me ría con mi marido, pero en lo que se refiere al cariño y la atención... bueno, eso parece que se le perdió en alguno de sus viajes de trabajo.

—¿Estás preparada para volver a casa? —me pregunta Jhon sentándose a mi lado en la toalla.

Miro el mar que tengo delante, me encanta ver a los surfistas hacer virguerías con las olas.

—No —reconozco apoyando la cabeza en su hombro—, me gustaría quedarme aquí un poco más. No me veo con fuerzas para enfrentarme a Damien. ¿Has sabido algo de él?

—Sí y no, pequeña. —Me encanta que haya dejado de llamarme “preciosa” y me haya empezado a llamar “pequeña”, y lo cierto es que a su lado soy realmente pequeña—. Sé por Brian que está bien, pero no me coge el teléfono y no tengo ni puta idea de por qué.

Noto la tristeza en su voz. Damien y él llevan siendo amigos mucho tiempo y es una absoluta pena que se hayan distanciado tanto. Algo me dice que la vuelta a casa va a ser movida para todos.

—Quizás deberíamos quedarnos aquí más tiempo. A lo mejor así se acuerda de que existimos —digo sin pensar.

Llevo una semana separada de él y no he recibido ni una llamada, ni ningún mensaje, a pesar de que le he llamado todos los días y le he ido informado a través de mensajes cómo iba el día. Me duele muchísimo su comportamiento. Por muchas ganas que tenga de quedarme en este pequeño paraíso debo aclarar todo esto o me volveré loca.

—No estaría mal que nos pudiésemos perder los dos solos un tiempo —murmura antes de darme un beso en la cabeza—, pero el deber nos llama.



## Capítulo 7

### Damien

Hoy tenemos que ir al médico y mentiría si dijera que no me hace ilusión ver a mi hijo, pero me desanima mucho el puto viaje que tenemos que hacer después. ¿Por qué tenemos que ir hasta Florida para decirles a sus padres que van a ser abuelos? Esto se arregla con una simple llamada de teléfono. No es que tenga nada en contra de mis suegros, pero es que me ha salido una sesión de fotos a la que mi agente quiere que vaya. Aunque, pensándolo bien, quizás sea un buen momento para contarle a Abby que he cambiado de agente. Estando sus padres delante no se cabrearán tanto conmigo y no me gritarán, o eso espero.

Toda la presión y la angustia que tengo se me pasa al ver a Abby, mi querida mujer, tumbada en la cama. Cada vez que fijo la mirada en su incipiente barriga se me pone un nudo en el estómago. En pocos meses voy a ser padre y un montón de sentimientos encontrados me atenazan. Por un lado, me muero de ganas por verle, o verla; pero por otro, no quiero renunciar a la libertad que aún conservo. Junto con Abby puedo viajar, ir a fiestas, o hacer lo que quiera, pero cuando el bebé llegue todo eso se acabará. Los viajes tendrán que ser planificados con mucha antelación, las fiestas serán suprimidas, o en todo caso tendré que ir yo solo y no podré presumir del cuerpazo de mi mujer. Eso si lo vuelve a recuperar cuando dé a luz.

Miro la hora en mi reloj de mi muñeca y veo que, o nos ponemos en marcha ya, o llegaremos tarde. Me acerco a la cama y apremio a mi chica para que se levante, sé lo que va a pretender antes de salir del lecho: sexo. Pero no tenemos tiempo ni para uno rapidito, además anoche me echó tres polvos y no creo que me queden fuerzas para más, al menos hasta la tarde. Antes era una mujer insaciable, pero el embarazo lo ha empeorado y ahora quiere que me meta entre sus piernas más que antes, en cualquier momento y en cualquier lugar. Le da igual que estemos en la piscina, en la playa, en el baño de un bar o en medio de una fiesta.

Como imaginaba, intenta seducirme, pero se le pasa el calentón y hasta las ganas de mí en cuanto le comento que si llegamos tarde no podremos ir a ver a sus padres.

Mientras conduzco camino de la consulta del médico el teléfono me vibra en el bolsillo. Sé quién es y también sé que es mejor que Abby no lea el mensaje que me acaba de llegar.

Cuando por fin nos sentamos en la sala de espera veo que mi mujer se distrae con sus pensamientos, momento que uso para abrir el mensaje que me espera en el teléfono.

***Tenemos que hablar sobre la sesión. Me están presionando,  
Dam. Quieren una respuesta hoy mismo.***

Vagamente oigo como Abby me dice algo, pero estoy tan distraído leyendo el mensaje que no escucho lo que comenta por lo que simplemente asiento. De pronto el nombre de Paula parpadea en la pantalla del teléfono. Miro de reojo a mi mujer y compruebo que me está mirando. Como aún sigue enfadándose cada vez que menciono a mi nueva representante, me disculpo y voy a la puerta de la clínica para poder hablar con ella.

—¿Qué pasa? ¿por qué no me contestas? —la voz de Pau suena crispada.

—¡Joder, Pau! no me has dado tiempo casi de leer el mensaje.

—Bien, pues ahora me puedes contestar.

Es enervante lo insistente que puede llegar a ser esta mujer, pero claro para eso la pago. Ella es la que tiene que preocuparse por estas cosas. No sé qué contestar. Quiero hacer esa sesión de fotos, es una gran oportunidad para mi carrera y ¡qué coño! me gustaría ver mi estupendo cuerpo en los autobuses y en las paradas de metro, luciendo esos calzoncillos tan caros.

Paula insiste en lo bien que me va a venir hacer la sesión, en el dineral que me van a pagar, etc., etc., etc. Me suelta el mismo sermón que me lleva dando desde hace una semana.

—Dam, ¿en serio te vas a ir de viaje? ¿y dónde demonios te vas? —me pregunta enfadada.

—Sí, vamos a estar unos días en Florida.

—¿Por cuánto tiempo? Quizás podamos arreglarlo para cuando decidas volver, aunque no creo que sea posible.

—No, no lo sé, espero que no sea mucho. No me apetece demasiado asfixiarme con el calor de allí mucho tiempo.

—Joder, menuda mierda. Al menos me llamarás. —Sorprendentemente parece que va entrando en razón.

—Claro, cuando vuelva te aviso y nos tomamos algo.

Se queda unos segundos en silencio, tiempo que temo ya que sé que ahora va a soltarme algo que no me va a gustar nada.

—¿De verdad está embarazada?

¡Ahí está! Desde que se lo conté ayer me esperaba esta pregunta, la conozco tan bien...

—Sí, Paula, es verdad que está embarazada. Estamos esperando para que la vea la ginecóloga.

—¿Cómo es posible?! Te creía más inteligente.

—No veo necesario contarte de dónde vienen los bebés, ¿no?

Mi sarcástico comentario solo consigue cabrearla más de lo que ya está. Cuando le dije que iba a ser padre no esperaba que tirara cohetes o celebrase una fiesta, pero sí que se alegrase por mí. Y cuando conseguí explicarle la ilusión que me hace terminó felicitándome, no sin antes decirme que es una locura y que no es el mejor momento, cosa que no duda en volver a recordarme.

—¡Joder, Damien! Sabes que no es el momento. Tu carrera está en el punto alto y esto solo te joderá. Además, ¿cómo puedes estar seguro de que eres el padre? Viajas mucho y ella pasa demasiado tiempo con tu amigo Jhon...

No me gusta ni un pelo lo que está insinuando. La sangre me empieza a hervir y las manos me tiemblan. Que sea mi agente no le da derecho a desconfiar de Abby y menos si yo no lo hago. Confío plenamente en mi mujer y Paula no tiene por qué hacer lo contrario.

—Tranquilízate y guárdate tus maldiciones para otra, que estás hablando de la madre de mi hijo...

—Vale, vale. Tranquilízate, no quiero cabrearte. Es solo que... Bueno, no entiendo qué ves en ella.

Voy a responderla cuando la voz de Abby me detiene en seco. Mi corazón se altera y contengo la respiración. Y no es por la habitual excitación que su sensual voz me provoca, sino por el miedo de que me haya podido escuchar hablar con Paula.

—Tengo que dejarte —le digo sin más a Paula antes de colgar.

Me giro y por la cara que tiene mi mujer sé que ha oído más de lo que me hubiese gustado. Me cabreo y mucho, ha estado espiándome cuando fue ella la que me dijo que teníamos que tener plena confianza el uno en el otro o lo nuestro no podría funcionar.

Recordar sus palabras de hace un año me enfurece aún más y termino reprochándola que me haya espiado así. Para mi sorpresa me responde de malas maneras, cabreándome aún más. Su condescendencia es increíble. No entiendo por qué se enfada cuando ha sido ella quien no ha hecho las cosas bien.

Tras intercambiar algunas palabras entramos en la consulta ambos enfadados. Abby, saca una hoja de su bolso llena de preguntas y empieza a acribillar a la doctora. ¿De dónde ha sacado tantas preguntas? O, mejor dicho, ¿quién le ha hecho esa lista? Porque por lo que puedo ver esa no es su letra.

Cuando por fin llega a la última pregunta, y se queda contenta con las respuestas, pasamos a la sala de al lado donde puedo ver a mi pequeño. Estoy emocionado, esa pequeña mancha negra que se ve en la pantalla es mi hijo. Una pequeña persona que será todo mi mundo; alguien por quien daría mi vida entera.

Casi sin darme cuenta, unas inesperadas lágrimas se desbordan de mis ojos. Puedo asegurar que este es el momento más especial de toda mi vida.

Al salir de la consulta sigo emocionado. Ha sido un momento tan intenso que lo único que quiero es que nos encerremos los dos en casa y no veamos a nadie.

Paso de viajar, de ver a mis suegros y de hacer la sesión de fotos. Lo que de verdad me apetece es tumbar a mi preciosa mujer en el sofá y acariciar su vientre hasta que me quede dormido. Quiero mimarla y hacerle el amor durante todo el día para demostrarle lo mucho que la quiero.

Le comento que no deberíamos irnos, pero antes de que pueda darle mis razones me interpela de mala manera diciendo que ella sí que se va a ir. ¡A la mierda mi plan! Si ella no ve que este es un momento especial que deberíamos pasar los dos solos no voy a insistir. Si en vez de quedarse en casa y rememorar ese momento en el que hemos podido escuchar el frenético latido del corazón de nuestro pequeño prefiere largarse a no sé cuántos kilómetros para estar con personas ajenas a nuestro matrimonio... es cosa suya. No pienso arrastrarme y mendigar un poco de atención por parte de mi mujer.

—Como quieras. Te llevaré al aeropuerto —espeto furioso.

Nada más llegar a casa Abby sube a nuestra habitación mientras que yo me dirijo al jardín. Tontamente sigo guardando la esperanza de recapacite y se quede conmigo. Tenemos tiempo más que de sobra para ir a Florida y proclamar a los cuatro vientos que vamos a ser padres, pero este no es el

momento.

Oigo los pasos acelerados de Abby que se dirige a la cocina. La sigo esperando que reconozca que está equivocada, que ha reflexionado y que al final se va a quedar conmigo, pero cuando la veo hacerse un sándwich con las facciones contraídas por el enfado sé que estoy siendo un completo iluso.

Le pregunto si al final se va a ir, y con condescendencia me responde que sí, además de llamarme “mentiroso de mierda”. ¿A qué ha venido eso ahora? Mi silenciosa pregunta es rápidamente contestada: Paula. Sé que no he hecho bien ocultando que hablo con ella a diario y más aún que es mi nueva representante, pero esos son temas de trabajo que a ella no le incumben.

Abby solo se ha preocupado por mi trabajo, desde que llevamos casados, cuando tengo que viajar. Lo que haga o a dónde vaya nunca le ha preocupado.

Un mensaje en el teléfono de mi mujer me distrae de la espiral de furia que está creciendo en mi interior. Le pregunto quién es y con esa chulería que un día me enamoró me responde que no me importa. Después se da la vuelta y coge su maleta.

—Le daré saludos a mis padres de tu parte.

Y se larga dando un portazo. Me acerco a la ventana y veo que se monta en el coche de Jhon. ¿Jhon? ¿qué hace él aquí? Esta mierda de situación me tiene cada vez más descolocado.

El sonido de un mensaje en mi teléfono me despierta. Tengo un dolor de cabeza horroroso por culpa de la botella de whisky que yace vacía sobre la mesa. Miro la pantalla casi sin poder abrir los ojos y veo que es Abby que me dice que han llegado bien. Sí, he dicho “han” porque, incomprensiblemente, Jhon se ha ido con ella. ¿Por qué coño se ha ido Jhon con mi mujer a ver a mis suegros? Cabreado le respondo que se lo pasen bien, espero que le llegue la ironía con la que lo escribo.

Paso el resto del día dando buena cuenta de todas las botellas con alcohol que hay en la casa. Cuando me bebo la última estoy tan borracho que no me veo capaz de salir, pero no lo suficiente para estar solo, así que cojo el teléfono y, como buenamente puedo, le mando un mensaje a la única persona a la que me apetece ver ahora.

***Al final has ganado, haré la maldita sesión de fotos.***

A los pocos segundos obtengo una respuesta que me hace reír, aunque

no tenga gracia lo que leo.

***¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?***

Miro por toda la cocina buscando alguna botella que se me haya escapado. Abro y cierro armario, pero no tengo suerte.

***Abby se ha ido a Florida y yo estoy borracho, aunque no lo suficiente. Podrías venir y traerme un par de botellas de alcohol.***

No me responde y yo me cabreo más. Me tambaleo hasta el salón y empiezo a estrellar todas las botellas contra las paredes. Mi mujer ha preferido irse a Florida ¡con Jhon!, antes de quedarse en casa conmigo y arreglar toda esta mierda.

Cuando las botellas se acaban cojo los jarrones que encuentro. Lo siguiente que va a ser destrozado son nuestras fotos. Pero cuando tengo en la mano la imagen de nuestra boda, esa en la que Abby me mira con auténtica devoción, el timbre me detiene en seco. Como puedo me acerco a la puerta y abro, encontrándome a una preocupada Paula.

—Joder, estás hecho una puta mierda —dice mirándome de arriba a abajo.

Sin contestar dejo que pase y me desahogo con ella.

Tres días. Tres largos y tortuosos días han pasado desde que Abby se fue. Me manda mensajes continuamente, en los que me restriega lo bien que se lo está pasando con su amiguito. Ya ni siquiera le considero amigo mío. Me ha dado la puñalada más rastrera que existe.

Al final Paula consiguió que dejara de beber y me metiera en la cama. Cuando desperté, me dijo que había concretado la sesión de fotos para hoy.

Sin muchas ganas poso como el fotógrafo me pide, haciendo mi trabajo como el profesional que soy. Mi vida ha sido mi profesión, esto es por lo que siempre he luchado y nada va a conseguir que renuncie a mi sueño.

Al acabar la sesión miro el teléfono y veo que tengo un mensaje. Supongo que es el mensajito diario de Abby, pero no, esta vez es de un número que no conozco.

***Parece que tu mujer se lo pasa muy bien sin ti.***

Abro la primera foto que viene adjunta y veo a una sonriente Abby en una playa nudista... junto a Jhon. ¿Qué coño es esto? Las manos me empiezan a temblar mientras se descargan las siguientes imágenes. En la segunda foto Jhon abraza a mi mujer; mientras que en la tercera se les ve en el agua jugando. Estoy que trino. En las fotos parece que entre ellos haya algo más que una simple amistad. ¿Qué amigo retoza en el agua con la mujer de otro? Estoy temblando de ira cuando una sonriente Paula se acerca a mí.

—Lo has hecho genial, Dam. Todo el mundo ha quedado más que satisfecho con tu trabajo. Querido, esta sesión ha terminado de llevarte a lo más alto de este mundillo. —Habla sin percatarse de que no la estoy escuchando—. Damien, ¿qué te pasa?

Su preocupación y que sigo mirando el teléfono sin parpadear hacen que se acerque del todo a mi lado y mire las imágenes que tengo delante.

—¡Madre mía! —susurra atónita—. ¿Esos son Abby y... Jhon? —Asiento sin abrir la boca—. ¡Joder!

Sin decir nada más me coge la mano y me lleva al coche. Dejo que tire de mí y me guíe donde quiera. Ahora mismo me da igual dónde me lleva, solo quiero encerrarme en un sitio solitario y dejar que las lágrimas que tengo atascadas en la garganta salgan desahogándome.

Cuando me doy cuenta Paula para el coche en el garaje de su casa. No le pregunto por qué me ha traído aquí, me da exactamente igual, aun así parece leerme la mente y responde sin que pregunte:

—Me ha parecido mejor traerte aquí ya que, seguramente, haya algún periodista apostado en tu casa. Y no quiero que te vean así.

—Gracias —murmuro con la voz trémula.

Al entrar en su salón me tiro en el sofá escondiendo la cara entre mis manos y empiezo a llorar como un niño. Abby ha sido todo mi mundo desde el mismo día en que la conocí. Me volvió loco, me enganchó, me enamoró para ahora romperme el corazón en mil trozos. Ahora creo comprender cómo se sintió ella cuando vio el vídeo de Paula y mío. Aunque esto es diferente, yo estaba borracho y ella está más cuerda que nunca. Además, está embarazada de mí. ¡Un momento! No sé desde cuándo tiene un rollo con Jhon. Hasta puede que el bebé no sea mío.

—Dam, ¿qué puedo hacer para ayudarte? —pregunta Pau sentándose a mi lado y acariciándome la espalda.

—Tráeme alcohol. Mucho alcohol.

Ahora no necesito la compasión de nadie, solo olvidar toda esta mierda.

Puede que cuando me despierte de la borrachera descubra que todo esto ha sido un mal sueño. Miraré a mi lado y ahí estará Abby, sonriéndome como siempre, deseosa de que me pierda en su interior, demostrándome con su pasión el amor que siente por mí.

Paso tres días borracho. Y en este tiempo los mensajes misteriosos no han cedido. Veo cómo los padres de Abby se muestran cariñosos con Jhon; como mi supuesto amigo abraza y besa a mi mujer. Y veo como ella sonrío, mucho, como no ha hecho estos días que ha estado conmigo antes de irse.

Parece que ella ya no es feliz conmigo y que ahora es Jhon quien consigue que ría. ¿La hará gritar de placer también? Estos putos pensamientos son los que no me dejan soltar la botella de... ya ni sé qué es lo que estoy bebiendo.

Paula me ha pedido un millón de veces que deje de beber, pero no puedo. Así que la mujer aguanta mis cambios de humor y mis malas contestaciones, mientras me obliga a comer y me ducha para que me espabile.

—Me hiciste mucho daño en el pasado, Paula —digo en uno de esos momentos de bajón que te provoca el alcohol—, pero me has demostrado que eres una gran amiga. Gracias por estar aquí conmigo.

—Yo siempre estaré aquí para ti, Damien. No he dejado de quererte y lo sabes.

Miro esos ojos marrones que tanto me gustaban antes y recuerdo los grandes momentos que vivimos cuando estuvimos juntos. Habrá sido una mala arpía con Abby, pero no puedo culparla de querer recuperarme. Entonces las imágenes de Abby bañándose desnuda con Jhon vuelven a mi cabeza y la razón se me nubla. Me lanzo sobre los labios de Paula y desfogo en ellos toda la desesperación que siento. En ese momento los malditos mensajes del desconocido me inundan:

***Yo que tú me haría la prueba de paternidad.***

***Parece que tu mujercita no sufre mucho sin ti.***

***¿Así es cómo se comporta un amigo?***

—Damien, ¿qué haces? —jadea Paula contra mis labios.

No le contesto. Sin abrir la boca para no volver a echarme a llorar, vuelvo a besarla y la desnudo con rapidez, incluso llego a rasgarle las bragas



para poder hundirme en ella de una fuerte estocada. Sí, esto es lo que necesito, vengar a mi destrozado corazón.

Follo con Paula, no una, sino dos y tres veces, hasta que ya no puedo más y caigo rendido en la cama. Pero cuando me despierto y veo a Paula tendida desnuda a mi lado me arrepiento de lo que acabo de hacer. Mañana vuelve Abby a casa y tendremos una larga conversación sobre lo que ha hecho ella con Jhon. Y si tengo fuerzas, le contaré lo que ha pasado aquí durante su ausencia.

Ahora mismo no sé si lo nuestro tiene solución.

Sin despertar a Paula salgo de la cama y me visto. Cojo un trozo de papel y escribo un simple “Lo siento”, lo dejo en la almohada y me marcho a mi casa. Allí es donde debo estar cuando vuelva mi mujer. Aunque después de lo que ha pasado esta semana no sé por cuánto tiempo podré seguir llamándola así.

El sonido de un coche me anuncia su llegada. Abby ya está aquí y no tengo nada claro lo que voy a hacer. Por suerte aún me quedan unos minutos para organizar mis ideas. Lo primero que quiero es que me aclare lo que se ve en las fotos, después... ya veremos.

Ahí está, no necesito darme la vuelta para saber que mi mujer acaba de entrar por la puerta. Su exquisito perfume inunda toda la estancia y su energía llega hasta mí sin necesidad de acercarse. No quiero darme la vuelta aún, prefiero esperar un poco más y disfrutar de las sensaciones que su presencia me provoca. En el momento en que me gire la realidad me golpeará de lleno en la cara y no sé si estoy preparado para lo que pueda oír.

—Hola, Damien —saluda ella casi en un susurro.

—¿Qué pasa, colega?

Ahí está la puta realidad golpeándome, ¿qué hace Jhon aquí? Con parsimonia y cara de indiferencia me giro, apoyando la espalda en la ventana por la que hace un segundo miraba la nada.

Mi mirada se fija en primer lugar en esa pelirroja que tan loco me ha vuelto. Está preciosa con unos pantalones cortos de color blanco y una camiseta de tirantes del mismo color. Miro hacia su barriga y una leve sonrisa se me escapa, en tan solo siete días le ha crecido más, eso quiere decir que mi pequeño también ha crecido. Después subo mis ojos hasta su precioso rostro y la sonrisa se me borra al ver tristeza y decepción en él. ¿Ella está decepcionada? No tiene motivos para ello, bueno sí, pero aún no los conoce.

La tensión que hay en el salón se puede cortar con un cuchillo y

amenaza con asfixiarme. Así que sin andarme con rodeos cojo la Tablet que descansa sobre la mesa que hay frente a mí y busco las fotos que me martirizan.

—¿Puedes explicarme qué es esto? —espeto tirando la Tablet de nuevo sobre la mesa.

—Dam, tío —empieza a decir Jhon, mientras Abby mira las fotos—, ¿se puede saber qué demonios te pasa?

No le contesto, solo tengo ojos para Abby, no quiero perderme ninguna de sus reacciones. Está comprobado que la primera reacción ante algo que te sorprende es la auténticamente real. Me sorprende ver sorpresa e ingenuidad. Esperaba ver miedo, pero no hay ni rastro de él en su cara.

—¿Qué es esto, Dam? Somos Jhon y yo en el viaje, pero estas fotos están manipuladas, en muchas de ellas estábamos con mis padres.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —respondo toscamente—. Se ve que os lo habéis pasado bien...

—Como comprenderás no iba a estar amargada en un viaje tan deseado. Aunque sí que he estado triste, porque el gilipollas de mi marido prefirió quedarse aquí y no venir conmigo.

Ahí está el genio que tanto me sorprendió hace tanto tiempo ya. Pero a diferencia de entonces, que me atrajo, ahora me enfurece. Veo como Jhon le coge el aparato de las manos y empieza a pasar las fotos.

—¿Qué es lo que estás insinuando, Damien? —me pregunta Jhon.

—Tú será mejor que no te entrometas. Si eres tan amable me gustaría mantener una conversación con mi mujer, a solas —espeto fulminado al que hasta hace poco era mi amigo.

—No me pienso ir hasta que me digas qué coño te pasa y a qué vienen estas fotos.

—Esas fotos me han ido llegando mientras tú coqueteabas, y vete a saber qué más, con mi mujer.

—¡Yo no he coqueteado con tu mujer! —Jhon empieza a sacar su genio. ¡Perfecto! tengo ganas de pelea—. Lo único que he estado haciendo ha sido cuidar de ella, mientras tú te lo pasabas en grande con Paulita.

De reojo veo la cara de asombro de Abby, ella no sabe nada sobre Paula.

—¿Y tú cómo sabes lo que he estado haciendo? ¿No has tenido suficiente con intentar quitarme a mi mujer?

—Pues sé lo que has hecho porque Brian vino a verte y al no encontrarte la llamó a ella, aunque no sé la razón por la que lo hizo, y ella le dijo que

estabas bien.

—¡Lárgate de mi casa, Jhon! Ahora mismo no quiero verte. Ya te avisaré cuando pueda soportar estar cerca de ti.

—Eres... —empieza a protestar, pero se calla cuando Abby le pone una mano sobre el hombro.

—Será mejor que nos dejes solos —le dice acercándose más a él—. Mañana te llamo, ¿de acuerdo?

—Si me necesitas llámame, ¿vale? A cualquier hora.

La complicidad que hay entre ellos me está dando náuseas. Sin decir nada más, y tras mirarme con odio, Jhon le da un beso en la mejilla a mi chica y se marcha dando un portazo.

Espero paciente a que Abby empiece hablar. Es ella quien debe darme explicaciones.

—Mira, Dam —empieza a decir—, estoy cansada y quiero darme una ducha antes de acostarme. Solo te voy a decir que Jhon no ha hecho nada malo, ni ha coqueteado conmigo, ni ha intentado quitarte a tu mujer como tú aseguras. Él vino conmigo a Florida para que no viajase sola porque, a diferencia de ti, a él sí que le importa mi bienestar. En vez de decir esas estupideces deberías darle las gracias por haber cuidado de mí. Está claro que no te mereces un amigo como él.

—Abby, dime si no son sospechosas esas imágenes —vuelvo a la carga.

—Lo serían para alguien que no me conoce y no sabe que mis padres van a playas nudistas. Pero tú sí que lo sabes. He ido a pasar unos días con mi familia y no a ponerte los cuernos. Además, si hubiese querido liarme con otro no habría sido con tu mejor amigo, ni en casa de mis padres.

—Claro, como que tus padres no te iban a encubrir si me fueses infiel en su casa. Te olvidas de que sé que a ellos les gusta acostarse con otra gente.

—¡No te permito que hables así de mis padres! —Creo que me he pasado, ahora se la ve realmente furiosa—. Que mis padres tengan un estilo de vida diferente no les convierte en perversos, ni tampoco en personas sin valores. Para ellos la fidelidad es lo primero y te aseguro que ellos serían los primeros en montar en cólera si te hiciera algo así.

Me quedo helado tras su perorata. Esperaba que se pusiera a la defensiva o que llorase implorando mi perdón, pero no que se pusiera así y me hiciera sentir como la peor persona del mundo.

Empiezo a creer que las imágenes han sido mandadas para joderme y hacerme desconfiar de mi mujer y mi mejor amigo. Una parte de mí sabe que

Jhon no sería capaz de traicionarme así, y que Abby me quiere de verdad; pero la otra parte no quiere creerla y la razón es que si lo que dice es verdad... yo soy un auténtico cabrón por haberme vengado de ella por algo que no ha hecho.

—¿A qué se debe toda esta mierda, Dam? ¿No me has echado de menos ni un poquito? —murmura afligida.

—Te he echado muchísimo de menos, más de lo que me habría gustado —reconozco.

—Entonces ¿por qué no me has llamado ni una sola vez, ni me has contestado a ninguno de los mensajes que te he mandado?

—¿Te refieres a esos mensajes en los que tú me restregabas lo feliz que eres lejos de mí y lo bien que te lo pasas con otro? —pregunto cada vez más furioso.

—No, me refiero a los mensajes en los que te contaba que me encontraba bien. Damien —susurra, de pronto parece agotada—, no tienes ni idea de las lágrimas que he derramado estos días porque no estabas conmigo. He intentado por mis padres aparentar tranquilidad y felicidad, eso que tú ves en las fotos, porque ellos no tienen ni idea de que su yerno se está comportando como un capullo. Me duele mucho que pienses que entre Jhon y yo hay algo más que amistad. Yo te quiero, pero empiezo a cansarme de tu comportamiento.

Tras decir esto se da la vuelta y se marcha a nuestra habitación. Me siento derrotado en el sofá y apoyo la cabeza en las manos. La estoy perdiendo por ser, como ella dice, un capullo. Y eso que no sabe que Paula es ahora mi agente y lo que ha pasado entre nosotros. Creo que será mejor que no le cuente nada sobre eso y lo olvide. Ahora lo que tengo que hacer es centrarme en mi mujer y en no perderla.

De pronto el teléfono empieza a vibrar sobre la mesa. Miro la pantalla y veo que es Paula quien llama. Sin pensarlo rechazo la llamada, no estoy preparado para enfrentarme a ella. Primero debo subir y disculparme con Abby. Me levanto y voy hacia el dormitorio. Mientras me acerco oigo el agua de la ducha correr. Sin pensarlo me desnudo y me meto con ella bajo el caliente agua. Me arrimo a ella y me abrazo a su cintura sin decir nada.

—Tienes razón —murmuro en su oído—. Vi esas fotos y la desconfianza me cegó. Se te ve tan bien con él que me puse celoso. Tú eres mía.

Ella no dice nada, simplemente se deja abrazar y se seca las lágrimas

que yo he hecho que derrame.

—No llores, nena. Lo siento mucho, de verdad. No sabes cuánto.

—Dam —dice sin darse la vuelta—, por favor, cuéntame qué es lo que te pasa.

La estrecho más fuerte entre mis brazos sin responder. No puedo decirle que me siento como una mierda, ni que la he sido infiel. Me siento tremendamente mal y no sé cómo afrontar esto.

En un intento de acercarme otra vez a ella, y no me refiero en el plano físico, me separo de su espalda y empiezo a enjabonar su pelo, continuando por su cuerpo. La giro de cara a mí y me arrodillo ante ella. Poso mis manos sobre su vientre y lo miro absorto. Mi bebé crece ahí dentro y con los disgustos que le estoy dando a su madre es posible que le esté dando dolor de cabeza. Debo empezar a preocuparme más por ellos dos y no meter tanto la pata o los perderé para siempre.

—Vamos a la cama —susurro cuando Abby termina de aclararse el jabón del pelo.

Sin decir nada más salimos de la ducha, nos secamos mutuamente y nos metemos en la cama.

—Por favor, nena, asegúrame que no hay nada entre vosotros —suplico angustiado.

—Dam, soy tu mujer, no sería capaz de serte infiel.

Con esas simples palabras me deja tranquilo. Ella no sería capaz de hacerme algo así. Lo que no sabe es que yo sí he sido capaz de hacerlo, aunque estuviese cegado por los celos. Cada segundo que paso mirando esos ojos verdes me siento peor conmigo mismo, pero lo mejor será que no le diga nada. Por la mañana hablaré con Paula y le diré que olvide lo que pasó. Ahora voy a descansar por fin como llevo queriendo hacer desde hace una semana: abrazado a mi mujer. Mañana será otro día y todo irá mejor, estoy seguro.

## Capítulo 8

Hace una semana que volví de Florida y las cosas en casa están extrañamente tranquilas. No hemos vuelto a discutir, pero tampoco es que hablemos demasiado. Damien trabaja mucho y yo paso todo el tiempo que puedo con mis amigos. Sin ellos me habría vuelto loca hace días.

Hoy es uno de esos días en los que necesito no estar sola, por eso he quedado con Javi. Ya que mis padres conocen la noticia es hora de que mi querido amigo se entere.

—Hola, cariño —saluda mi guapo amigo entrando en mi casa.

Le saludo con un fuerte abrazo, haciéndole pasar. Nos sentamos en unas sillas frente a la piscina.

—¿Qué tal va todo? —me pregunta—. ¿Cómo están tus padres?

—Debería decirte que bien, pero no sé si puedo hacerlo.

Mi respuesta le deja preocupado, así le cuento lo que me pasó con Damien antes de mi viaje. Se sorprende cuando le digo que Jhon fue quien vino conmigo, pero a la vez le tranquiliza saber que no estuve sola. Le hablo de la discusión que tuve con Dam cuando volvimos y la posterior reconciliación.

—Joder, Abby. Esto es muy fuerte. Por lo que me dices hay algo que Dam no te cuenta, ¿lo has pensado?

—Sí, pero no sé si quiero saberlo.

Guardo unos segundos de silencio intentando calmar las lágrimas que me escuecen en los ojos. Es la hora de contarle la gran noticia.

—Pero aún hay más —le digo volviéndome en la silla para mirarle.

—¿Más? ¡Joder! Esto cada vez se parece más a un culebrón.

Suelto una carcajada. La verdad es que tiene miga mi vida.

—Venga, ¡suéltalo!

Me levanto de mi silla y me siento sobre sus piernas. Acercó mi boca a su oído y como si fuera un secreto le susurro:

—Estoy embarazada.

—¡¿Qué?! —grita sobresaltándose.

Se levanta arrastrándose con él. Frente a mí agarra mis brazos y me hace una inspección ocular.

—¡Madre mía! ¿Lo dices en serio? ¿Desde cuándo lo sabes? Ahora que lo dices... se te nota la barriguita. ¡Madre mía!

—Hablo muy en serio. Estoy de trece semanas. No te lo he dicho antes porque quería que mis padres fueran los primeros en saberlo.

—Lo entiendo, es lógico que ellos sean los primeros. —Se acerca a mí de nuevo y me estrecha con fuerza entre sus brazos—. Estoy súper contento. Es una gran noticia. ¿Cómo te encuentras?

Le cuento mis síntomas y mis movidas, pero sin dejar de sonreír. Pensar en mi bebé hace que todo lo que no está bien en mi vida se evapore.

—Un mes, Javi. Treinta días con sus treinta noches sin que me toque.

Estoy dando vueltas por el salón de la casa de mi amigo desesperada. Ante mi confesión el cabronazo empieza a reír sin control. Me giro y le miro con rabia. No sé cómo se atreve a reírse de una embarazada que tiene las hormonas disparadas y a la que tienen desatendida sexualmente.

—¡No tiene gracia! —digo sentándome en el sofá ofuscada—. Dos veces le he tenido que cambiar las pilas a mi vibrador.

—Vale, perdona, perdona. Pero es que es de lo más gracioso verte con esa barriga dando vueltas mientras me dices esas cosas.

Me giro para mirarle a la cara y al ver que intenta contener la carcajada empiezo a reír yo también. No hay quien me entienda, tan pronto estoy echando chispas como empiezo a reír como una desquiciada. Durante varios minutos seguimos riendo como hacía tiempo que no reía. Me sienta bien desconectar de mis problemas maritales, aunque sea por unas horas.

—Bueno, —empiezo a decir cuando por fin consigo tranquilizarme—, cuéntame qué diablos os pasa a Mar y a ti.

Tras oírme, mi amigo se pone serio de pronto. Su semblante se vuelve taciturno y, en cierta manera, me arrepiento de haber dicho nada, pero llevo varios días viéndolos mal y necesito saber qué les pasa para poder ayudarles.

—Mar se ha ido unos días a casa de su hermana —dice en un susurro.

—¿Y a qué viene esa cara? Ya sabemos que de vez en cuando se marcha para estar con sus sobrinos, pero luego vuelve. ¿Tanto la echas de menos?

—No, esta vez no va a volver. Al menos por un tiempo. Nos hemos separado.

—¿Cómo? Pero... pero... ¡si sois la pareja perfecta!

—Yo también pensaba eso, pero por lo visto no es así. Verás. —Me mira con una sonrisa tan triste que me parte el alma—. Tenía pensado pedirle que se casara conmigo, incluso le compré un anillo y todo. Pero... la noche

que me iba a lanzar, ella también tenía algo que decirme. —Aguardo a que siga hablando, creo que debería decir algo, pero me he quedado sin palabras. Me alegra que mi amigo quisiera dar ese paso tan importante, aunque ese “pero” no augura nada bueno—. Bueno, resulta que ella pensaba que nuestra vida empezaba a ser monótona y quería que... que añadiésemos más chispa a nuestra relación.

—¿Más chispa? No entiendo a qué te refieres.

—Me dijo que había conocido a una chica en el trabajo y que quería presentármela.

Me quedo mirando a mi amigo sin entender nada. No comprendo el problema que hay en que Mar quisiera presentarle a una chica. No es la primera vez que comparten cama con otras personas, yo misma he estado en ella más de una vez. Parece que la sincronización que nos unía cuando estábamos en la universidad ha vuelto y contesta a mi pregunta sin que llegue a hacerla.

—Quería que fuésemos tres, Abby. Y no una noche, sino que quería que fuésemos un trío permanente. Por lo visto ya se habían acostado juntas y quería tener una relación con los dos a la vez. Imagínate la cara de gilipollas que se me puso cuando me dijo que me había sido infiel y que encima quería que la aceptara en nuestra pareja.

Alucinada miro a mi amigo esperando que me diga que es una broma, pero no lo hace. Por lo visto a Mar se le ha ido de las manos su bisexualidad. A mí nunca me importó su orientación sexual, pero de ahí a que le pida a Javi que la comparta con otra persona... yo no sería capaz. Y conozco muy bien a mi amigo, por ello sé que él tampoco es capaz.

No sé qué decirle, por lo que simplemente me acerco más a él y le abrazo con todas mis fuerzas. Siempre he podido contar con él y ahora quiero devolvérselo.

—Tranquilo, Javi. Seguro que Mar entra en razón, puede que solo esté asustada.

—No, Abby, esto se ha acabado. No puedo estar con una persona que es capaz de serme infiel y no demostrar ni un ápice de remordimiento. ¿Tú podrías si te lo hiciese Damien?

Paso la tarde intentando distraer a mi amigo, sé que cuando me vaya volverá a caer en la desdicha, pero debo hacerlo por él, por mi hermano. Cuando llegan las seis de la tarde me incita a que me vaya a casa a descansar. Mi bebé empieza a estar inquieto y es bastante incómodo.



Al llegar a casa encuentro a Dam asomado a la ventana, fumando un cigarrillo. Hace mucho tiempo que dejó de fumar, así que algo muy malo ha debido de pasar para que haya recaído.

—Hola, cariño. Ya estoy aquí. ¿Va todo bien? —pregunto al acercarme a él.

—Abby, tengo algo que contarte. Siéntate, por favor.

La seriedad con la que me habla me pone los pelos de punta. Algo muy malo ha pasado. Sin decir nada tomo asiento y él hace lo mismo, pero en vez de hacerlo a mi lado se sienta frente a mí, guardando cierta distancia entre nosotros. Desde mi posición puedo ver sus facciones demacradas y su mirada triste. Esto pinta muy mal.

—Antes de nada quiero que sepas que te quiero muchísimo, y por eso tengo que contarte esto. Sé que te voy a hacer daño, pero no puedo seguir haciéndote vivir en la inopia.

—Damien, me estás preocupando. ¡Déjate de rodeos y suéltalo de una vez!

—Tú siempre tan impaciente. —Muestra una sonrisa triste que hace que se me llenen los ojos de lágrimas—. Solo te pido que no me interrumpas, que me dejes terminar o no me veré con fuerzas para hacerlo. Después puedes decir y hacer lo que quieras, no pienso detenerte.

Aguardo sin decir nada, confirmándole así que no voy a interrumpir lo que tenga que decir. Estoy empezando a ponerme nerviosa, y si unimos esto a la desesperación sexual puede ser una bomba nuclear.

—El día que te fuiste a Florida puse como excusa tu estado, pero la verdad es que me había salido un trabajo muy importante que no quería dejar pasar. Te cuento esto porque mañana salen los anuncios que hice. También tengo que decirte que hace un tiempo cambié de representante. —Guarda silencio, dándome la oportunidad de romper mi promesa de no interrumpirle.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? Yo no me he metido nunca en tu trabajo.

—Lo sé, nena, pero tiene que ver contigo porque mi nueva representante es Paula. —No me mira cuando lo dice, no sé si por vergüenza, o porque no quiere ver mi reacción. Cuando vuelve a hablar sí que se digna a levantar la mirada hacia mí—. No te lo había dicho antes porque, como has dicho, nunca te has metido en mi trabajo y sé que, aunque no te hace gracia, seguirás respetando mi decisión. Cosa que te agradeceré toda la vida.

Vuelve a quedarse en silencio, mientras yo hago un esfuerzo

sobrehumano para no perder los nervios por lo que me está contando.

—Pero hay más. Y es que... bueno, durante tu viaje empezaron a llegarme esas fotos que me confundieron. Empecé a beber y... —Suspira armándose de valor antes de continuar—: Estaba tan cabreado y borracho que me pudo el resentimiento hacia ti y acabé en la cama con Paula.

Sus palabras son como un puñetazo en el estómago. Me levanto del sofá separándome lo máximo posible del que hasta ahora era el hombre de mi vida.

—Nena, por favor, siéntate, estás muy pálida.

—¡No te acerques a mí! —grito perdiendo al fin los nervios—. ¡Y no me llames “nena”! Perdiste ese derecho cuando decidiste serme infiel.

Empiezo a respirar con fuerza. La vista se me nubla y me mareo, hasta el punto de que estoy cerca de caerme al suelo.

—Joder, Abby, ¡siéntate!

Dejo que me guíe de nuevo al sofá y me siento agachando la cabeza hasta las rodillas para intentar regularizar mi respiración. Inspiro y expiro unas cuantas veces, profundamente, hasta que me veo capaz de incorporarme.

Miro a Damien y ya no veo a ese hombre del que me enamoré; el que me juró fidelidad hasta el día de nuestra muerte; al que llegué a amar con toda mi alma y hubiera seguido hasta el fin del mundo. Pero ya no está ese hombre, ahora tengo ante mí a un auténtico desconocido, con el que no quiero pasar ni un solo día más.

—Ya te perdoné esto una vez y desde entonces me he preguntado si no me equivoqué —digo levantándome con cuidado—. He pasado el último año convenciéndome de que tomé la decisión correcta al no firmar los papeles del divorcio aquella vez, pero ahora me doy cuenta de que he sido una estúpida con la que has estado jugando todo este tiempo. —Las lágrimas que estaba intentando aguantar salen en torrente sin que lo pueda remediar al ver cómo Damien llora sin esconderse—. Te he querido como a nadie y tú has jugado conmigo.

—No, Abby, no digas eso —solloza—. No he estado jugando contigo. Tú has sido el amor de mi vida, la mujer que nunca busqué y que encontré cuando menos lo esperaba. Me sorprendiste y conseguiste que fuese un hombre mejor, pero me cegaron los celos. Las fotos esas me hicieron tanto daño...

—Piensa con cuántos hombres tendría que haber estado cada vez que salía una foto tuya en la prensa con otras mujeres o con cada insinuación de

romance.

Damien se levanta y se acerca a mí lentamente, con miedo a que le rechace. Y eso es lo que debería hacer, pero ni para eso tengo fuerza. Dejo que me abrace y lloro en su hombro todo el dolor que me ha causado, mientras oigo sus propios sollozos. Esto nos está destrozando a los dos, pero ya no hay marcha atrás, lo nuestro está roto. Y esta vez será definitivo. Una vez le perdoné algo así, pero en aquella ocasión él estaba muy borracho, y fue Paula quien se aprovechó de él; pero esta vez Damien ha sido quien incitó esta situación siendo consciente de lo que hacía, y eso es imperdonable, porque lo hizo para hacerme daño. No puedo estar con una persona que en vez de hablar las cosas conmigo, se venga de la manera más rastrera.

—Lo siento mucho, Abby. Te aseguro que me arrepentí en cuanto abrí los ojos. Pero no puedo cambiar lo que pasó.

—No, Damien, no puedes cambiarlo, pero sí podías haberlo evitado. Lo hiciste para dañarme, cuando yo no he hecho nada para merecerlo —digo separándome de él—. Sé que eres el padre de mi hijo y no pienso apartarte de él, pero me voy ahora mismo de aquí. Ya te iré contando cómo van las cosas, si es que quieres saberlas. —Sin dejar que responda cojo las llaves del coche y me marcho.

Al pasar la cuarta manzana me detengo y dejo que las lágrimas vuelvan. El dolor que siento dentro de mí es indescriptible. Nunca me imaginé que Damien pudiese hacerme algo así. Lloro hasta que me quedo sin lágrimas. Pero no puedo pasar la noche metida en el coche además, mi pequeño está reclamando comida y no puedo negársela. Sin pensar arranco el coche y voy derecha a casa de Jhon, sé que él no me fallará.

Cuando llamo al timbre respiro hondo para intentar dejar de llorar, pero no lo consigo en absoluto.

—¡Hola, pequeña! —saluda Jhon al abrir la puerta—. Pero ¿qué te pasa? No puedo hablar, ni moverme, solo llorar, por lo que me agarra de la mano y me hace entrar en su casa. Me lleva al sofá y, cuando se cerciora de que estoy estable, se marcha para traerme un vaso de agua. Bebo un sorbo y cuando consigo tranquilizarme le cuento todo lo que ha pasado.

—Voy a partirle la cara a ese idiota —espeta Jhon—. ¿Cómo ha sido capaz de hacerte algo así? Ahora entiendo sus acusaciones cuando volvimos de Florida, se creía que hicimos lo mismo que había hecho él.

—No te metas en esto, Jhon. Es cosa nuestra. Solo he venido... bueno, es que no tengo a dónde ir. Y por supuesto no pienso pasar ni una sola noche

más con él. Mañana llamaré al despacho y pediré reincorporarme lo antes posible. Me buscaré un piso, y así te dejaré tranquilo cuanto antes.

—No digas tonterías, pequeña. —Me acerca a él y me abraza con fuerza—. No vas a llamar al despacho para volver, necesitas descansar. Y por el apartamento no te preocupes, porque te vas a quedar aquí.

—Pero tendré que pagarte un alquiler o algo y para eso tengo que trabajar.

—De eso nada. Te vas a quedar conmigo porque yo quiero cuidarte. No pienso dejarte sola en estos momentos, y menos aún en tu estado. A partir de ahora esta es tu casa.

Las ganas de llorar vuelven y no soy capaz de retenerme. Abrazada a mi amigo me desahogo hasta que me quedo dormida.

Llevo dos días en casa de Jhon sin tener noticias de Damien, aunque tampoco me apetece mucho saber de él.

Ahora estoy tumbada en una de las hamacas del patio cerca de la piscina. Cada día mi barriga crece más y yo me voy encontrando mejor. Por supuesto que en dos días no voy a olvidar los bonitos momentos que he pasado con Damien, pero la imaginación hace que le vea con Paula y esto enturbia todo lo bueno que hemos pasado. Bueno, no todo, la pequeña personita que crece en mi interior es la cosa más maravillosa que hemos hecho juntos.

Jhon se está desviviendo por mí. No me agobia con sus preguntas, pero sé que no me pierde de vista ni un momento. Hoy ha tenido que ir al despacho para arreglar unos asuntos de trabajo, aunque antes de salir me ha asegurado que no tardará mucho en volver conmigo.

Es enternecedor que se preocupe tanto por mí, pero me da miedo que, por culpa de lo que nos ha pasado a Dam y a mí, su amistad con él se vea afectada. Una desobediente lágrima se escapa de mi ojo y para evitar que otras la sigan fijo la mirada en la piscina que tengo delante. Mi intento fracasa porque entonces los recuerdos de la última vez que Damien y yo estuvimos aquí me avasallan. Pero por suerte mi teléfono empieza a sonar distrayéndome.

—Hola, Jhon... —saludo sin mirar siquiera la pantalla del teléfono.

—¿Jhon? Me parece que te equivocas, pelirroja. —Me sorprendo al oír la voz Ash—. Y ¿cómo que Jhon? Por si no te acuerdas tu marido se llama Damien. ¿Me he perdido algo?

—Hola, Ash, ¡qué alegría oírte! —Intento distraerla de su pregunta—.

¿Qué tal estás?

—Bien, bien. No tengo mucho tiempo, debo volver al trabajo. Solo llamaba para decirte que tengo una reunión en San Diego y quería pasar a verte. Solo estaré allí una noche, pero será suficiente para que me pongas al día de todo.

—¿En serio vas a venir? No sabes cuánto me alegra oír eso. Avísame con la hora a la que llegas y voy a buscarte al aeropuerto. Tengo muchas ganas de verte y demasiadas cosas que contarte. —Esto último lo digo con una tristeza mal disimulada que sé que no le pasa desapercibida a mi amiga.

—Claro, te avisaré. Tengo que dejarte. Nos vemos.

En el mismo momento en el que cuelgo el teléfono oigo cerrarse la puerta de casa y veo a Jhon acercarse a mí con una gran sonrisa y una caja de mis bombones favoritos en la mano. Sin pensarlo me tiro a sus brazos, le doy un gran beso en la mejilla y le quito el delicioso chocolate de las manos.

—¿Qué tal te encuentras? —me pregunta riendo ante mi ataque.

—Ahora que me has traído chocolate mucho mejor. —Su sonrisa se atenúa haciéndome saber que no se refiere a mi hambriento estómago precisamente—. Estoy bien, dentro de lo cabe. Pero no te preocupes, la Abby que conociste en aquella discoteca volverá, aunque no sé decirte cuándo exactamente.

Pasamos el resto del día metidos en el agua. Cuando le cuento los planes de Ash no se opone a que pase la noche con nosotros, al contrario, según él me vendrá bien. Con el paso de los días Jhon me demuestra que es una gran persona y un mejor amigo.

Una semana me ha hecho esperar Ash para poder abrazarla, pero el día ya ha llegado. En el aeropuerto nos fundimos en un abrazo que nos deja a las dos sin aire. Ya en el coche empieza a bombardearme con preguntas que yo esquivo como puedo, pero cuando llegamos a casa de Jhon no puedo seguir retrasándolo más. Casi sin pararme a respirar le cuento todo lo que ha pasado entre Dam y yo. Mi amiga se enfada y maldice al que aún es mi marido, no obstante termina llorando conmigo mi pena. Mi vida entera está patas arriba, pero sé que conseguiré superarlo con la ayuda de mis amigos.

Cuando Ash vuelve de su reunión tomamos entre risas la exquisita cena que nos prepara Jhon. Al terminar nos metemos en la que ahora es mi habitación y nos pasamos toda la noche poniéndonos al día. Hasta este momento no sabía cuánto necesitaba esto.

—Buenos días —me saluda Ash cuando entro en la cocina a la mañana

siguiente.

—Buenos días. ¿Has dormido bien? —pregunto sarcásticamente, porque sé que no hemos dormido nada ninguna de las dos.

—Ten, he preparado zumo.

Me tiende un vaso que acepto agradecida y me lo bebo casi de un trago.

—¿Jhon aún duerme? —pregunto.

Ash me cuenta que mi amigo, bueno, ahora ya es amigo de las dos, ha tenido que salir por una urgencia en el trabajo, pero que volverá pronto. También me explica que ella debe irse ya porque debe ver al cliente con el que tuvo ayer la reunión antes de ir al aeropuerto. Me apena muchísimo despedirme de mi amiga, pero tiene que trabajar y no debo retenerla más de la cuenta. Además, estoy pensando que me iré unos días con mis padres, allí no corro el riesgo de encontrarme con Dam si salgo a la calle; y no tendré la casa y la amistad de Jhon secuestrada.

Nos despedimos prometiendo que cuando vuelva a Florida nos veremos y ella se marcha dejándome otra vez sola con mi pena.

De pronto la casa se me antoja enorme y se me cae encima, por lo que decido salir a buscar una pastelería donde pueda degustar cualquier dulce que lleve chocolate.

Tras devorar dos napolitanas de chocolate y un delicioso café de una cafetería cercana vuelvo a casa. Otra vez la soledad me atenaza, pero la pena dura poco, porque unas grandes náuseas me hacen salir corriendo al cuarto de baño y vomito todo lo que he tomado esta mañana, incluso la cena de anoche.

—Joder, otra vez no —murmuro sentada en el suelo del cuarto de baño apoyando la cabeza en la pared.

No me da demasiado tiempo a lamentarme porque vuelven las arcadas. Cuando por fin consigo ponerme de pie voy a la habitación para tumbarme en la cama y me quedo dormida, vomitar me deja agotada.

Me despierto empapada en un sudor frío que me hace tiritar. He tenido una pesadilla de la que no recuerdo nada. Solo sé que tenía que ver con mi bebé y que la angustia aún atenaza mi garganta.

¡Un momento!, el dolor que siento en el vientre no es un sueño, ¡es real! Me levanto corriendo de la cama y voy al baño. Al bajarme la ropa interior veo que está manchada de sangre y me asusto, tanto que me quedo bloqueada. Pero al darme cuenta que algo malo le está pasando a mi bebé corro de nuevo a la habitación y cojo el teléfono.

—¡Jhon, Jhon! —grito desesperada cuando mi amigo descuelga—.

Tienes que venir corriendo, por favor.

—Abby, ¿qué te pasa?

—Estoy sangrando, Jhon —sollozo entrando en pánico—. Tienes que llevarme a urgencias cuanto antes. —La calma me ha abandonado del todo y la histeria ha hecho acto de presencia.

—Voy para casa, tranquila. En cinco minutos estoy allí.

Al colgar vuelvo a la habitación, me cambio de bragas y me pongo los primeros pantalones cortos que encuentro. A los cinco minutos, como me había prometido, Jhon entra corriendo en casa.

—Vamos, pequeña —dice intentando aparentar serenidad—, vayamos al hospital.

Entro en el coche temblando y llorando como una loca. Ni siquiera me preocupa que Damien esté en el coche y me abrace con fuerza, ahora mismo solo quiero llegar al hospital y que un doctor me diga que mi bebé está bien.

No tenemos más de quince minutos de trayecto, pero los nervios me hacen hiperventilar hasta que termino desmayándome en los brazos del que aún es mi marido.

—¿Abby? —oigo que me llama—. ¡Abby! —grita ahora, aunque yo le escucho en la lejanía antes de perder la consciencia del todo.

## Capítulo 9

### Jhon

Aún no me puedo creer lo que les ha pasado a Damien y Abby. Hace algo más de una semana que mi pequeña apareció en mi puerta con la cara descompuesta y llorando a mares.

Lo primero que pensé fue que había perdido el bebé, pero si así hubiese sido estaría llorando en el hombro de su marido, no en el mío. Cuando conseguí que se tranquilizase y me lo contara todo lo primero que quise hacer fue ir a partirle la cara a mi amigo, pero Abby me necesitaba y no pensaba dejarla sola en un momento así.

Instalé a mi amiga en la habitación de invitados, pero siempre amanece en la mía. Si cuando se sentía sola por la ausencia de Damien dormía conmigo, ahora que está hecha polvo, con mayor razón. Aunque hoy me ha dejado solo, porque su amiga Ashley ha pasado la noche con ella.

Podía oírlas hablar y, aunque no sé lo que decían, tengo claro de lo que hablaban: Damien.

Recordar lo que el estúpido de mi amigo le ha hecho a su mujer hace que me hierva la sangre. Llevo una semana controlando las ganas de ir a partirle su bonita cara y ya no puedo esperar más. Pero antes debo inventarme algo para que Abby no sepa a dónde voy.

—Ash —digo cuando termino de desayunar—, debo ir al despacho por trabajo. Cuando Abby se levante díselo, por favor. Volveré en cuanto pueda.

—Claro, claro. Vete tranquilo, yo me ocupo de Abby mientras tanto.

Sin pensarlo dos veces cojo las llaves de la moto y me encamino a casa de mi amigo. En el tiempo que dura el viaje intento tranquilizarme, seguro que hay alguna explicación, aunque no soy capaz de encontrarla. Esperaré a que él me diga lo que pasó antes de desfigurarle.

Aparco frente a la casa que hasta hace poco contenía una hermosa pareja y llamo al timbre. En cuanto la puerta se abre y veo a Damien mi puño sale disparado y se estrella contra uno de sus azules ojos. Me había prometido que no iba a partirle la cara sin dejar que se explicara antes, pero no me he podido contener. Se merece esto y mucho más, por gilipollas.

—Pasa, Jhon —dice Damien sin alterarse lo más mínimo—. Iré a por



algo de hielo para que no se me hinche esto.

Esperaba que se enfadase o que, al menos, me recriminara algo; pero, para mi sorpresa, se lo ha tomado demasiado bien. ¿Qué coño está pasando aquí? Sin entender nada entro en el salón y me quedo parado en la puerta.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a una más que cómoda Paula—. ¿No has tenido suficiente con destrozar su matrimonio, que encima vienes a regodearte?

—¿De qué estás hablando? Yo no he hecho nada —se defiende ella—. Damien me contó lo que ha pasado y he venido para apoyarle, como la amiga que soy.

Voy a contestar cuando Damien entra por la puerta con una bolsa de guisantes en el ojo.

—Paula, ¿podrías dejarnos solos? Te llamo luego, ¿vale?

—Pero, Dam, yo...

—Por favor, Pau, tengo que hablar con Jhon.

Aunque sigue resistiéndose, al final nos deja solos. Cuando nos cruzamos en la puerta, con toda la chulería del mundo, me guiña un ojo. La rabia que he ido controlando durante el camino ha aumentado más si cabe al ver a la tía esta aquí, actuando como si no hubiese pasado nada.

—Antes de que digas nada, deja que me explique, por favor.

Me siento en el sofá dándole la oportunidad de que me cuente su versión. Para eso he venido, ¿no?

—Bien, lo primero que quiero que sepas es que quiero a Abby y mucho además, pero... no puedo seguir con ella. —Alzo las cejas sorprendido ante su declaración—. Te juro que lo que siento por mi mujer es real, pero no soy bueno para ella. Hace un año, cuando estuvimos a punto de divorciarnos, tuve que haberla dejado marchar, pero el orgullo no me lo permitió. Sabes lo competitivo que he sido siempre y ella era el gran premio que muchos querían conseguir.

—Pero querer lo que otros ansían no es una razón para casarte con una mujer —repongo cabreado—. Abby es una mujer maravillosa que se merece a un hombre que la quiera.

—Lo sé, por eso voy a pedir el divorcio, para dejar que conozca a alguien que se la merezca. —Levanta la mirada y la fija en la mía, es como si me estuviese dando permiso para algo—. ¿Recuerdas la primera vez que discutimos porque me acosté con Pau? Bueno, en esa ocasión dije que estaba muy borracho y que ella se aprovechó de mí, pero no fue así del todo. La

verdad es que me acuerdo de todo y que en ese momento era consciente de lo que hacía, igual que esta vez. En cierta manera quería volver a sentirme libre. Necesitaba volver a ser el Damien que disfrutaba la vida sin necesidad de dar explicaciones a nadie.

—Joder, Damien. No me puedo creer lo que me estás contando. Abby no se merece esto.

—Eso también lo sé. Lo que necesito que entiendas es por qué hago todo esto. Y esta vez no es porque quiera ser el que era antes de conocerla, es porque, en realidad, no me gusta la persona en la que me ha convertido. — Me quedo en silencio esperando a que continúe, porque estoy más que perdido—. Abby quiere que le demuestre afecto en público, con besos o caricias; le gusta acompañarme a todos los actos y todos los viajes, sin saber el estrés que eso me provoca al tener que estar pendiente de ella, cuando debería estar centrado al ciento por ciento en el trabajo. Y para colmo, ha conseguido que le hiciese el amor en sitios públicos, como en la playa. Y yo no soy así, Jhon. Damien White no hace esas cosas. —Suspira apoyando la espalda en el sofá—. Se puede decir que es demasiado pasional para mí. Esto me gusta muchísimo en la intimidad de nuestra casa, pero no que lo demuestre de puertas para fuera.

—Pero, Damien, ella no te ha obligado a hacer nada de todo eso. Ya sabías cómo era cuando te casaste con ella. Si no te gustaba ¿por qué se lo pediste?

—No lo sé, la verdad.

Las ganas de romperle la cara son cada vez más acuciantes. Estoy flipando con lo que me está contando. No puedo creer que se casara con Abby, simplemente, porque hubiera muchos hombres que iban tras ella. No dudo que la quiera, porque mi pequeña se hace querer, pero no la quiere como debería. Ella se merece que la adoren las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, trescientos sesenta y cinco días del año.

Nos quedamos un buen rato en silencio. Yo no sé qué decir y él ya lo ha dicho todo.

—¿Y qué pinta en todo esto Paula?

—Ella me comprende —dice sin más encogiéndose de hombros—. Sé que fue una arpía al mandarle aquel vídeo a Abby hace un año, pero también sé que lo hizo por mí, porque me quiere. No ha hecho las cosas bien, pero hemos estado hablando largo y tendido sobre esto y me ha reconocido que se arrepiente de lo que hizo.

Se levanta y empieza a pasear por el salón con las manos metidas en los bolsillos. Se le ve sereno, aunque no tranquilo. Sin dejar de pasear vuelve a hablar.

—También me confesó que me quiere, que no ha dejado de hacerlo a pesar de que hace ya mucho que dejamos lo nuestro. Con esto no estoy diciendo que vaya a irme con ella, puesto que aún estoy de luto por lo mío con Abby. Pau y yo somos muy parecidos, ambos sabemos lo que queremos y lo que podemos, o no, hacer en público.

—En serio, tío, estoy flipando contigo. No puedo creer todo lo que me estás contando. Abby no se merece nada de esto.

—¿Y crees que no lo sé?! Me he pasado todo un mes sin poder tocar a mi mujer por los remordimientos que tengo desde que me acosté con Paula. —Vuelve a sentarse a mi lado mirándome con desesperación—. Un largo mes en el que he intentado sacar fuerzas para contárselo todo. No podía tocarla sabiendo que no le era sincero. Sé que la he hecho daño, pero ya no podía seguir mintiendo. Ella será la madre de mi hijo, el mayor regalo que me podría hacer y por ello debe ser feliz, aunque no sea conmigo.

—¿Y qué pasa con esas fotos que te llegaron? ¿Vas a decirme que no has sospechado que las mandó Paula?

—Se lo he preguntado y me ha asegurado que ella no es la responsable. Además, cuando me llegaron los mensajes ella estaba conmigo.

Volvemos a quedar en silencio, pero esta vez ya estoy más tranquilo. Dam ha sido un auténtico cabrón, pero lo ha reconocido y además me ha asegurado que va a dejar que Abby sea feliz.

Sin darme cuenta terminamos hablando de todo y nada al mismo tiempo, como hemos hecho siempre. E incluso terminamos riendo al recordar anécdotas del pasado. Hasta que el teléfono que llevo en el bolsillo empieza a sonar. Miro la pantalla y veo una foto de Abby en la que sale con una preciosa sonrisa. Al responder mi pequeña me pide ayuda, algo malo le pasa.

—¿Qué pasa? —pregunta Dam cuando me levanto y echo a correr hacia la puerta.

—Algo malo le pasa a Abby. —Es todo lo que llego a decir antes de salir por la puerta.

Me monto en la moto y Damien lo hace detrás de mí sin decir nada. En cinco minutos, como le he prometido a mi pequeña, estoy entrando por la puerta de casa.

—Coge las llaves del coche y espéranos en él. Voy a buscar a Abby.

Echo a correr hacia la planta superior y me encuentro a Abby paralizada frente al vestidor. Cojo su mano y nos encaminamos hasta el coche, donde Damien, con cara de preocupación, nos espera. La meto en el interior y me subo tras el volante, arrancando sin ni siquiera ponerme el cinturón de seguridad.

Voy todo lo deprisa que los putos semáforos me permiten. Incluso me salto más de uno.

—¿Abby? ¡Abby! —oigo que Damien la llama con desesperación.

—¿Qué pasa? —pregunto alterado.

—Se ha desmayado. ¡Date prisa, Jhon!

No necesito que me diga nada más, sin pensarlo me salto todos los semáforos y hago los adelantamientos más temerarios que he hecho nunca. Creo incluso que paso por delante de un radar a toda velocidad, pero me importa una mierda las multas que me puedan llegar. Abby necesita ayuda médica y eso es todo lo que importa ahora mismo. Llegamos al hospital en menos de diez minutos, aunque se me han hecho eternos.

—¡Por favor! —Entro corriendo por la puerta de urgencias—. Necesitamos ayuda.

—¿Qué le ocurre, señor? —pregunta un enfermero acercándose a mí.

—En el coche traigo a una embarazada que está sangrando y se ha desmayado.

Sin tener que dar más explicaciones llama a otro compañero que coge una camilla y me siguen al coche. Damien ya ha sacado Abby y la lleva en brazos en nuestra dirección. La deposita en la camilla y los seguimos a toda prisa.

—Solo puede pasar uno de ustedes. ¿Quién es el padre del bebé? —pregunta uno de los enfermeros que empujan la camilla.

—Ese soy yo —dice Damien rápidamente.

Sin decir nada más entran a una sala, dejándome solo mirando como un imbécil la puerta. No sé el tiempo que paso aquí parado hasta que una mujer me pide que me aparte y me indica dónde está la sala de espera. Pero ni siquiera llego a sentarme porque el enfermero que se ha llevado a Abby viene a buscarme.

—Disculpe, señor. El señor White no sabe contestar a nuestras preguntas y nos ha dicho que usted sí podrá.

—Claro, ¿qué necesita saber?

—¿De cuántas semanas está embarazada la señora White? ¿Ha salido

algo relevante en los análisis de sangre o en las visitas al médico? ¿Tiene alguna enfermedad importante?

—Está de casi veinte semanas. Todas las revisiones han ido bien y no tiene ninguna enfermedad. ¿Puedo entrar a verla?

—Muchas gracias. Veo que es usted quien se ocupa de la señora White como nos ha dicho el señor White. Creo que será mejor que pase, por si necesitamos más información. Avisaré a mis compañeros para que los dejen estar a los dos con ella.

Sigo al enfermero hasta la habitación donde están explorando a Abby. Cuando entro me quedo en una esquina ya que están haciéndole una ecografía mientras monitorizan sus constantes y le ponen algo por una vía. Me sorprende que Damien no haya sabido responder a esas preguntas sobre su mujer. ¡Ni siquiera sabe de cuántas semanas está embarazada! Ahora más que nunca pienso que es buena idea que Damien se divorcie de Abby y la deje ser libre.

—Bueno, el bebé parece que está bien —empieza a decir la doctora que la está explorando—. Parece que ha tenido un amago de aborto, pero por suerte lo hemos cogido a tiempo. Ahora tenemos que hacerle algunas pruebas para saber la causa de esto. Las constantes de la señora White son estables. Lo que ha sufrido ha sido solo un desmayo causado por el estrés del momento. Ahora vamos a llevarla a una habitación, allí estarán más cómodos... los tres.

Nos hacen salir a la sala de espera mientras se llevan a Abby a la habitación. Lo primero en lo que pienso es en que tengo que llamar a Javi, él se preocupa tanto por Abby como yo. Pero antes tengo una pregunta que hacerle a Damien.

—¿Cómo es posible que ni siquiera sepas de cuántas semanas está embarazada tu mujer?

No me responde, solo se sienta en una de las sillas y esconde la cara entre las manos. No sé si está llorando, pero me da igual, bastante preocupado estoy ya como para tener que ocuparme por él.

Sin volver a hacerle caso a mi amigo, saco el teléfono y llamo a Javi. Cuando le digo dónde estamos y qué ha pasado se asusta y me asegura que estará aquí lo antes posible. En el mismo momento en el que cuelgo nos avisan para decirnos el número de habitación a la que tenemos que ir. Rápidamente le mando un mensaje a Javi para que sepa dónde estamos.

Al entrar en la habitación encontramos a Abby despierta y llorando

desconsolada. Cierro la puerta y me apoyo en ella, mientras Damien se acerca a su mujer. El momento es algo incómodo para mí, me da la sensación de que no pinto nada aquí. Pero mi pequeña rechaza los brazos de Damien y me reclama sin dejar de llorar. Me acerco deprisa con un nudo en la garganta y la abrazo con todas mis fuerzas, mientras le susurro que todo va a ir bien.

—Dime que no he perdido al bebé —implora contra mi cuello.

—No, pequeña, no lo has perdido. El bebé está bien, pero has tenido una amenaza de aborto y tienen que averiguar cuál ha sido la razón.

—¿Y qué hace él aquí? —susurra mirando a Damien de reojo.

—Estaba en su casa cuando me has llamado. Ahora deberías descansar.

—No te vayas. —Se agarra a mi brazo cuando intento levantarme.

—No te preocupes, no me voy a ir de aquí sin ti. Solo voy a salir para esperar a Javi. Si no ve a nadie es capaz de poner patas arriba todo el hospital.

Termino de levantarme y voy a la puerta viendo cómo Damien se acerca a la cama de Abby. Sé que tienen una conversación pendiente, aunque no tengo demasiado claro que este sea el mejor momento para tenerla. Me quedo cerca de la puerta esperando oír gritos, listo para volver a entrar, pero no se oye nada.

El pasillo está terriblemente silencioso. El silencio solo es roto por unos pasos apresurados acercándose a mí. Miro a mi derecha y me encuentro a un descompuesto Javi. Cuando llega a mí impido que pase a la habitación, explicándole lo que creo que está pasando allí dentro.

—No entiendo por qué Abby no me ha contado lo que le ha pasado con Damien. ¿Es que ya no confía en mí? —Javi casi no es capaz de terminar de hablar, ya que un nudo le cierra la garganta.

—No es eso, Javi. Nunca dudes de la amistad de Abby hacia ti. Por lo que me dijo no quería preocuparte porque ya tienes bastante con lo tuyo con Mar. Por supuesto que pensaba contártelo, pero antes quería estar mejor para que no te preocuparas por ella.

—¿Ha perdido...? —ni siquiera es capaz de terminar la frase.

—No, por suerte no. Pero quieren hacerle pruebas para saber qué ha pasado. Y como sé que me lo vas a preguntar: ella está bien, aunque muy nerviosa. He salido para dejar que hable con Damien. Aunque él haya sido un cabrón de mierda con ella, sigue siendo el padre de ese niño y también estaba muy asustado.

—¿Qué va a hacer ahora? ¿Dónde va a vivir Abby?

—Lleva desde que pasó todo en mi casa. Supongo que ahora deberá estar en reposo unos días, así que será mejor que siga conmigo, ya que yo puedo trabajar desde casa. Además, no pienso dejar que se vaya a ningún sitio. Voy a cuidar de ella porque...

Me callo de repente, no me veo capaz de terminar la frase porque tampoco sé lo que iba a decir exactamente. Para mí, Abby, es una gran amiga, mi mejor amiga. Y si no la tengo cerca voy a estar preocupado todo el día y no soy demasiado paciente cuando algo me preocupa. De pronto la puerta se abre y aparece Damien con los ojos hinchados e intentando sonreír.

—Javi, Abby quiere verte —dice mal disimulando su estado—. Nosotros vamos un momento a la cafetería a por un café.

Sin decir nada sigo a mi afligido amigo. Por muy mal marido que haya sido sigue siendo mi amigo y necesita mi apoyo.

Cuando tenemos los cafés nos dirigimos lentamente de nuevo a la habitación. Durante el camino Damien me cuenta de lo que han estado hablando. Básicamente le ha dicho que no puede hacerla feliz y que ella se merece algo mejor. Le ha asegurado que no piensa eludir sus responsabilidades como padre, quiere formar parte de la vida de ese pequeño y yo me alegro enormemente por ello. Aunque yo esté para ayudar a Abby en todo lo que necesite ese niño necesita a su padre, que no soy yo. También le ha dicho que puede quedarse en la casa que hasta ahora era de los dos, pero ella no ha aceptado y creo saber por qué.

—Ya nos hemos dicho adiós definitivamente —reconoce Damien cuando estamos en la puerta de la habitación—. Nunca podré olvidar los buenos momentos que hemos pasado juntos, pero no la puedo retener a mi lado si lo único que hago es hacerle daño. La querré siempre y por eso quiero que sea feliz con alguien. Y yo no soy ese alguien.

—Es la primera vez desde que nos conocemos que actúas como un auténtico adulto.

Sé que esto tiene que ser muy duro para él, pero es lo mejor para los dos. No pueden seguir haciéndose daño. Ver el dolor reflejado en los ojos de mi amigo me rompe un poco el corazón. En un intento de consolarlo le abrazo. Hemos pasado malos momentos por culpa de los celos y las películas que se montó en su cabeza creyendo que Abby y yo teníamos algo, pero aun así sigue siendo mi amigo. Y gracias a él he encontrado a una buena amiga, a la que ahora debo cuidar. Unos segundos después nos separamos y entramos de nuevo en la habitación. Allí encontramos a Javi tumbado en la cama de Abby,

con esta dormida con la cabeza apoyada en su hombro. Verlos así me hace entender la gran amistad que existe entre ellos, a pesar de que en otro tiempo fueron pareja. Quizás eso también lo consiga con Damien, será duro para los dos, pero por el bien de ese pequeño ser que pronto estará con nosotros espero que lo consigan.

De pronto la puerta se vuelve a abrir y la doctora entra con cara de no traer buenas noticias. Le pide a Dam que salga de la habitación para hablar con él, pero yo no pienso quedarme fuera de todo esto por lo que salgo con ellos. A la doctora parece no importarle mi presencia, solo quería estar alejada de Abby.

—Señor White, ¿está usted seguro que su mujer quiere tener el bebé?

—¡Por supuesto que sí! ¿A qué viene esa tontería? Para Abby ese bebé es lo más importante del mundo.

—Verá, en los análisis que hemos realizado hemos encontrado una ligera concentración de Misoprostol. —Ante nuestra cara de desconcierto continúa hablando—. Es un medicamento abortivo.

El horror es más que evidente en nosotros. Abby jamás haría algo así, ha debido de ser un error. Sin que me dé tiempo a hablar Damien le deja bien claro que Abby nunca haría algo así y le pide que le repita los análisis. La doctora se nota reticente, pero al final accede. Cuando nos quedamos solos miro a mi amigo y veo el mismo miedo que siento yo. Ambos tenemos claro que ella no lo haría, pero si ese medicamento estaba en su cuerpo es porque alguien se lo ha tenido que administrar y tenemos que averiguar quién ha sido.

Rápidamente entramos en la habitación y, por suerte, mi pequeña ya se ha despertado. Nos pregunta qué nos pasa, no somos capaces de esconder lo que sentimos. Damien y yo dudamos unos segundos, en los que compartimos una cómplice mirada, y al final decidimos contarle lo que ha pasado:

—Verás, pequeña —empiezo a decir acercándome a ella—, han encontrado un medicamento que ha podido provocar lo que te ha pasado. ¿Tú has tomado algo raro?

—¡Por supuesto que no! Nunca le haría nada malo a mi bebé y vosotros lo sabéis —solloza.

—Por supuesto que lo sabemos, Abby —trata de tranquilizarla Damien—. ¿Puedes contarnos lo que has hecho esta mañana?

—Madre mía. No me puedo creer lo que está pasando. —Se incorpora en la cama hasta quedar sentada y empieza a hablar—: Esta mañana me he



levantado, he tomado el zumo de naranja que me ha preparado Ash y, después de que se marchara, he salido a tomar un café y unos bollos. Al poco tiempo de volver a casa he sentido náuseas y he vomitado. Después me he tumbado en la cama a descansar un poco. Cuando me he levantado he visto que estaba sangrado y he llamado a Jhon.

Cuando termina de hablar vuelve a llorar y esta vez no espero a que despache a Damien, sino que me acerco a ella y la abrazo con fuerza.

Unas horas después, en las que no hemos dicho ni una sola palabra, la doctora vuelve a entrar y nos pide que salgamos otra vez. Le decimos que Abby ya lo sabe todo y nos explica que los resultados han sido confirmados. Cada vez estamos más desconcertados.

—Bueno, ahora esté tranquila, señora White, vamos a hacerle una ecografía para ver de nuevo a ese pequeñín.

Acerca un ecógrafo que no había visto que traía y, tras llenar la abultada barriga de Abby con un gel, empieza a moverlo. Miro como un gilipollas la pantallita donde sin duda se distingue un pequeño cuerpo, incluso me parece ver que mueve las manos. Esto es lo más emocionante que he tenido el honor de presenciar.

—¿Saben ya el sexo del bebé? —Abby niega con la cabeza incapaz de hablar—. ¿Quieren saberlo? —Ahora intercambia una rápida mirada con Damien y ambos asienten—. Bien... Veamos... Sí, aquí está. Saluden a su hijo.

—¿Es un niño? —pregunta una Abby conmovida.

La doctora nos hace mirar un punto en la pantalla donde se intuye que es un niño, aunque ella dice que lo ve muy claro. En momentos como estos las malas rachas y las peleas se esfuman. Miro a Damien y veo como una lágrima se escurre de sus ojos; Javi sonrío como un loco; Abby llora a la vez que ríe; y yo... yo no puedo dejar de sonreír y sentirme muy feliz por lo que está pasando.

Cuando llega la noche, Damien, Javi y yo hablamos para ver quién se queda con Abby. Y tras ver los pros y los contras de los tres, al final consigo quedarme yo. Me siento en el sofá junto a su cama, pero enseguida ella me hace un hueco a su lado para acurrucarse contra mí.

—¿Cómo estás? —le pregunto en un susurro.

—Ahora que me han dicho que a mi hijo no le pasa nada estoy bien, aunque algo preocupada por no saber cómo ha podido pasar esto. ¿Te puedes creer que vaya a ser un niño?

—Será un precioso niño al que todos cuidaremos y mimaremos.

—Muchas gracias por todo lo que has hecho por mí, Jhon. No sé qué habría hecho sin ti —reconoce dándome un beso en el cuello.

—No tienes que darme las gracias por nada. Lo haría una y mil veces.

## Capítulo 10

¡Por fin me voy a casa! Tras pasar dos eternos días en el hospital ha llegado el momento de salir de aquí. Los médicos me han dicho que mi hijo está bien y que esto no ha ido a más gracias a que vomité, de no haber sido así... No quiero ni pensar lo que hubiese pasado.

Javi me propuso que me fuera a su casa, pero rápidamente Jhon le recordó que tiene que irse a trabajar; mientras que él lo puede hacer desde casa por lo que puede ocuparse de mí durante todo el día. Durante su discusión me sentía como una niña pequeña por la que sus padres luchan durante un divorcio. Lo que me sorprendió fue que Damien no opusiera objeción, que no me pidiera que volviese a casa con él. Al parecer ya se ha dado cuenta de que lo nuestro ha terminado definitivamente.

Miro a mi derecha y veo al que aún es mi marido, sentado en una silla junto a mi cama, mientras lee algo muy concentrado en su Tablet. Mirando su perfil me apena que todo entre nosotros haya terminado, pero es lo mejor para los dos.

Cuando Jhon nos dejó solos el día que ingresé, por fin pudimos hablar como adultos y dejamos las cosas claras. En los dos días que he estado aquí he revivido esa conversación una y otra vez.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté de malos modos.

—Aún eres mi mujer y el que llevas dentro es mi hijo.

—También era tu mujer mientras te follabas a Paula, y en ese momento no te importó en absoluto.

—Lo sé, ¿vale? No es necesario que andes recordándomelo toda la vida. Te hice daño y lo siento muchísimo. No te mereces el sufrimiento que te he hecho pasar. He sido un auténtico gilipollas y lo lamento, de verdad.

Dejé que siguiese fustigándose sin decir nada, aunque lo que realmente quería era insultarle hasta quedarme sin voz. Al ver que no continuaba hablando, respiré hondo un par de veces y empecé a hablar yo:

—Me has hecho muchísimo daño, Damien. No llegas a imaginarte cuánto. Yo te fui fiel y confié en ti al ciento por ciento, y tú... me apuñalaste por la espalda. Y encima con la mujer que ya intentó una vez separarnos. ¿Sabes? En estos días he llegado a pensar que lo hiciste consciente de lo que

iba a pasar, que querías dejarme y no sabías cómo hacerlo. —Esperé a que me lo negase, pero no lo hizo—. Bien, tu silencio me confirma que estaba en lo cierto. Pero hay una cosa que no entiendo: Si ya no me quieres y no eres feliz conmigo, ¿por qué no lo hablamos? Te aseguro que me habría dolido mucho menos que me lo dijeras sin más a que me hicieras esto.

—No, nen... Abby. Yo te sigo queriendo, pero sé que voy a seguir haciéndote sufrir. Y por ello creo que el mejor regalo que puedo hacerte es dejarte libre. Te mereces a alguien que se desviva por ti, que te quiera sin reservas y sea todo lo que tú buscas en un hombre.

—Creí que ese hombre eras tú —confesé afligida intentando no volver a llorar.

—Y me hubiese gustado serlo. Lo he intentado, pero somos demasiado diferentes. Durante este año he sido feliz contigo y me has dado el mayor regalo que nadie me pueda dar engendrando a mi bebé; pero me he dado cuenta de que tú buscas a un hombre muy diferente a mí: desinhibido, sin ataduras profesionales y que no le preocupe lo que los demás piensen.

Oír su confesión me dolió, pero a la vez me quitó un peso de encima. Damien estaba actuando de una manera que no era natural para él y lo hacía por mí. Es de agradecer que intentara cambiar para agradarme, pero yo necesito a un hombre que siempre sea él, sin necesidad de cambiar por nadie, ni siquiera por mí.

—¿Me das un abrazo de despedida? Por los buenos tiempos —pedí intentando sonreír.

—Seguiré dándote todo lo que quieras, nena —bromeó acercándose a mí.

Abrazados lloramos por el amor que ya no está, y que una vez nos hizo felices. Nos amamos con locura y exprimimos los días que estuvimos juntos al máximo. Y, aunque ya no vayamos a estar juntos, siempre estaremos unidos por nuestro pequeño.

—Puedes quedarte en casa, te la cederé en el divorcio —dijo separándose de mí mientras se secaba las lágrimas—, yo buscaré otro sitio.

—No, Dam, esa casa es tuya. Ya lo era antes de que nos casáramos y no te la pienso quitar. Yo me buscaré algo, no te preocupes. Además, si necesito un aval para la hipoteca sé a quién puedo recurrir —bromeé guiñándole un ojo, intentando quitar un poco de hierro al mal momento que estábamos viviendo.

—No, ni mucho menos te voy a avalar para que pidas una hipoteca —

respondió serio—. Te puedes quedar en casa todo el tiempo que quieras hasta que encuentres alguna casa que te guste, entonces yo mismo te la regalaré. Y no acepto un no por respuesta, porque si tú no la quieres se la regalaré a mi hijo, al que espero me dejes ver.

Volviendo a conmoverme por su preocupación, agarré su mano para acercarle a mí de nuevo.

—Te quiero mucho, Damien. Nunca lo olvides. Juntos criaremos y cuidaremos a nuestro hijo. Que ya no seamos un matrimonio no quiere decir que vaya a apartarte de su vida. Eres su padre y eso nunca va a cambiar.

Volviendo a llorar nos abrazamos con fuerza.

—¿Estás bien? —me pregunta Damien al levantar la cabeza y ver que estoy llorando.

—Sí, solo estoy cansada de estar aquí. Necesito darme un baño y dormir en una cama de verdad durante un día entero.

—En cuanto te traigan el alta te llevaré a casa de Jhon. Él seguro que te cuidará bien.

Cuando al fin llegamos a casa de Jhon este nos espera en la puerta con una enorme sonrisa. Pero antes de que pueda bajarme del coche Damien se vuelve hacia mí en su asiento.

—Cuando llegue a casa le diré a mi abogado que redacte los papeles del divorcio. En cuanto los tenga haré que te los envíe para que los revises. Si en algo no estás de acuerdo solo dilo, ¿vale? Empaquetaré el resto de tus cosas y haré que te las traigan, así no tienes que hacerlo tú y podrás tenerlo todo contigo.

Asiento sin decir nada. Me acerco a él, agarro su cara entre mis manos y le beso en los labios. Es el último beso que vamos a compartir, pero es mi manera de despedirme definitivamente de él.

—Vendré a verte cuando vuelva del viaje que tengo previsto —dice apoyando su frente en la mía—. Si necesitas algo llámame, ¿vale? Da igual la hora que sea. Y si los periodistas te molestan cuando se haga público todo esto llama a la policía, ¿de acuerdo?

—Tranquilo, estoy preparada para lo que pueda venir. Tú disfruta del viaje.

Abro la puerta para bajarme del coche, pero no me da tiempo ni a poner un pie en el suelo porque Jhon me alza en sus brazos con la excusa de que tengo que hacer reposo. Entramos en la casa y lo primero que encuentro es un precioso ramo de rosas rojas. Mi amigo me deja en el suelo para ir a por mi

mochila y al volver le pregunto:

—¿Son para mí, o es que tienes visita? —pregunto oliendo una de las preciosas flores.

—Son para ti, por supuesto. Estando tú aquí no necesito ninguna visita.

Le miro sorprendida, ha sido un detalle precioso, se lo agradezco dándole un beso en la mejilla.

—Te llevaré a la habitación —anuncia Jhon tras carraspear mientras me levanta otra vez en vilo.

—Me gustaría darme un baño —pido haciendo un puchero—. Necesito relajarme un poco y quitarme este olor a hospital.

Sin decir nada me lleva a la planta superior. Me deja en la cama de su habitación y va al cuarto de baño para llenarme la bañera. Oigo que trastea demasiado y me acerco para ver qué se trae entre manos. Le encuentro sentado en el borde de la tina, echando unas bolitas de sales en el agua. Enseguida un aroma a rosas inunda toda la estancia. Este hombre es todo un detallista.

—¿Qué haces ahí? —pregunta levantándose de un salto y acercándose a mí con rapidez—. Te han mandado reposo, así que no me hagas que te ate a la cama para que te estés quieta.

No sé por qué, pero su amenaza me resulta un poco atractiva. ¿A él le va ese rollo? Desde que le conozco no he visto ninguna señal de que le vaya esa mierda de atar a las mujeres a la cama.

—¿A ti te gusta eso? Me refiero a lo de atar a tus amantes a la cama.

La pregunta sale de pronto, sin que ni yo misma me lo espere. La cara de asombro que pone me dice que él tampoco se lo esperaba. No me contesta, simplemente me deja frente a la humeante bañera y se marcha para dejarme intimidad. Pero antes de que cierre la puerta le oigo murmurar:

—Algún día lo sabrás.

El agua empieza a enfriarse, creo que es el momento de salir, además, tengo los dedos arrugados como pasas. Abro el grifo de la ducha y me lavo el pelo con rapidez. Al terminar me envuelvo en mi albornoz, que está colgado detrás de la puerta, me quito la humedad del pelo con la ayuda de una toalla y salgo en busca de mi anfitrión.

No me es necesario ir muy lejos, ya que está esperándome tumbado en la cama. Al oírme da golpes sobre el lecho para que me tumbe a su lado. Cuando ya estoy acomodada me tiende una carta que no lleva remitente.

—He encontrado esto en el buzón, es para ti. Voy a preparar algo para

comer. No te muevas de aquí, ¿de acuerdo? ¿Vas a llamar a tus padres para contarles lo que ha pasado?

—No, ya ha pasado todo. Llamarles ahora sería darles un disgusto por nada.

Se levanta de la cama y se marcha. Miro el sobre que tengo en las manos preguntándome de quién puede ser. Nadie sabe que estoy aquí. Intrigada abro el sobre y empiezo a leer:

*Hola, Abby. Estoy segura de que te sorprenderá que te haya escrito haciendo tan poco tiempo que hemos estado juntas, pero es que no me podía resistir a celebrar tu desgracia. Sí has leído bien, he dicho “celebrar”. No te preocupes, ahora te cuento a qué viene esto.*

*Verás, todo empezó aquella vez que fui a visitarte a la universidad. En cuanto vi lo asquerosamente guapa que estabas te odié un poco más de lo que ya lo hacía. ¿Sabes? te he odiado toda mi vida porque, según mis padres, tú siempre has sido la hija perfecta. La más guapa, la más inteligente, la más simpática. Más... más... más... Tú siempre has sido más que nadie. ¿Sabes lo que eso puede afectar a una adolescente? Ya te respondo yo: MUCHO.*

*Bueno, no quiero desviarme, sigo con mi relato.*

*La cosa es que, ese día, me presentaste a David, el hombre más atractivo que he conocido nunca. Alto, guapo, simpático, autoritario... Vamos, un hombre de verdad. Aquella tarde tú te fuiste a la biblioteca dejándome el camino libre.*

*Los hombres siempre te han preferido a ti, sorprendentemente, pero David es diferente, él, en cuanto me vio, me eligió a mí.*

*Te dije que estuve paseando por el campus, pero en realidad estuve follándome a tu novio en tu cama. Muy cómoda, por cierto.*

*Después de ese día nos veíamos cada vez que teníamos tiempo y tú no estabas pegada a él como un perrito faldero.*

*Cuando os fuisteis a vivir juntos, le pregunté por qué seguía contigo si no te quería. Su respuesta fue: por orgullo*

*masculino. Eras la tía con la que toda la universidad se quería acostar y te había conseguido él, haciendo que todo el mundo le admirara. Por eso no te podía dejar, eras su trofeo. Eso no me sentó muy bien, pero me aseguró que terminaría dejándote, porque eras una siesa en la cama que no conseguía ni ponérsela dura. Tenía que pensar en mí para poder follar contigo, curioso, ¿verdad?*

*Y llegó el día en el que te iba a mandar a la mierda para venirse conmigo. Pero tú, pequeña zorra, te hiciste la víctima y te inventaste que te había pegado. Con ello conseguiste que le metieran en la cárcel.*

*Me costó unos días, pero conseguí que le pusieran una fianza que sin dudar pagué. Me contó que habías sido tú quien le había pegado y que lo que tenías en la cara te lo habías hecho tú misma. Y no dudé de él en absoluto. Sé que eres tan mala persona que eres capaz de inventarte algo así, simplemente, porque no aceptabas que David hubiese encontrado a alguien mejor que tú. Y ese alguien era yo.*

*Ese día juré que me iba a vengar de ti, aunque tuviese que esperar años para ello.*

*Con tus mentiras conseguiste que le condenaran y le mandaran a la cárcel injustamente. Pero yo le esperé.*

*Durante todo ese tiempo seguí haciéndome pasar por tu amiga y no sabes lo que me costó. Cada día que te veía te odiaba más y más. ¿Por qué crees que me fui a vivir a Florida con mis padres? ¡Exacto!, para no verte.*

*Aguanté desesperándome años, oyendo decir a mis padres lo buena que seguías siendo. Hasta que por fin David salió de prisión.*

*El día anterior a su excarcelación volé a San Diego emocionada. En cuanto le vi me lancé a sus brazos, siendo recibida como si no nos hubieras separado nunca.*

*Unos días después tuve que volver a casa por trabajo, pero él no pudo acompañarme porque tenía papeleo que hacer antes de venirse conmigo. Entonces tú volviste a joderme la vida. No te hagas la tonta porque David me contó todo lo que*



*pasó aquel día. Te lo encontraste por la calle y, no contenta con lo que ya nos habías hecho, volviste a inventarte otra de tus películas, consiguiendo que le mandaran de nuevo a prisión alejándole de mí. ¿Por qué lo hiciste? Tanto te dolió que pensara dejarte por mí.*

*Esta vez no pude aguantarme y empecé a planear mi venganza. Te haría sufrir tanto como me habías hecho tú a mí.*

*Pensaba hacer que Damien te dejara, quería hacerte padecer. Pero tuviste que irle con el cuento del embarazo a mis padres. ¿Tanto necesitas la aprobación de los demás? Ese fue el momento en el que decidí que tenía que poner en marcha mi plan.*

*Aunque de nuevo me jodiste. Le empecé a mandar mensajes a Damien enseñándole lo que hacías con su amiguito en la playa. Animándole a que te dejara por puta, pero tuviste que ser tú quien le dejó a él. ¿Por qué tienes que chafármelo todo siempre?*

*Este hecho hizo que tuviera que cambiar todo mi plan. Te mereces sufrir y si no podía hacerlo usando a Damien, lo haría de otra manera.*

*Entonces pensé: ¿qué mayor sufrimiento puede tener una mujer? La respuesta era muy fácil: perder a ese bastardo que ibas a tener, porque estoy segura que el padre no es tu marido. A él habrás podido convencerlo, pero yo sé que ese niño era de Jhon.*

*Tras una búsqueda intensiva en Internet, encontré unas pastillas abortivas. Tuve que ir a un par de farmacias; y en la segunda, tras hacerle una mamada al dependiente, conseguí lo que buscaba. Ya solo me quedaba dártelas, pero, ¿cómo hacerlo con la inquietante mirada de Jhon puesta en todo lo que tiene que ver contigo? Fue él quien me ayudó con esto, yendo a no sé dónde el día que pasé allí. Solo tuve que disolverte las pastillas en el zumo de naranja que sabía que no rechazarías. ¿Nunca te han dicho que eres demasiado inocente? A tu edad no tendrías que ser tan confiada con todo*

*el mundo.*

*Ahora estarás llorando desconsolada por haber perdido a ese bebé, pero era lo mejor para él. Criarse con una persona como tú no es bueno para nadie.*

*Yo voy de camino a un lugar desconocido desde el que no volverás a saber nada más de mí. Mi venganza ya está finiquitada. Estamos en paz, “amiga”.*

*Como amiga tuya que creías que era, te pido que, cuando David salga de la cárcel, le dejes en paz para que pueda venir conmigo y podamos disfrutar de la felicidad que nos has negado siempre.*

*Espero que seas muy infeliz.*

*Ashley.*

Miro el papel que tengo en las manos sin poder asimilar lo que acabo de leer. No puedo creerme que Ashley, la que ha sido mi mejor amiga durante toda mi vida, haya podido hacer algo así. Siempre he confiado en ella y le he contado absolutamente todo. Nunca pensé que pudiese tenerme tanta envidia, ni que estuviese tan ciega. David es un hombre muy persuasivo, pero pensé que ella era más lista de lo que lo fui yo. Tampoco podía imaginarme que Ashley y David hubiesen tenido una aventura mientras él y yo estábamos juntos.

Recordar que ella piensa que David es un buen tío y que todo lo que me hizo lo inventé me revuelve el estómago. Casi me caigo de la cama cuando me levanto corriendo para ir al cuarto de baño. Llego al retrete justo a tiempo para vaciar el contenido de mi estómago.

—¿Qué te pasa, preciosa? ¿Estás bien? —me pregunta Jhon preocupado mientras me acaricia la espalda tranquilizadamente.

—No —murmuro cuando las arcadas cesan—, la carta..., la que me has dado... —No puedo terminar la frase porque empiezo a llorar.

Jhon me coge en brazos, me acerca al lavabo y me deja en el suelo para que pueda lavarme los dientes. Al terminar vuelve a levantarme en volandas y me devuelve a la cama. Cuando me deja sobre el colchón, cojo con manos temblorosas el folio que allí descansa y se lo tiendo a mi preocupado amigo.

—No me lo puedo creer. Hay que llamar a la policía —murmura al terminar de leer.

No digo nada, sé que tiene razón. Lo que ha hecho Ash no puede quedar impune.

Mientras Jhon va al piso de abajo para llamar a la policía, yo le mando el mismo mensaje a Dam y a Javi:

***Necesito que vengas cuanto antes a casa de Jhon, hay algo importante que debes saber.***

Ambos responden enseguida diciendo que vienen de camino. Con cuidado me levanto de la cama y bajo en busca de Jhon. Sé que necesito descanso y tranquilidad, pero esto es algo que no puedo dejar pasar.

Al llegar abajo encuentro a Jhon paseando por la estancia como si de un lobo enjaulado se tratase.

—He avisado a Javi y a Damien, vienen de camino.

—¡Joder, Abby!, deberías estar en la cama.

Rápidamente se acerca a mí y me lleva al sofá, donde me acomoda colocándome unos cojines en la espalda y subiendo mis piernas en sus rodillas. Con delicadeza empieza a masajearme los pies de una manera que me hace gemir de placer. Después de todo lo que me ha pasado esto es justo lo que necesito. La paz que me transmite estar con mi amigo tranquiliza un poco mi alterado corazón.

—*Mmmm* —murmuro—, eres muy bueno con las manos.

—Si tú supieras lo bueno que puedo llegar a ser...

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto divertida.

—Nada, olvídalo, solo divago.

Justo cuando voy a volver a preguntar suena el timbre de la puerta. Jhon deja mis piernas con cuidado en el sofá, se levanta y va a recibir a nuestros invitados. Al entrar, ambos se acercan a mí, preocupados. Me preguntan qué me pasa y si estoy bien. Al ver que les sonrío y que les aseguro que, tanto el bebé como yo, estamos bien se tranquilizan.

—¿Por qué nos has hecho venir con tanta prisa? —pregunta Javi desconcertado.

Miro a Jhon y, sin hablar, le pido que le entregue la carta. Ambos la leen en silencio, mientras veo cómo sus caras empiezan a crisparse.

—¡¿Qué coño es esto?! —grita Damien.

—Cuando hemos llegado la he encontrado en el buzón. No tiene matasellos, así que la dejó ahí antes de marcharse —responde Jhon

preocupado—. Ya he llamado a la policía. En breve vendrán para que se lo contemos todo.

Y así ocurre, pocos minutos después dos policías irrumpen en el salón. Nos hacen contarles todo lo que ha pasado, desde el día en que Ash me llamó para decirme que venía a San Diego, hasta el momento en que leí la carta. Después empiezan a hacerme preguntas sobre mi pasado con ella, pero tras más de dos horas asegurando que no tenía ni puta idea de lo que estaba pasando, ni de lo que ella pensaba sobre mí, exploto:

—Mire, agente. Ya le he repetido que para mí ella era mi mejor amiga, algo que pensaba que era recíproco. Nunca noté nada raro. ¡Joder! Incluso follamos más de una vez y compartí a mi marido con ella. Ni en mis peores pesadillas llegué a imaginar que pudiese hacerme algo así. Y ahora, si no les importa, estoy muy cansada y me gustaría acostarme.

—Vamos, pequeña —dice Jhon obviando las protestas de los agentes—, te llevaré a la cama.

Javi y Damien se acercan a mí y me dan un beso en la mejilla justo antes de que Jhon vuelva a cogerme en brazos para llevarme a la habitación y alejarme de este infierno.

—No te preocupes por nada, pequeña —murmura Jhon con sus labios en mi sien—. Despediré a los policías y enseguida vuelvo. Tú descansa. ¿Necesitas algo?

—Solo descansar. Gracias por todo, Jhon.

Mi amigo se marcha cerrando la puerta sin hacer ruido. Yo estoy tan agotada que me quedo dormida casi al instante.

—Como la encuentre pienso estrangularla con mis propias manos —oigo que dice Jhon.

Me levanto de la cama y me acerco a la puerta para oír mejor la conversación que tiene lugar en la planta de abajo.

—Tranquilo, Jhon, todo se arreglará. Lo importante es que ellos están bien —intenta tranquilizarle Damien.

—Llamaré a mis amigos del barrio, a ver si nos pueden ayudar a encontrarla. —Ahora es Javi quien habla.

Lo siguiente que dicen son solo murmullos incomprensibles para mí. Lo único que consigo entender es la última frase que le dedica Damien a Jhon:

—Cuídala como yo no he sido capaz de hacer. Se merece ser feliz.

Me apena oír esas palabras de la boca del que aún es mi marido, pero tiene razón. Él no ha sido capaz de cuidarme y quererme como merezco.

## Capítulo 11

*Mmmm...* huele a café recién hecho. Instintivamente me levanto para seguir ese delicioso olor. Lo primero que hago, como llevo haciendo desde la última semana, es ir al cuarto de baño. Me bajo la ropa interior y compruebo con alegría que ya no hay sangre. Parece que todo vuelve a estar bien, por fin.

Tras hacer mis necesidades me lavo las manos y me dirijo hacia ese embriagador aroma. Entro en la cocina y me encuentro a Jhon, vestido tan solo con unos pantalones cortos, trasteando en una sartén. Apoyo el hombro en la pared y me quedo hipnotizada mirándole. Los músculos de su espalda se tensan cuando se estira para coger algo de la encimera que no llego a ver. Está silbando algún tipo de canción que no reconozco mientras mueve el trasero al mismo son. No tenía ni idea de que supiese moverse tan bien. Es... excitante verle tan relajado.

—Veo que te has levantado curiosa —dice sin darse la vuelta.

—¿Cómo sabes que estoy aquí? —pregunto sonriendo.

—Siempre sé cuándo estás cerca, pequeña.

Se vuelve llevando en las manos dos platos llenos de beicon y huevos revueltos. La boca se me hace agua y el estómago me ruge ansioso. Deja los platos sobre la encimera que tengo al lado. Corro a sentarme frente a uno para devorarlo. Riendo ante mi desesperada hambre, deja también una taza de café humeante a mi alcance.

—Dios mío, Jhon. Vas a conseguir que no quiera marcharme nunca de aquí si sigues tratándome tan bien —digo con la boca llena de beicon.

—¿Y quién ha dicho que quiero que te vayas?

—Bueno, cuando me dejen hacer vida normal tendré que buscarme un sitio para que tú puedas hacer tu vida. No creo que este autoimpuesto celibato sea bueno para ti. Necesitas... descargar frustraciones.

—No te preocupes por eso. Estoy muy bien así. Aunque, cuando los médicos nos digan que ya estás completamente recuperada, estaré mejor. Eso no quiere decir que vaya a permitir que salgas por esa puerta para no volver. No pienses que vas a librarte de mí con tanta facilidad.

Me río ante su amenaza, es más que reconfortante saber que puedo contar con él. Jhon es uno de esos amigos a los que adoras desde el minuto

uno.

—Mar me contó que te estabas viendo con ellos.

—Hace ya semanas de eso —replica.

—¿Por qué lo dejasteis?

—Bueno, la cosa entre ellos empezó a estar tirante y yo preferí centrarme en otras cosas.

Me quedo en silencio dándole vueltas a su respuesta. Hay algo que no me cuenta, pero no sé si quiero saber qué es. Gracias a Dios es él quien rompe el silencio que se cierne entre nosotros.

—Debo reconocer que fue divertido. Con esa pareja es difícil no pasarlo bien, pero llega un momento en la vida que tienes que poner tus prioridades en orden. Además, ahora tú me necesitas y soy plenamente capaz de controlar mis instintos seductores.

Sonrío ante su broma. Es un auténtico maestro en quitarle tensión a cualquier momento.

—Ha llamado Dam —dice cuando terminamos el silencioso desayuno —, va a venir ahora a traerte los papeles del divorcio.

Me quedo de nuevo en silencio y mi sonrisa se esfuma. En poco tiempo todo habrá terminado, Damien dejará de ser mi marido y yo volveré a ser una mujer libre.

No voy a negar que, en estos días en los que lo único que he podido hacer ha sido pensar, he reflexionado mucho sobre todo esto. En ocasiones pienso que no debería firmar, que darle una tercera oportunidad a Damien es lo mejor; pero mi lado racional me grita que lo mejor para mí y para mi bebé es que firme esos papeles. Ya cometí el error de pensar que Damien podía cambiar, que todo lo que nos había pasado era un hecho aislado, pero no ha sido así y mi corazón ya no puede soportar que lo rompan otra vez de esa manera.

Damien siempre formará parte de mi vida y, no solo porque sea el padre de mi hijo, sino porque junto a él he vivido momentos maravillosos que jamás olvidaré. Pero como él dice, necesito a un hombre que beba los vientos por mí y me cuide como una auténtica princesa; más o menos como hace Jhon.

—¿En qué piensas? —pregunta mi amigo sacándome de mis pensamientos—. ¿Te estás replanteando todo esto? Me refiero al divorcio y eso.

—No, Jhon, lo tengo más que claro. Lo que ha pasado con Ash me ha

demostrado que debo seguir mi instinto e intentar ser feliz junto a alguien que me quiera sobre todas las cosas. Dam me quiere, eso no lo dudo, pero no soy lo más importante para él y así no podemos estar juntos.

—Estoy seguro de que hay un hombre esperándote, que desea hacerte plenamente feliz —responde mirándome con una sonrisa preciosa.

—Pues si le ves, ¡preséntamelo! —Suelto una carcajada ante mi propia broma, pero Jhon no me sigue, simplemente me mira aun sonriendo—. Muchas gracias por lo que estás haciendo por mí, Jhon, no sabría cómo pagártelo.

—Me vale con seguir viéndote sonreír.

Me quedo mirando sus oscuros ojos y veo algo en ellos que no sabría cómo interpretar. Conmigo él es todo dulzura y buenas palabras, nunca se enfada ni me reprocha nada. Cualquiera pensaría que, al ser el mejor amigo de Damien, no querría dirigirme la palabra o que pensase de mí de todo y nada bueno, pero Jhon no es así. A pesar de todo ha seguido a mi lado y me ha tratado como... como tendría que haber hecho Dam durante nuestro matrimonio.

Ver su tranquilo semblante me transmite una paz que no había sentido nunca, estar con él es como estar en casa. De pronto el sonido del timbre hace que rompamos el intenso contacto visual que manteníamos. Jhon me deja para ir a abrir la puerta y yo me dirijo al salón. Miro y veo a Damien vestido de manera informal.

—Os dejaré solos para que habléis —dice Jhon, pero antes de marcharse se acerca a mí y me da un beso en la cabeza, a la vez que me susurra—: Si necesitas algo, avísame.

Le tiro un beso en agradecimiento confirmándole que le llamaré si le necesito.

—Parece que te trata bien —dice Damien mirándome.

—Demasiado bien —murmuro distraída.

—Me alegra ver que vuelves a sonreír. No te veía tan feliz desde... desde nuestro viaje a Grecia.

Guardo silencio. No sé qué decirle. Es cierto que las últimas semanas que estuvimos juntos no fueron fáciles, razón por la que dejé de sonreír. Y, aunque debería guardar rencor al hombre que tengo delante por ello, no puedo hacerlo. Nunca olvidaré lo que nos hizo, pero para mí eso es agua pasada. Ya despedí mis sentimientos y rencores hacia él cuando le di el último beso antes de que me dejara aquí tras salir del hospital.

—Te he traído los papeles. —Damien intenta romper el incómodo silencio que se ha instalado entre nosotros—. Léelos y dime si no estás de acuerdo con algo. Podemos cambiar todo lo que quieras.

Cojo el sobre marrón que me tiende y saco los folios. Empiezo a leer, concentrada. De momento estoy de acuerdo con todo lo que leo; hasta que llego a un apartado en el que está estipulado que Damien me tiene que indemnizar con una gran cantidad de dinero además de cederme en propiedad la casa que compartíamos.

—¿Qué es esto, Damien? —Señalo lo que acabo de leer—. No quiero que me des ni un dólar, yo no te lo he pedido —digo cabreándome—. Además, creía que había quedado claro que no quiero la casa. ¡Y no me vengas con que se la das a tu hijo!, porque no me lo trago. No voy a negarme a que me pases una pensión para el niño una vez que nazca, pero nada más.

—Abby, por favor, ¡no seas cabezota! El dinero es una compensación por lo que te hice. Y la casa... yo no la quiero y tú necesitas un sitio dónde vivir. A cambio solo te pido que no le cuentes a nadie lo que nos ha pasado.

—¿Una compensación? Querrás decir que intentas comprar mi silencio. Mira, Damien, no quiero ni tu dinero, ni tu casa. Y no te preocupes, porque no pienso contarle a nadie lo que nos ha pasado. Eso es únicamente de nuestra incumbencia. Si sale algo en la prensa, puedo asegurarte que yo no tendré nada que ver. No tienes que preocuparte. Así que cambia todo esto y terminemos de una vez por todas.

Me levanto enfadada del sofá y voy directa a la cocina para intentar tranquilizarme. Cuando entro me encuentro con Jhon que teclea con agilidad en el ordenador. Levanta la vista y me mira con una sonrisa, pero esta queda congelada cuando me ve. No hace falta que le explique nada, sabe que algo de lo que pone en esos papeles me ha disgustado. Aunque dudo que sepa qué es.

—Ya le avisé de que no te gustaría —murmura con desaprobación.

Se acerca a la nevera y saca un zumo de naranja que me tiende rápidamente, mientras me insta para que me siente en un taburete. Me sorprende que sepa qué es lo que me ha disgustado, aunque no sé por qué; Damien y él siguen siendo amigos y me consta que hablan a menudo. Aunque no tenía ni idea de que lo hicieran sobre mí.

—Acabo de hablar con el abogado —anuncia Damien entrando en la cocina—. Corregirá lo que me has pedido y los mandará por correo electrónico. Solo necesito que Jhon me deje imprimirlo y ya está.



No respondo. Estoy cabreada con él por pensar que yo pueda ir a contar nuestros trapos sucios a la prensa. No se da cuenta de que, si lo hiciera, quedaría como una estúpida cornuda que no ha sabido ser una buena esposa.

—¡Joder! —grito enfadada conmigo misma a la vez que me levanto y me dirijo al espléndido jardín de mi amigo.

—¡Abby! —me llama Jhon viniendo tras de mí—. ¡Abby! —me grita de nuevo para que deje de dar vueltas—. ¡Ven aquí y cuéntame qué coño te pasa!

Me mira sin entender el desasosiego que estoy sintiendo. Dejo de pasearme, pero no me acerco a él. Con desesperación intento explicarme, pero empiezo a llorar como una tonta y las palabras se atropellan solas sin salir de mi garganta. Mi amigo se acerca a mí con rapidez y me abraza con fuerza, intentando tranquilizarme. Sorprendentemente funciona.

—Yo... joder, Jhon —empiezo a decir ordenando mis ideas—. Me siento como una auténtica mierda. Ni siquiera he sido capaz de retener a mi marido, ¿cómo voy a ser buena madre? ¿Cómo voy a ser capaz de cuidar a una persona que dependerá de mí para absolutamente todo? Ni siquiera... ni siquiera tengo una casa donde criarlo.

Mis sollozos hacen que deje de hablar y casi me atragante con mis palabras. Hasta ahora no sabía que tenía estos miedos y estas inseguridades. Nunca he necesitado la aprobación de nadie. Pero ahora, después de la puñalada que me dio Damien, la seguridad en mí misma ha desaparecido. Me siento sola, a pesar de estar rodeada de gente constantemente. Si no fuera por Jhon ahora mismo no sabría qué hacer con mi vida.

—Mira, Abby. Es normal que tengas miedo, pero no tienes que preocuparte por nada. Tú no tienes la culpa de lo que hizo Damien. Y serás la mejor madre que pueda tener tu hijo —dice mi amigo contra mi pelo, mientras sigue abrazándome con fuerza—. No tienes que sentirte como una mierda porque eres una mujer maravillosa. Y, como sé que lo estás pensando, te aseguro que no estás sola. No necesitas buscarte un sitio para vivir, porque no voy a permitir que te vayas de aquí. Yo cuidaré de ti y de tu bebé, ¿de acuerdo?

Mis sollozos suben de intensidad al oírle. Nunca pensé que podría encontrar una persona tan fiel como Jhon. Sin él no sabría qué hacer ni dónde ir. Cuando consigo tranquilizarme levanto la cabeza de la seguridad que me proporciona su cuello y le miro agradecida por todo. No solo por haberme tranquilizado ahora, sino por todo lo que ha hecho siempre por mí.

Permanecemos una eternidad abrazados, hasta que un movimiento llama mi atención a lo lejos. Veo en la puerta de la casa a Damien, que parece estar secándose los ojos. Habrá sido un capullo, pero no es de piedra. Si es verdad que me quiere, como dice, esto tampoco puede ser fácil para él.

—Abby —Jhon llama mi atención—, me consta que Damien no lo ha hecho para hacerte daño, ni porque piense que no eres capaz de salir sola adelante; simplemente, se preocupa por ti y por su hijo, tanto como yo. Sabe que no va a poder estar en muchos momentos cruciales de su vida y quiere, en cierto modo, compensarlo. —Las lágrimas vuelven a mis ojos y no hago nada por evitarlas—. Sé que es tu decisión, y estaré a tu lado, decidas lo que decidas, pero creo que no deberías apartarlo de él. —Acerca su mano a mi abultada barriga y la acaricia—. Ser padre es algo muy especial y él no va a poder serlo al cien por cien.

—¿Qué me estás pidiendo, Jhon?

—Yo no te estoy pidiendo nada, pequeña, no tengo derecho para ello. Solo te ruego que pienses en todo esto. Ha sido un gilipollas y ha pagado el precio perdiéndote, pero no le arrebates a su hijo también. Deja que te acompañe a las revisiones, que se implique con él, aunque no lo haga contigo. Él tampoco lo está pasando bien, créeme. Con todo esto no quiero que pienses que no estoy contigo, ni mucho menos. Tú eres mi auténtica prioridad y haré todo lo que sea necesario para cuidarte.

Me quedo mirando sus preciosos ojos. Mis lágrimas se han secado, aunque la angustia que siento dentro no ha desaparecido. La traición de Damien aún me duele, aunque los sentimientos hayan casi desaparecido. Pero también me pongo en el lugar de Jhon, está en una posición más que complicada, a mi modo de ver. Me metí en su casa sin que él pusiera ninguna objeción, sin que me pidiera nada a cambio. Esta es la primera vez, desde que le conozco, que me ruega algo y sé que lo hace, no solo por el bien de su amigo, sino también por el de mi hijo.

—Te prometo que lo intentaré —murmuro dándole un beso en la mejilla.

Tras conseguir tranquilizarme, volvemos a la casa y encontramos a Damien con un vaso de whisky casi vacío y un cigarrillo a punto de terminarse. Al oírnos entrar levanta la cabeza y me mira con tristeza. No soy capaz de sonreírle, pero recuerdo la promesa que le acabo de hacer a Jhon, por lo que le digo:

—En dos semanas tengo que ir a revisión. Si estás por aquí podrías

llevarme, así dejo un ratito tranquilo a Jhon.

—Me encantaría acompañarte. Dime qué día es y haré por no tener ningún compromiso. Ya me ha mandado mi abogado los papeles corregidos.

—Muy bien, pequeña, —murmura Jhon pasando un brazo por mi cintura y besándome la cabeza—, muy bien. Acompáñame al despacho, Dam.

Cuando se van, el silencio me abrume, por lo que opto por encender la televisión. Empiezo a cambiar de canal sin saber qué busco hasta que doy con un programa de cotilleo donde tienen una foto mía expuesta. Estoy en la playa, con un bikini verde que no me sienta para nada bien. Un momento, ¡ese no es mi cuerpo! Sí que es mi cara, pero yo no tengo tanta barriga, aún. Y, además, yo tengo más tetas. Subo el volumen para escuchar lo que dice la presentadora y estoy a punto de caerme al suelo.

—...Sí, querido televidente, la guapa mujer de nuestro Dios, Damien White, ha sido ingresada de urgencia en un hospital. Nuestras fuentes nos confirman que la joven, que está embarazada de veintidós semanas, ha sufrido un aborto, aunque aún no sabemos las causas. Suponemos que el guapo matrimonio estará pasando malos momentos, por lo que no nos extraña haber visto al modelo llegando solo a los últimos compromisos publicitarios que ha tenido fuera de la ciudad. Hemos intentado ponernos en contacto con la relaciones públicas del matrimonio, pero aún no han hecho ningún comunicado. Esperamos que en breve nos saquen de este sin vivir que tenemos.

—¿Pero qué coño está diciendo esa loca?! —No puedo creer lo que estoy oyendo, y menos aún cuando las fotos que muestran no son mías.

Al oír mi grito, Damien y Jhon entran corriendo en el salón. Enseguida miran la pantalla y alucinan tanto como yo. Veo la conmoción en la cara de Dam y sé que él no ha sido quien ha filtrado la noticia. En un segundo me doy cuenta de que debo llamar a mis padres. Si ven esto es posible que les dé un infarto.

Sin decir nada cojo mi teléfono y marco el número de mi madre. Tarda un poco en contestar, pero al hacerlo su alegre saludo me dice que no se ha enterado de nada aún. Intento no preocuparla más de la cuenta cuando le explico lo que me pasó, omitiendo el hecho de que todo fue culpa de Ash y un medicamento que me dio.

—¿De verdad que estás bien, cariño? —pregunta mi madre preocupada—. ¿Por qué no me llamaste cuando te pasó? Habríamos ido para apoyarte.

—De verdad que sí, mamá, no te preocupes. No quería preocuparos más

de la cuenta. Al decirlo así parece más grave de lo que en realidad fue. — Intento tranquilizarla quitando importancia a lo que pasó—. En unos días tengo que ir a revisión, si me dan luz verde estaré allí para pasar la navidad con vosotros.

—¿Tú sola? —Me quedo en silencio sin saber qué decirle, ya se ha llevado un disgusto, no quiero darle otro contándole lo del divorcio—. Abby, cariño. Ya sabemos que te vas a divorciar, no hace falta que sufras tanto guardando el secreto.

Anonadada abro los ojos hasta que están a punto de salirse de las órbitas, mientras miro a los dos hombres que están cerca de mí hablando en voz baja.

—¿Tú... cómo... cómo lo sabes? —tartamudeo.

—Eres mi hija, y te conozco demasiado bien. Cuando estuviste aquí con Jhon supe que las cosas no iban bien en tu matrimonio. ¿Cómo estás? ¿Ya habéis firmado los papeles? ¿Necesitas algo? Sabes que puedes venirte aquí cuando quieras y todo el tiempo que necesites, ¿verdad?

—Estoy bien, mamá. He ocupado la casa de Jhon y ha venido hoy Damien a traerme los papeles para que los firme. Cuando vaya para Navidad te lo contaré todo, ¿de acuerdo? Ahora te tengo que dejar.

—Cariño, antes de que cuelgues: ¿Sabes algo de Ash? Jess no sabe nada de ella desde hace unas semanas y empieza a preocuparse. Ni siquiera le coge el teléfono. ¿Tú has hablado con ella?

Me mata mentir a mi madre y más en algo tan importante, pero sé que no debo decirle nada hasta que la policía nos dé buenas noticias. Le aseguro que hace tiempo que no sé nada de ella y parece que se queda tranquila, o al menos cambia de tema.

—Bueno, hija, ahora ya sí te dejo. Dale un beso a Jhon de mi parte. También agrádecele que esté cuidando de vosotros.

—Claro, mamá. Dale besos a papá de mi parte. Os quiero.

Cuando cuelgo el teléfono me dejo caer en el sofá, la conversación con mi madre me ha dejado agotada mentalmente.

—Aquí tienes los papeles corregidos—me dice mi futuro ex marido—. Léelos y, si lo ves todo correcto, firma. Yo ya me voy y te dejo tranquila.

—No, Dam, espera.

Cojo el bolígrafo que hay sobre la mesa y sin volver a leerlos los firmo, los devuelvo al sobre y se lo entrego. Estoy cansada de todo. Lo único que quiero ahora es terminar con esto de una vez.

—¿Estás bien? —me pregunta Jhon sentándose a mi lado, tras acompañar a Damien a la salida.

—Supongo que sí. Ya ha terminado. Ahora soy libre de nuevo.

Las palabras me salen teñidas de cierta melancolía. Pero la verdad es que, al estampar mi firma en esos papeles, un enorme peso ha liberado mis hombros. Ya no tengo que preocuparme de lo que esté haciendo Damien, ni de lo que la gente pueda decir sobre nosotros. Apoyo la cabeza sobre el hombro de mi amigo y suspiro dejando salir todo lo que tengo dentro.

—Ha llamado Brian mientras estábamos en el despacho. Nos ha invitado a su cumpleaños dentro de un par de semanas. Si no te apetece ir podemos quedarnos aquí o hacer otros planes, a mí me da lo mismo.

—Bueno, Brian es tu amigo, aunque a mí no me apetezca, tú deberías ir a su fiesta.

—Si tú no estás conmigo no será una fiesta divertida.

—Vamos, pequeña, hay que levantarse ya.

Los besos que Jhon reparte por mi espalda no ayudan a que me espabile, todo lo contrario. Estoy bocabajo en la cama, o lo que se podría decir bocabajo, ya que la barriga me no me deja mucha libertad de movimiento.

Este lunes debo ir a la revisión, donde por fin me dirán si ya puedo hacer vida normal, o no. Si no me dejan no podré ir a visitar a mis padres para pasar con ellos la navidad. Si es así tendré que pasarlas aquí sola ya que, aunque no lo he hablado con Jhon, seguro que él tiene planes para esos días tan especiales.

—Venga, Abby, son casi las once. En una hora tenemos que estar en casa de Brian y aún ni siquiera has desayunado.

—No tengo hambre, la verdad. Estoy algo revuelta.

—¿Te encuentras mal? ¿Necesitas que vayamos al médico?

—No, Jhon, tranquilízate —repongo dándome la vuelta para poder mirarle a la cara—. No pasa nada, es solo que la cena de anoche no me sentó demasiado bien.

—Ya te avisé de que no debías comer comida india, el picante no te viene bien. Eres una cabezona.

Soltando un bufido me levanto, no sin dificultad, y me estiro dejando al aire más pierna de la habitual.

—Creo que vas a tener que empezar a ponerte una de mis camisetas, las tuyas te quedan demasiado ajustadas —dice Jhon mirándome el pecho.

Al ver que no quita ojo a mis endurecidos pezones, se me ocurre una

maldad. No hay nada que me anime más que tomar el pelo al buenazo de mi amigo.

—Si quieres me quito la camiseta para que puedas verlos bien.

—¿Eh?... ¿cómo...? Yo... Lo siento... Es que...

Dejo a Jhon intentando enlazar más de dos palabras y me dirijo al cuarto de baño. Pero como me encanta picarle, a mitad de camino, me quito la prenda que me tapa el torso, quedando vestida únicamente con unas minúsculas bragas. Giro la cabeza para mirarle sobre el hombro y se la lanzo con descaro, riendo ante la cara de asombro que tiene. No se me pasa por alto cómo la tela de su pantalón empieza a tensarse. Hasta el momento mi amigo no había dado signos de excitación ante mis tonterías. Debe de estar falto de sexo, y es que desde que estoy en su casa no le he visto con nadie, ni ha salido una noche.

Abro el grifo de la ducha y me meto sin esperar que salga el agua caliente, necesito enfriarme un poco. Ver la inminente erección de Jhon me ha recordado las semanas que llevo de abstinencia y mi temperatura corporal ha subido varios grados de golpe.

Cuando me estoy aclarando el champú del pelo, un movimiento en la puerta del baño llama mi atención. Miro a través de la empañada mampara y veo a Jhon con los ojos muy abiertos, mientras le da vueltas a algo en su cabeza. Si ya tuviera el alta médica seguramente abriría la puerta y le pediría que me acompañase, a sabiendas de lo que pasaría si lo hiciera. ¡Dios mío, estoy demasiado necesitada! Me giro para dejar de verle e intentar tranquilizarme y termino de ducharme.

Al salir el silencio me da a entender que estoy sola en la habitación. Con rapidez me pongo un vestido suelto, de manga corta, de un tono muy parecido al de mi pelo. Es sorprendente que estando en diciembre, casi en navidades, tengamos que estar en manga corta, pero así es el clima de aquí. Nunca hace frío y eso es lo que más me gusta de este lugar.

Llego al salón y no veo a Jhon por ninguna parte, por lo que salgo al jardín. Lo encuentro mirando al horizonte, aunque algo me dice que no lo ve.

—Ya estoy lista.

No dice nada, solo se da la vuelta, me sonrío y me ofrece su brazo para conducirme al coche.

La fiesta de Brian es todo lo que cabría esperar de uno de los solteros de oro de la ciudad: mucha gente guapa, muchas mujeres ligeras de ropa y una excelente comida amenizada por buena música. Noto como todo el mundo

me mira, aunque no conozca a nadie. Esto hace que me pregunte por qué coño he venido. Brian no es que fuera un desconocido para mí, pero lo único que nos unía era Damien, y ahora que no estamos juntos... creo que debería haberme quedado en casa.

Me dispongo a decirle a Jhon que me marchó, cuando veo acercarse Damien. La gente de nuestro alrededor se ha quedado en completo silencio, haciendo que el momento sea algo incómodo. Al menos para el resto del mundo, porque ver a mi ex marido no me produce absolutamente ningún sentimiento. Bueno sí, uno: furia. Que vaya acompañado de Paula no me gusta ni un pelo, no porque no me guste que Dam esté con otra persona, sino porque no soporto a esa mujer.

—No te preocupes por nada, pequeña. —Jhon lee mi pensamiento—. No dejaré que se acerque a ti. En cuanto aparezca Brian le felicitamos y nos marchamos si tú quieres.

Me agarra la mano para infundirme valor, cosa que agradezco enormemente. No me da tiempo a darle las gracias porque la pareja llega hasta nosotros.

—Hola, Abby —me saluda Dam—. Hola, tío —saluda ahora a mi acompañante—. ¿Cómo te encuentras?

Ante la sorprendente mirada de Paula, Dam alarga la mano para posarla en mi barriga mientras la mira embelesado.

—Estoy bien —respondo tocándome yo también la barriga.

El apretón que Jhon me da en la mano me recuerda que le prometí no excluir a su amigo de la vida de mi hijo, por lo que, ignorando las puñaladas que me manda la mirada de Paula, digo:

—El lunes tengo que ir por fin al médico. ¿Quieres venir conmigo?

—¿En serio quieres que te acompañe? —inquire Damien sorprendido.

—Claro que sí. Este también es tu hijo.

Con una preciosa sonrisa, esa que hace mucho tiempo que dejé de ver, accede encantado a venir conmigo. Ver la ilusión en su rostro me confirma que he tomado la mejor decisión.

Tras acordar la hora a la que tiene que recogerme, Jhon nos disculpa y vamos en busca de Brian. La idea era felicitarle e irnos, pero ahora, tras haber hablado con mi ex, toda la tensión se ha evaporado de mi cuerpo y me apetece quedarme un rato a disfrutar. Enseguida encontramos al cumpleañosero, al que abrazo y felicito. Me da las gracias por haber acudido y me devuelve el abrazo con fuerza.

—Ya nos podemos marchar si quieres —anuncia Jhon.

Le miro dispuesta a decirle que prefiero quedarme un rato cuando empieza a sonar una preciosa canción. No sé cómo se llama ni quien la canta, pero el ritmo lento me anima a tirar de Jhon hacia la improvisada pista de baile y agarrarme a su cuello.

—¿Cómo te has sentido al volver a verle? —me pregunta mi amigo con un deje de preocupación.

—La verdad es que ni bien, ni mal —respondo encongiéndome de hombros—. Sigo odiando a Paula con todas mis fuerzas, pero por lo demás... No he sentido más que cariño hacia él.

—Creo que has hecho muy bien al invitarle a ir contigo el lunes al médico. Se ha notado que le ha hecho ilusión.

—Sí, yo también lo he notado. Es lo menos que podía hacer, aunque no estemos juntos siempre será su padre.

Apoyo la cabeza en el pecho de mi amigo mientras suspiro. Jhon hace que me sienta a salvo, protegida y... querida.



## Capítulo 12

### Jhon

Llevo un mes cuidando de Abby, día y noche, y no me habría gustado estar haciendo otra cosa. El día que estuvo Damien aquí para traerle los papeles del divorcio supe que mi pequeña no estaría bien, pero era un trago por el que teníamos todos que pasar.

Desde el día en el que Abby se presentó en mi casa, he estado esperando a que se viniese abajo. Tenía tanta rabia dentro que no era bueno que la tuviera retenida. Pero la pelirroja es una mujer dura y orgullosa, por lo que no dejó ver lo que en realidad temía, hasta que explotó. Me disgustó mucho verla tan fuera de sí..., pero necesitaba sacarlo todo.

Cuando Damien se fue, mi pequeña se quedó pensativa durante buena parte del día, pero al final, durante la cena, volvió a sonreír e incluso a bromear.

Después llegó la fiesta de cumpleaños de Brian, a la que no creía que debiese acudir. Ella decía que estaba bien, que no le importaba encontrarse con Damien, pero yo dudaba de ello. Y nuevamente me sorprendió. Nos encontramos con su ex y ella no mostró ningún tipo de resentimiento hacia él. Pero no fue capaz de disimular el desagrado que le producía estar tan cerca de Paula.

En un momento en el que Abby fue al cuarto de baño, me acerqué a mi amigo y le pregunté a qué demonios jugaba yendo con esa arpía. Su respuesta fue que se estaba apoyando mucho en ella. Y yo, como el buen amigo que soy, le sugerí que no se acercara más de la cuenta a ella.

Esa noche hubo dos cosas que no se me olvidarán nunca; la primera fue cuando Abby, siguiendo mi consejo, ofreció a Damien acompañarla a la consulta del médico; el segundo momento que no olvidaré, fue cuando empezó a sonar una canción de Michael Bubblé y mi pequeña tiró de mí hacia la pista de baile. Abrazar su pequeño pero redondo cuerpo fue... exquisito. Nunca me cansaré de abrazarla, da lo mismo si está despierta o dormida, lo importante es que esté junto a mí.

Últimamente le ha crecido mucho la barriga, ese pequeñín crece a pasos agigantados, esto conlleva que mi amiga no pueda dormir bocabajo, como a

ella le gusta. A su vez implica que no puedo dormir abrazado a ella. Pero, aun así, una de sus piernas siempre está enredada con las mías. No soy capaz de resistirme a tocarla, cosa que a ella no le importa en absoluto, aunque no sepa la auténtica razón.

Ese motivo, que no me atrevo a reconocer ni a mí mismo aún, hizo que la siguiera el otro día al cuarto de baño. Estuve muy tentado de entrar con ella en la ducha. Necesitaba meterme bajo el chorro de agua caliente y acariciar todo su cuerpo húmedo. Sentirla en mis brazos como llevo ansiando tanto tiempo. Pero no pude, porque ella sigue convaleciente, con la baja médica, y si entraba en esa ducha no habría podido pasar de enjabonarla y acariciarla. Y eso me habría vuelto más loco de lo que ya estoy.

Tengo más que asumido que ella es una provocadora nata, incluso cuando no pretende hacerlo. La sensualidad con la que se mueve, esa pícara sonrisa que tiene, esos ojos que se oscurecen cuando piensa en cosas... malas. Todo eso lo hace de manera involuntaria, es una parte de ella que no es capaz de esconder y que vuelve loco a cualquier hombre que tenga cerca.

Pero a pesar de su aspecto de provocadora de hielo, esconde un corazón roto, una fragilidad abrumadora y una necesidad de contacto constante. No lo dice, pero yo sé que le aterra estar sola. Más ahora que dentro de poco va a tener a una personita a su cargo.

Siempre ha sido independiente. Cuando la conocí ella no necesitaba de un hombre para seguir adelante, pero desde que cayó en las redes de mi amigo algo cambió en su interior. Ahora no me la imagino viviendo sola en un apartamento, por muy capaz que sea de hacerlo. Aunque, de todas formas, no pienso dejar que lo demuestre porque imaginar que se va de mi casa es, simplemente, impensable.

Los días que llego del trabajo y ella ha salido a hacer algo me siento fuera de lugar. Ya no concibo que no esté en casa; oír su risa por cualquier cosa, oler su colonia por todas partes. Eso es lo que me quita el estrés del día al instante.

—Hola, guapo. ¿En qué piensas? —pregunta Abby sentándose en el taburete de al lado en la isla de la cocina.

—En nada en concreto —miento descaradamente—. ¿A qué hora va a venir Damien a buscarte?

—No tardará mucho. ¿De verdad que no quieres venir con nosotros?

Ayer me lo pidió, quiere que vaya con ella, pero creo que no por la misma razón por la que yo quiero ir. Tengo la sensación de que se siente en la

obligación de pedírmelo porque vive en mi casa, pero yo quiero que me lo pida porque realmente le hace ilusión que vaya, porque... bueno, da igual la razón.

—No puedo, pequeña, tengo trabajo pendiente. Además, es un momento que debéis vivir los dos solos. —Me duele más de lo que pueda llegar a imaginar de decir estas palabras, pero yo no soy el padre y es una de las cosas que tiene que hacer con él. Esto es lo que le pedí que hiciera con Damien y yo no debo inmiscuirme—. ¿Nos vemos para cenar?

—Claro que sí. A no ser que tengas planes. Si es así dímelo que llamo a Javi para dejarte la casa para ti solo.

Me la quedo mirando con una sonrisa cariñosa. Me halaga que se preocupe tanto por mi vida amorosa. No me da tiempo a responder porque se muerde el labio y empieza a hablar con rapidez:

—Mira, Jhon, —Suspira—, sé que crees que tienes la responsabilidad de cuidar de mí, aunque no sé por qué, pero no quiero entrometerme en tu vida. Tienes que salir como lo hacías antes. Quedar con tus amigos y salir a ligar. Me da la sensación de que te obligo a estar aquí encerrado conmigo y no quiero que dejes de hacer tu vida por mí. No me debes nada y a Damien tampoco. No tengas reparos en pedirme que me vaya, ¿vale? Entre nosotros hay suficiente confianza para ello sin que haya enfados. Yo te voy a seguir queriendo igual.

Me quedo flipado con su perorata. No pensé que creyese que estoy aquí con ella por pena o porque crea que tengo una deuda con ella. Frunzo el ceño cabreándome. No tiene ni puta idea de nada y esto me enfurece, aunque no sea con ella, sino conmigo mismo por ser tan hermético. Voy a contestarla justo cuando suena el timbre y mi momento pasa de nuevo. Se levanta del taburete y va a abrir la puerta. Segundos después aparece seguida de Damien.

—Voy a por mi bolso, enseguida vuelvo —anuncia dejándonos solos.

—¿Cómo estás, tío? —pregunto, más por cortesía que por interés.

—Bien. Me ayuda saber que Abby me va a dejar formar parte de la vida de nuestro hijo. ¿Tú cómo estás? ¿Algún progreso?

—¿A qué te refieres? —pregunto desconcertado.

—¡Venga, Jhon! No soy tonto, ni ciego. ¿Se lo has contado ya? Por mí no te preocupes, ¿de acuerdo? No pienso inmiscuirme. Ya le he jodido la vida bastante.

Sé a lo que se refiere, pero no me veo con fuerzas para hacerlo. De nuevo me quedo con la palabra en la boca porque la preciosa pelirroja

aparece sonriendo por la puerta. Está cada día más guapa y eso me mata un poquito más cada día.

—Nos vemos luego y seguimos donde lo hemos dejado —me susurra dándome un beso en la mejilla.

Estoy enfrascado en los planos de nuestro nuevo gran proyecto: un enorme edificio que nos está volviendo locos. El cliente no está del todo satisfecho con lo que le hemos presentado y yo me afano en complacerle. Quiere que todo sea modernidad y elegancia, pero a la vez tiene que ser ecológico y sostenible con el medio ambiente. Algo difícil, pero no imposible.

Rehago los planos poniendo mucha atención en los mínimos detalles, pero hay algo que falta, algo con lo que aún no hemos conseguido dar. Reviso todo por enésima vez, hasta que mi mente se distrae con la imagen de la preciosa Abby durmiendo en mi cama. Sus sensuales curvas, la blancura de su piel... Y entonces lo veo. Salgo del despacho corriendo y me dirijo a mis compañeros:

—¡Chicos, creo que lo tengo! —Todos se me quedan mirando, esperanzados porque haya dado con la tecla para terminar este interminable proyecto—. Curvas —digo sin más—. Todo es demasiado recto, demasiado convencional. Lo que tenemos que hacer es quitar esquinas y añadir más curvas.

Se quedan pensativos, no están seguros de entender lo que quiero decir. Para hacerme entender, dibujo un boceto rápido del proyecto a mano alzada con un rotulador negro en la pizarra que tengo delante. Después cojo otro rotulador, en este caso rojo, y empiezo a recalcar dónde debemos hacer los cambios. Quito líneas rectas y las reemplazo por curvas. Cada trazo del rotulador me recuerda a una de las curvas de Abby.

—Y en cuanto a la decoración —digo emocionado al ver que mis compañeros entienden lo que propongo—, tiene que ser en todos rojos. Da igual la tonalidad, pero en rojo.

—¡Joder, sí! —grita Richard—, eso es justo lo que no encontrábamos. ¡Eres un genio, Jhon!

Rápidamente rehago los planos con los nuevos cambios y se los envío al cliente por correo electrónico. A los pocos minutos recibo la llamada que tanto esperábamos. ¡Los bocetos han gustado!

Contentos salimos todos a tomar una cerveza para celebrar que hemos dado con la clave. Hemos estado a punto de perder uno de nuestros clientes más importantes y, por suerte, hemos salvado el culo. No puedo dejar de

pensar que todo ha sido gracias a Abby. Si ella no hubiera estado tan presente en mi vida esto no habría sido posible.

—Bueno, chicos, yo os abandono. No bebáis mucho —me despido dándole una palmada en el hombro a mi compañero Richard.

Sonriendo salgo del bar y me dirijo a mi casa para celebrar nuestro éxito con mi pequeña pelirroja. Por el camino paro en una floristería y compro un ramo de rosas. Dudo entre qué color comprar. Sé que sus favoritas son las verdes, pero esto se debe a que eran las que llevó en su boda con Damien. Pero yo no quiero llevarle algo que le recuerde a él, quiero que sea algo nuestro, algo... diferente.

Miro entre todas las flores que tengo alrededor, no sé por cuál decidirme. Me acerco a la dependienta y le comento lo que busco, lo que quiero hacerle saber a Abby sin palabras. Rápidamente me prepara un ramo de claveles rojos. Es el ramo más bonito que he comprado nunca.

Cuando aparco en la puerta de mi casa cojo mi maletín y el precioso ramo de flores y salgo del coche. Con una enorme sonrisa entro en casa. Me extraña oír la voz de Bruno Mars sonando a todo volumen en mi salón. Dejo el maletín en el suelo y, aun cargando con las flores, me acerco silenciosamente. Me encuentro con la visión más bonita y atrayente que he visto nunca: Abby bailando de espaldas a la puerta. Contonea las caderas haciendo círculos mientras mueve los brazos. Me doy cuenta de que no son los sensuales movimientos que hicieron que me fijase en ella entre toda una discoteca llena de tías, antaño no tenía esa barriga que la restringe. Pero eso no hace que sea menos sexi, al contrario, hace que la desee más si cabe. Viéndola bailar me retrotraigo a ese día.

Brian me obligó a salir, según él necesitaba olvidarme de Charlie, la tía con la que había estado un mes saliendo. No estaba jodido porque lo mío con ella se hubiera terminado, ni mucho menos. Entre otras cosas, porque fui yo quien le dio la patada; lo que me jodía era que me había puesto los cuernos y no con un tío mucho más alto, más guapo y con más dinero que yo, sino con un bajito, calvo y barrigón. Estaba despechado y sabía cuál era la manera de volver a subirme el ego: ligándome a la tía más buena que pudiese encontrar.

En cuanto divisé ese pelo rojo zarandeándose, esas caderas moviéndose en círculos provocando a su acompañante, supe que tenía que ser ella.

La seguí con la mirada durante mucho tiempo hasta que al fin conectamos. Mi mirada lo decía todo, le prometía todo el placer que ella quisiese de mí y, sorprendiéndome, la suya me prometió lo mismo. No perdí

ni un segundo y me acerqué a ella.

No necesité mucho esfuerzo para lograr que nos fuéramos juntos. Pero esto no hizo que pensase que era una chica fácil, porque no lo era, se notaba que era exigente y no se iba con cualquiera. Pero por suerte, yo sí entraba dentro de sus planes.

En cuanto entramos en su apartamento la hice mía, contra la puerta que acabábamos de cerrar. Se había pasado toda la noche provocándome y no pude aguantar más. Follamos como locos, con pasión y fuerza.

Su entrega, su cara de placer y su gran sonrisa hicieron que inmediatamente me sintiera como una mierda por lo que me sinceré con ella, a riesgo de que me echara a patadas de su casa. Y volvió a sorprenderme, confesando que ella también me había usado. Su explicación no me molestó en absoluto, ¿por qué lo iba a hacer? Ella quería algo de mí, igual que yo de ella. Esa pelirroja había conseguido su propósito, igual que yo. No podía reprocharle nada, solo asegurarme de que volvía a verla.

Lo que no pude prever fue que conociera a Damien y se enamorara de él. No puedo decir que me jodiera, puesto que en ese momento ella solo era una gran amiga mía, pero con el paso del tiempo fui conociéndola mejor y viéndola tal y como es en realidad.

En muchas ocasiones me he preguntado si Damien ha llegado a conocerla a fondo. Abby no es solo una cara bonita y un cuerpo de escándalo; también es una mujer extremadamente inteligente, apasionada y sensible. Ella nunca podrá ser la mujer florero que mi amigo necesita y eso lo supe en el mismo momento en el que me dijeron que se iban a casar.

Tuve que guardar mis sentimientos en lo más hondo de mi corazón. Me resigné a tocarla solo cuando Damien me lo permitiera, cosa que no pasaba tan a menudo como me habría gustado.

Ahora la tengo delante de mí, bailando ajena a todo lo que pasa por mi cabeza. Está más guapa que nunca, si eso es posible, y yo no puedo hacer más que reconocerme a mí mismo por fin que estoy enamorado de ella desde hace demasiado tiempo. Hasta Damien se ha dado cuenta de lo que está pasando incluso antes que yo.

Él me ha dado su beneplácito en cierta manera, pero no estoy seguro de que sea el momento de dar el paso, creo que es mejor que sea Abby quien lo dé. Sí, lo que tengo que hacer ahora es conseguir que se enamore de mí. Es posible que sea demasiado pronto para eso, pero soy un hombre paciente, no tengo prisa. No si se trata de conseguir a la mujer más maravillosa del

mundo.

—¡Jhon! —El grito de mi pequeña hace que vuelva al presente—. Qué alegría que hayas vuelto.

Deja de bailar y se acerca a mí lo más rápido que su abultado vientre le permite. Cuando me alcanza, salta a mis brazos y enrosca, no sin dificultad, sus piernas en torno a mi cintura.

—¡Oye! —digo riendo—, avísame antes de hacer eso, que ya no pesas como antes. Parece que las cosas en el médico han ido bien.

—¡Sííí! —grita contenta—, me han dado el alta. Dicen que el niño está sanísimo y que yo estoy en perfecto estado. Ya puedo hacer una vida completamente normal. Por fin vas a poder librarte de mí.

Me alegro de que ya esté bien, aunque su afirmación no me gusta absolutamente nada.

—No quiero que te vayas de aquí, Abby.

Me quedo mirando sus preciosos ojos verdes, que vuelven a brillar de felicidad. Sin pensar en lo que estoy haciendo acerco mis labios a los suyos. Espero a que me rechace, que me diga que estoy loco o me reproche lo que estoy a punto de hacer, pero no hace nada de eso. Simplemente me deja hacer. Uno nuestros labios en un beso casto, pero tras unos segundos de indecisión, su boca se abre y su lengua sale en busca de la mía. Nos enredamos en el beso más sensual, y a la vez relajado, que me han dado nunca. Exploro su boca a la vez que ella hace lo mismo. Nos buscamos y nos tentamos con hambre atroz. Esto es lo que llevo deseando tantísimo tiempo.

«Te quiero, Abby», grito en mi interior.

La pasión poco a poco se va abriendo paso entre nosotros. Mi miembro cobra vida poniéndose duro, tanto que me duele, mientras que Abby cimbrea levemente las caderas restregándose con él. Gimo en su boca, recibiendo a cambio el sonido más erótico que he oído nunca. Esta mujer es puro fuego y yo estoy más que dispuesto a ser el bombero que la apague.

Mis manos, que hasta ahora reposaban en sus muslos para sujetarla, pasan a su respingón trasero. Tenía muchas ganas de tocar esta parte de su exquisito cuerpo y recrearme en él. Pero cuando la cosa empieza a ser insoportable, cuando estoy a un segundo de llevarla a mi cama y desnudarla para perderme en su interior su teléfono empieza a sonar, explotando nuestra burbuja de pasión.

Abby separa su rostro del mío tras darme un último beso casto. Su mirada refleja la misma perplejidad que siento yo, pero también puedo ver

deseo.

—Tengo que contestar. La música me dice que es mi madre —dice Abby sin hacer ningún movimiento para que la suelte.

Sin decir nada me acerco con ella en brazos hasta el sofá, la dejo sentada en él y me dirijo a la cocina para darle espacio.

He estado a punto de cometer una locura. Puede que haya visto deseo en sus ojos, no menos del que siento yo, pero estoy convencido que no se debe a la misma razón. Yo la deseo entera, por dentro y por fuera; ella solo ansía que un hombre la haga suya. Esto puede que nos funcionara una vez, pero en este momento no es así. Si la hiciera mía por las razones equivocadas, por parte de alguno de los dos, la perdería definitivamente como amiga y llevo demasiado tiempo conformándome solo con eso como para perderlo ahora.

Me siento en un taburete mirando por la ventana que tengo al lado. Ahora estoy más confuso que nunca. He intentado convencerme que solo apreciaba a Abby como amiga, por ser la mujer de mi mejor amigo, pero ahora... Ahora estoy más que convencido de que la quiero como la mujer que es. Me encantaría llevarla al cine, pasear con ella de la mano, abrazarla por la noche; pero no como lo hago ahora, sino con la pasión que llevo dentro y desea salir por ella.

Estoy tan absorto en mis pensamientos que no me doy cuenta de que Abby entra en la cocina hasta que siento sus manos en mi espalda.

—Se te ha caído esto —dice pasando el ramo de flores que le había comprado y que he dejado caer en la entrada cuando se ha lanzado a mis brazos.

—Las he comprado para ti —murmuro recreándome en sus caricias.

—Son preciosas. Muchas gracias.

Pega sus labios a mi espalda y el calor del contacto me abrasa a pesar de las capas de ropa que llevo puestas. Abby deja las flores sobre la encimera que tengo delante y, pasando sus manos por mi cintura, se abraza a mi espalda.

—Ha sido un bonito detalle. Pero... ¿a qué se debe este regalo? —inquire en un susurro.

—A... nada. Solo es para celebrar que estás bien.

Es la excusa más patética que se me ha podido ocurrir y ella lo sabe. Pero aun así no dice nada, simplemente se abraza más fuerte a mí y suspira.

—¿Qué te apetece para cenar? —pregunto un buen rato después.

—Me apetece... comida china.



Me río ante su nuevo antojo. Le pregunto qué le apetece exactamente, mientras saco el teléfono del bolsillo de mi pantalón y marco el número de mi restaurante favorito. Tras hacer el pedido separo sus manos de mi cintura y me giro para poder mirarla a la cara. Es la mujer más bella que he visto nunca. Sigo sin comprender cómo el gilipollas de Damien ha podido dejarla escapar. Aunque siendo egoísta, me alegro de que pasase. Ahora tengo la oportunidad de remediar el terrible error que cometí al no intentarlo con ella antes.

—No deberías estar tanto tiempo de pie —murmuro sin dejar de mirar esos fascinantes ojos verdes.

Sin responder me sonrío y me empuja levemente hacia atrás. Con dificultad se sube a horcajadas sobre mí y vuelve a abrazarme. Notar su abultada barriga sobre mi plano vientre me resulta raro. Y un estúpido sentimiento de pena se apodera de mí. Es porque me gustaría ser yo quien le hubiese hecho esa barriga. Quisiera ser yo el padre de ese bebé. Desecho esa idea que me enfurece y apena al mismo tiempo y la abrazo más fuerte. Estoy más decidido que nunca a conquistarla, pero para ello sé que tengo que tener paciencia. La suerte que tengo es que cuando repartieron el don de la paciencia yo me llevé ración doble.

—¿Recuerdas el proyecto que tantos quebraderos de cabeza nos estaba dando? —pregunto para no seguir pensando en lo mucho que me gustaría llevarla ahora mismo a la cama.

—Ajá —asiente con un gemido.

—Pues he dado con la clave. Se puede decir que he tenido una epifanía. Cuando se lo hemos enseñado al cliente ha quedado más que satisfecho.

—¿En serio? —levanta la cabeza y me mira con una sonrisa radiante—. ¡Eso es estupendo, Jhon! Sé que era muy importante para ti. ¿Y cómo se te ha ocurrido la solución?

Me quedo unos segundos observándola, meditando si es buena idea contárselo, llegando a la conclusión de que, si quiero que me vea como algo más que un amigo, este es tan buen momento como cualquier otro para empezar.

—Tú —digo sin más.

—¿Yo?

—Sí. Estaba desesperado buscando la solución y de pronto me he acordado de ti, tumbada en mi cama esta mañana. Entonces lo he visto. —Me mira desconcertada y sonrío al recordar cómo me vino todo de golpe—. Vi

que todo era demasiado cuadriculado y que lo único que necesitábamos eran más curvas.

Paso la mano por su vientre y entonces ella empieza a reírse al comprender lo que le estoy diciendo. Su carcajada es la mejor de las músicas.

—Esto hay que celebrarlo.

Se baja de mis piernas y va derecha a la nevera. De ahí saca un cuento lleno de fresas y una tableta de chocolate negro. Los ojos se me abren como platos y la polla se me pone dura al instante. Me encantaría lamer todo ese chocolate de su cuerpo, sin dejar ni un solo centímetro sin saborear. Pero es demasiado pronto para eso.

—Lo había comprado para festejar que ya estamos bien, pero creo que es mejor que lo usemos para celebrar tu éxito —dice guiñándome un ojo con picardía.

Estamos los dos tranquilamente tumbados en el sofá viendo la televisión. La cena estaba buenísima, pero el postre ha sido una auténtica tortura. Fresas..., chocolate..., Abby..., todo junto ha sido como una bomba para mi cordura. He tenido que hacer acopio de todo mi autocontrol para no abalanzarme sobre ella.

—Vamos, pequeña —murmuro al ver que se está quedando dormida con la cabeza en mi regazo—, vayamos a la cama. Estás agotada.

Nos levantamos y en silencio nos dirigimos a la habitación. Este es el momento álgido de la noche, donde la tortura pasará a ser casi insoportable, pero he de resistir, no puedo precipitarme.

—Ve acostándote, Abby. Yo voy a darme una ducha.

Es un vano intento de no caer en la tentación, pero no se me ocurre qué otra cosa hacer.

El agua fría cae en cascada por mis hombros relajándome. Quizás sí que sea buena idea que deje que Abby se cambie de habitación, aunque no dejaré que se marche de casa.

Cuando salgo de la ducha me seco y me pongo un bóxer. Al entrar en la habitación encuentro a la pelirroja acurrucada de lado en la cama, aunque no está dormida. Me tumbo junto a ella e imito su posición: un brazo bajo la almohada y el otro entre nosotros. Nos quedamos mirándonos a los ojos sin decir nada, pero el silencio no es tan cómodo como siempre. Esta vez es tenso.

—Jhon —empieza a decir pasándose la lengua por los labios—, me gustaría hablar de lo que ha pasado esta tarde. Me refiero al beso.

—No, Abby, no es necesario hablar de ello. Nos hemos dejado llevar por la euforia del momento. Nada más.

—Pero... es que... no es así. No al menos por mi parte.

No sé si entiendo lo que quiere decir con eso. La idea de que ella pueda empezar a sentir lo mismo que yo hace que se me nubla la mente y deje que mi cuerpo tome las riendas de la situación. Uno nuestras bocas en un beso desesperado y ansioso. Necesito esto, saborearla y sentirla mía, aunque sea solo por una noche. Mis ansiosas manos se mueren por tocarla y esta vez no voy a detenerlas. Poso la mano que tengo libre sobre su cadera y empiezo a acariciarla. Sin pararme a pensar levanto la camiseta que lleva y me acerco todo lo posible para pasar la mano por su trasero. El tacto de su piel desnuda es embriagador.

—Abby... —empiezo a decir recuperando durante un segundo la sensatez.

—Calla, Jhon. Yo lo deseo tanto como tú.

## Capítulo 13

No sé qué me está pasando, deseo a Jhon más de lo que he deseado a nadie, ni siquiera a Damien. El tacto de su suave mano en mi cadera inyecta fuego en mi piel. Su lengua danza junto a la mía de una manera perfecta, es como si llevásemos haciendo esto toda la vida. Intenta disuadirme, aunque se nota que no quiere que pare. Desea esto tanto como yo. Sin dejar de besarle le empujo contra el colchón y me subo a horcajadas sobre él. La barriga no me permite estar cómoda, por lo que me incorporo para poder mirarle. Poso las manos en su cincelado pecho y empiezo a acariciarle sin apartar la mirada de sus oscuros ojos. Noto su erección latiendo debajo de mí y, como si mi cuerpo tuviese vida propia, mis caderas cimbrean sobre él repartiendo oleadas de placer por todo mi cuerpo.

Jadeo.

Jadea.

—Abby... —murmura, y yo vuelvo a repetir el movimiento—, ¿estás segura de esto? Si empezamos no creo que sea capaz de detenerme, te deseo demasiado.

—No quiero que te detengas —gimo volviendo a moverme.

Con cuidado tira de mí y me tumba de nuevo de espaldas en el colchón, quedándose él de rodillas entre mis piernas. Estoy impaciente, deseosa de que me penetre y me haga disfrutar como sé que lo hará. Desesperada llevo las manos a su ropa interior y se la bajo por sus musculosas piernas. Jadeo al verle listo para mí. Sin dudarlo me incorporo, agarro su erección y empiezo a mover la mano arriba y abajo lentamente, al mismo tiempo que él vuelve a besarme.

—Joder, Abby —gime junto a mis labios—, eres un sueño hecho realidad.

Dejo que me quite la camiseta que cubre mis pechos y se apodera de ellos con sus manos. Me aprieta los pezones con suavidad y masajea mi pecho de una manera delirante. Estoy más que lista para él, si tarda más tiempo creo que voy a volverme loca. Deseosa por que continúe, separo nuestras bocas, me deshago de mis bragas y abro las piernas sin decir nada, incitándole a que me penetre. Pero no lo hace, él tiene otros planes. Acerca su

boca a mi pezón y se recrea en él. No necesito decirle que tenga cuidado, la suavidad con la que me está tratando es simplemente perfecta. Gimo y me retuerzo bajo su cuerpo sin poder parar de gemir y jadear.

Cuando por fin desatiende mis pezones y empieza un recorrido por mi cuerpo, repartiendo besos por cada centímetro por el que pasa, estoy a punto de correrme.

—Jhon, por favor —suplico—, te necesito.

—Lo sé. Tranquila, me tendrás.

La sonrisa lobuna que me dirige me hace jadear de nuevo al pensar en el placer que va a proporcionarme. Sigue su reguero de besos hacia el sur de mi cuerpo, hasta que llega al punto en el que se unen mis piernas abiertas. Miro hacia abajo y le veo cómo mira fijamente ese punto de mi cuerpo que tanto le desea. No hace nada, no se mueve, solo mira con ojos hambrientos. Incitándole a que salga de su ensimismamiento llevo mi mano a mi sexo y separo mis labios para darle acceso a él. Como si le hubiesen dado una bofetada, parpadea y baja su cabeza hacia mi mano. Pasa la lengua despacio por toda mi abertura gimiendo. Después, su caliente y húmeda lengua se posa sobre mi clítoris y da comienzo a un baile demencial. La mueve arriba y abajo, a derecha e izquierda; para terminar, dándome un ligero mordisco. No puedo dejar de retorcerme y gemir sin control ni pudor. Esto es mucho mejor de lo que me había imaginado. Jhon es todo un experto en estos menesteres y me está haciendo perder la cabeza. Sigue con su ataque voraz hasta que el orgasmo empieza a crearse en mi interior.

—No pares, Jhon —jadeo.

Para impedir que se aparte de mí llevo mis manos a su pelo y le agarro apretándole más contra mi cuerpo.

—Vamos, pequeña. Deja que te saboree —murmura contra mi clítoris.

A medida que el orgasmo florece, mi respiración empieza a ser cada vez más laboriosa. Hasta que grito su nombre al correrme en su boca como me ha pedido.

—Joder, joder, joder.

Oigo su maldición a la vez que empieza a meter su erección en mí. El orgasmo del que no me había recuperado se reaviva haciendo que grite.

—¿Te hago daño?

La pregunta hace que abra los ojos, que no me había dado cuenta que había cerrado y contemplo la imagen más sexi que he visto nunca. Jhon está arrodillado entre mis piernas, agarrado a mis muslos y contemplando el lugar

por el que estamos unidos. Intento encontrar las fuerzas necesarias para responder y decirle que no me hace daño, que solo siento un placer indescriptible, pero de lo único que soy capaz es de alzar las caderas para meterlo más dentro de mí.

—Veo que no —murmura jadeante.

Y acto seguido empieza un baile con las caderas que hace que mi mente se quede en blanco. Mi pelvis se eleva para seguir su ritmo, e intento que acelere, pero él es quien marca el compás y yo lo único que puedo hacer es seguirlo.

Dentro, fuera, dentro, fuera. La cadencia de sus movimientos es delirante y a la vez delicioso. Un nuevo orgasmo nace en mi interior, deseoso de salir a la superficie. Pero hasta que Jhon no decida acelerar no podré dejarlo salir. Como si me leyera la mente, mi compañero acelera sus acometidas a la vez que jadea:

—Vamos, Abby, dime que estás cerca. Yo no puedo más.

—Más fuerte, Jhon.

La delicadeza con la que todo ha empezado se esfuma y sus caderas entran y salen con la fuerza que le he pedido.

Ambos gritamos el nombre del otro cuando al fin nuestros orgasmos nos hacen enloquecer. Noto su simiente caliente dentro de mí, llenándome por dentro y descongelando todo mi ser.

Cuando el placer decae se tumba a mi lado mirando el techo con la respiración agitada, igual que yo. Ninguno de los dos sabe qué decir, aunque no creo que debamos decir nada. Ambos deseábamos esto y nos hemos dejado llevar. Somos adultos, ninguno tiene que darle explicaciones a nadie, ambos somos libres y éramos conscientes cuando todo esto ha comenzado.

—Abby, yo...

Para evitar que diga que se arrepiente de lo que ha pasado y destroce del todo mi ego ya herido, me pongo de lado, apoyo la cabeza en su pecho y paso mi pierna sobre las suyas.

—No digas nada, Jhon. Ahora descansemos.

No responde, aunque se nota que se muere por hacerlo, simplemente me besa en la cabeza y comienza una suave caricia arriba y abajo por mi espalda. Intento quedarme despierta el mayor tiempo posible para seguir disfrutando de este momento de paz, pero los párpados me pesan y termino sumiéndome en un sueño de lo más tranquilo.

Me despierto sola en la cama. Satisfecha estiro todo mi cuerpo. Al percibir

cierto dolor en mis partes íntimas recuerdo lo que pasó anoche y una enorme sonrisa se dibuja en mi cara. Llevaba demasiado tiempo sin sentirme tan bien y tan relajada. Me levanto de la cama y me dirijo directamente a la ducha.

Cuando llego a la cocina no encuentro a Jhon, pero sí una bandeja llena de bollos rellenos de chocolate, junto con un zumo de naranja y un café que aún humea.

Tras dar buena cuenta de mi desayuno, me dirijo al estudio que Jhon tiene en la casa. Al llegar encuentro la puerta abierta y entro sin llamar. Está centrado en la mesa de dibujo, de espaldas a mí, sin camiseta. Su definida espalda se tensa cuando coge una regla del rincón de la mesa y empieza a dibujar con ella.

Mis pies descalzos no hacen ruido sobre el suelo de madera cuando me acerco a él. En silencio paso las manos por su cintura y me abrazo a su espalda, apoyando en ella mi mejilla.

—Buenos días, pequeña —saluda agarrando mis manos sobre su vientre.

—Buenos días, guapo. ¿Llevas mucho tiempo despierto?

Miro el reloj que hay sobre la mesa y veo que son solo las ocho de la mañana.

—No mucho. Me he despertado y como se te veía tan a gusto me he levantado para no molestarte.

—Jhon, es tu cama, si alguien molesta en ella soy yo.

Separa mis manos de su cuerpo y se gira para quedar frente a mí. Vuelve a agarrar mis manos y levanta la vista hacia la mía. Veo preocupación en sus ojos, junto con algo de angustia. No me gustaría que esa mirada se debiera a lo que pasó anoche. No soportaría que las cosas se volviesen incómodas entre nosotros.

—Pequeña, me gustaría que hablásemos sobre lo que pasó anoche.

Asiento levemente preocupada y dejo que me lleve al sillón que tenemos cerca. Nos sentamos de lado, mirándonos, y guardamos silencio esperando que sea el otro el que empiece la conversación. Me muerdo la lengua para evitar que la pregunta que me quema por dentro salga de mis labios, pero no consigo evitarlo:

—¿Te arrepientes? —murmuro apenada.

—¡No! —responde rápidamente—. Abby, lo que pasó anoche fue maravilloso. Llevaba deseándolo mucho tiempo, más del que puedes imaginar. Lo que quiero saber es por qué lo hiciste tú.

Me quedo pensativa unos minutos mirando sus ojos. Sé lo que quiero

decir, pero no tengo tan claro que sea buena idea decirlo. Aun así, creo que lo mejor es ser sincera con él y conmigo misma de una vez.

—Jhon, sé que es pronto, que hace poco tiempo que terminó mi matrimonio, pero tú... —titubeo un momento y respiro profundamente para armarme de valor—, tú has sido un hombre tan maravilloso que no quiero separarme de ti. Y no lo digo solo porque has cuidado de nosotros durante todo este tiempo, sino porque ya no me imagino un día sin que estés a mi lado. Eres una persona muy especial para mí. Si me preguntas por qué hice lo de anoche, solo puedo decirte que fue porque te deseo. No fue por desesperación ni porque me sintiera sola, simplemente lo deseaba, y no me arrepiento de lo que pasó.

Una preciosa sonrisa se extiende por sus carnosos labios aligerando el peso que siento dentro. Él tampoco se arrepiente de aquello y eso me alivia mucho. Ahora solo me pregunto qué va a pasar. Espero que podamos seguir como hasta ahora. Da la sensación que está pensando lo mismo que yo, porque acerca su boca lentamente a la mía. Se detiene a unos milímetros, dándome la oportunidad de negarme, pero no pienso hacerlo, añoro sus besos. Seguimos tan cerca el uno del otro que nuestros alientos se funden, hasta que saca su lengua y la pasa por su labio inferior, esto hace que pierda la razón y me lance a ellos.

La atracción que hay entre nosotros es algo más que simple física. Hay algo más que no sé explicar. El beso va subiendo de decibelios, pero el sonido de mi teléfono hace que nos separemos. Parece que cuando estamos juntos el mundo desaparece, pero el insistente timbre del teléfono nos recuerda que el mundo sigue existiendo.

—Deberías contestar —murmura Jhon contra mis labios.

Con un suspiro me separo de él y con dificultad me levanto para coger el móvil, intentando no cabrearme con la persona que nos ha interrumpido. Miro la pantalla y veo que es Javi. Con él sí que no me puedo enfadar, así que más tranquila descuelgo, dándome la vuelta para ver que Jhon sigue sentado en el sofá.

—Hola, colega —saludo al descolgar.

—Hola, preciosa. ¿Tienes algo que hacer hoy? Había pensado que podríamos ir a la playa a pasar el día.

Mi mirada sigue fija en el hombre que sigue sentado en el sofá. Me apetece pasar el día con él, pero tengo a mi amigo demasiado abandonado y él también me necesita. No está pasando un buen momento y yo no he estado



a su lado para apoyarle.

—¡Venga, Abby!, por favor, necesito a mi amiga por un rato. Prometo que me portaré bien contigo y no te ahogaré mucho en el mar —vuelve al ataque al no recibir respuesta.

—Está bien. Nos vendrá bien pasar el día juntos —digo al fin.

—Muy bien, en media hora paso a por ti.

—Era Javi —le informo a Jhon acercándome de nuevo a él—. Quiere que vayamos a la playa.

Veo decepción en su mirada y me siento mal por ello. Intentando apaciguar su malestar me siento en su regazo y apoyo la cabeza en su hombro, mientras que sus manos rodean mi abultada cintura.

—Sé que tenemos una conversación pendiente...

—Solo quiero saber una cosa —dice acariciando mi barriga—. ¿Tú te arrepientes de lo que pasó anoche?

—No, Jhon, ya te lo he dicho. Para mí eres muy especial, aunque no puedo decirte es hasta qué punto —intento ser lo más sincera posible—. Lo que sí tengo muy claro es que no eres un simple capricho, ni un quitapenas, como fuimos el uno para el otro la primera noche.

Levanto la cabeza y veo una ligera sonrisa en sus labios. Es todo un alivio que se tome todo esto tan bien.

—Aquella noche fuimos los dos unos capullos, ¿no crees? —Asiento riendo al recordar las confesiones que nos hicimos tras nuestro apasionado asalto contra la puerta de mi apartamento. Pero cuando él vuelve a ponerse serio se me corta la risa de golpe—. Tengo que reconocer que me sentí mal aquella noche. Cuando entré en aquella discoteca iba buscando una cosa y lo encontré contigo. Pero cuando acabamos... No sé, me sentí mal por utilizarte. Por eso te confesé por qué lo había hecho.

—No entiendo, ¿por qué te sentiste mal?

—No lo sé, algo dentro de mí me decía que tú eras especial. Y no me equivocaba.

Nos quedamos mirándonos durante unos eternos segundos, sumidos en un silencio nada incómodo. Ninguno de los dos se mueve, incapaces de romper la conexión de nuestros ojos. Casi sin darme cuenta mi boca se acerca a la suya sin dejar de mirar esos intensos ojos marrones y le doy un suave beso.

—Ya que tú te vas con Javi, yo voy a hacer acto de presencia en el estudio. Después, si quieres, podemos quedar donde estéis y así nos damos un

baño juntos, ¿qué te parece?

—Me encantará que vengas luego.

Me levanto de sus piernas y le dejo allí con una sonrisa para dirigirme al dormitorio para cambiarme. De verdad que me encantará que Jhon venga a la playa, pero antes me gustaría pasar un rato con mi amigo a solas. Necesito hablar con él y contarle todo lo que está pasando en mi vida. Entro en la habitación de invitados, donde están todas mis cosas y rebusco hasta encontrar un bikini que aún me quede bien.

—¡Serán hijos de puta!

El grito de Jhon me sobresalta. Cojo el pareo que voy a usar como vestido improvisado (ya que no hay ningún vestido playero que me sirva) y salgo corriendo para ver qué es lo que ha cabreado tanto a mi amigo.

Al entrar en el salón lo encuentro con las manos en la cintura, resoplando, mientras maldice al televisor. Centro mi atención en la pantalla y me quedo alucinada al ver una imagen de Damien acompañado de una mujer rubia en una fiesta, junto con una mía andando sola por la calle. Bajo las fotos reza un titular sorprendente:

### **El guapo Damien White se separa.**

Presto más atención a lo que está diciendo la demasiado maquillada presentadora:

—Sí, señoras, nuestras fuentes nos han confirmado que hace unos días el abogado del Damien presentó la demanda de divorcio ante el juez. Aún no sabemos qué le ha pasado a la guapa pareja, pero nuestros redactores están como locos indagando para poder contároslo lo antes posible. Lo único que sabemos es que el modelo estuvo ayer en una fiesta, muy bien acompañado por una mujer que no era Abby. Esto hizo saltar todas nuestras alarmas. Hace días que no se ve a la pelirroja por ninguna parte, ¿estará llorando recluida en su casa? Y lo que es más importante: ¿Dónde está viviendo ella ahora? No se la ha visto salir del domicilio que compartía el matrimonio. ¿Qué habrá pasado entre ellos? ¿Quién ha dejado a quién? ¿Ha habido terceras personas? Demasiadas preguntas y pocas respuestas. Pero no os preocupéis, queridos televidentes, en cuanto tengamos más datos os los daremos. Mientras tanto, seguiremos investigando.

Cuando la estúpida presentadora se calla empiezan a salir imágenes de Damien con otras mujeres, imágenes que son antiguas. Lo sé porque una de

ellas soy yo, es una de las fotos que nos hizo François en la sesión en la que nos conocimos. Son tan estúpidos que ni siquiera se han dado cuenta de ese ligero detalle. Noto como la mano de Jhon se posa en mi cintura haciendo que deje de mirar la pantalla.

—¿Estás bien? —me pregunta suavemente.

—Sí. Sabía que tarde o temprano esto iba a pasar. Aunque al menos podrían haberse molestado en buscar fotos actuales de él.

—Sí, bueno, yo también me he dado cuenta de que tú sales en una de ellas. Cada día son más incompetentes. ¿De verdad que estás bien?

—De verdad que sí. Eso está más que superado.

Me da la vuelta entre sus brazos y se me queda mirando fijamente, sonriendo. Y entonces ocurre de nuevo, la tensión sexual estalla entre los dos y el aire se carga a nuestro alrededor. La piel me cosquillea y me muero de ganas de besarle. En sus ojos veo que él siente lo mismo que yo, pero el embrujo se rompe cuando el timbre suena haciendo que nos separemos.

—Lo oportuna que es la gente, joder.

Su maldición me hace sonreír. Me separo de él y dejo que vaya a recibir a nuestro invitado, mientras yo termino de atarme el pareo alrededor del cuerpo. En ese preciso instante, mi pequeño, decide que es un buen momento para ponerse a jugar al fútbol con mi barriga. Sonrío y pongo la mano donde noto a mi pequeño. Al volver Jhon entra acompañado de Javi y vienen riendo.

—¿Qué pasa, Abby? ¿Estás bien? —inquire Jhon acercándose deprisa a mí.

—Sí, tranquilo. Es que el enano se ha despertado.

Cojo su mano y la pongo donde anteriormente estaba la mía para que note las patadas. La sonrisa que me muestra al levantar sus ojos hacia mí me deja sin aliento. Veo cómo este simple gesto, el dejar que note a mi bebé, le hace muy feliz y eso me hace tremendamente feliz a mí.

—¡Eh! Yo también quiero tocar —espeta Javi apartando a Jhon de un empujón—. Este pequeño va a ser futbolista, ¡madre mía!

Riendo me despido de Jhon y me marcho con mi gran y más viejo amigo a pasar un tranquilo día en la playa.

Tumbados sobre una toalla en la arena le cuento a Javi todo lo que ha pasado en mi vida desde que salí del hospital. Cuando termino de contarle el encuentro que tuve con Jhon el otro día, espero que mi amigo me diga que está orgulloso de que haya rehecho mi vida, pero no lo hace. Sorprendentemente se vuelve hacia mí muy serio.

—No me parece bien lo que estás haciendo, Abby. —Le miro alucinada, no sé a qué se refiere, yo no estoy haciendo nada—. Mira, siempre te he apoyado y ahora lo seguiré haciendo, pero no me parece bien que juegues con Jhon. Él...

—Él ¿qué? —pregunto empezando a cabrearme—. Javi, ¿qué pasa con Jhon? No entiendo qué quieres decir. Creía que habíamos venido a pasar un día tranquilo en el que ponernos al día con nuestras cosas.

—Abby, ¿no te has dado cuenta? Estás más ciega de lo que pensaba. —Niega con la cabeza exasperado—. Está bien, como siempre tengo que ser yo quien lo diga todo. Abby, Jhon está perdidamente enamorado de ti desde hace mucho tiempo. Y no es que él me lo haya dicho, es que se le nota a la legua. Cuando tú estás cerca no puede dejar de mirarte y de estar pendiente de ti. —Le miro alucinada, lo que me está diciendo es... sorprendente para mí—. Mira, piensa bien lo que estás haciendo, ¿vale? No juegues con él, ni con sus sentimientos. Es un gran tío y no se lo merece. Si lo único que quieres es divertirte, será mejor que te alejes de él.

Suspiro anonadada, esto sí que no me lo esperaba. Sé que Jhon me tiene cariño, igual que yo a él, pero nunca pensé que sería de esa manera.

—Javi, yo no estoy jugando con Jhon, en serio. Lo que pasó fue... No sé lo que fue. No me lo esperaba, ni lo buscaba, simplemente pasó. No tenía ni idea de que Jhon pudiese sentir por mí algo más que cariño. Y, perdóname, amigo mío, pero no te voy a creer hasta que él mismo me lo diga. Lo que sí te puedo decir con total sinceridad, es que Jhon es un hombre muy especial para mí. Me acosté con él y me hizo sentir la mujer más deseada del mundo y eso no lo sentía desde... desde que yo era tu única prioridad. Ni siquiera con Damien me sentí así en todo el tiempo que estuvimos juntos.

Lágrimas que no quiero derramar se agolpan en mis ojos. Lágrimas de rabia por todo lo que llevo tanto tiempo callando y que ya estoy cansada de ocultar. Respiro hondo para intentar calmarme y poder decir lo que necesito.

—He tenido tres hombres importantes en mi vida: el primero le conocí en la universidad y me dejó para irse con otra. El segundo, que también conocí en la universidad, resultó ser un puto maltratador que me prefería muerta antes de que fuera feliz con otro. Y el tercero, con el que llegué a casarme, no me creía suficiente para él y decidió ponerme los cuernos. No una, sino dos veces. Así que ni se te ocurra culparme por intentar ser feliz. —He empezado el monólogo conteniendo las lágrimas, pero lo he terminado hecha una auténtica furia por la mierda de vida amorosa que he tenido—.

Jhon es un hombre maravilloso que se ocupa de mí y me hace sentir protegida. Si alguien tiene que decirme que me aleje de Jhon será él mismo. Ni tú ni nadie debe interponerse.

Una enorme rabia me inunda. Estoy cansada de que todo el mundo ponga en duda mis decisiones. Las lágrimas empiezan a caer en torrente por mis mejillas e imágenes indeseadas cruzan mi mente. Las primeras son con Javi, ambos tumbados en el césped del campus, riendo felices. Pero enseguida todo cambia y le veo diciéndome que ha conocido a una mujer y que quiere presentármela. Aún recuerdo cómo mi corazón se rompió en mil pedazos. Él fue el primer hombre al que amé, aunque no tuviese tiempo de decírselo. Bueno, tiempo tuve, lo que me faltaron fueron agallas de soltarlo. Aun así, sintiéndome abandonada en cierta manera, estuve con él, le apoyé y le ayudé para que consiguiera a esa chica.

La desesperación de haberle perdido hizo que me refugiara en los primeros brazos que encontré y que resultaron ser del peor ser humano que ha existido jamás: David.

Si el dolor de haber perdido a Javi no me hubiese cegado y minado mi autoestima, nunca habría creído que debía aceptar todo lo que David me daba y decía. La pérdida de mi primer amor hizo que me creyese poco apta para recibir lo que tanto ansiaba. Por eso dejé que David hiciera conmigo todo lo que quiso. Y no solo me refiero a los puñetazos que me dio, sino también a las decenas de veces que tuve que dejar que me follase, aunque yo no quisiese. Pero claro está, esto último nadie lo sabe.

Después aparecen imágenes borrosas de decenas de hombres sin rostro que han pasado por mi cama y que no han significado absolutamente nada para mí. Fueron tan solo un triste desahogo que duraba lo que tardaban en evaporarse los efectos del orgasmo que no siempre conseguía tener.

Y por último aparece la cara de Damien durante la sesión de fotos en la que le conocí. Las chispas saltaron entre nosotros al instante. Ahora sé que la desesperación por sentir que le importaba a alguien hizo que confundiera la pasión con el amor. Nunca podré decir que no le quise, pero sí que no le amé. Y sé que él a mí tampoco. Nos tenemos muchísimo cariño y nuestro hijo nos mantendrá unidos para siempre, pero él nunca ha sido el amor de mi vida.

Con ninguno de ellos me he sentido como lo hago estando con Jhon. Con él no hay presión, no hay obligación, ni sentimientos encontrados. Ahora sé que soy completamente libre y que puedo hacer con mi vida lo que quiera. Soy plenamente consciente de que soy una mujer completa que no tiene nada

de lo que avergonzarse. Ahora no tengo la imperiosa necesidad de que un hombre me haga sentir bien.

Con Jhon es todo natural, improvisado. No sé cómo van a salir las cosas con Jhon, pero por una vez quiero dejarme llevar, necesito saber si las cosas con él pueden funcionar o no, o si simplemente podemos tener algo. Si no es así no pasará nada, porque no espero nada de él, ni él de mí. Simplemente somos dos amigos que se divierten juntos y que no meten presión para conseguir nada. Ya sé quién es Abigail Jensen y lo que puedo esperar de ella.

—Mira, Javi, no busco nada con Jhon, pero tampoco voy a ponerle trabas si algo sucede, como pasó noche. Estoy cansada de sufrir: por ti, por David, por Ash, por Damien... No hago nada más que sufrir, pero con Jhon es diferente. Con él puedo ser yo misma, sin necesidad de ocultarme o de pensar lo que estoy haciendo. Entre nosotros simplemente fluye todo. Sin presiones, sin miedos, sin inseguridades. No sé dónde me llevará esto, pero tengo que ser feliz, por mí y por mi hijo.

Aparto la mirada de mi amigo y la fijo en el precioso mar que tengo delante. El murmullo de las olas es relajante, pero esta vez lo único que consigo sosegar mi interior es pensar en Jhon y su cándida sonrisa.

—Si debo serlo con Jhon —continúo centrándome en la imagen de mi amigo—, con otro hombre o, simplemente, sola lo aceptaré, porque creo que ya he aguantado bastante y merezco que las cosas me salgan bien de una puta vez en la vida, ¿no crees? Además, si es cierto que Jhon siente algo por mí, me alegraré muchísimo, porque él ha sido el único hombre que ha estado a mi lado siempre, fueran cuales fueran mis circunstancias. Él nunca me ha pedido nada y me lo ha dado todo. Es un hombre maravilloso y estaría muy orgullosa de que quisiera que formase parte de su vida.

—¡Joder, Abby! —espeta Javi abrazándome—. No tenía ni idea de por lo que habías pasado. ¿Por qué no me dijiste lo que sentías por mí? De haberlo hecho todo habría sido diferente. Yo...

—No, Javi —le corto sin levantar la cabeza de su pecho—, nada habría sido diferente. Yo te quería más que como un amigo, pero tú a mí no. En su momento lo acepté, aunque me costó. Ahora solo te pido que creas en mí y me des un voto de confianza. Por primera vez en mucho tiempo sé lo que hago y lo que quiero hacer con mi vida.

Nos quedamos en silencio abrazados durante una eternidad. Algo me dice que esto no ha acabado y que Javi sigue teniendo cosas que decir. De pronto el sonido de mi teléfono hace que suelte a mi amigo. Una sonrisa

inesperada se extiende por mi cara al ver la foto parpadeante de Jhon en la pantalla.

—Hola, guapo. ¿Ya vienes para acá? —pregunto al descolgar.

—Abby, ¿estás bien?

—Claro que sí. ¿Ocurre algo?

Se le nota agitado al otro lado de la línea, le conozco demasiado bien y sé que algo malo le está poniendo en ese estado.

—No lo has visto, por supuesto. ¿Sigues con Javi?

—Sí, estamos en la playa. ¡Quieres contarme de una vez qué está pasando?

—¡Joder!, han salido unas fotos en Twitter de vosotros dos discutiendo. Creía que me daba un infarto cuando lo he visto.

—¿Discutiendo? Bueno, sí que estábamos hablando, pero no lo llamaría discutir.

Miro la cara de curiosidad de mi amigo. Y le pido que busque lo que me está diciendo Jhon. Al encontrarlo vemos una imagen de nosotros dos sentados en la arena, tal y como estamos ahora mismo. En la foto se me ve a mí gesticulando y a Javi con los labios apretados. Sí que parece que estamos discutiendo. A esto le acompaña un comentario nada sutil: Abby, la ex de Damien White discute con un atractivo moreno en la playa.

Tranquilizo a Jhon diciéndole que solo estamos hablando y aclarando algunas cosas, pero que no estamos discutiendo. Cuando consigo que se quede tranquilo me confirma que en poco se reunirá con nosotros, ya que no es necesaria su presencia en la oficina. Le digo dónde estamos exactamente y me despido de él, contenta porque en breve le tengo conmigo de nuevo.

Cuelgo el teléfono y empiezo a mirar a todos lados en busca de ese cabrón que no tiene otra cosa que hacer más que seguirme y hacerme fotos, pero no veo a nadie que esté especialmente interesado en nosotros.

—Ven —dice Javi poniéndose en pie—, vayamos a darnos un baño para despejarnos, ambos lo necesitamos.

Le tiendo las dos manos y él tira de mí para ayudar a que me levante. Con esta barriga debería ir pensando en traer una silla, a este ritmo en un par de días no me podré ni levantar sin ayuda. Mientras caminamos los pocos pasos que nos separan del agua me acaricio la barriga distraídamente y mi pequeño me recompensa con una señora patada.

—Abby... —empieza a decir Javi cuando el agua nos llega ya por el cuello. Se acerca a mí y me agarra de la cintura para pegarme lo máximo

posible a él. En un acto reflejo enrosco las piernas en su cintura y apoyo la cabeza en su hombro—. Siento mucho todo, de verdad. En ningún momento he querido hacerte sentir mal. No sabía por lo que habías pasado por mi culpa. Me siento tremendamente mal por todo.

—No te sientas mal, en serio. Lo que ha pasado nos ha traído hasta este momento y por eso no me arrepiento de nada. Quizás si nos hubiésemos tomado nuestra relación más en serio, puede que hubiésemos acabado mal y no estarías ahora mismo aquí conmigo, y mi hijo no podría disfrutar de su tío Javi.

Levanto la cabeza y le miro con una sonrisa cariñosa. Pasara lo que pasase en otro tiempo no cambiará el hecho de que este hombre es muy importante en mi vida y de que sin él no habría podido seguir adelante en muchas ocasiones.

Mi amigo empieza a sonreír de esa manera que prevé que algo malo está pensando. Entonces se agacha sumergiéndonos a los dos en el agua y empieza a girar conmigo aún agarrada a él. Cuando ya no puedo más intento separarme de su cuerpo, pero no me lo permite y, agarrándome más fuerte aún, nos saca de nuevo a la superficie.

—¡Estás loco! —grito riendo—. ¡Casi me ahogas!

—Nunca dejaría que nada malo te pasase.

Acerca su cara a la mía y me da un tierno beso en los labios. Este sí es el Javi que yo conozco y quiero.

—¿Qué tienes pensado hacer estas navidades? —pregunto para evitar echarme a llorar de la emoción.

—No lo sé, iba a preguntarte lo mismo.

—Yo tengo pensado ir donde mis padres. A los que, por cierto, aún tengo que avisar. Si quieres puedes venirte, sabes que a mis padres les encantas.

—Vale. No tengo ningún plan mejor. Ya me avisas cuándo nos vamos. Estoy de vacaciones así que no tengo problema.

Jugamos un rato más en el agua y cuando mi cuerpo está demasiado exhausto, salimos para tumbarnos en la toalla bajo el sol. Esto es lo que siempre me ha gustado de San Diego, sea la fecha que sea, siempre hace el suficiente calor para que pueda bajar a la playa.

Me empapo del sol y la paz que siento en este momento. Lo único que me importa en este instante es estar tirada en mi toalla, notando las patadas de mi pequeño y las caricias de mi amigo en el brazo.



—Deberías echarle un poco de crema o te quemarás. —El susurro de Jhon en mi oído me arranca una sonrisa sincera.

Abro un ojo, estiro el brazo hacia mi bolsa y saco el bote de crema solar para tendérselo.

—Estaba esperando para que lo hicieras tú —le guiño un ojo con picardía.

Se agacha, me quita el frasco de la mano y me da un rápido beso en los labios. Me quedo alucinada, pero a la vez estoy más que encantada por ese gesto tan cotidiano y natural. Miro a Javi y veo cómo me guiña un ojo y me sonrío. Me encanta que mi amigo haya entrado en razón y deje que todo fluya sin más.

Pasamos un día súper divertido entre risas y chapuzones. Me llevan a comer a un restaurante de comida rápida donde me doy el capricho de comerme una grasienta hamburguesa y un montón de patatas fritas. Cuando llega la noche vamos los tres a casa, es decir, a casa de Jhon y cenamos una deliciosa pizza. Creo que debería de empezar a controlar mi ansia de comida rápida o terminaré pensando el doble de lo que debería.

—¿Qué vas a hacer tú estas Navidades? —le pregunto a Jhon mientras mastico un trozo de pizza.

—No lo sé, aún no tengo planes. Supongo que me iré con mi madre. ¿Y vosotros?

—Yo me voy con Abby a pasar las fiestas con sus padres en Florida —responde Javi.

—¿Pasáis juntos las navidades? —pregunta extrañado Jhon.

—Bueno, sabes que me iba a ir. Y como Javi no tiene nada que hacer... pues le he invitado a que se venga conmigo. Allí siempre hay un sitio para todo el mundo.

## Capítulo 14

Creo que voy a explotar de un momento a otro. De la noche a la mañana me ha crecido la barriga muchísimo. Mi pequeño crece a pasos agigantados y yo no puedo estar más feliz de saber que está bien. Ya no puedo ni moverme en la cama, la única postura en la que estoy cómoda es bocarriba. Pero lo peor es cuando intento levantarme. Jhon se suele reír de mí diciendo que parezco una peonza y es que tengo que rodar de lado para poder bajar los pies e incorporarme, eso o que alguien tire de mi mano y me enderece de golpe.

Aquí, en la oscura tranquilidad de la cama, pienso en cómo ha cambiado mi vida en tan poco tiempo. Pasé de estar soltera y despreocupada a casada; para terminar de nuevo soltera y preguntándome qué debería hacer con el hombre que aún duerme a mi lado.

Cada día que pasa Jhon me demuestra el gran hombre que es. Sus detalles, sus caricias, sus suaves besos, su cariño, sus sonrisas y su atención me están conquistando. No hemos forzado nada en ningún momento. Él me dio un sitio donde vivir hasta que pudiese poner en orden mi vida y le estaré eternamente agradecido por ello; cuando pensé que estorbaba él me hizo ver que no estoy sola en el mundo, que aún existen personas a las que merece la pena conocer y tener en mi vida. Los recuerdos de tantas veces que me he reído con él me hacen volver a sonreír.

Las palabras de Javi resuenan una y otra vez en mi cabeza, ¿es posible que Jhon esté enamorado de mí? Pero la pregunta más importante es: ¿cómo me hace sentir eso a mí? No sé si tengo una respuesta para esa pregunta, creo que los días que voy a pasar en casa de mis padres van a ayudar a que mi cabeza se aclare. Sé que tenerle tan cerca no ayuda a que averigüe qué he de hacer con mi vida ahora.

Sigo con los ojos cerrados, estoy demasiado cómoda como para intentar levantarme. Además, si lo hago despertaré a Jhon y no quiero que empiece el día aún, pero mi vejiga no opina lo mismo y me dice que, o me levanto, o me mearé encima. Así que empiezo la maniobra de levantamiento y ruedo hasta el borde de la cama, saco los pies y me levanto todo lo silenciosa que puedo. Miro detrás mío y compruebo que no se ha despertado, ni siquiera se ha movido un milímetro.

Al salir del baño pienso si volver a la cama o no. Me apetece arrimarme a él y sentir su calor, pero si lo hago terminaré por despertarlo y se merece que le deje descansar un poco más.

No hemos sido capaces de quitarnos las manos de encima desde aquella primera noche, no hace tanto tiempo, en la que dejamos que la pasión se desatara entre nosotros. Cada vez que estamos juntos tenemos la necesidad de tocarnos o acariciarnos. No siempre terminamos haciendo el amor, pero sí que tenemos que sentirnos el uno al otro para estar cómodos. Aunque hay ocasiones, como anoche, que nos llevamos al límite hasta hacernos explotar gritando el nombre del otro.

Bajo la mirada a mi cuerpo desnudo y recuerdo la suavidad de sus manos recorriéndome entera mientras me susurra palabras cariñosas. Aún siento el hormigueo que sus besos producen en mis labios. Y la humedad en mi entrepierna me recuerda lo bien que hace que me sienta mientras me penetra despacio, pero con contundencia. Todo lo que hace es adorarme. Con cada gesto, cada palabra, cada acción, me enamora un poco más. No estoy segura de que eso es lo que quiera que pase, pero de lo que sí estoy convencida es de que no voy a poner trabas a lo que pueda pasar.

Mi estómago empieza a rugir ruidosamente, por lo que dejo de regodearme en los fabulosos recuerdos de anoche, cojo la camiseta blanca que Jhon dejó tirada de cualquier manera y voy a la cocina.

Al primer sitio al que me dirijo es al armario donde están los bollos de chocolate. Cuando mi ansia de azúcar está saciada empiezo a preparar un sano desayuno: huevos revueltos, beicon, zumo de naranja y café recién hecho. Lo dispongo todo sobre la isla y voy a despertar al bello durmiente. Pero no llego ni a salir de la cocina cuando veo aparecer a un Jhon que me sonrío adormilado.

—¿Qué haces ya despierta? —pregunta dándome un beso suave en los labios.

—Tenía que ir al baño y ya no he querido volver a acostarme para no despertarte.

Me sonrío con afecto y me lleva de nuevo a la isla para que desayunemos juntos.

—¿A qué hora sale vuestro vuelo? —inquire dando buena cuenta de los huevos.

—A la una del mediodía. ¿De verdad que no quieres venirte con nosotros? Donde caben seis caben siete, ya lo sabes. Además, a mis padres

les encantará volver a verte.

—Ya me gustaría, te lo aseguro. Pero tengo demasiado trabajo pendiente y no podré conseguir vuelo a tiempo.

Llevo unos días teniendo sentimientos encontrados; por un lado estoy emocionada por pasar estos días con mis padres y con Javi, pero por otro me apena que Jhon no pueda estar con nosotros. Y mis jodidas hormonas no ayudan.

Quedamos en silencio mientras terminamos de desayunar. El mutismo es cómodo y no tenemos la necesidad de decir nada, con mirarnos nos es más que suficiente para comunicarnos. Sus ojos sonrían y me miran con cariño... y deseo.

Casi sin darme cuenta lamo mis labios lentamente, su deseo acrecienta el mío, que ya está más que elevado. Sé que el juego de seducción que hemos iniciado nos llevará a un éxtasis al que nunca termino de acostumbrarme. La magia se rompe cuando el sonido de mi teléfono explota la burbuja en la que estamos.

Con un suspiro me levanto y voy hacia el salón, donde está el aparato al que tanto asco le tengo ahora mismo.

—¿Diga? —espeto con frustración.

—Señorita Jensen, soy el detective que lleva su caso. Llamaba porque tenemos noticias sobre Ashley.

Me quedo parada durante un segundo, estupefacta, pero enseguida me recompongo y voy a buscar a Jhon que sigue comiendo ajeno a todo lo que pasa por mi cabeza.

—Espere un momento, señor agente —digo para que Jhon sepa con quien estoy hablando. Dejo el teléfono sobre la encimera y pongo el manos libres para que los dos podamos oír lo que tiene que decirme y me siento en su regazo—. Adelante, continúe.

—Bueno, llamo para informar de que han detenido a la sospechosa en un aeropuerto de Denver. Tenía un billete con destino a las Maldivas. Hemos tenido suerte de cogerla antes de que subiera al avión, ya que el país al que se dirigía no tiene acuerdo de extradición con el nuestro.

La mano con la que Jhon me agarra aprieta un poco haciéndome comprender lo que el amable policía nos acaba de contar. Han cogido a Ash y ya no podrá hacernos más daño.

—¿Dónde la han llevado? —pregunta Jhon ante mi mutismo.

—Tras enseñarle la carta que le escribí, la tomamos declaración. Ha

confesado todo lo que ha hecho. La sometimos a un examen psiquiátrico y, por el momento, queda a la espera de juicio encerrada en el ala psiquiátrica de la penitenciaría de Denver.

—¿Y con David? —vuelve a preguntar el hombre que ahora mismo me sostiene.

—Ashley ha confesado que lo hizo todo ella sola, sin la ayuda ni la influencia de él, por lo que no tenemos pruebas para acusarle.

La mención de ese nombre me hace temblar, pero el abrazo de Jhon me calma al instante. Ellos están encerrados y ya no podrán acercarse a nosotros nunca más.

—Cuando haya fecha para el juicio se pondrán en contacto con ustedes por si quieren asistir.

—Muchas gracias, agente. Son grandes noticias —se despide mi amigo.

Sigo en silencio abrazada a mi salvador como si me fuera la vida en ello. Tengo la sensación de que si le suelto el suelo desaparecerá y caeré por un agujero. Pero él no lo permitirá, no me dejará caer y estará conmigo como lo ha estado hasta ahora.

—Alégrate, pequeña. Son grandes noticias. Ya todo ha terminado.

—Más que contenta lo que estoy es aliviada. Lo que pasa es que aún no me creo que Ash haya sido capaz de hacerme esto. Siempre fuimos tan amigas... o al menos eso es lo que pensaba. Me siento como una idiota.

—No eres idiota, Abby. Ella ha sido amiga tuya desde que erais pequeñas, no podías imaginarte lo que pasaba por su cabeza. Intenta no martirizarte más. Ahora ya puedes estar tranquila.

No le contesto, simplemente le abrazo más fuerte. Sigo sin poder creerme lo que me ha pasado y he llegado a plantearme si mis amigos son tales; pero descarto esa idea enseguida. Javi siempre ha estado conmigo, aunque... Ash también. Tengo que dejar estos pensamientos de mierda o terminaré deprimiéndome.

—¿Te apetece que nos demos un baño antes de que tengas que prepararte?

Sonrío ante su ofrecimiento y agradezco su esfuerzo por distraerme.

—Vale, empieza a hacer demasiado calor.

Intento levantarme para ir a cambiarme, pero no me lo permite y se dirige rápidamente a la piscina. Sin quitarme la camiseta, ni quitarse los pantalones nos tira al agua. Grito al sentir el frío en mi cuerpo, pero se me pasa cuando emerjo y me encuentro con la sonrisa pícaro de Jhon. Sin decir

nada se aproxima lo máximo posible a mí. Mis piernas se enroscan en su cintura por acto reflejo y sus manos agarran mi trasero con fuerza.

—Estás muy sexi con mi camiseta, pero creo que nos vamos a deshacer de ella, ¿no crees?

Murmuro mi asentimiento y elevo los brazos para que pueda quitármela. Cuando mi pecho está igual de desnudo que el suyo nos lanzamos a la vez a saborear la boca del otro. Me vuelve loca su manera de besar, es todo un experto que consigue que mi mente se llene únicamente de placer y anhelo.

—Voy a echarte mucho de menos cuando te vayas —murmura contra mis labios.

—Joder, yo también te echaré de menos. ¿De verdad que no puedes venir? —jadeo entre besos.

—Ojalá pudiera. Pero vas a estar entretenida con tus padres y con Javi, seguro que no tienes tiempo de acordarte de mí.

Su declaración me llama la atención y me separo lo suficiente de él para poder mirarle a los ojos. No sé exactamente lo que siento por este hombre, lo que sí sé seguro es que cuando él no está cerca siento que me falta algo.

—Jhon, puedo ser la persona que está más entretenida en el mundo y seguir echándote de menos. No eres un hombre fácil de olvidar, te lo aseguro.

Mi afirmación parece gustarle porque vuelve a sonreír mientras frota su nariz con la mía. Es un gesto tan cariñoso que está a punto de hacer que se me salten las lágrimas. Pero mi estado de ánimo cambia de golpe cuando uno de sus dedos empieza a entrar en mí. Echo la cabeza hacia atrás cuando empieza a sacarlo y meterlo lentamente. Mis pezones se contraen hasta el punto de doler, y él también lo ve porque con su mano libre me alza para poder meterse uno de ellos en la boca. Lame, chupa y muerde mientras su dedo sigue jugando en mi interior. Por si fuera poco todo lo que me está haciendo sentir, ahora su duro miembro aplasta mi clítoris volviéndome aún más desesperada por él.

—Por favor, Jhon. —Estoy suplicando y no me importa, necesito que me haga el amor ya.

Levanta la cabeza dejando abandonado mi pecho y fija sus hermosos ojos en mí. Veo el mismo deseo que siento yo, pero él sabe controlarse mejor, siempre ha preferido darle prioridad a mi placer antes de dejarse ir.

—Te daré todo lo que quieras, pequeña.

Saca el dedo y guía su miembro hasta dejarlo en mi abertura. Vuelve a posar su mano en mi trasero y empieza a bajarme lentamente. Da igual que

me lo haga duro y rápido o suave y lento, con él siempre es siempre es perfecto.

No necesito moverme ni hacer fuerza, es él quien me iza a su antojo. Pero aun así sé que lo que busca es que me corra yo primero, o al menos que lo hagamos a la vez. La sensación de ingravidez que proporciona el agua, sumado a sus expertos movimientos, hacen que pierda la cordura. Me dejo llevar por él, y, en momentos como este, haría cualquier cosa que me pidiese.

—Joder, Abby —jadea juntando su boca a la mía—, esto es más que perfecto.

Quiero decirle que pienso lo mismo que él, que para mí también es perfecto, pero lo único de lo que soy capaz es de gemir. Hasta que empiezo a notar como el clímax se acerca. Mis músculos se contraen intentando retenerle dentro de mí, no quiero que este placer acabe nunca. Pero lo hace cuando el beso se vuelve más voraz y los gemidos resuenan con más fuerza.

—¡Jhon! —grito al correrme.

—¡Sí! —jadea al dejarse ir.

Estoy desorientada, ahora mismo podría estar frente a una multitud de personas y no me importaría nada en absoluto. Lo único que tengo claro es que estoy en los brazos del hombre que me hace sentir especial.

No sé cuánto tiempo pasamos abrazados hasta que se me empieza a poner la piel de gallina debido a la frialdad del agua.

—Venga —dice Jhon sacándome de la piscina—, vamos a secarnos y a preparar tu equipaje porque Javi tiene que estar al llegar.

Su tono destila tristeza, la misma que siento yo por dejarle aquí. Pero necesito ir a pasar unos días con mis padres y no puedo convencerlo de que deje el trabajo y se venga conmigo.

Tras secarnos empiezo a andar hacia el dormitorio, no obstante, antes de que llegue a la puerta, Jhon me detiene agarrándome del brazo.

—Espera, Abby. —Me giro para mirarle y veo que coge aire antes de volver a hablar—. Bueno, yo... quiero decirte una cosa antes de que te vayas.

—Tú dirás.

—La verdad es que quiero que sepas... y, por favor, no salgas corriendo cuando te lo diga, pero es que necesito que lo sepas...

—¡Jhon, por favor, suéltalo ya que me estás poniendo nerviosa!

Vuelve a coger aire armándose de valor para soltar lo que quiera que tenga que decir.

—Te quiero, Abby. Llevo enamorado de ti mucho tiempo, incluso antes

de que te casaras con Damien.

Se acerca a mí y rodea mi cintura con los brazos juntándome a su cuerpo todo lo posible antes de besarme.

—Pero... ¿por qué no dijiste nada antes? —pregunto aún estupefacta.

—Estabas saliendo con mi amigo. ¡Por el amor de Dios, te ibas a casar con él! No podía decirte que estaba enamorado de ti. No te estoy pidiendo nada, Abby —se apresura a decir—. Sé que no estás preparada para algo serio, porque hace poco que terminó tu matrimonio. Solo quiero que me dejes cuidar de ti y de tu hijo. Vosotros sois lo único que me importa en el mundo.

Le miro completamente alucinada. En cierta manera me esperaba esto, hasta Javi me ha avisado de ello, pero oírlo de sus labios me choca. Sé que espera que le diga algo. Necesita que le conteste diciéndole que yo también le quiero, pero no tengo las fuerzas suficientes para ello.

—Jhon... yo... ¡Buff! No sé qué decir, me ha pillado de sopetón, aunque debo reconocer que sospechaba algo. —Intento quitarle hierro al asunto bromeando y guiñándole un ojo—. Ahora mismo no puedo describir lo que siento con palabras. Pero sí puedo decirte que siento algo muy fuerte por ti. Tú eres el único que me alegra los días y las noches.

Se separa de mí y empieza a dar vueltas por el jardín pasándose las manos por el pelo.

—Lo siento, pequeña —declara sin dejar de pasearse—, no debería haberte dicho nada. Seguramente me he precipitado, pero no podía dejar que te marcharas sin contártelo. No soy capaz de callarlo más.

—Pero, Jhon... —El miedo atenaza mi garganta—. ¿Y si no sale bien? ¿Y si aparece otra que no lleve tanto equipaje como yo? ¿Y si cuando nazca el niño te cansas de oírle llorar? ¿Y si...?

—¿Y si sale bien? ¿Y si... es para siempre? —me corta.

Vuelve a acercarse a mí, pero esta vez solo me coge la mano.

—Solo te pido una cosa: el tiempo que pases en Florida piensa en nosotros, ¿vale? Y si crees que no soy lo que quieres, pues solo dímelo, ¿entendido? No pasará nada. Seguirás siendo muy importante para mí, aunque no sientas lo mismo.

Lentamente se vuelve a acercarse a mí. Sé que está deseando besarme, pero no se atreve. Después del bombazo que me ha soltado tiene miedo a que le rechace. ¡Qué tonto es! El día que no quiera uno de sus besos será porque estoy loca. Pero eso él no lo sabe, por lo que soy yo quien acorta los pocos centímetros que nos separan para unir nuestros labios. Es posible que no esté



segura de lo que siento, pero lo que sí sé es que soy adicta a sus besos y a él.

—Será mejor que vayas a prepararte —dice tras unos segundos besándonos—, o llegará Javi y no estarás lista.

Sonríó y voy a hacer lo que me dice sin poder dejar de darle vueltas a nuestra charla.

—Hola, preciosa —saluda Javi entrando en el salón—. ¿Estás lista?

—Claro. Vámonos.

Jhon es el encargado de llevarnos al aeropuerto. Durante el trayecto, mis dos chicos favoritos no paran de bromear y de contar historias. Estar con ellos me alegra y casi disipa el desasosiego que siento, casi.

—Pásalo bien, pequeña, ¿de acuerdo?

Jhon se acerca todo lo que mi barriga le permite y me abraza. Planta un suave beso en mis labios, que me sabe a poco, y se retira. Pero necesito más, por lo que agarro su camiseta y le atraigo de nuevo hacia mí para darle un beso largo y profundo que nos hace gemir a ambos.

—¡Ejem, ejem! —nos interrumpe Javi—. Por si no os habéis dado cuenta estamos en un aeropuerto...

Nos separamos casi al instante soltando una carcajada. Cuando estamos uno cerca del otro se nos olvida hasta dónde estamos.

—Pásalo bien —repite Jhon dándome un ligero beso en los labios—. Y tú —ahora se gira hacia Javi—, más te vale cuidarla, o tendrás que vértelas conmigo.

—Tranquilo —responde Javi pasando un brazo por mis hombros—, la cuidaré como si fuera mi chica.

Decir que estoy emocionada es quedarse corta. He pasado todo el vuelo moviéndome inquieta. Javi ha intentado tranquilizarme contándome su historia con Mar y la verdad es que me he distraído bastante escuchándole.

Para mi sorpresa me ha contado que iba a pedirle a Mar que se casara con él. Consiguió ahorrar suficiente dinero para comprar el anillo perfecto, no tenía ninguna duda sobre lo que quería hacer. Fue a la joyería donde lo había visto y salió muy emocionado. Volvió a casa, pidió la comida al restaurante favorito de su chica y la dispuso sobre la mesa del salón, junto con unas velas. Conociendo a Javi este es el gesto más romántico que habría podido tener.

Estuvo durante más de una hora esperando y cuando llegó el alma se le cayó a los pies. Mar entró con una mujer a la que Javi no conocía. Mi amigo intentó ser cordial con la desconocida, pero cuando Mar le contó que se

conocían desde hacía un par de semanas se quedó a cuadros. Pero lo que le remató fue cuando fueron juntos al dormitorio, dejando a la desconocida en el salón, y le contó que quería que se llevase bien con ella porque deseaba que los tres formaran un trío, y no solo se refería en la cama.

Todos sabemos que Mar es bisexual, pero jamás me habría imaginado que hubiese querido estar con un hombre y una mujer a la vez.

Saber que le destrozó el corazón a mi amigo me cabreó muchísimo. Siempre me ha parecido bien la relación que tenían, que ambos disfrutaran metiendo a otras mujeres y otros hombres en su cama, incluso yo misma tuve sexo con ellos en varias ocasiones, pero creí que era solo eso: diversión.

Lo que ha pasado entre ellos es una putada, pero si Mar no sabe valorar la relación que tenía con Javi es mejor que le deje tranquilo. Ahora le toca a Javi pasar su duelo para seguir adelante e intentar ser feliz.

Al aterrizar mis padres nos estaban esperando con una enorme sonrisa. Nos hemos abrazado como locos e incluso hemos echado alguna que otra lágrima. Pero siempre hay algo estropea y en este caso han sido un par de periodistas que se han pasado un buen rato haciéndonos fotos. Ya estoy viendo los titulares: “La ex mujer de Damien White viaja a Florida en compañía de un hombre desconocido”. Seguro que hasta sacan una foto abrazando a mi padre y le acusan de estar conmigo, o algo así.

Entrar en la casa de mis padres me llena de felicidad y una calma inunda todo mi ser. Pero hay algo que falta: esperaba encontrarme con Jess y Tom, pero no están allí.

—No van a venir, cariño —informa mi madre sin que tenga que preguntar.

—¿Por qué? —inquiero.

—Nos hemos enterado de lo que ha pasado, Abby —dice mi padre muy serio—. Sabemos lo que hizo Ashley. Verás, llevaban varios días sin saber nada de ella y sin poder contactar por teléfono, así que llamaron a la policía para denunciar su desaparición.

Se queda en silencio unos segundos, dándome tiempo para que me prepare para lo que va a decir.

—Ayer llamó a Jess un agente —continúa mi padre— pidiéndole que fueran a la comisaría. Por supuesto fuimos con ellos, nos esperábamos lo peor y no queríamos dejarles solos. Pero cuál fue nuestra sorpresa cuando nos contaron que había intentado matar a tu bebé y hacerte daño a ti porque estaba liada con David.

Nos quedamos en silencio sin saber qué decir. Sin darme cuenta aprieto más la mano de Javi que no sabía que tenía agarrada. Espero que no estén dolidos por no haberles contado toda la verdad, pero lo único que veo en sus rostros es pesadumbre. Es mi madre la que termina rompiendo el incómodo silencio:

—Al contarles que ibas a venir han preferido quedarse en casa. Están convencidos de que no querrás verlos. Se sienten tremendamente culpables, cariño.

Me quedo alucinada. Sabía que tarde o temprano tendría que contarles lo que pasó, pero esperaba poder omitir algunos detalles, como el intento de aborto. Pero se me han adelantado. No sé cómo no preví que esto pasaría. Era lógico que la policía se pusiera en contacto con sus padres. ¡Soy abogada, por Dios!, debería haberlo tenido en cuenta.

—Lo siento, mamá. Sé que tendría que haberte contado que lo que me pasó fue a causa de Ash, pero no quería preocuparos más de la cuenta. Jess y Tom no tienen culpa de nada. Ellos no presentaron a David a su hija y no la obligaron a acostarse con él. Y por supuesto tampoco tienen que pagar lo que ella me hizo.

—Lo sé, cariño —coincide mi madre—, y eso les hemos dicho decenas de veces, pero se sienten demasiado avergonzados.

Esto no lo puedo permitir. Para mí ellos son como unos segundos padres y no voy a consentir que se sientan mal por algo de lo que no tienen culpa. Decidida me levanto del sillón en el que estaba sentada y me marcho para ir a casa de mis amigos.

—¡Abby! —me llama Javi saliendo tras de mí—, ¡espera!

—No, Javi, no me voy a detener, así que no gastes energías.

—No vengo para detenerte, sino para acompañarte. Le prometí a Jhon que cuidaría de ti y, aunque vayas a un par de manzanas, puedes tropezarte con algo y entonces él me mataría.

Sonrío y me agarro al brazo de mi amigo para encaminarnos juntos a nuestro destino.

Al llegar una sensación de familiaridad me asalta. Añoro a esta pareja de locos tanto como añoro a mis padres cuando estoy lejos.

Antes de que pueda tocar el timbre la puerta se abre y aparece una sorprendida Jess vestida con ropa de deporte.

—Abby, ¿qué haces aquí?

—He venido a buscaros —respondo enfadada—. Mi madre me ha

contado lo que ha pasado, y ¡no pienso permitir que os quedéis aquí solos por algo de lo que no habéis tenido culpa!

—Lo siento mucho, Abby. —Se acerca a mí y me abraza con fuerza mientras llora—. Lo siento muchísimo, de verdad.

Le resto importancia a todo lo mejor que puedo. Nos invita a entrar y corro a abrazarme con Tom mientras intento, sin éxito, contener las lágrimas.

Les digo una y otra vez que ellos no tienen culpa de nada y les hago prometer que vendrán mañana a cenar con nosotros. La Navidad es un día para pasarlo en familia y si ellos no están nos faltará algo. Ya bastante es que no estará Jhon, como para tener dos huecos vacíos más.

Sin necesidad de que pregunten les cuento lo que me ha pasado con Damien, el tema del divorcio y cómo me va el embarazo. Evito hablar de mi estancia en el hospital, pero Jess me pregunta por ello y no tengo más remedio que decirles cómo me encuentro.

—Estoy perfectamente, Jess, en serio. Todo aquello fue un duro momento por el que pasé, pero en cierta manera me sirvió para darme cuenta de muchas cosas. Ni mucho menos intento justificar lo que hizo Ash, porque no tiene ningún tipo de excusa. Jamás seré capaz de perdonar que intentara matar a mi bebé, pero eso ya es pasado. Los dos estamos bien y hay que seguir adelante.

—Te quiero muchísimo, Abby —solloza ella—. Te quiero como...

Acallo su llanto dándole un fuerte abrazo. Me mata que se torturen tanto por un pecado que no es suyo. Necesito desviar su atención, que piense en otra cosa que le devuelva la sonrisa que tanto recuerdo. Entonces se me ocurre algo:

—Te voy a contar un secreto —susurro separándome de ella con complicidad—, pero no se lo cuentes a mi madre, déjame a mí el gusto de contárselo, ¿vale?

Mi táctica funciona, se seca las lágrimas y me mira con atención y solemnidad. Sabe que es algo importante y bueno.

—Verás, ¿recuerdas a Jhon?

—¿El chico que vino contigo la otra vez? ¡Estaba como para olvidarle!  
—exclama Jess haciendo que Tom y yo riamos.

—Sí, ese. Pues veréis, cuando me separé de Dam me fui a vivir con él. Es amigo de mi ex desde hace mucho tiempo y cuando este tenía que salir de viaje por trabajo, pues me quedaba con el bueno de Jhon para no estar sola. La cosa es que... Bueno, el roce hace el cariño y ahora mismo estamos

teniendo lo que se puede llamar una relación. De momento no es nada serio, ni formal, pero le estoy cogiendo mucho cariño. Bueno, más del que ya le tenía.

—¿Te cuida bien? —pregunta muy serio Tom—. Sabes que lo más importante ahora mismo es el bebé.

—Me cuida como nadie lo ha hecho nunca. Mi hijo y yo somos su prioridad y eso que no tendría por qué preocuparse por él. —Recordar como Jhon acaricia mi barriga y ríe cada vez que nota una patada, hace que lleve las manos hacia dónde descansa mi pequeño y le acaricie.

—Eso que has dicho es muy bonito, pelirroja —reconoce Tom—. ¿Va a cenar mañana con nosotros? Me gustará hacerle un buen escaneo.

Sus palabras me llenan de gozo, me acaba de confirmar que mañana estarán con nosotros. Miro a Javi sonriendo. Durante toda la conversación se ha mantenido al margen, dándonos cierta intimidad, sabe que este tema lo debemos tratar nosotros.

Tras un rato más de charla, una vez que me he asegurado de que al día siguiente nos volveremos a ver, Javi y yo, nos marchamos. Me agarro de su brazo y volvemos dando un paseo hasta la casa de mis padres.

—Parece que todo ha ido bien —comenta Javi.

—Sí. Si ellos no estuvieran mañana no sería lo mismo. Bastante gente nos falta ya.

Decidimos dar un pequeño rodeo para poder mojarnos los pies en el mar.

—¿Echas de menos a Damien? —pregunta mi amigo de pronto.

—No, la verdad es que no. Siempre le tendré cariño, pero es mejor que estemos separados. De haber seguido juntos, nuestro hijo habría presenciado demasiados malos momentos y muchas discusiones. A Jhon sí que lo echo de menos. No sé qué me pasa con él, pero...

—Lo que te pasa es que te estás enamorando de él. —Intenta quitarle importancia a su comentario salpicándome agua.

—No lo sé, Javi, no lo sé. Estoy hecha un auténtico lío.

Volvemos a pasear en silencio. Salimos de la playa para vagar por las abarrotadas aceras. Cuando pasamos por delante de una joyería miro de reojo el escaparate y algo me llama la atención. Tiro del brazo de Javi para que se detenga. Es exactamente lo que no buscaba: el regalo perfecto para Jhon.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta mi amigo.

—Voy a comprar un regalo para Jhon.

—¿Aún no le has comprado nada? Eres lo peor, Abby.

Me encojo de hombros disculpándome. No he tenido tiempo de comprar nada, mi cabeza ha estado demasiado distraída para estas cosas.

Una mujer rubia demasiado maquillada, que nos sonrío de manera falsa, se acerca a nosotros. Le pido los gemelos que acabo de ver en el escaparate. Jhon suele ir con traje al trabajo y sé que le encantará poder lucirlos.

—¿Qué quiere que le grabemos? —pregunta la Barbie maquillaje.

—No sabía que se podía escribir algo.

Pienso unos segundos, pero no me lleva demasiado tiempo dar con la frase adecuada.

Cuando al fin llegamos a casa de mis padres rápidamente les cuento la conversación que he tenido con sus grandes amigos. Se alegran muchísimo de que les haya hecho entrar en razón.

Tras una cena rápida, me disculpo y me marcho a mi habitación, estoy muy cansada del viaje y necesito dormir. Como la niña bien educada que soy les doy un beso de buenas noches a todos y voy derecha a meterme en la cama, deseosa de dormir todo lo posible. Pero el sueño me rehuye. No puedo dejar de pensar en Jhon y que ahora podría estar acurrucada en sus brazos. Sé que me va a costar mucho dormir, pero debo intentarlo.

## Capítulo 15

### Jhon

Veo como la mujer que ocupa el cien por cien de mis pensamientos se aleja por el cordón de seguridad del aeropuerto. Me mata verla marchar. Pero no puedo pedirle que se quede conmigo, necesita pasar tiempo con sus padres.

Cuando dejo de verla doy media vuelta y vuelvo al coche. En lo que dura el camino a casa recuerdo la semana tan fantástica que he pasado con ella. Cada momento, cada sonrisa, cada caricia. Todos y cada uno de los minutos que he podido disfrutar de ella.

La sangre se me revoluciona al recordar cómo se contorsiona de placer debajo de mí; los gemidos que le arranco con mi polla, mis dedos o mi boca; la manera tan sutil que tiene de provocarme, como si no lo hiciera a propósito. Es toda una diosa que sabe cómo volverme loco.

Aun sonriendo aparco en el garaje, pero la sola idea de entrar y sentir la casa tan vacía me molesta. Entonces, como si Dios entendiera por lo que estoy pasando y decidiera ayudarme, mi teléfono empieza a sonar.

El nombre de mi amigo Damien parpadea en la pantalla. Es paradójico que necesite la compañía de mi amigo para distraerme momentáneamente de la marcha de su ex mujer. Si alguien supiese nuestra historia tendría para escribir un libro, o dos.

—Hola, tío —saludo al descolgar—. ¿Dónde andas?

—Hola, colega. Estoy en casa aburrido y he pensado que quizás querrías venir a tomarte unas cervezas.

—No sabes lo que me alegra tu propuesta. Enseguida estoy allí.

Vuelvo a sacar el coche y me dirijo a su casa. Tomar unas cuantas copas me ayudarán a dormir, aunque tal vez tenga que emborracharme de verdad. Estoy seguro de que me costará conciliar el sueño sin tener el cuerpo de Abby a mi lado. Es curiosa la rapidez con la que una persona puede acostumbrarse a algo y lo que le puede llegar a costar estar sin ello.

Llego a mi destino casi sin darme cuenta. Un sonriente Damien me abre la puerta haciendo que deje a un lado mis deprimentes pensamientos. Sin necesidad de que le diga nada me hace pasar y me tiende esa cerveza que tanto necesito.

—¿No es un poco pronto para beber? —pregunto retóricamente—. Ni siquiera he comido aún.

—Eso tiene arreglo, yo tampoco he comido. Cuando te he llamado acababa de llegar de trabajar. De camino he comprado algo para comer.

Degustamos unos deliciosos bocadillos de ensalada de pollo sentados en el suelo del salón. Regados, como no, con varias cervezas.

—¿Vas a contarme qué es lo que te tiene tan afligido? —curioseas mi amigo.

—¿Afligido? No estoy afligido.

—¡Venga ya! No intentes mentirme que te conozco muy bien. Tú estás jodido porque Abby se ha marchado con sus padres a Florida, ¿no es así?

No necesita que le responda, sabe que ha dado en el clavo.

—Estás muy pillado por ella.

—Es la mujer de mi vida —respondo con franqueza—. Es la mujer más maravillosa que he conocido nunca.

—¿Abby sabe lo que sientes por ella?

—Sí, se lo he dicho antes de irse. Pero me da miedo que piense que es demasiado pronto y se asuste.

—Jhon —suspira hastiado—, conozco muy bien a Abby y sé que es la mujer más fuerte, comprensiva y más sincera que he conocido nunca. Si quieres mi opinión; creo que has hecho muy bien en decírselo. Si piensa que es pronto te lo dirá, pero no huirá de ti. Ella tal vez prefiera que todo vaya más despacio, o incluso puede que necesite algo de distancia, pero nunca huirá. Ella no es así.

—Reconozco que me da miedo que te equivoques —murmuro mirándome las manos.

—Hace mucho tiempo que dejé de ver su sonrisa de felicidad. Yo ya no era merecedor de ella. Pero cuando habla de ti vuelve esa sonrisa. Sus ojos brillan, su mirada resplandece y no puede evitar quedarse embobada en sus recuerdos. Recuerdos que ha creado contigo. Lo que no entiendo es por qué no te has ido con ella.

—Creí que tenía que alejarme un poco. No quiero agobiarla. Aunque me joda tener que echarla de menos.

—Eres un idiota, amigo mío. Lo único que has conseguido es que ambos lo paséis mal sin necesidad.

Reflexiono sobre lo que mi amigo me dice. Tiene razón en que mantenerme alejado de ella me fastidia, pero no sé si ella también sentirá lo



mismo. Allí tiene a Javi para acurrucarse con él por la noche. Él la cuidará con todo su empeño, eso lo sé seguro, aunque me gustaría ser yo quien lo hiciese. Todos y cada uno de los días de mi vida.

—Aunque quisiera ir no podría —comento sin mirarle—. A estas alturas es imposible que encuentre vuelo.

—Eso déjame a mí. Para algo sirve ser el hombre más sexi del planeta, ¿no?

Dejándome con la palabra en la boca coge su móvil y se dirige a la cocina para hacer una llamada. Mientras yo me quedo mirando el jardín de su casa sin ver nada en realidad. No puedo negar que me alegraría mucho pasar estos días con ella, pero no tengo muy claro que sea buena idea.

Cuando me propuso irme con ellos enseguida me inventé una excusa porque pensé que sería bueno que nos alejásemos unos días para que ambos nos pudiésemos aclarar. Aunque interiormente esperaba que al alejarnos, ella me echase de menos. Pero ¿Y si no lo hace? ¿Y si al estar sola decide que soy prescindible en su vida? ¿Y si ella no siente lo mismo por mí? También cabe la posibilidad de que me eche de menos y de que no sea capaz de estar mucho tiempo sin verme.

Si consigo ir hasta Florida pueden pasar dos cosas: la primera es que se alegre mucho de verme y por fin podamos vivir la vida juntos que tanto he deseado; o que no le haga ninguna gracia y solo me deje quedarme por compasión. Si ocurre lo segundo me quedaré destrozado. Ahora mismo no sé qué es lo que quiero hacer.

Creo que será mejor que lo deje en manos del destino. Si vuelve Damien y me dice que me ha conseguido un vuelo iré y me enfrentaré a mi miedo. Si por el contrario no hay forma de que vaya, pues esperaré a que Abby vuelva y podamos hablar de lo nuestro sentados en el salón de mi casa.

—¡Arreglado! —exclama mi amigo volviendo a entrar—. He pedido un par de favores y he conseguido que te lleven en un vuelo privado. La única pega es que no puedes despegar hasta mañana por la mañana a las diez.

—Gracias, tío. Solo tengo una pregunta: ¿Por qué lo haces?

—Ya te lo dije: le he robado demasiado tiempo para ser feliz. Yo no era el hombre que ella necesita en su vida, pero sé que tú sí puedes serlo. Llevas mucho tiempo enamorado de ella, y aun así nos has apoyado en todo momento. E incluso la acogiste en tu casa cuando nos separamos, a sabiendas del dolor que eso podía causarte. Y ¿por qué lo hiciste si ibas a sufrir? Pues, simplemente porque la quieres y solo deseas lo mejor para ella. Y lo mejor

eres tú.

—Te estaré eternamente agradecido por esto, tío. Aunque debo reconocer que no me siento cómodo con lo que está pasando. Me resulta raro hablar contigo sobre Abby.

—Un poco raro sí que es, la verdad. Estamos hablando de que estás enamorado de mi ex mujer, pero lo más raro de todo es que yo te estoy apoyando porque quiero que la conquistes.

Esta situación es absurda y no podemos evitar echarnos a reír. Las carcajadas resuenan por todo el salón y hacen que toda la tensión que no sabía que sentía sea liberada. Noto como un enorme peso se me quita de los hombros. Creo que necesitaba la bendición de Damien para terminar de decidirme e ir a luchar por Abby. Ahora estoy ansioso porque llegue el momento de volver a estar con ella.

—Esta mañana han llamado a Abby de la comisaría —comento cuando conseguimos parar de reír—. Han cogido a Ashley. Estaba intentando huir del país. La han detenido, por fin.

—¡Joder, menos mal! Todo esto me estaba volviendo loco. Tiene suerte de que la hayan metido en la cárcel, si no habría ido a buscarla y la habría matado con mis propias manos.

Me giro en la cama y miro el reloj por duodécima vez. Solo han pasado quince minutos desde la última vez que lo miré. Parece que ese cabrón no avanza. Me quedo mirándolo para ver si las manecillas se mueven o si se ha quedado sin pilas. Y avanza, aunque demasiado despacio para mi gusto. Tan solo son las seis de la mañana y mi avión no sale hasta las diez.

Cuando llegué de casa de Damien me senté frente al televisor, intentando que el sueño llegase, pero no lo hizo. Pero, por gracia divina, o que Abby me conoce demasiado bien, mi móvil sonó avisándome de un mensaje suyo.

***Hola, guapo. ¿Cómo estás? Las cosas aquí están algo liadas por lo de Ashley, pero parece que mañana vamos a poder contar con todos en la cena. Bueno, todos no, vas a faltar tú. Espero que lo estés pasando bien y prométeme que mañana no te vas a quedar solo en casa. Me sentiría muy mal si pasas estos días en solitario. ¿Sabes? ya estoy en la cama, pero no puedo dormir porque me falta algo... tú. Te echo de menos.***

La emoción por ir a verla creció, al igual que mi polla al imaginarla en la cama, desnuda... Pensé en que debería contestarla, pero en vez de eso la llamé.

—Hola, pequeña —saludé cuando descolgó.

—Hola, guapo. ¿Qué estás haciendo?

—Intentaba dormir, ¿y tú?

—¿Te he despertado? Lo siento mucho, pensaba que aún estabas despierto.

—No te preocupes, llevo un rato intentándolo, pero si tú no estás no puedo hacerlo.

—Yo tampoco puedo dormir sin ti —murmuró.

Tras unos segundos en silencio, Abby me contó lo que le pasó con los amigos de sus padres. Casi se echó a llorar de la emoción al pensar que podría haberlos perdido a ellos también. Me partió el corazón oírle tan emocionada y no poder estar a su lado para consolarla. Hablamos durante un rato de todo y de nada. En alguna ocasión estuve a punto de desvelar que voy a ir a verla, pero conseguí aguantar y mantenerlo todo en secreto. Quiero darle una sorpresa y ver la expresión que pone al verme. Espero que sea una buena reacción.

—¿Qué tal está el pequeñín? —pregunté cuando volvimos a quedarnos en silencio.

—Está un poco inquieto, no ha parado de moverse desde que hemos llegado. Creo que echa de menos que le hables y le acaricies.

—Yo también os echo de menos. Pero ya queda menos para vernos.

—¿Qué vas a hacer mañana? Por favor, no me digas que vas a estar solo.

—Tranquila, te aseguro que no voy a estar solo. Voy a... —Pienso qué decirle, pero solo se me ocurre una cosa —. Damien me ha invitado a su casa para cenar. Va a pasarlo con sus padres, pero ya sabes, donde caben tres caben cuatro. Ahora deberías dormir un rato, seguro que estás cansada del viaje. Además, mañana será un gran día.

—Sería mejor si tú pudieses estar con nosotros.

—Siempre que pienses en mí estaré contigo.

Sonaba cursi, me sentía cursi, pero es que ella hace que diga estas cosas sin pensar. En otras circunstancias me sentiría ridículo, pero con Abby puedo decir y actuar como siento. Ella no me juzga ni se ríe de mí.

—La verdad es que sí que estoy un poco cansada, pero no podía dormir

sin saber de ti. Mañana hablamos, ¿vale?

—Por supuesto, preciosa. Que descanses.

Con una enorme sonrisa al recordar aquella conversación, cejo en mi intento de dormir y me levanto. Voy derecho al vestidor para hacer una pequeña maleta. Cuando termino me meto en la ducha. Un rato bajo el agua caliente me relajará un poco, o eso espero.

El avión que me ha conseguido Damien es pequeño, pero suficiente para mi viaje. La ducha caliente consiguió que liberase un poco de la tensión se sentía, pero los nervios han vuelto al saber que en breve estaré con mi pelirroja. ¡Estoy deseando estrecharla contra mí con fuerza!

El vuelo se me hace eterno, pero cuando el aire seco de Florida me golpea la cara vuelvo a sonreír. Miro el reloj y compruebo que son las cuatro de la tarde, horario de Florida. Tengo el tiempo justo para llegar a su casa, abrazarme a ella con fuerza y prepararme para la cena. Pero tengo un gran problema, no sé la dirección de los padres de Abby. ¡Seré estúpido! Pienso durante unos segundos, hasta que me doy cuenta que tengo un as en la manga que se llama Javi.

—¡Hola, tío! —responde al primer tono—. ¿Qué tal...?

—Escucha —le corto con rapidez—, estoy en Florida. Acaba de aterrizar mi avión y no sé cuál es la dirección de la casa de los padres de Abby.

—¡Guau! ¿Abby sabe algo de esto? —pregunta entre susurros, ella debe de estar cerca.

—No, es una sorpresa. ¿Puedes ayudarme o no?

—Sí, tranquilo.

Me da la dirección y me monto en el primer taxi que encuentro. Estoy deseoso de llegar a mi destino y parece que Dios está de mi parte porque apenas hay tráfico y todos los semáforos nos pillan en verde.

Cuando el taxi se detiene frente a la puerta, pago la carrera y me bajo. Estoy nervioso, como un quinceañero que va a acudir a su primera cita. Temblando llamo al timbre y espero impaciente.

—¿Jhon? —murmura Abby al abrir la puerta—. ¡Javi, ven, corre! Creo que estoy teniendo visiones —grita sorprendida.

—No, pequeña, no estás teniendo visiones, estoy aquí de verdad.

Veo como una lágrima empieza a resbalar por su mejilla. No sé si es de felicidad o no, pero me acerco a ella y la abrazo con fuerza. Sentirla de nuevo junto a mí acaba con todos mis nervios y mis inseguridades. La manera que

tiene de agarrarse a mi camiseta y el beso que me da, me confirman que sus lágrimas son de alegría. Está feliz de tenerme aquí, al igual que lo estoy yo de haber venido.

—¡No me puedo creer que estés aquí! —exhorta junto a mis labios—. ¿De verdad no eres un sueño?

—Te juro que soy de verdad. No iba a dejar pasar la oportunidad de celebrar las navidades con mi pequeña.

Volvemos a besarnos con pasión. Llevamos un día separados y es como si no nos viéramos desde hace un año. Nunca había echado tanto de menos a alguien. Su lengua juega con la mía haciendo auténticos estragos en mis vaqueros. Pero, de pronto, nuestro beso se ve interrumpido por un carraspeo.

—Hola, Jhon, me alegro de volver a verte.

Aprieto la mano que el padre de Abby me tiende sin soltar la cintura de mi pequeña. Si no supiera lo abiertos que son en esta casa me daría vergüenza que nos hubiera visto besándonos de esta manera.

—Encantado, Jacob. Perdona por presentarme así, sin avisar. Pero no podía estar separado de su hija más tiempo.

—No te preocupes, chaval, hay sitio y comida de sobra. Es comprensible que no puedas estar lejos de mi niña. ¿Has comido ya?

—Sí, he comido en el avión, gracias.

Durante el resto la tarde estoy pendiente de mi pequeña, no puedo dejar de mirarla y de tocarla cada vez que puedo. Me fijo en la sonrisa de sus padres, y no puedo parar de reír con Javi. Esta es la familia que siempre he querido tener y parece que solo necesito que Abby termine de enamorarse de mí para poder formar parte de ella.

Poco antes de la hora de la cena aparecen Tom y Jess, los amigos de la familia. El escrutinio al que me someten es casi tan intenso como el que tuve que soportar la primera vez que vine aquí. Pero no me importa porque esto quiere decir que se preocupan por Abby, casi tanto como yo.

—Jhon, ¿podemos hablar un momento?

—Claro, Jacob.

Me levanto y le acompaño, junto con Tom, al jardín trasero. La temperatura es más que agradable, a pesar de estar a veinticuatro de diciembre.

—Verás, Jhon. No queremos incomodarte, pero como comprenderás, Abby es nuestra niña y nos preocupamos mucho por ella —empieza a decir Jacob.

—Claro, lo entiendo. Yo también me preocupo mucho por ella.

—Lo sé —continúa—, pero ella es lo más importante para nosotros y no queremos que nadie vuelva a hacerle daño. Ya ha sufrido bastante. Además, ahora no solo está ella, también nos tenemos que preocupar por su pequeño. Estoy seguro de que sabes por todo lo que ha pasado y no voy a permitir que mi nieto sufra nada en absoluto.

—Os puedo asegurar que yo quiero lo mismo. Abby es la mujer más especial que he conocido nunca y lo único que quiero para ellos es hacerles felices. Sé que ese niño tiene un padre, y no soy yo, pero aun así le cuidaré como si lo fuera. Ella es la luz que le faltaba a mi vida y no pienso permitir que se apague nunca. Su preciosa sonrisa es todo lo que necesito para ser feliz.

—Tranquilo, Jake. Se nota que este chico ama con toda su alma a Abby. Él la cuidará igual que lo haríamos nosotros —dice Tom teniéndome la mano.

Se la estrecho con fuerza, dejándole claro que puede confiar en mí para cuidar de Abby y su bebé. Tras la charla volvemos al salón y nos reunimos con los demás.

—¿Qué te ha dicho mi padre? —me pregunta Abby apartándose un poco del grupo.

—Nada, solo quería asegurarse de que voy a cuidar de ti.

—¿Y...?

—Y le he convencido de que tú eres toda mi vida. Así que parece que se ha quedado tranquilo.

—¿Soy toda tu vida?

Me acerco a ella y rodeo su cintura con mis brazos para estar lo más cerca posible de ella y besarla.

—Mi vida entera, te lo aseguro —murmuro contra sus labios.

Me mira con una preciosa sonrisa. Verla tan feliz hace que sepa que estoy yendo por el buen camino. Todo esto saldrá bien. Estoy seguro de ello, ahora que la tengo junto a mí

—Tú también eres lo más importante para mí. Bueno, al menos una de las dos personas más importantes. Siento decirte que ¡vas a tener que competir con este pequeño —dice acariciándose la barriga. Vuelve a mirarme muy seria—. El día y medio que he estado sin ti ha sido el peor de toda mi vida. No quiero que vuelvas a estar lejos nunca más, ¿entendido?

—Como la dama desee —concedo.

Uno nuestros labios en un sensual beso y cuando nos separamos me sorprende diciéndome:

—Tú eres quien alegra mis mañanas y hace especiales mis días.

## Capítulo 16

Casi me da un infarto cuando he abierto la puerta y me he encontrado de frente con la preciosa sonrisa de Jhon. No esperaba que viniese, aunque lo deseaba con toda mi alma. Anoche, cuando me llamó, me reconfortó mucho saber que estaba bien y que no iba a pasar la Navidad solo, pero en silencio desee que viniese hasta aquí y pudiera tenerle conmigo.

Al colgar intenté dormirme, pero no había manera. La cama era demasiado grande y el espacio me ahogaba, así que me levanté y fui a la cocina a por agua. Al mirar hacia el jardín vi que mi padre estaba sentado en una tumbona y no dudé en ir a acompañarle. Sin decir nada me abrí paso entre sus piernas y me acomodé con un suspiro.

—¿No puedes dormir, cariño? —preguntó mi padre.

Negué con la cabeza mientras me acurrucaba más en los brazos de mi progenitor. Estar así me recordaba tantos y tantos abrazos que me ha dado, unas veces porque sabía que los necesitaba y otras, simplemente, porque sí.

—¿Qué te ocurre, mi niña?

—De todo y de nada, papá.

La carcajada que soltó tras mi vaga explicación me hizo sonreír. Mi padre siempre ha sido un hombre risueño que ve el lado bueno de las cosas. No fue necesario que dijera nada para que me sintiera mejor.

—Si te explicas un poco mejor quizás pueda ayudarte. ¿Tiene algo que ver con el hombre con el que viniste la última vez que estuviste aquí?

—Jhon, se llama Jhon, papá. Y sí, tiene que ver con él. Desde que mi matrimonio se fue a la mierda, él ha sido un gran apoyo para mí. Me trata como nadie ha hecho nunca; para él lo primero soy yo. Sabe lo que necesito incluso antes que yo misma. Siempre que estoy con él... —suspiro—, me siento segura, a salvo, querida. No sé qué habría sido de mí si no hubiese estado a mi lado.

—Bueno, si no hubiese estado él te habrías venido aquí con nosotros y te habríamos cuidado casi tan bien como él. Y sí, he dicho “casi”, porque hay cosas que nosotros no podemos darte y él sí.

No entendí a lo que se refería. Nunca he dudado de que mis padres me habrían dado todo sin necesidad de pedírselo. Me giré un poco para poder



verle la cara, y la sonrisa que tenía me dijo todo lo que necesitaba saber: se refería al sexo. Solté una carcajada y volví a tumbarme sobre su pecho mirando el estrellado cielo.

—Le echas de menos, ¿verdad? —me preguntó con suavidad.

—Mucho —respondí sin necesidad de pensar.

—Cuando estás en su casa, ¿dormís juntos?

—Ya dormía con él cuando Damien se marchaba de viaje, así que ahora que necesito cariño con mayor razón. Por eso hoy no puedo dormir, me falta un cuerpo con el que acurrucarme.

—Bueno, estoy seguro de que a Javi no le importa que te metas en la cama con él.

—Seguro que no —respondí riendo—, pero con este pedazo de barriga ya no es tan fácil dormir a mi lado.

Nos reímos intentando no hacer demasiado ruido para no despertar al resto de la casa. Cuando conseguimos parar nos quedamos en silencio hasta que mi padre volvió a hablar:

—¿Qué sientes por él?

No fue necesario que especificase más.

—No lo sé, papá. Lo que sí sé es que tengo miedo de que todo me vuelva a salir mal. Jhon es un hombre maravilloso y no quiero que sufra por mi culpa. Él se merece a una mujer que le pueda dar una buena vida, y yo... Bueno, yo llevo equipaje conmigo, y no puedo pedirle que trate y quiera a mi hijo como si fuera suyo porque ya tiene un padre que quiere estar en su vida. No estoy en condiciones de hacer que entienda mi situación y haga como si nada.

—Cariño, si él te quiere no le supondrá ningún esfuerzo querer a mi nieto. Y si es tan buen hombre como me has dicho que es, seguro que ya os ama con locura.

Tras un rato más en silencio el cansancio empezó a hacer mella en mí y mi padre me instó a irme a la cama, a lo que no me resistí.

La conversación anoche con mi padre fue tranquilizadora y, tras una noche de sueño reparador, me he levantado contenta. Algo en mi interior me decía que iba a ser un gran día, pero nunca imaginé que iba a encontrarme a Jhon en la puerta de mi casa. Se ha pasado toda la tarde pendiente de mí y yo no he podido dejar de sonreír.

Cuando al fin han llegado Tom y Jess ya no cabía en mí de gozo. Tengo a toda mi familia reunida en este salón y no necesito nada más para ser feliz.

Ahora estoy sentada en el sofá del salón con Jhon a un lado, que tiene una mano en mi rodilla mientras habla con mi madre, y con Javi en el otro, agarrado a mi mano mientras mira la televisión.

—Jhon, ¿podemos hablar un momento? —la voz de mi padre llama nuestra atención.

—Claro, Jacob —responde Jhon.

Sin dejar de sonreír se disculpa con mi madre, me da un beso rápido en los labios y se marcha con mi padre y Tom al jardín.

De reojo veo la enorme sonrisa de mi madre, y cómo Jess le da un pequeño codazo en el costado. Sé lo que viene ahora, y Javi también, así que discretamente se disculpa diciendo que tiene que hacer una llamada y se escabulle. ¡Cobarde!

—Bueno... —empieza a decir mi madre intentando aparentar indiferencia mientras se sienta a mi lado—, ¿qué tienes con Jhon? Y no me digas que solo sois amigos porque ha venido desde San Diego solo para pasar estos días contigo.

—No os voy a engañar, no sé qué hay entre nosotros. Nos tenemos muchísimo cariño, pero ya no es solo porque seamos amigos, sino por algo más. Es el hombre más atento, divertido, solícito, cariñoso y apasionado que he conocido nunca.

—¡Madre mía! —suspira Jess—, hablas de él como si fuera el hombre perfecto.

—Lo es, Jess, lo es.

—¿Y a qué viene esa cara entonces? —inquire mi madre—. Tú estás soltera y él también, no comprendo esa reticencia que noto en tu voz.

—Mamá, no es tan sencillo. Ya no soy yo sola, en poco tiempo nacerá mi hijo, y no puedo pedirle que lo acepte sin más. Jhon no tiene por qué hacerse cargo de mi hijo.

—Cariño —murmura mi madre cogiéndome de la mano—, ese hombre está locamente enamorado de ti. Para él cuidar de ti y del niño no será una carga para nada.

—Nena —habla Jess—, tú no lo ves porque también estás enamorada de él y te da miedo. Pero no tienes que estar asustada, la Abby a la que todos queremos no se achanta por nada. Sé que estás algo reticente porque ahora vas a ser madre, pero creo que deberías dejarte llevar. Se ve a la legua que Jhon es un buen hombre que está dispuesto a cualquier cosa por ti. No pierdas la oportunidad de ser feliz, cariño. No todos los hombres son unos

maltratadores o unos infieles de mierda. Aún existen hombres que aman sin restricciones. Y lo sé porque yo encontré al mío hace mucho tiempo y tu madre también. Ahora te toca a ti saber lo que es un hombre de verdad.

Intento evitarlo pero las lágrimas brotan de mis ojos sin permiso. Estas dos mujeres me conocen tan bien que saben lo que siento por Jhon antes que yo misma.

—Antes de venir me dijo que me quería —murmuro.

Ambas se quedan mirándome alucinadas. Sé que esperan que les diga que yo le contesté lo mismo, pero no puedo hacerlo porque no fue así.

Cuando noto una mano en mi hombro me limpio las lágrimas con rapidez, no quiero que Jhon se preocupe por una tontería. Al sentarse a mi lado veo que sigue luciendo esa preciosa sonrisa que tanto me gusta, pero me preocupa lo que mi padre haya podido decirle. Jacob Jensen es un hombre abierto y divertido, pero sé que se preocupa muchísimo por mí y que su vena protectora aflora en lo que respecta a su hija.

En un momento dado mi madre y Jess se marchan a la cocina para ver cómo va la cena y Javi, Tom y mi padre están entretenidos con un partido de fútbol que dan en la televisión. Es el momento propicio para que lleve a Jhon al patio y que podamos hablar sin que nadie nos escuche. Le pregunto por la charla que ha tenido con mi padre y éste le quita importancia diciéndome que solo querían asegurarse de que me va a cuidar. Intento mantener a raya mi condenada curiosidad, pero no puedo y le pregunto qué le ha contestado. Me da miedo lo que vaya a decir pero necesito saberlo.

—Le he convencido de que tú eres toda mi vida. Así que parece que se ha quedado tranquilo.

—¿Soy toda tu vida?

Alucino con su confesión. Sé que me quiere, pero no que fuese toda su vida. Pasa sus manos por mi cintura y me atrae hacia él para besarme. Es el beso más dulce que jamás me hayan dado y hace que las piernas me tiemblen y que una gran felicidad inunde todo mi interior.

Me repite esa preciosa frase, esta vez con más convicción y yo tengo que hacer unos esfuerzos enormes para no echarme a llorar. Me deja atónita diciéndome que soy toda su vida, pero a la vez la sensación de felicidad es abrumadora. Sé que este es el momento en el que debo decir algo. Ahora es cuando tengo que reconocer lo que siento por este hombre.

Tras abrirse en canal sentimentalmente ante mí espera a que yo diga algo. Dudo unos segundos, pero en seguida decido que tengo que ser sincera

con él, y conmigo, de una vez. Respiro hondo y reconozco que él también lo es todo para mí. Pero, con la tensión que hay entre nosotros, intento bromear diciéndole que va a tener que compartirme con mi hijo. La sonrisa que luce, y cómo su mano acaricia mi barriga, me muestran que no le importa que vaya a ser madre y que siempre estará conmigo. Él es quien alegra mis mañanas y hace especiales mis días, y así se lo hago saber. Antes de volver con los demás le hago prometer que no vamos a volver a separarnos nunca más. Estar lejos de él es una auténtica tortura por la que no estoy dispuesta a pasar de nuevo.

Cuando volvemos al salón las sonrisas de todos me alegran más aún. Estas no son las vacaciones de navidad que había imaginado hace unos meses, pero no tengo queja ninguna, ya que están siendo mejores de lo que esperaba.

La cena transcurre entre risas y anécdotas. A mis padres les encanta contar mis desmadres de cuando era adolescente y yo, ni corta ni perezosa, añado los detalles escabrosos que ellos no saben.

En todo momento evitan hablar de Damien, aunque sí que hacen muchos comentarios sobre mi bebé. Todos están más que emocionados con la llegada de un nuevo miembro a la familia. Me conmueve ver cómo todos los presentes formamos una gran familia. Tanto que, cuando acabamos la cena, se me saltan las lágrimas.

—Oye, pequeña, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?—me pregunta Jhon tirando de mí para que me siente sobre sus piernas.

—Sí, estoy bien. Es solo que me he emocionado. Soy tan feliz ahora mismo...

—Me alegra mucho formar parte de esa felicidad.

Le miro sonriendo y le beso con agradecimiento. Si no hubiese venido, esa felicidad de la que estamos hablando no sería completa. Cuando acabamos el beso apoyo la cabeza en su hombro. Su mano, como siempre, se posa en mi barriga y mi pequeño le da una patada.

—Hola, colega —susurra Jhon cambiando la mano por sus labios—, yo también me alegro de estar aquí con vosotros.

A la una de la madrugada estoy dormitando sobre el hombro de Jhon. En mi semiinconsciencia oigo como mi padre aconseja a Jhon que me lleve a la cama. Cuando vuelvo a ser consciente estoy tumbada en la cama, desnuda. Espero notar su calor junto a mí, pero no está. Abro un ojo y le veo de pie al lado de la cama, totalmente vestido.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Nada, te dejo dormir. Voy a preguntarle a tu padre dónde puedo dormir.

—¡Venga ya, Jhon! No digas tonterías. Tú duermes conmigo —aseguro levantándome para apoyarme en los codos—. ¿O es que te da vergüenza que mis padres piensen que nos acostamos? Porque siento decirte que ya lo saben.

Riéndose se desnuda y se mete en la cama a mi lado. Nos tumbamos de lado, mirándonos el uno al otro. El deseo que surge siempre entre nosotros estalla. Para ambos ya no es normal estar tan cerca y no tocarnos. Sonriendo, alarga la mano y me acaricia la mejilla, como si tuviese miedo de tocarme o se estuviese cerciorando de que estoy aquí de verdad. Solo llevábamos un día sin vernos pero ha sido como un mes.

Lentamente me acerco a él y uno nuestros labios en un beso lento pero que no tiene nada de casto. Su mano se posa en mi cadera. Baja hasta mi rodilla, acariciando mi muslo, y vuelve a subir. El reguero de calor que dejan sus caricias es demasiado para mí y aumento la intensidad de nuestro beso. De un movimiento rápido me encuentro tumbada en la cama, con Jhon mirándome desde arriba. Por mi estado no puede ponerse encima y besarme, pero no importa, la mirada que me dirige es tan apasionada que me pone casi tanto como sus manos acariciándome. Sin pensarlo un segundo abro mis piernas invitándole a entrar. Estoy desesperada por él. Si no entra en acción pronto creo que moriré por combustión espontánea. La anticipación me vuelve loca de deseo y hace que me retuerza ansiosa.

—Jhon, vamos, te necesito —suplico al ver que no se mueve.

—No está bien que me hunda en ti en casa de tus padres —replica no muy convencido.

Entiendo que sienta esa reticencia en casa de una familia convencional, pero la mía no es así. Me incorporo quedando sentada y agarro su duro miembro. Él gime al notar mi contacto, cosa que hace que mueva la mano arriba y abajo acariciándole, deseosa de arrancarle más gemidos y volverlo más loco.

Cuando su mano se acerca a mi ansioso sexo sé que he conseguido mi objetivo. Vuelvo a tumbarme y esta vez no tengo que suplicar. Su duro miembro empieza a entrar despacio, demasiado despacio en mi opinión, pero no estoy en condiciones de decir nada. Centímetro a centímetro entra en mi interior mientras gruñe.

Comenzamos un baile lento sincronizándonos a la perfección. Estoy en

el paraíso más absoluto. La conexión que tenemos es... inexplicable. Aquí, en este momento en el que somos uno, me doy cuenta de que no me estoy equivocando con este hombre que me trata como una auténtica reina. Me estoy enamorando locamente de él. Ha reconocido que soy su mundo, y él empieza a ser el mío. Con esos pensamientos noto como el orgasmo empieza a aflorar en mi interior. Mis músculos internos se contraen intentando retenerle. Sus caderas empiezan a moverse cada vez más rápido, con más fuerza, pero se mantiene atento a mis reacciones por si me hace daño.

—Jhon, joder. Te quiero —gimo al correrme.

—Yo también te quiero —jadea dejándose llevar.

Se deja caer a mi lado agotado, pero no está preparado para soltarme, por lo que mantiene su mano sobre mi barriga.

—Dime que no te he hecho daño —suplica jadeante.

—Si me lo hicieras te lo diría, tranquilo. Ha sido solo un día lejos, pero te he echado mucho de menos.

—Yo también te he echado de menos. Ya no soporto estar un solo día sin ti. Te has convertido en mi todo. Cada segundo del día pienso en ti. Incluso eres la musa que me inspira en el trabajo para los proyectos.

Sus palabras me enternecen, saber lo que siente por mí es abrumador. Es todo lo que he deseado que me dijeran alguna vez. Ni siquiera Damien me dijo algo así. En otro momento me habría sentido mal, pero no es así, porque sé que él no era el indicado para decírmelo. Estaba esperando a que Jhon me sedujese con sus tiernas palabras y sus suaves caricias.

—¿Eso que has dicho es verdad o simplemente un efecto secundario del fabuloso orgasmo que te he dado?

—Eres un creído —me río—, aunque reconozco que ha sido fabuloso.

Ambos nos volvemos a reír, pero sé que espera una respuesta, así que sin hacerle sufrir más respondo a su pregunta:

—Iba totalmente en serio. Te has esforzado al máximo para hacer que me enamorara de ti y lo has conseguido. Te quiero, Jhon, puede que sea una locura, pero es así. Nunca me he avergonzado de lo que he hecho en la vida y no lo voy a hacer ahora. Aunque me gustaría que fuésemos despacio y que no lo fuésemos contando a todo el mundo.

—¿Por qué? —pregunta desconcertado.

—No quiero que la gente se inmiscuya y lo eche todo a perder. Además, está Damien y me gustaría que lo supiese por nosotros antes de que se entere por las malas lenguas. No ha sido un buen marido, pero tiene derecho a

saberlo, ya que sigue siendo el padre de mi hijo y tu mejor amigo.

—No te preocupes por él. Ya lo sabe todo. Se lo conté antes de venir. ¿Quién te crees que me consiguió un avión privado?

—¿Te ha traído hasta aquí en un avión privado?

—Sí, él ha sido quien me ha animado a lanzarme y venir para luchar por ti. Te puedo asegurar que está contento con lo nuestro. Él solo quiere que tú seas feliz y para eso me necesitas a mí.

Nos quedamos en silencio hasta que Jhon lo rompe con un susurro.

—¿Te acuerdas cuando fuimos al concierto de Lord NT? —Asiento recordando lo bien que lo pasé con él aquel día—. Ese día empecé a verte como la mujer que eres y no como la esposa de mi amigo. Creo que ahí fue cuando empecé a quererte.

—Pe... pero, Jhon —tartamudeo sorprendida—. Eso es muy triste.

—Bueno, ahora lo puede parecer, pero entonces no era sí. Siempre he sido un hombre de fe, y tenía claro que si tú estabas echa para mí el destino nos uniría; si no era así, pues terminaría volviendo a verte como una gran amiga.

—Por suerte eres un hombre de fe —respondo sonriendo.

—Por suerte, sí.

Sonrío como una tonta. Jamás pensé que algo así me pudiera pasar a mí.

—Entonces... ¿qué quieres hacer? —pregunta con la voz teñida de cierta preocupación.

—Entonces seremos plenamente felices para siempre —mascullo.

Sonriendo como un par de colegiales acertamos el poco espacio que nos separa y nos abrazamos. En cuanto mi cabeza toca su hombro me quedo dormida.

—Buenos días, pequeña —canturrea Jhon acariciando mi espalda—. Ha venido Santa Claus y te ha dejado regalos.

Entusiasmada porque me haya despertado, y ansiosa por darle su regalo, me levanto y me abrazo a él con fuerza mientras grito:

—¡Feliz Navidad, Jhon!

—Feliz Navidad, pequeña.

Me besa con delicadeza en los labios y extiende el brazo para coger una pequeña caja que descansa sobre la mesilla de noche. Me la tiende y veo que tiene un pequeño cartel que reza: Para Abby, de Santa.

—¡Oh! ¿Qué me habrá traído Santa?

Abro la pequeña caja y me quedo alucinada al ver una llave roja sobre

un papel de raso negro. Miro a Jhon desconcertada sin entender nada.

—Es una llave de mi apartamento —explica—. Quiero que sea un símbolo de lo nuestro. Si la aceptas que sea porque quieres vivir conmigo y porque apuestas por lo nuestro. Te quiero, Abby, eso es lo que significa esta llave.

Emocionada a más no poder, lloro sobre el regazo de mi amigo. Me tapo la cara con las manos para evitar que mis sollozos alerten a toda la casa.

—Pero, si no te gusta no pasa nada —explica rápidamente—. Si no sientes lo mismo puedo cambiar el color de la llave y así solo significará que a partir de ahora mi casa seguirá siendo la tuya, pero como mi gran amiga.

Intento parar de llorar y sacar a Jhon de su error. Me cuesta un mundo, pero al ver su mirada desesperada hace que pare de golpe.

—Yo... yo no quiero que la llave sea de otro color, me gusta el rojo —murmuro al fin. Su cara de alivio me hace sonreír como nunca—. Te quiero Jhon. No sé si es demasiado pronto o no. Tampoco sé a dónde nos puede llevar esto, pero quiero probar. Necesito saber qué se siente siendo el centro de tu mundo.

—Bueno, eso ya lo sabes porque desde el día en que apareciste en mi casa eres el centro de toda mi vida. Ahora ¡quiero mi regalo!

Me levanto para coger su regalo de mi maleta. Ayer al llegar a casa, como no esperaba verle hasta la vuelta, lo guardé a buen recaudo. Se lo tiendo con una sonrisa que es correspondida. Como si fuera un niño pequeño rasga el papel con prisa y abre la caja. En ella encuentra los gemelos que le compre.

—¿Y si... —lee en uno de los gemelos—...es para siempre? —lee en el otro.

Le miro esperando que diga algo. Cuando los compré estaba convencida de que le iban a gustar, pero ahora mi seguridad flaquea.

—¡Di algo! —exijo ante su mutismo.

—Me encantan, Abby. Son el regalo perfecto.

Sin dejar de sonreír me sienta sobre su regazo de nuevo y nos besamos, ambos agradeciendo al otro los regalos tan sentimentales que nos hemos hecho.

Llevamos tres días en casa de mis padres y hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto. Hemos ido a la playa, donde nos hemos reído muchísimo. Javi y yo hemos jugado como niños en el agua y hemos recuperado esa amistad que teníamos en la universidad, abierta, sin restricciones y con



libertades perdidas. Incluso dándonos algún que otro beso inocente. Mi mirada al hacerlo, de manera inconsciente, se ha dirigido hacia Jhon. No hemos hecho nada malo, pero aun así no he podido evitar la necesidad de comprobar su reacción. Y, para mi sorpresa, ha sonreído con cariño todo el tiempo. Cada día que pasa adoro más a ese hombre. Pero ya mañana se acaba el viaje, esta será nuestra última noche aquí.

—Cariño. —Mi madre se acerca a mí en el jardín—, no te preocupes, cuando mi nieto decida nacer vamos a estar contigo. Ya te he dicho que una semana antes de que salgas de cuentas iremos a San Diego. Ahora tienes que ir a casa con Jhon y vivir tu vida. Tienes que ser buena con ese hombre, te quiere demasiado.

—¿Puedo contarte un secreto, mamá? —asiente encantada de que siga confiando en ella—. Verás, creo que yo también me estoy enamorando de él.

—Lo sé, mi vida. Te conozco muy bien y sé que poco a poco te vas abriendo a él y empiezas a dejarte querer. Ahora solo tienes que seguir así y valorar al hombre tan maravilloso que tienes al lado.

Sonrío intentando contener las lágrimas, pero me es imposible. La emoción me embarga y empiezo a llorar sin control dejando salir todo lo que llevo dentro. Llora porque mañana nos vamos y voy a añorar los abrazos de mi padre; llora por todo lo que me ha pasado en estos meses, como enterarme de la infidelidad de mi marido; por lo que intentó hacer Ashley; por el sentimiento que tuve de soledad al decidir marcharme de la que llevaba un año siendo mi casa. Pero al final terminé llorando por el alivio de haber encontrado a Jhon. Ahora que mis sentimientos están a flor de piel me doy cuenta de lo afortunada que soy por tener a un hombre tan maravilloso a mi lado. Sin él mi vida habría sido muy diferente, mucho peor.

—Vamos, cariño, todo va a ir bien. Ya lo verás —intenta consolarme mi madre.

—Lo sé, mamá. Ahora siento que mi vida por fin está completa. El vuelo de vuelta me agota por completo. Javi se ha sentado en el lado de la ventanilla, dejándome a mí en medio de los dos. Dándome la posibilidad de prestarles a ambos la misma atención.

—Me lo he pasado muy bien estos días. Gracias, Abby —me dijo Javi cuando Jhon se quedó dormido.

—Tengo la sensación de que te he tenido algo descuidado.

—Ni mucho menos, cariño. Ha sido la mejor navidad que he pasado. Y me ha encantado verte tan feliz con Jhon.

—Ahora solo falta verte feliz a ti —repliqué acariciando su mejilla.

—Siempre que tú seas feliz yo también lo seré. Además, ya hay una chica a la que estoy rondando desde hace unos días. No te he dicho nada porque solo nos hemos visto un par de veces, pero me gustaría que la conocieras.

—Estaré encantada de conocerla y darle una charla para que te trate bien.

—Te quiero mucho, Abby.

—Yo también a ti, Javi.

Recordar todo esto me emociona. Mi gran amigo, ese que ha estado siempre a mi lado, se merece ser feliz y lo conseguirá, yo me encargaré de ello.

—¿Por qué sonrío tanto mi pequeña? —preguntó Jhon en mi oído.

—Porque te quiero y han sido unas navidades perfectas. —Fue mi respuesta.

## Capítulo 17

Ya es nochevieja. Otro año se va. Hace un par de días Damien llamó invitándonos a la fiesta que da esta noche. En principio Jhon no quería asistir, por la simple razón de que pensaba que debería descansar, pero yo quiero ir, disfrutar de esta noche con Jhon, soltarme la melena por última vez antes de que llegue mi pequeño.

—¡Abby!, ¿estás preparada ya? —grita Jhon desde el último peldaño de la escalera.

Sin responder echo un último vistazo a mi reflejo en el espejo. Estiro una inexistente arruga de mi vestido rojo pasión y voy al encuentro de mi chico. ¿Chico? Quizás debería llamarlo novio. No sé, él siempre me llama “pequeña” y yo a él “grandullón”, motes que nos vienen al pelo porque a su lado yo parezco un mico y él un gigante.

Cuando llego a lo alto de la escalera me quedo de piedra al verle vestido con un traje negro y la camisa blanca, aunque sin corbata.

—¡Madre mía!, estás impresionante —murmura en voz baja.

—Tú estás más que bien —respondo llegando a su lado para agarrar su brazo—. Vayamos a divertirnos.

En lo que dura el trayecto hago un recuento de lo que ha pasado en este año que termina. He celebrado mi primer y último año de casada; me he quedado embarazada de mi primer hijo; he sufrido lo que se siente al llegar casi a perder a ese hijo; he sido informada de que mi marido me fue infiel, no una, sino dos veces; me he separado y posteriormente divorciado; he perdido a la que consideraba mi mejor amiga; y lo más importante de todo es que he encontrado un hombre maravilloso que me adora, que me quiere y que me ha enamorado. Tantos sentimientos en tan poco tiempo me emocionan. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no echarme a llorar. Todo lo que me ha pasado, tanto lo bueno como lo malo, me han llevado al punto en el que ahora me encuentro, sentada junto al hombre con el que quiero pasar toda mi vida.

La gente nos mira en cuanto Jhon y yo cruzamos la puerta del local donde Damien celebra la fiesta. A la gente le llama la atención que me presente aquí acompañada de otro hombre. Hay miradas de suspicacia, como esperando a que monte un escándalo, pero se van a dar con un canto en los

dientes porque estamos aquí para despedir un año y dar la bienvenida al nuevo con ilusión, nada más.

—Mira, ahí está Dam. —Jhon tira de mí para que vayamos a saludar—. Si en algún momento quieres que nos vayamos no dudes en decírmelo, ¿vale?

Sonríó a mi acompañante para hacerle ver que estoy bien. Para mí Damien ya es agua pasada, ahora él es mi presente y mi futuro. Para reafirmarme me acerco y le doy un suave beso en los labios. No necesita que le diga nada, con este gesto ha entendido lo que le quiero decir.

—¡Hola, pareja! —nos saluda Damien con una enorme sonrisa—. Me alegra que hayáis venido.

—Gracias por invitarnos —replico dándole un beso en la mejilla.

—Venid, quiero presentaros a alguien.

La urgencia con la que habla impide que repliquemos. Le seguimos a través de la gente hasta que llegamos a una hermosa mujer morena, de pelo corto, ojos negros y sonrisa amable.

—Chicos, esta esta Zaraida. Zara, estos son Abby y Jhon —nos presenta mi ex.

—Encantada, Jhon —le saluda tendiéndole la mano—. ¿Tú eres Abby? ¡Cuánto me alegro de conocerte! Damien me ha hablado mucho de ti. —Ensancho su sonrisa se acerca y me abraza con fuerza.

—Espero que solo te haya contado las cosas buenas —me burlo.

—Auténticas maravillas, te lo puedo asegurar —rebate ella—. ¿Cómo llevas el embarazo? Damien me dijo que esperáis un niño.

Miro sonriendo a mi ex, mientras me aprieto más contra Jhon. Parece que la conversación se está centrando en nuestro hijo y no quiero que él se sienta desplazado. El beso que deposita en mi cabeza me da a entender que está bien. Al parecer ya está hecho a la idea de todo esto.

Tras hablar un rato con la pareja nos alejamos buscando un sitio donde poder sentarme, los pies me están matando.

—Hacen una buena pareja, ¿no crees? —inquire Jhon cuando encontramos un pequeño sillón libre.

—Sí. Zaraida es muy simpática. Parece buena chica. Espero que Dam la trate como se merece.

Damos buena cuenta del catering de la fiesta, y nos acercamos al resto de la gente que está lista para recibir el nuevo año. Jhon se acomoda a mi espalda y me abraza desde atrás, pasando sus manos alrededor de mi barriga. Encantada con mi nueva vida coloco mis manos sobre las suyas entrelazando

nuestros dedos.

—¡Diez! —gritamos todos al unísono.

—¡Nueve!

El año más raro de mi vida llega a su fin.

—¡Ocho!

Pensé que en este momento estaría con mi marido.

—¡Siete!

En cambio estoy con un hombre mucho mejor.

—¡Seis!

Mi bebé nos da una patada preparándose para celebrar un nuevo comienzo.

—¡Cinco!

Aunque no lo creía posible, soy muy feliz.

—¡Cuatro!

A partir de ahora todo será diferente.

—¡Tres!

Me acerco más a Jhon.

—¡Dos!

Estoy dispuesta a cumplir todos los propósitos este año.

—¡Uno!

Y el más importante será ser feliz todos y cada uno de los días de mi vida.

—¡¡¡Feliz año nuevo!!!

Fuegos artificiales iluminan el cielo mientras me giro para darle a Jhon el primer beso del año, el primero de muchos.

—¡Feliz año nuevo, pequeña!

—¡Feliz año nuevo, grandullón!

Sorprendiéndome, se separa de mí y deposita un beso en mi barriga mientras susurra:

—Feliz año nuevo para ti también, pequeño.

Me emociono como la hormonada embarazada que soy. Mis lágrimas corren por mis mejillas a la vez que sonrío. Hace unos meses no me habría imaginado que podría ser tan feliz como lo soy ahora mismo.

Bebemos una copa tras otra, aunque en mi caso de refresco, y bailamos todo lo que nos permiten mis pies. Me doy cuenta de que la gente me sigue mirando con atención, pero si cuando hemos llegado no me importaba, ahora menos aún.

—¿Puedo robarte a tu chica un rato? —pregunta Damien cuando comienza a sonar una canción lenta.

—Claro que sí —contesta Jhon—, pero cuídame.

Damien me lleva al centro de la pista y me rodea con sus brazos.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunta mirándome.

—Está siendo una fiesta fantástica. Gracias por invitarme.

Nos volvemos a quedar unos segundos en silencio antes de que Damien vuelva a hablar mientras sonrío.

—Se te ve muy feliz con Jhon. Y eso me hace feliz a mí. Él os cuidará como os merecéis. Estoy seguro de ello.

—Sí, Jhon es un amor de hombre. A ti se te ve contento con Zaraida.

La sonrisa que le dirige a esta, que está bailando con Jhon, me entenece. No recuerdo haberle visto esta mirada nunca, ni siquiera cuando me miraba a mí.

—Es una mujer increíble. Me gusta mucho. Es muy importante para mí que os llevéis bien. Me gustaría que lo nuestro fuera serio y sin tu aprobación... todo sería más difícil.

—Para que puedas ir en serio tienes que tratarla bien —replico mordaz.

—Lo sé. Ella es... diferente.

—Eso me ha dolido, ¿sabes? —Intento separarme de él, pero no me lo permite—. Yo no te di ninguna razón para que fueras un cerdo infiel.

—Lo sé, Abby. Lo siento mucho. No quería decir eso. Simplemente es que... tú necesitas algo que no podía darte. A ti te gusta el contacto constante. Llevas toda la noche abrazando y besando a Jhon, sin importante quién esté presente. Y a mí eso no me gusta. Yo prefiero ser más reservado con las muestras de cariño en público. Necesitas a alguien al que no le importe dónde, cómo y cuándo, y yo nunca podría ser así. Lo intenté durante nuestro matrimonio, pero me cansé de ser un hombre que no soy.

—Eso no te da derecho a ponerme los cuernos, dos veces.

—*Touché* —suspira—. No me porté bien contigo y no tengo excusa. Pero aun así me gustaría que nos llevásemos bien por nuestro hijo. Él se merece tener a sus padres bien avenidos.

—Ahí tienes razón —coincido—. Él se merece lo mejor y nunca lo podríamos ser estando juntos. ¿Qué ha sido de Paula? —pregunto incapaz de callarme—. No la he visto por aquí.

—Digamos que no le cae bien Zara y me lo hizo saber de mala manera. Por ello tuve que despedirla. Se ha marchado a Nueva York con su nuevo

cliente.

Me alegro muchísimo de que por fin se haya librado de ella y les deje hacer una vida normal.

Giramos unos momentos más al ritmo de la canción en silencio. Un silencio incómodo. Deseosa de arreglar esto se me ocurre una pregunta que es crucial para nuestro hijo.

—¿Has pensado en un nombre para él? —pregunto.

—Sí, me gusta Ryan. Pero depende de ti. A su madre también le tiene que gustar.

Lo pienso unos segundos. Ryan White, es un buen nombre.

—Me encanta.

**Enero**



**Febrero**

Marzo llega a su fin, y casi ni me he dado cuenta de los días que han pasado. Mi barriga ha crecido mucho y mi enano cada vez se mueve menos. En la última revisión la doctora nos dijo que es normal, ya que empieza a tener poco espacio ahí dentro.

Aún sonrío al recordar esa visita. Damien estaba de viaje, pero cogió un avión para poder acompañarme. Aun así, le pedí a Jhon que viniese también. Él va a ser el hombre que va a estar más tiempo presente en la vida de mi hijo y tiene derecho a venir con nosotros. Cuando se lo propuse a Damien aceptó sin problemas, ya que piensa como yo. La cara de sorpresa y felicidad que tenía Jhon al ver la ecografía me hizo sonreír. Se le veía contento y eso me hizo muy feliz.

Ahora estoy estirada en una tumbona del jardín acompañada de Zaraida. Desde que la conocí en la fiesta de Nochevieja nos hemos seguido viendo. Incluso me ha acompañado a comprar ropa para el pequeño Ryan. Es un amor de mujer y es muy fácil llevarse bien con ella.

—¿Te gustaría que nos diéramos un baño? —me pregunta mi nueva amiga.

—Me encantaría, pero tengo que guardar las pocas energías que me quedan para levantarme e ir a hacer pis, por enésima vez en lo que va de día.

Hoy me he levantado muy pesada y revuelta. A penas he podido desayunar y eso es raro porque a todas horas tengo hambre. No se lo he dicho a Jhon porque hoy tenía que ir al despacho a trabajar y se habría quedado muy preocupado. Bastante distraído está ya por mi culpa.

—Espera —dice Zara—, te ayudaré a levantarte.

Tira de mi mano y me apoyo en ella hasta que estoy erguida por completo. De pronto noto un pinchazo muy fuerte, algo que no he notado hasta ahora. Respiro profundamente varias veces hasta que el dolor se pasa. Noto que la vejiga me va a explotar y no sé si voy a aguantar mucho más.

—¡Joder! —maldigo cuando noto que me estoy meando encima.

—¿Estás bien? —pregunta alarmada Zaraida.

Intento controlar mi vejiga pero es imposible, el líquido sale y sale sin control. Entonces siento otro pinchazo y me doy cuenta de lo que está pasando. No me estoy meando, sino que ¡he roto aguas!

—Acabo de romper aguas. Al parecer Ryan tiene ganas de salir —le explico a mi asustada amiga.

—¡¿Ya?! ¿Qué puedo hacer? ¡Madre mía!

—Llama a Jhon y a Damien y diles que vengan cagando leches.

Se marcha corriendo para coger el teléfono, dejándome sola. Otra contracción hace que me doble por la mitad, agarrándome a la tumbona que tengo al lado. Me parece que hoy Jhon tampoco va a poder trabajar.

—Ten, Jhon quiere hablar contigo. —Zara me tiende el teléfono.

—¡Hola, pequeña! —saluda preocupado—. ¿Cómo estás?

—Estoy jodida. Necesito que vengas ya y me lleves al hospital.

—Tranquila, cariño. Ya estoy saliendo. Enseguida estoy allí contigo.

Cuelgo el teléfono y se lo paso a mi amiga para que llame a Damien, pero ya está hablando con él desde el suyo.

—Hola, cielo —saluda Zara—. Escucha, Abby se ha puesto de parto... Sí, estoy con ella. Ya hemos llamado a Jhon, en cuanto llegue nos vamos al hospital... Vale, no hay problema, yo se lo digo. Allí nos vemos. Estate tranquilo que todo va a ir bien. Yo también te quiero. Hasta ahora.

Sonríó al oír como intenta tranquilizarle. Parece ser que él está más nervioso que yo. Pero todo pensamiento jocoso se evapora cuando noto otra contracción.

—¡Me cago en la puta! Esto duele demasiado.

—Tranquila, Abby. Respira profundamente y despacio, ya verás como enseguida se pasa. Damien me ha dicho que nos verá en el hospital. Está a media hora de camino. Se ha puesto tan nervioso que no atinaba ni a hablar. —Intenta ocultar su nerviosismo, pero la rapidez con la que habla me confirma que está de todo menos tranquila.

—Necesito que me hagas otro favor —le pido.

—Lo que quieras.

—Coge una toalla y sécame las piernas, por favor. Necesito sentarme y no quiero ponerlo todo perdido.

Rápidamente hace lo que le pido. Vamos andando despacio hacia el salón hasta que me dejo caer en sofá agotada. A los pocos minutos aparece un Jhon sofocado e histérico. Le pido que me ayude a ir al baño para darme una ducha. Iré a dar a luz, pero no voy a salir de casa empapada y pegajosa. No le parece bien, pero Zara le hace ver que no va a pasar nada y que lo que necesito ahora mismo es tranquilidad. Y si eso lo consigo con una ducha, pues ¡al agua patos! Al final accede y se mete en la ducha conmigo para ayudarme. Cinco minutos después estamos camino del hospital, aunque a mí me parecen cincuenta.

Al llegar nos encontramos a Damien dando vueltas nervioso. Zara se

acerca a él e intenta tranquilizarle.

—¿Cómo estás? —me pregunta Dam.

—¿Tú que crees? —espeto sintiendo otra contracción.

—Será mejor que lo dejes estar, Dam —sugiere Jhon—. Ahora mismo no está para muchas preguntas.

¡Dos horas! Llevo dos horas sufriendo estos terribles dolores y no puedo hacer nada más que respirar. La próxima vez que alguien me diga que respire no respondo de mis actos. No me han dado la opción de ponerme la epidural porque cuando me han examinado al llegar ya estaba dilatada de siete centímetros.

Jhon y Damien me acompañan en todo momento, mientras que Zara se ha marchado a casa. Ambos hombres están dando vuelta desesperados, pero cuando le digo que viene una contracción se acercan corriendo para sostenerme las manos.

—Muy bien, Abby —dice la matrona al entrar—, vamos a ver cómo vas.

Sin que me diga nada doblo las rodillas y abro las piernas, deseosa de que me diga que ya estoy lista. Mete su mano entre mis piernas y sonrío antes de decir:

—Bueno, ya estás lista para sacar a este bebé. Déjame que prepare todo y empezamos a empujar.

Llama a un par de personas más y nos explican qué debemos hacer. Damien y Jhon me sujetan las piernas dobladas mientras yo me concentro en empujar y respirar.

No sé las veces que contengo la respiración y empujo, hasta que oigo a la matrona decir:

—Bien, papá, ¿quieres asomarte para ver nacer a tu hijo?

Si pudiera me reiría al comprobar que no sabe a cuál de los dos hombres que me acompañan mirar. Intento decirle algo, pero al no poder es Damien quien se apiada de ella y se acerca a su lado. Pero vuelve a descolocarme diciendo:

—¡Vamos, Jhon, acércate! Tú también vas a ser su padre. —Si pudiera se me saltarían las lágrimas por la felicidad que siento ahora mismo—. ¡Madre mía, Abby! —exclama Dam—. ¡¡Se le ve la cabeza!!

Al oírle, en el acto empiezo a llorar, en muy poco tendremos a una personita a la que cuidar.

—Bien, Abby —dice la doctora—, en la próxima contracción quiero que empujes con todas las fuerzas que te queden para sacar ya a este pequeño.

Papás, poned las manos aquí para sujetarle la cabeza cuando salga.

Me agarro con fuerza las piernas y empujo con todas mis fuerzas. Las exclamaciones de Damien y Jhon hacen que más lágrimas rueden por mi mejilla.

—Muy bien, lo has hecho perfecto —oigo decir a la doctora—, la cabeza ya está fuera, ahora un último empujón y saldrá del todo.

El tremendo dolor que sentía con las contracciones disminuye cada vez que empujo y eso me da más fuerzas. Hasta que noto cómo sale. Y después, un llanto nos hace enmudecer a todos.

—Ya está, pequeña. Lo has conseguido. —Jhon se acerca a mí y me besa en los labios a la vez que seca mis lágrimas.

Las manos de Damien depositan a mi pequeño en mi pecho y yo me enamoro de él al instante. Es tan pequeño, tan bonito, tan... mío. Creo que podría morir de amor en este mismo instante.

—Muchas gracias, Abby. —Damien me da un beso en la frente—. Me has dado el mayor regalo del mundo. Gracias por hacerme tan feliz.

Sus lágrimas hacen mella en mis ya descolocadas emociones por lo que lloro aún más, si cabe.

Cuando ya estamos instalados en una habitación llamo a mis padres y les doy la gran noticia. Me dicen que cogerán el primer avión que puedan para llegar lo antes posible. Y antes de colgar mi madre me repite una vez más que quiere que le mande ahora mismo una foto de su nieto.

—Es precioso, ¿verdad? —susurra Damien, acariciando con el dedo la cabecita de nuestro pequeño que duerme plácidamente en sus brazos.

—El niño más bonito del mundo, sin duda.

Estamos los dos en silencio, disfrutando del momento. Jhon ha tenido que ir a casa para traerme algunas cosas que, con las prisas, no hemos cogido.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente este regalo, Abby. Os querré siempre. A los dos.

—Nosotros también te querremos siempre, papá.

Y lo digo completamente en serio. Le querré siempre. Jhon es el amor de mi vida, el hombre con el que voy a pasar todos y cada uno de los días que me quedan, pero Damien es el padre de mi hijo y siempre formará parte de mi familia.

Cuando Jhon llega, Damien se marcha a casa para darle la noticia a sus padres y descansar un poco.

—¿Cómo está mi pequeña? —me pregunta Jhon sentándose en la cama

junto a mí.

—Estoy cansada, pero bien.

—Es un bebé precioso. Igual que tú.

La tristeza que destila la voz de mi grandullón apaga un poco mi felicidad. Sé que está pensando que ahora todo va a cambiar. Debo asegurarle que ahora todo será mejor.

—Jhon —comienzo acercándome más a él—, ahora somos tres. Tú siempre vas a ser su “papi” y te querrá tanto como te quiero yo. No quiero que te sientas desplazado, porque sin ti no seríamos nada, ¿de acuerdo?

Me mira con una sonrisa de agradecimiento. Esto es justo lo que necesitaba que dijera. Ansiaba la seguridad de saber que sigue siendo el hombre más importante de mi vida, aunque ahora comparte ese puesto con el pequeño Ryan.

—Os cuidaré siempre, te lo prometo.

## Epílogo

### Abby

Hoy es el cumpleaños de Jhon, y no se me ha ocurrido mejor regalo. Pero esta vez no voy a meter la prueba de embarazo en una caja, no quiero que este recuerdo sea el mismo que viví con Damien. Hoy tengo una pequeña foto, la ecografía que me hicieron hace tres días.

—¡Mami, mami! —me llama Ryan—. ¿Dónde estás, mami?

Salgo del vestidor y me encuentro a mi hijo de tres años saltando en la cama.

—¡Aquí estás, mami!

Miro al otro lado de la habitación al oír una suave risa y me encuentro con Jhon, que está apoyado en el marco de la puerta. Ambos están vestidos con un pantalón vaquero y una camiseta, salvo que la camiseta de Jhon es blanca, y la de Ryan está llena de coches de colores.

—Ryan. —Jhon llama la atención del pequeño saltamontes que sigue dando botes en la cama—. ¿Para qué buscábamos a mami?

Veo al niño que se queda pensando, entonces se baja de la cama y viene corriendo para abrazarse a mi pierna.

—Vamos, mami, ya han llegado papá y Zaza. También el tío Javi y Sylvia. ¡Tenemos que bajar para comer tarta!

Sonrío, cojo a mi hijo en brazos y acompaño a Jhon a la planta de abajo, donde nos esperan nuestros invitados. Hoy vamos a tener una pequeña reunión, se diría que una reunión de nuestra extraña familia.

En estos tres años han pasado muchas cosas. La primera es que Damien y Zaraida acaban de celebrar su segundo aniversario de bodas. Fue un enlace precioso, donde los dos destilaban amor por todos sus poros. Jhon fue su padrino y yo (la ex mujer de su futuro marido) fui su dama de honor. Extraño, ¿verdad? Así es nuestra familia: extraña.

Para Javi las cosas también han ido bien, ya que conoció a Sylvia. Una preciosa mujer que bebe los vientos por él. Gracias a ella reunió el valor para dejar el bar en el que trabajaba y se presentó a una entrevista en una agencia de publicidad. En cuanto vieron el talento que tiene como artista le contrataron. Por fin trabaja en lo que le gusta y es feliz.

Yo, por mi parte, estoy convencida que hice lo correcto al dejar mi trabajo y centrarme en mi familia. Lo que aún me sorprende es cómo he terminado siendo la abogada privada de Damien. Reviso todos sus contratos y presento alguna que otra demanda a los medios de comunicación que inventan noticias para sacar provecho.

Recuerdo como si fuera ayer cuando vino a casa y nos comentó que estaba harto de su abogado. Yo expliqué que me gustaría volver a trabajar. Una cosa llevó a la otra y terminamos la noche con una propuesta seria de trabajo.

El contrato es muy bueno, tengo un sueldo más que aceptable y, además, me deja tiempo de sobra para seguir siendo madre y esposa. Vamos, que es el trabajo que todo el mundo querría tener.

—¡Papá! —el grito de mi hijo me devuelve al presente—. Mira la camiseta tan chula que me ha regalado papi. ¡Tiene mogollón de coches!

—Vaya, colega. Es súper molona —responde Damien cogiéndole en brazos.

La barbacoa destila un aroma delicioso que me abre el apetito. Ver a Jhon con su delantal frente a la humeante carne me trae muchos recuerdos y todos son buenos. Pero ahora mi vida es diferente que entonces. Ahora tengo cuatro hombres en mi vida y dos medio hermanas a las que adoro.

Jhon y Damien se complementan a la perfección en su papel de padre. Dam es su padre biológico, pero Jhon es su padre en la práctica. Ninguno de los dos tiene celos del otro. No hay enfados, malas palabras, ni contradicciones a la hora de educar a su hijo.

Me siento en una silla, mirando como Damien ayuda a Ryan a quitarse su molona camiseta para meterse en la piscina.

Al poco de nacer Ryan, Jhon me dio la sorpresa de que nos íbamos a mudar. Había vendido la casa tan fea en la que vivíamos y comprado una preciosa casa no muy lejos de la de Damien. Nuestro nuevo domicilio es una casa baja, con tejado oscuro a dos aguas, cuatro habitaciones, tres baños y un enorme jardín, al que no le faltan una gran barbacoa y una espléndida piscina. Además de un montón de columpios para nuestro hijo.

Jhon y yo aún no nos hemos casado, a pesar de que llevamos prometidos más de un año. No tenemos prisa. Jhon es mío para siempre, al igual que yo soy suya desde el mismo momento en el que entré en su casa. Algún día lo haremos, pero tendremos que retrasarlo un poco más debido a mi nuevo estado, ese del que él aún no sabe nada.



—¿Se lo has dicho ya? —pregunta Zara en un susurro.

—Aún no. Después de la tarta le daré su regalo.

Cenamos la riquísima barbacoa, y enseguida llega el momento de cantar el cumpleaños feliz. Todos, incluido Ryan, coreamos la canción.

—¡Pide un deseo, papi! —pide Ryan cuando dejo la tarta sobre la mesa.

Jhon me mira sonriendo y se inclina para soplar las velas sin dejar de mirarme, mientras todos aplaudimos. Ha llegado el gran momento. Me acerco al hombre de mi vida y le doy su regalo.

—¿Un sobre? —pregunta extrañado.

—Tú solo ábrelo —pido guiñándole un ojo.

Me hace caso y al ver su contenido se me queda mirando sin entender nada.

—¿Estás embarazada? —me pregunta desconcertado.

Asiento sonriendo, aunque algo temerosa de su reacción.

—¡Joder! —grita de pronto, me coge en brazos y empieza a dar vueltas mientras me besa—. Me has hecho el mejor regalo que podría esperar.

—¿Entonces te gusta? —pregunto riendo.

—¿Volver a ser padre? No querría nada mejor. Te quiero, pequeña.

—Y yo a ti, grandullón.

## **Jhon**

Desde el primer momento en que la vi supe que quería que fuera mía.

Desde el primer momento que la conocí supe que no podía dejarla escapar.

Desde el primer momento en que la besé supe que quería que fuera mi mujer.

Desde el primer momento en que le hice el amor supe que quería que fuera la madre de mis hijos.

Ahora, Ailyn está aquí. Una pequeña pelirroja, como su madre, ha llegado a nuestras vidas. Debo reconocer que hoy ha sido uno de los peores momentos de mi vida. ¿Por qué? Para responder a eso debo contaros cuales han sido esos momentos.

El tercero de la lista fue el día que conocí a Abby, mi preciosa mujer. Ese día fue muy malo porque supe cuando conocí a esa descarada pelirroja que no podría sacarla de mi cabeza. Estaba convencido de que se adueñaría de mi corazón, de mi cabeza y de mi razón. Pero lo peor de todo fue que sabía que yo se lo iba a permitir. Que lo haría encantado porque ella era la mujer que había estado esperando toda mi vida. Ese día supe que ella tendría siempre el poder de destruirme.

Esto me lleva al segundo peor momento de mi vida. Fue cuando mi gran amigo Damien me contó que iba a casarse con Abby. Me alegré enormemente por ellos, creía que juntos iban a ser felices, pero me equivocaba. El deseo por su felicidad era muy superior a lo que yo pudiera sentir. Si ella había encontrado a su otra mitad en él, yo no era nadie para entrometerme. Tuve que apelar a Dios para que me diera fuerzas y poder seguir viéndola.

Me mataba cada vez que venía a mi casa, pero a la vez deseaba que eso pasase. Me convencí de que era suficiente con esos momentos. Hasta que dejaron de serlo.

Mi pelirroja siempre fue muy testaruda y muy orgullosa, cosa que siempre me ha gustado y me ha irritado a partes iguales. Sin esos rasgos no sería ella; sin su desparpajo, seguridad y orgullo femenino no sería ella. Me enamoró desde el primer momento en el que cruzamos nuestras miradas y su exuberante boca me sonrió.

El tercer peor momento de mi vida ha sido hoy. Cuando el día de mi cumpleaños Abby me dijo que estaba embarazada no cabía en mí de

emoción. Era el mejor regalo que me podía hacer.

Ir viendo como poco a poco su plano vientre se iba hinchando; contemplar cómo iba creciendo nuestro hijo, ha sido muy emocionante. Aunque lo mejor de todo ha sido poder disfrutar de todo esto junto con Ryan, mi pequeño gran campeón.

Sé cuál es mi lugar, y sé que no soy su padre, pero sí soy su “papi”. Se me hincha el pecho de orgullo cuando el pequeño viene corriendo hacia mí llamándome a gritos.

Pero cuando las contracciones han comenzado, yo... bueno, me ha costado mantener la calma. Lo primero en lo que he pensado ha sido en Ryan, él no debería ver a su madre sufriendo tanto dolor, así que rápidamente he llamado a Damien para que viniera a recogerle. Al enterarse lo que estaba pasando se ha puesto muy nervioso, ya que el pobre está fuera de la ciudad por trabajo, así que quien ha venido corriendo ha sido Zara, su mujer. Hace más de dos años que se casaron y están esperando su primer hijo.

A Ryan le ha costado mucho separarse de nosotros. Según decía mi campeón, quería ser el primero en ver a su hermana. Pero no podía dejar que pasase por eso. Por suerte, Zara, le ha dicho que le dejaría notar las patadas de su futuro hermanito, eso ha bastado para que se fuese contento. Así he podido centrarme plenamente en mi mujer.

El dolor que ella notaba me hacía sentir impotente. Por supuesto Abby, mi fuerte y preciosa mujer, me ha intentado tranquilizar, aunque debía de ser al revés. Ella siempre ha sido mi fuerza y siempre lo será.

A pesar del dolor, de la angustia, los gritos y las lágrimas, este día, que había comenzado siendo el peor de mi vida, se ha convertido en el mejor. Uno que jamás olvidaré.

Hoy ya somos cuatro, por el momento. Ambos queremos tener más niños, muchos niños. Abby fantasea con que tengamos al menos tres niños más. Le encantan los enanos, y yo quiero hacerla feliz. Nos da igual que sean niños o niñas, lo importante es que lleguen bien. También nos da igual el color de su pelo o de sus ojos, solo deseamos que lleguen sanos.

Ahora somos una familia de cuatro, y estoy más que convencido de que seremos muy felices. Una vez estuvimos a punto de perder nuestra felicidad, e incluso Abby estuvo a punto de perder la vida. Pero por suerte no fue así.

Hoy puedo decir que se acabaron los ¿Y si...? Esas preguntas que tanto me hice una vez.

¿Y si... no soy suficiente para ella?

¿Y si... no le doy todo lo que necesita?

¿Y si... descubre que puede tener algo mejor?

¿Y si... se marcha?

¿Y si... un día despierto y descubro que todo ha sido un sueño?

Para todas estas preguntas solo tenía una respuesta: ME MORIRÍA.

Ahora la única pregunta que me puedo hacer es ¿Y si... es para siempre? ¡Ja! Esa pregunta tiene fácil respuesta: Siempre seré feliz con ella y haré que mi familia también lo sea.

Fin.

cada libro, cada volumen  
que ves aquí, tiene un alma  
el alma de la persona que lo escribió  
y de aquellos que lo  
leyeron, vivieron y soñaron con él.

